
MEDIO MUNDO
JOE ABERCROMBIE

*Para Eve*

*Muere el rebaño, mueren los parientes,*

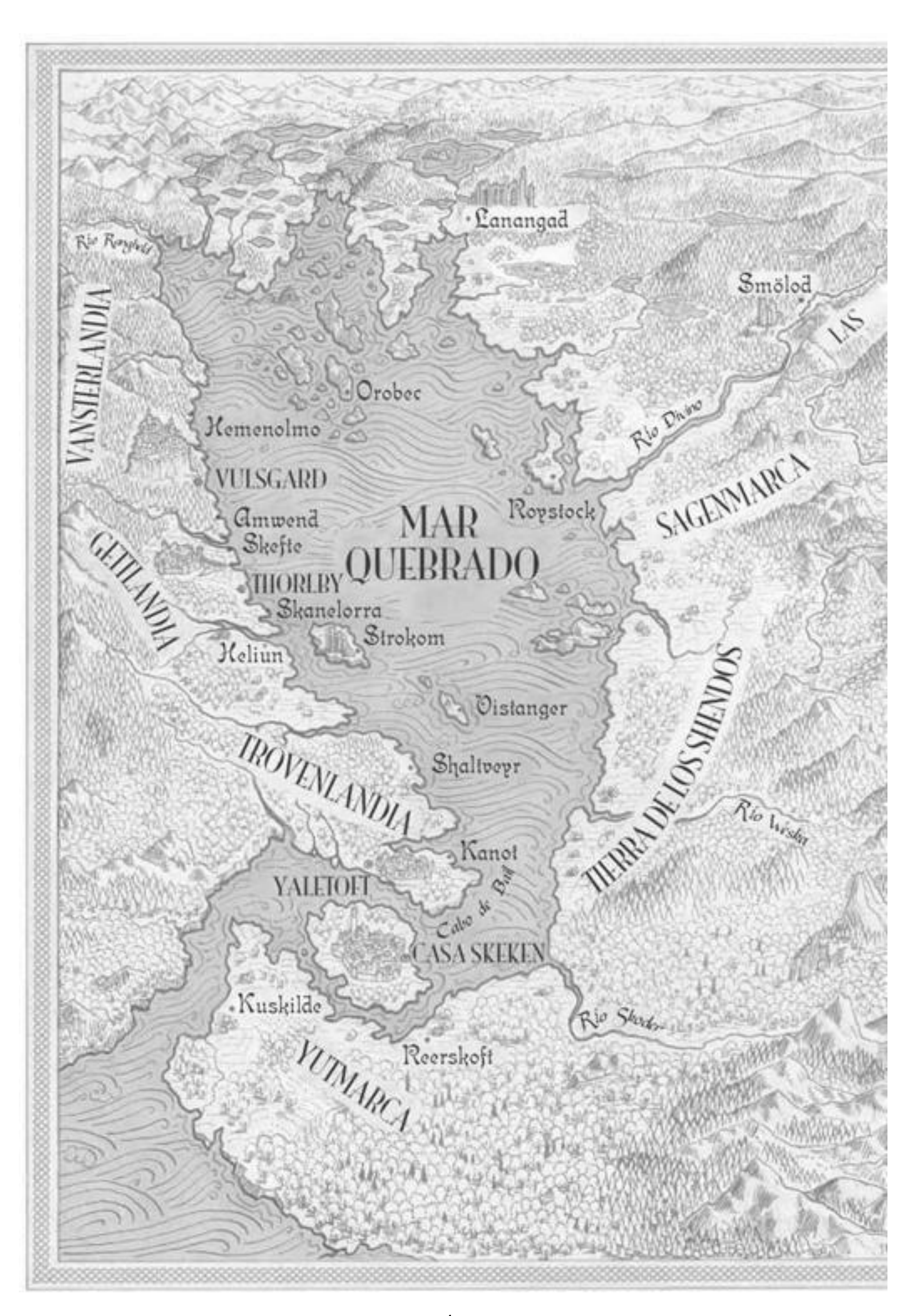
*todo hombre es mortal.*

*Mas una cosa conozco que nunca muere:*

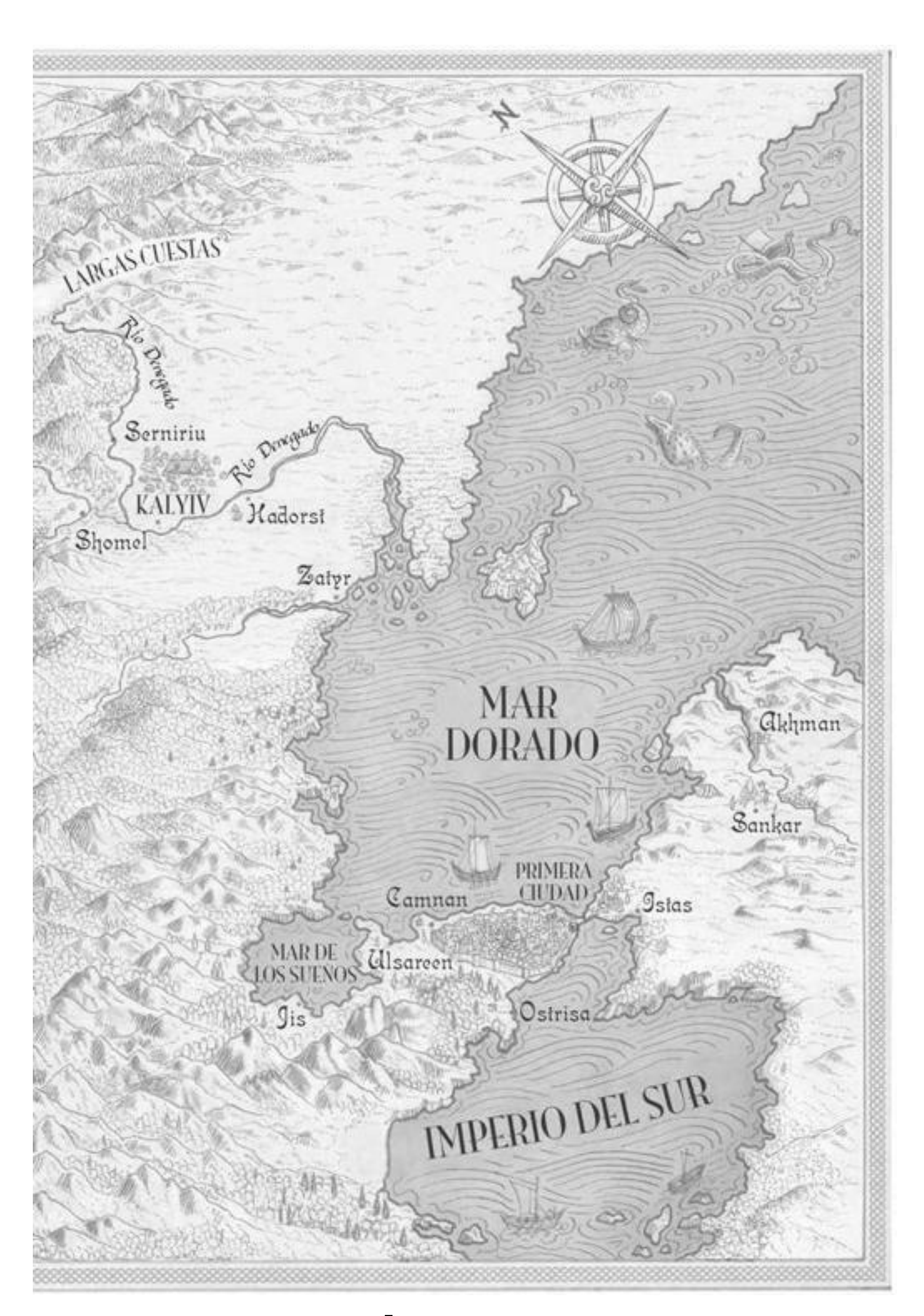
*la gloria de las grandes hazañas.*

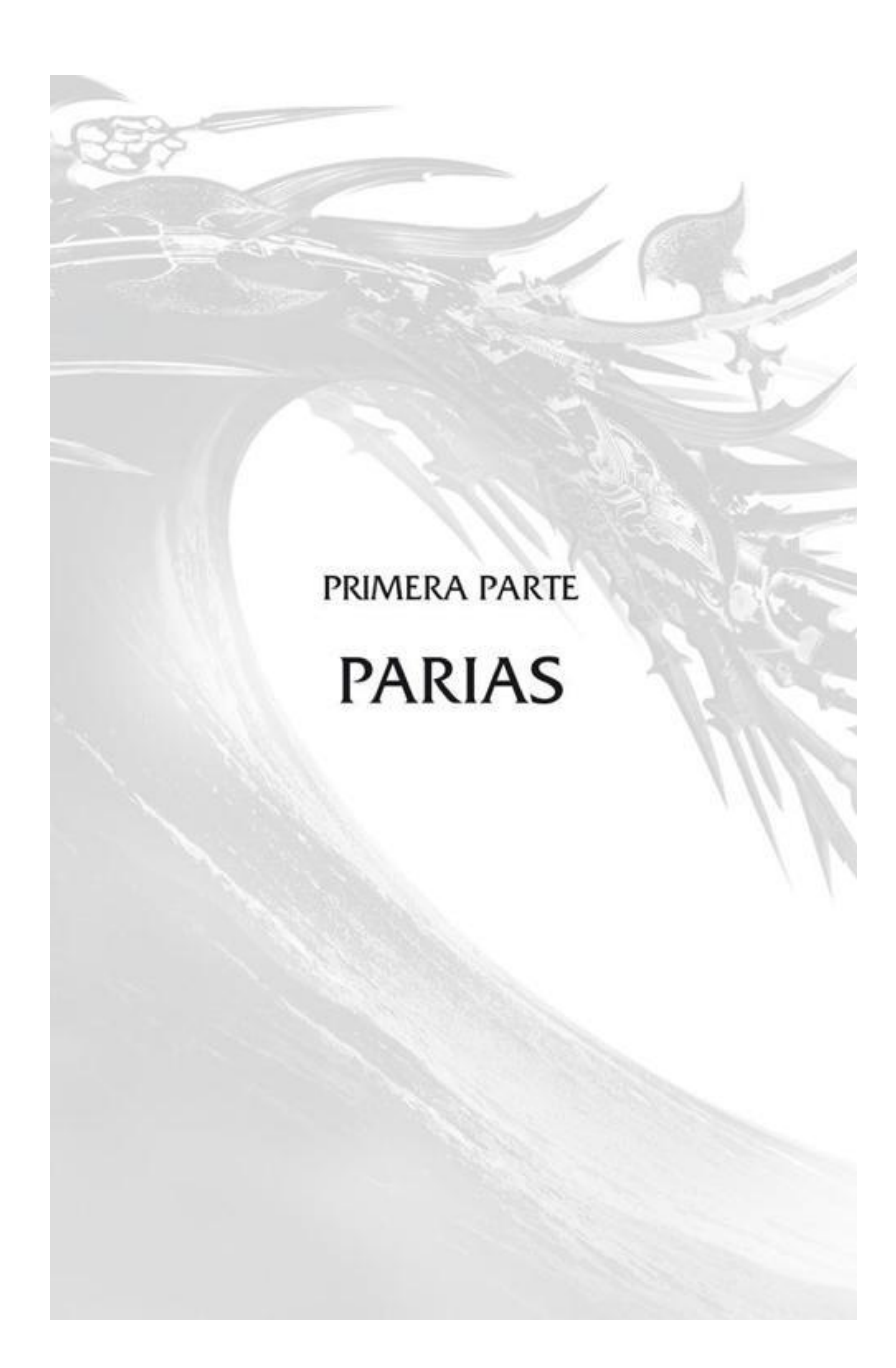
«Hávamál»

(«El discurso del Altísimo»)



Lanangad
Smölod
LAS
VANSTERLANDIA
Orobec
Hemenolmo
VULSGARD
Amwend
Skefte
MAR
QUEBRADO
Roystock
SAGENMARCA
GETILANDIA
THORLBY
Skanelorra
Strokom
Heliun
Oistanger
TIERRA DE LOS SHENDOS
TROVENLANDIA
Shaltveyr
Kanot
YALETOFT
Cabo de Ball
CASA SKEKEN
Kuskilde
YUTMARCA
Reerskoft


N
LARGAS CUESTAS
Río Denegado
Serniriu
Río Denegado
KALYIV
Kadorst
Shomel
Zatyr
MAR
DORADO
Akhman
Sankar
PRIMERA
CIUDAD
Camnan
Istas
MAR DE
LOS SUEÑOS
Ulsareen
Jis
Ostrisa
IMPERIO DEL SUR



PRIMERA PARTE

# PARIAS

# LOS SIGNOS

Vaciló tan solo un instante, pero fue suficiente para que Espina le atizara en sus partes con el brocal de su escudo.

Aunque los otros chicos armaban barullo y aullaban en su contra, Espina oyó perfectamente el gemido sordo de Brand.

El padre de Espina siempre le decía: «El momento en el que pares será el momento en el que mueras», y ella siempre se había guiado por aquel consejo, para bien y sobre todo para mal. De modo que enseñó los dientes con un gruñido desafiante —era su expresión favorita, a fin de cuentas—, levantó las rodillas del suelo y se abalanzó sobre Brand con más ímpetu que nunca.

Arremetió con el hombro por delante, entrechocaron y rasparon los escudos, y obligó a Brand a retroceder trastabillando playa abajo, con la cara todavía descompuesta de dolor y levantando arena con los talones. El chico lanzó un tajo, pero Espina se agachó para esquivar la espada de madera, hizo un barrido con la suya y lo alcanzó en la pantorrilla, justo por debajo del borde aleteante de su cota de mallas.

Había que reconocer a Brand que no se dejó derribar y ni siquiera gritó; se limitó a retroceder con el sufrimiento patente en el rostro. Espina hizo rodar los hombros, aguardando por si el maestro Hunnan le concedía la victoria, pero el hombre permaneció tan callado como las estatuas del Salón de los Dioses.

A algunos maestros de armas les gustaba considerar las espadas de entrenamiento como si fuesen reales, y detenían los combates si alguien propinaba lo que con un filo de acero habría sido un golpe mortal. Pero Hunnan prefería que sus discípulos se derrumbaran del todo, sufrieran y aprendieran por las malas. Los dioses sabían que Espina había aprendido bastantes lecciones por las malas en el cuadrado de Hunnan. Se alegraba de poder impartir también alguna.

Dedicó a Brand una sonrisa burlona —era su segunda expresión favorita, a fin de cuentas— y gritó:

—¡Venga, cobarde!

Brand era fuerte como un buey y aún le quedaban muchas ganas de pelea, pero cojeaba y empezaba a notar el cansancio, además de que Espina se había asegurado de tener la pendiente de la playa a su favor. Mantuvo la mirada fija en él, esquivó un espadazo, esquivó otro y se apartó a un lado al ver llegar un tosco ataque desde arriba, con lo que quedó frente al costado expuesto de Brand. «El mejor lugar para envainar un arma es la espalda de tu enemigo», decía siempre su padre, pero el costado servía casi igual de bien. Dio un porrazo con su espada de madera en las costillas de Brand que sonó como un tronco al partirse y dejó al chico tambaleante e indefenso, mientras ella sonreía más que nunca. No hay mejor sensación en el mundo que la de asestar un golpe perfecto a alguien.

Una patada en el culo con la suela de la bota hizo que Brand cayera a cuatro patas contra la ola más reciente, que al retirarse con un susurro arrastró su espada playa abajo y la dejó enredada en unas algas.

Espina se acercó y vio a Brand torcer el gesto, con el pelo mojado pegado a una mejilla y los dientes llenos de sangre por el golpe con el puño de la espada que se había llevado antes. A lo mejor habría debido sentir lástima, pero ya hacía mucho tiempo que Espina no podía permitírselo.

Lo que hizo fue apretar su filo de madera lleno de muescas contra el cuello del chico y decir:

—¿Y bien?

—De acuerdo. —Brand hizo un débil ademán para apartarla, casi incapaz de vocalizar—. Me rindo.

—¡Ja! —le gritó Espina en la cara—. ¡Ja! —gritó a los cabizbajos compañeros que rodeaban el cuadrado—. ¡Ja! —gritó al maestro Hunnan, antes de alzar su espada y su escudo en un gesto triunfal para desafiar al cielo lloroso.

Unos pocos aplausos desganados, cuatro murmullos y se acabó. Espina había escuchado vítores mucho más enardecidos por victorias mucho más miserables, pero no estaba allí para llevarse aplausos.

Estaba allí para ganar.

De vez en cuando una niña recibía el don de la Madre Guerra, y entonces acudía junto a los chicos al cuadrado de entrenamiento para aprender a luchar. Siempre había unas cuantas entre los niños más pequeños, pero con el tiempo iban dejándolo para dedicarse a quehaceres más apropiados, o luego se las convencía para dejarlo, o luego se las obligaba a dejarlo a base de gritos y abusos y golpes hasta que todas aquellas lamentables malas hierbas quedaban erradicadas y solo permanecía en el cuadrado la gloriosa flor de la masculinidad.

Si los vansterlandeses cruzaban la frontera, o si los isleños desembarcaban para una incursión, o si llegaban ladrones en plena noche, las mujeres de Gettlandia empuñaban el acero sin titubeos y luchaban hasta la muerte, muchas de ellas con una destreza del demonio. Siempre había sido así. Pero ¿cuándo fue la última vez que una mujer superó las pruebas, pronunció los juramentos y se ganó su puesto en una incursión?

Había historias. Había canciones. Pero ni siquiera la vieja Fen, la persona más anciana de Thorlby, y, según algunos, del mundo, había visto nada similar en todos sus incontables días.

Hasta ese momento.

Cuánto trabajo. Cuántas burlas. Cuánto dolor. Pero Espina los había derrotado. Cerró los ojos, sintió el beso salado que le daba el viento de la Madre Mar en la cara sudada y pensó en lo orgulloso que estaría su padre.

—He pasado la prueba —susurró.

—Aún no. —Espina nunca había visto sonreír al maestro Hunnan, pero tampoco lo había visto nunca con un ceño tan sombrío—. Soy yo quien elige a qué desafíos te enfrentas. Yo decido cuándo pasas las pruebas. —Echó un vistazo a los chicos de la edad de Espina, dieciséis años, algunos de ellos inflados ya de orgullo por haber superado sus propias pruebas—. Rauk, ahora luchas tú contra ella.

Las cejas de Rauk se alzaron un momento, pero luego miró a Espina y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo, y pasó entre dos compañeros para entrar en el cuadrado, se ciñó el escudo al brazo y recogió una espada de entrenamiento.

Era un chico cruel, además de diestro. Ni por asomo tenía la fuerza de Brand, pero en cambio era mucho menos propenso a vacilar. Aun así, Espina había podido con él alguna vez, de modo que...

—Rauk —dijo Hunnan, apuntando todavía hacia los chicos con un dedo nudoso—, Sordaf y Edwal.

La brillante sensación de triunfo se escurrió de Espina como el agua de una bañera agrietada. Hubo murmullos entre los chicos mientras Sordaf, grandote, lento y obtuso pero la mejor elección a la hora de pisotear a un adversario caído, salía con pesadez a la arena y tensaba las correas de su malla con dedos regordetes.

Edwal, un chico rápido, de hombros estrechos y con una maraña de rizos castaños, no obedeció al instante. Espina siempre lo había considerado uno de los mejores del grupo.

—Maestro Hunnan, siendo tres...

—Si quieres un puesto en la incursión del rey —atajó Hunnan—, harás lo que se te ordena.

Todos querían un puesto. Lo anhelaban casi tanto como Espina. Edwal miró a su alrededor con la frente arrugada, pero nadie más protestó. A regañadientes, se separó del grupo y recogió una espada de madera.

—No es justo.

Espina estaba acostumbrada a poner siempre una cara valiente, por malas que fueran las perspectivas, pero su voz sonó como un balido desesperado. Como un cordero al que llevan sin remedio frente al cuchillo del matarife.

Hunnan desdeñó el argumento con un bufido.

—Este cuadrado es el campo de batalla, chica, y el campo de batalla no es justo. Puedes considerarlo la última lección que aprenderás aquí.

La frase despertó algunas risitas aquí y allá, tal vez procedentes de compañeros a los que había dado humillantes palizas en algún momento. Brand observaba desde detrás de unos mechones sueltos que le caían en la cara, con una mano en torno a la barbilla ensangrentada. Había otros chicos con la mirada fija en la arena que tenían a sus pies. Todos sabían que no era justo. A todos les daba

igual.

Espina tensó la mandíbula, subió una mano a la bolsita que llevaba colgada al cuello y la apretó con fuerza. Había sido ella contra el mundo desde antes de tener memoria. Si algo era Espina, era una luchadora. Tardarían en olvidar la pelea con la que iba a obsequiarles.

Rauk hizo un gesto con la cabeza a los otros dos para que se separaran, con la intención de rodearla. Tal vez no fuese lo peor que podía ocurrir. Si atacaba deprisa, a lo mejor podía tumbar a uno y procurarse un atisbo de esperanza contra los otros dos.

Los miró a los ojos, tratando de adivinar su siguiente movimiento. Edwal: reticente, conteniendo el paso. Sordaf: vigilante, con el escudo alzado. Rauk: meneando la espada, luciéndose para el público.

Espina se conformaba con borrarle esa sonrisa de los labios. Si se los llenaba de sangre, se daría por satisfecha.

La sonrisa de Rauk vaciló cuando Espina profirió su grito de guerra. El chico bloqueó el primer tajo con el escudo, cedió terreno y se protegió de un segundo asalto que hizo volar astillas, pero entonces Espina lo engañó con la mirada para hacer que levantara el escudo, se agachó en el último momento y le asestó un golpetazo en la cadera. Rauk gritó y se volvió a un lado por acto reflejo, ofreciéndole la nuca. Espina ya estaba levantando de nuevo su espada.

Captó un movimiento por el rabillo del ojo y oyó un crujido terrible. Casi no sintió la caída, pero de pronto la arena le dio un buen golpe en la espalda y la dejó mirando al cielo con cara de tonta.

Era el problema de lanzarse a por un adversario sin hacer caso de los otros dos.

Las gaviotas graznaban desde las alturas, volando en círculos.

Las torres de Thorlby se recortaban negras contra el cielo brillante.

«Más vale que te levantes —decía su padre—. Boca arriba no vas a ganar nada.»

Espina rodó, sin energía, torpe y con la cara convertida en un suplicio

palpitante mientras la bolsita escapaba por el cuello de su jubón y se balanceaba en el cordel.

Una ola fría subió por la playa y le mojó las rodillas al tiempo que Sordaf le propinaba un pisotón tremendo y algo crujía como un palo rompiéndose.

Mientras Espina intentaba levantarse, la bota de Rauk se estrelló contra sus costillas y la envió rodando por la arena entre toses.

La ola remitió y la sangre que goteaba de su labio inferior empezó a manchar la arena mojada.

—¿Paramos? —oyó que preguntaba Edwal.

—¿Os he dicho que paréis? —replicó la voz de Hunnan.

Espina cerró la mano con fuerza en torno al puño de su espada, preparándose para un intento más.

Cuando vio que Rauk estaba cerca, le agarró la pierna en plena patada y se abrazó a ella. Se levantó tirando con fuerza hacia arriba y rugió en la cara de su oponente, que trastabilló hacia atrás haciendo aspavientos con los brazos.

Espina se tambaleó en dirección a Edwal, más cayendo que cargando, mientras la Madre Mar, el Padre Tierra, el ceño de Hunnan y los rostros de los chicos oscilaban y rodaban ante sus ojos. Edwal la agarró, más para sostenerla que para intentar derribarla. Espina trató de mantenerse en pie echándole una mano al hombro, pero se torció la muñeca, perdió la espada y se alejó de él con pasos tambaleantes, antes de caer de rodillas y volver a levantarse. Su escudo bailaba a un lado con una correa rota. Espina dio media vuelta entre escupitajos y maldiciones, y entonces se detuvo de repente.

Sordaf se había quedado quieto, con la espada flácida a un lado y la mirada fija.

Rauk se había quedado tendido, con los codos apoyados en la arena húmeda y la mirada fija.

Brand se había quedado entre los otros chicos, todos ellos boquiabiertos y todos ellos con la mirada fija.

Edwal abrió la boca, pero lo único que logró emitir fue un extraño sonido que recordaba a un pedo. El chico soltó la espada de entrenamiento y dobló el brazo para darse unos torpes manotazos en el cuello.

Allí estaba la empuñadura de la espada de Espina. El pisotón de Sordaf había partido el filo de madera dejando una larga esquirla, cuya punta brillaba roja después de haber atravesado el cuello de Edwal.

—Dioses —susurró alguien.

Edwal se cayó de rodillas y dejó escapar por la boca una espuma sanguinolenta que goteó en la arena.

El maestro Hunnan lo sostuvo antes de que cayera de lado. Brand y algunos otros se acercaron, corriendo y gritando todos a la vez. El corazón de Espina atronaba en sus oídos y le impedía distinguir las palabras.

Se levantó a duras penas, con el rostro dolorido y azotado por los mechones sueltos de sus trenzas que movía el viento, preguntándose si todo aquello sería una pesadilla. Tenía que serlo. Suplicó a los dioses que lo fuese. Cerró los párpados con fuerza y apretó y apretó y apretó.

Había hecho lo mismo cuando la llevaron a ver el cadáver de su padre, blanco y frío bajo la cúpula del Salón de los Dioses.

Pero aquello había sido real, y lo que tenía delante también lo era.

Cuando abrió los ojos, los chicos seguían arrodillados en torno a Edwal, por lo que solo pudo ver de él unas botas con las puntas hacia fuera. Por la arena bajaban unos hilos negros en zigzag, pero entonces la Madre Mar envió una ola que los volvió rojos, y luego rosados, y por fin los hizo desaparecer al retirarse.

Y por primera vez en mucho tiempo, Espina sintió auténtico miedo.

Hunnan se levantó con parsimonia y se volvió despacio hacia ella. Siempre tenía fruncido el ceño, sobre todo cuando la miraba. Pero en esa ocasión Espina captó en sus ojos un brillo que no había visto nunca.

—Espina Bathu. —La señaló con un dedo rojo—. Yo te nombro asesina.

## ENTRE LAS SOMBRAS

«Haz el bien —había dicho a Brand su madre el día en que murió—. Vive en la luz.»

A los seis años apenas comprendía lo que significaba hacer el bien. A los dieciséis no creía entenderlo mucho mejor. Allí estaba, al fin y al cabo, desperdiciando lo que debía haber sido su gran momento triunfal en preguntarse qué tenía que hacer.

Era un gran honor montar guardia al pie de la Silla Negra, ser aceptado como guerrero de Gettlandia bajo la mirada de dioses y hombres. Y le había costado horrores conseguirlo, ¿o no? ¿Acaso no había sangrado? ¿Acaso no se había ganado su puesto? Desde donde alcanzaba la memoria de Brand, siempre había soñado con formar junto a sus hermanos de armas entre las sagradas piedras del Salón de los Dioses.

Pero no tenía la sensación de que aquello fuese vivir en la luz.

—Me preocupa esta incursión contra los isleños —estaba diciendo el padre Yarvi, con los circunloquios que empleaban siempre los clérigos—. El Alto Rey ha prohibido que se blandan las espadas. Lo verá con muy malos ojos.

—El Alto Rey lo prohíbe todo —repuso la reina Laithlin, con una mano en su abultado vientre de embarazada—. Y lo ve todo con malos ojos.

Junto a ella, el rey Uthil se inclinó hacia delante en la Silla Negra.

—Y al mismo tiempo ordena a los isleños, a los vansterlandeses y a cualquier otro perro que pueda doblegar que se alcen en armas contra nosotros.

Entre los grandes hombres y mujeres de Gettlandia que se habían congregado ante la tarima del trono se extendió una oleada de furia. Una semana

antes, la voz de Brand habría sido la más alta de todas.

Pero en aquel momento solo podía pensar en Edwal con la espada de madera atravesada en el cuello, soltando babas rojas mientras hacía aquella especie de guarrido agudo, como de cerdo. El último sonido que emitiría jamás. Y en Espina, de pie en la arena con el pelo encima de la cara pringosa de sangre, escuchando con la boca abierta cómo Hunnan la nombraba asesina.

—¡Han asaltado dos de mis barcos! —La llave enjoyada de una mercader rebotó en su pecho mientras agitaba el puño levantado hacia la tarima—. ¡Y no solo han robado el cargamento, también han matado a la tripulación!

—¡Y los vansterlandeses han vuelto a cruzar la frontera! —La voz grave llegó de la parte del salón que ocupaban los hombres—. ¡Han quemado aldeas y se han llevado a buenos gettlandeses como esclavos!

—¡Se vio allí a Grom-gil-Gorm! —gritó alguien, y la mera mención del nombre bastó para llenar la cúpula del Salón de los Dioses con maldiciones murmuradas—. ¡El Rompeespadas en persona!

—Los isleños deben pagarlo con sangre —renegó un viejo guerrero tuerto—, y luego los vansterlandeses, incluido el Rompeespadas.

—¡Claro que deben pagarlo! —exclamó Yarvi, levantando aquella pinza mustia de cangrejo que tenía por mano izquierda para calmar los murmullos—. La cuestión es cuándo y cómo. Los sabios esperan su momento, y ni por asomo estamos preparados para guerrear contra el Alto Rey.

—O siempre se está preparado para guerrear —respondió Uthil mientras giraba con suavidad el puño de su espada para que el filo reluciese en la penumbra— o no se está nunca.

Edwal siempre había estado preparado. Siempre había apoyado al hombre que tenía al lado, como debía hacer un guerrero de Gettlandia. Estaba claro que no merecía morir por ello.

A Espina le daba igual todo lo que quedara más allá de su nariz, y el golpe de brocal que había dado a Brand en sus partes, todavía doloridas, no ayudaba a que este la tuviera en mejor estima. Pero la chica había combatido hasta el final, incluso teniéndolo todo en contra, como debía hacer un guerrero de Gettlandia. Estaba claro que no merecía que la nombraran asesina por ello.

Alzó una mirada compungida hacia las enormes estatuas de los seis altos dioses, que desde las alturas juzgaban cuanto ocurría en torno a la Silla Negra. Que desde las alturas lo juzgaban a él. Brand se retorció como si fuese él quien había matado a Edwal y nombrado asesina a Espina, cuando lo único que hizo fue mirar.

Mirar y no hacer nada.

—El Alto Rey puede convocar a medio mundo en nuestra contra —estaba diciendo el padre Yarvi, con la paciencia de un maestro de armas explicando los conceptos básicos a unos niños—. Los vansterlandeses y los trovenlandeses le han jurado lealtad, los inglingos y los tierrabajeños ya adoran a su Diosa Única, y la abuela Wexen está forjando alianzas también en el sur. Estamos rodeados de enemigos y necesitamos aliados para...

—El acero es la respuesta. —El rey Uthil interrumpió a su clérigo con una voz cortante como una hoja afilada—. El acero debe ser siempre la respuesta. Reunid a los hombres de Gettlandia. Enseñaremos a esos carroñeros de las islas una lección que tardarán en olvidar.

En la parte derecha del salón, los hombres, con el ceño fruncido, se dieron puñetazos en los pechos para mostrar su aprobación, y en la izquierda las mujeres de brillante pelo aceitado dejaron claro su furioso apoyo.

El padre Yarvi inclinó la cabeza. Su deber consistía en hablar en nombre del Padre Paz, pero hasta él se había quedado sin palabras. Aquel día estaba regido por la Madre Guerra.

—Acero, pues.

Brand debería haberse emocionado al oírlo. ¡Una gran incursión, como en las canciones, en la que él ocuparía un puesto de guerrero! Pero su mente seguía atrapada en la playa, junto al cuadrado de entrenamiento, rascándose la costra de lo que pudo haber hecho diferente.

Si no hubiera vacilado, si hubiera atacado sin piedad como debía hacer un guerrero, quizá habría derrotado a Espina y nada más habría ocurrido. O si hubiera protestado con Edwal cuando Hunnan obligó a Espina a enfrentarse a tres chicos, quizá entre los dos podrían haberlo impedido. Pero no había protestado. Hacer frente a un enemigo en el campo de batalla requería valor, pero al menos se afrontaba en compañía de amigos. Para ponerse él solo en contra de sus amigos habría hecho falta una valentía distinta, de un tipo que Brand ni siquiera fingía

poseer.

—Queda pendiente el asunto de Hild Bathu —dijo el padre Yarvi, y el nombre hizo que Brand levantara la cabeza de sopetón, como un ratero sorprendido con la mano en un monedero ajeno.

—¿El asunto de quién? —preguntó el rey.

—La hija de Storn el Acantilado —apuntó la reina Laithlin—. Se hace llamar Espina.

—Pero ha hecho algo más que pinchar un dedo —dijo el padre Yarvi—. Ha matado a un chico en el cuadrado de entrenamiento y ha sido nombrada asesina.

—¿Quién la nombra? —preguntó Uthil.

—Yo. —La hebilla dorada de la capa del maestro Hunnan resplandeció al entrar en el círculo de luz que caía sobre el pie de la tarima.

—Maestro Hunnan. —Una sonrisa muy poco frecuente asomó a una comisura de los labios del rey—. Recuerdo bien nuestros lances en el cuadrado de entrenamiento.

—Unos recuerdos que atesoro, mi rey, aunque para mí fueran dolorosos.

—¡Ja! ¿Fuiste testigo de esa muerte?

—Estaba haciendo la prueba a mis discípulos más veteranos, para elegir a los dignos de participar en vuestra incursión. Espina Bathu era una de las candidatas.

—¡Debería avergonzarse de intentar ocupar el puesto de un guerrero! —exclamó una mujer.

—Nos avergüenza a todas —dijo otra.

—¡No hay lugar para las mujeres en el campo de batalla! —añadió una voz ronca de entre los hombres, y muchas cabezas asintieron a ambos lados del salón.

—¿Acaso la propia Madre Guerra no es mujer? —El rey señaló con un brazo a los altos dioses que se alzaban sobre ellos—. Nosotros solo le ofrecemos la

opción. Es la Madre de Cuervos quien escoge a los dignos.

—Y no escogió a Espina Bathu —aseguró Hunnan—. Esa chica tiene un genio ponzoñoso. —Muy cierto—. No superó la prueba que le planteé. —Cierto en parte—. Se rebeló contra mi decisión y mató al chico llamado Edwal. —Brand parpadeó. Palabra por palabra lo que afirmaba no era mentira, pero estaba muy lejos de ser toda la verdad. La barba entrecana de Hunnan se meció cuando el maestro de armas agitó la cabeza—. Y así es como he perdido a dos discípulos.

—Muy descuidado por tu parte —intervino el padre Yarvi.

El maestro de armas apretó los puños, pero la reina Laithlin habló antes de que pudiera responder.

—¿Cuál es el castigo por tal asesinato?

—Aplastamiento con piedras, mi reina.

El clérigo respondió con voz calmada, como quien habla de aplastar a un escarabajo y no a una persona, y mucho menos a una persona que Brand conocía de casi toda la vida. Aunque le hubiera caído mal durante la mayor parte de ese tiempo.

—¿Alguno de los presentes hablará en defensa de Espina Bathu? —vociferó el rey.

Los ecos de la pregunta acabaron dejando paso a un silencio sepulcral. Aquel era el momento de decir la verdad. De hacer el bien. De vivir en la luz. Brand miró al otro lado del Salón de los Dioses, con las palabras en la punta de la lengua. Vio a Rauk en su puesto, sonriendo. Y a Sordaf, con su fofa cara inmóvil como si fuera una máscara. No hicieron el menor sonido.

Ni Brand tampoco.

—Ordenar la muerte de alguien tan joven no es tarea leve. —Uthil se levantó de la Silla Negra, acompañado del tintineo de armaduras y el frufrú de faldas que hicieron todos menos la reina al arrodillarse—. Pero no podemos dejar de hacer lo correcto solo porque duela.

El padre Yarvi se arrodilló aún más.

—Aplicaré vuestra justicia según dicta la ley —dijo.

Uthil tendió la mano a Laithlin y descendieron juntos por los escalones del estrado. El asunto de Espina Bathu había quedado zanjado y la condena a muerte por aplastamiento era definitiva.

Brand se quedó petrificado, incrédulo y asqueado. Había estado seguro de que algún chico hablaría, pues eran personas bastante sinceras. De que Hunnan explicaría su propio papel en todo el asunto, pues era un maestro de armas respetado. De que el rey o la reina acabarían llegando a la verdad, pues eran sabios y rectos. De que los dioses impedirían una injusticia de aquel calibre. De que alguien haría algo.

Quizá todos habían estado esperando, como él, a que algún otro lo remediara todo.

El rey caminaba envarado, con su espada desnuda acunada entre los brazos y la férrea mirada gris fija al frente. La reina repartía leves saludos con la cabeza que se recibían como valiosos regalos, y breves palabras para hacer saber a algunos súbditos selectos que tendrían el honor de visitar su tesorería y discutir secretos negocios con ella. Cada vez estaban más y más cerca de él.

El corazón de Brand latía desbocado. Entonces abrió la boca. La reina le lanzó una fugaz mirada gélida y Brand dejó que pasaran de largo en un avergonzado y denigrante silencio.

Su hermana siempre le decía que arreglar el mundo no era cosa suya. Pero ¿quién lo haría si no?

—¡Padre Yarvi! —dijo de sopetón, demasiado alto, y mientras el clérigo se volvía hacia él, añadió con un gruñido demasiado bajo—: Tengo que hablar con vos.

—¿Sobre qué, Brand?

Aquello lo sorprendió. Nunca habría creído que el padre Yarvi tuviera la menor idea de quién era.

—Sobre Espina Bathu.

Un largo silencio. El clérigo podía ser solo unos años mayor que Brand,

tener la piel blanquecina y el pelo claro como si les hubieran drenado el color y ser tan flaco que una brisa fuerte podría llevárselo, por no hablar de su mano deforme, pero de cerca había algo escalofriante en sus ojos. Algo que hizo a Brand encogerse bajo su mirada.

Pero ya no había vuelta atrás.

—No es una asesina —afirmó entre dientes.

—El rey cree que sí.

Dioses, qué seca tenía la garganta, pero Brand volvió a la carga como debía hacer un guerrero.

—El rey no estaba en la arena. El rey no vio lo que vi yo.

—¿Y qué viste?

—Estábamos combatiendo para ganarnos un puesto en la incursión...

—Nunca vuelvas a decirme cosas que ya sé.

La conversación no estaba siendo ni de lejos tan fluida como había esperado Brand. Pero así son las esperanzas.

—Espina luchaba contra mí y yo vacilé un... El puesto tendría que haber sido para ella. Pero el maestro Hunnan la enfrentó contra otros tres chicos.

Yarvi echó un vistazo a la gente, que iba saliendo del Salón de los Dioses, y se acercó un poco a Brand.

—¿Tres a la vez?

—Edwal era uno de ellos. Espina no quería matarlo...

—¿Cómo lo hizo contra esos tres?

Brand parpadeó, desequilibrado.

—Bueno, mató a más del bando contrario que ellos.

—De eso no hay duda. He ido hace poco a consolar a los padres de Edwal y

a prometerles justicia. ¿Tiene dieciséis inviernos, entonces?

—¿Espina? —Brand no acertaba a entender qué relación tenía aquello con su condena—. Creo... creo que sí.

—¿Y lleva todo este tiempo resistiendo frente a los chicos? —El padre Yarvi miró a Brand de arriba abajo—. ¿Frente a los hombres?

—Normalmente hace más que resistir.

—Debe de ser muy feroz. Muy decidida. Muy cabezota.

—Si me preguntáis a mí, tiene hueca esa cabezota. —Brand cayó en que estaba hablando en su contra y, farfullando, añadió—: Pero... no es mala persona.

—Nadie lo es, a ojos de su madre. —El padre Yarvi dio un profundo suspiro—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Que qué... quiero que qué?

—¿Qué hago, libero a ese incordio de chica y me gano la enemistad de Hunnan y de la familia de Edwal, o la sepulto bajo las piedras para complacerlos? ¿Cuál es tu solución?

Brand no había esperado tener que aportar una solución.

—Supongo... que podríais cumplir la ley.

—¿La ley? —El padre Yarvi bufó—. La ley debe más a la Madre Mar que al Padre Tierra, cambia sin cesar. La ley es un títere, Brand, y dice lo que yo digo que dice.

—He pensado que debía contar a alguien... bueno... la verdad.

—Como si la verdad fuese algo precioso. Hay mil verdades debajo de cada hoja del otoño, Brand: cada cual tiene la suya. Pero tú no has pensado más allá de endilgarme el lastre de tu verdad, ¿a que no? No sabes cuánto te lo agradezco, porque impedir que Gettlandia declare la guerra a todo el mar Quebrado no me suponía suficiente trabajo.

—Creía... que así estaba haciendo el bien.

De pronto hacer el bien no le parecía tanto una luz ardiente ante él, clara como la Madre Sol, como un destello engañoso en la penumbra del Salón de los Dioses.

—¿El bien de quién? ¿El mío? ¿El de Edwal? ¿El tuyo? Igual que todos tenemos nuestra propia verdad, cada uno tiene su propio bien. —Yarvi se acercó un poco más y bajó aún más la voz—. ¿Qué pasa si el maestro Hunnan adivina que me has confiado tu verdad? ¿Te has parado a pensar en las consecuencias?

Estas cayeron sobre la mente de Brand en aquel momento, frías como una nevada. Alzó la mirada y vio los relucientes ojos de Rauk, entre las sombras de un salón cada vez más vacío.

—Un hombre que dedica toda su atención a hacer el bien y ninguna a las consecuencias... —El padre Yarvi levantó su mano contrahecha y apretó su único dedo retorcido contra el pecho de Brand—. Es un hombre peligroso.

El clérigo dio media vuelta y su báculo élfico traqueteó contra las losas, que el tiempo había pulido hasta volverlas casi de vidrio, al ritmo de sus pasos, que dejaron a Brand mirando la oscuridad con los ojos muy abiertos, más preocupado que nunca.

No tenía la menor sensación de estar viviendo en la luz.

# JUSTICIA

Espina se sentó y miró los mugrientos dedos de sus pies, blanquecinos como gusanos en la oscuridad.

No tenía ni idea de por qué le habían quitado las botas. Tampoco es que fuera a escapar, encadenada como estaba por el tobillo izquierdo a una pared que rezumaba humedad y por la muñeca derecha a otra. No tenía forma de llegar a la puerta de la celda, y mucho menos de arrancarla de los goznes. Además de rascarse las costras que tenía debajo de la nariz rota hasta hacerse sangre, lo único que podía hacer era estar sentada y pensar.

Las dos actividades que menos le gustaban.

Inspiró una bocanada irregular de aire. Dioses, qué mal olía aquel sitio. La paja podrida y las heces de rata apestaban, el cubo que nunca se molestaban en vaciar apestaba, el moho y el hierro oxidado apestaban y, después de dos noches allí dentro, ella era lo que más apestaba de todo.

Cualquier otro día habría estado nadando en la ensenada, desafiando a la Madre Mar, o trepando los acantilados, desafiando al Padre Tierra, o corriendo o remando o practicando con la vieja espada de su padre en el patio de su casa, desafiando a los postes llenos de muescas y fingiendo que eran los enemigos de Gettlandia mientras saltaban las astillas, que eran Grom-gil-Gorm, o Styr de las Islas, o incluso el mismísimo Alto Rey.

Pero ese día no blandiría ninguna espada. Empezaba a pensar que ya había blandido una por última vez. Estaba muy, pero que muy lejos de ser justo. Claro que, como decía Hunnan, un guerrero no podía confiar en lo justo.

—Tienes visita —dijo la guardallaves, una mujer oronda con doce cadenas tintineantes al cuello y una cara que parecía un saco de hachas—. Pero que sea

rápido.

La mujer empujó la pesada puerta que chirrió.

—¡Hild!

En esa ocasión, Espina no dijo a su madre que había renunciado a ese nombre a los seis años, cuando había pinchado a su padre con su propia daga y él la había llamado «espina». Necesitó toda la fuerza que le quedaba para extender las piernas y levantarse, dolorida, cansada y de pronto absurdamente avergonzada del estado en que se encontraba.

Aunque a ella le diera igual el aspecto de las cosas, sabía que su madre le daba importancia. Cuando Espina se acercó a la luz, su madre se llevó una mano pálida a la boca.

—Dioses, pero ¿qué te han hecho?

Espina se señaló la cara, haciendo sonar las cadenas.

—Esto fue en el cuadrado.

Su madre se acercó a los barrotes, con los ojos ribeteados de un rosa lloroso.

—Dicen que asesinaste a un chico.

—No fue asesinato.

—Pero ¿sí que mataste a un chico?

Espina tragó saliva, raspando la garganta reseca.

—Edwal.

—Dioses —volvió a musitar su madre, con un labio tembloroso—. Oh, dioses, Hild, ¿por qué no podías...?

—¿Ser quien no soy? —terminó la pregunta Espina.

Ser alguien sencillo, alguien normal. Una hija que nunca quisiera empuñar nada más pesado que una aguja, que vistiera seda sureña en vez de cota de mallas

y que no albergara más sueño que el de llevar al pecho la llave de algún hombre rico.

—Sabía que terminaría pasando —dijo su madre con amargura—, desde el primer día que fuiste al cuadrado. Desde el momento en que vimos a tu padre muerto, sabía que pasaría.

Espina notó un tic en la mejilla.

—Espero que te consuele saber cuánta razón tenías.

—¿Crees que algo de todo esto me consuela? ¡Dicen que van a aplastar con piedras a mi única hija!

Espina tuvo un escalofrío al escuchar aquello, uno muy gélido. A duras penas logró respirar. Se sentía como si ya estuvieran apilando las piedras sobre ella.

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo.

—¿Y el padre Yarvi?

El clérigo dictaba la ley. El clérigo sería quien dictara sentencia.

—No lo sé. Creo que no. Aún no.

«Aún no», ahí terminaban sus esperanzas. Espina se notó tan débil que casi no podía ni asir los barrotes. Estaba acostumbrada a poner una cara valiente por mucho miedo que tuviera, pero la Muerte era una dama difícil de afrontar con valor en el rostro. La más difícil de todas.

—Es mejor que te vayas —instó la guardallaves mientras tiraba de la madre de Espina.

—Rezaré —le aseguró ya desde fuera, con la cara surcada de lágrimas—. ¡Rezaré por ti al Padre Paz!

Espina quería responder: «Al cuerno con el Padre Paz», pero no encontró el aliento. Había renunciado a los dioses cuando dejaron morir a su padre,

desoyendo todas sus plegarias, pero cada vez daba más la impresión de que su mejor opción era un milagro.

—Lo siento —dijo la guardallaves, empujando la puerta con el hombro para cerrarla.

—Ni la mitad que yo.

Espina cerró los ojos y dejó caer la frente sobre los barrotes, apretando con fuerza la bolsita que llevaba bajo la camisa sucia. La bolsita que contenía los huesos de los dedos de su padre.

«Nadie tiene mucho tiempo, y el tiempo que pasas compadeciéndote es tiempo perdido.» Espina siempre había hecho caso hasta de la última palabra de su padre, pero si alguna vez había existido un momento para compadecerse, tenía que ser aquel. Nombrarla asesina no tenía nada de imparcial. Nada de justo. Pero a ver quién iba a Edwal con el cuento de la justicia. Se repartiera como se repartiera la culpa ella lo había matado. ¿Acaso su sangre no se le había secado en la manga?

Había matado a Edwal. Ahora la matarían a ella.

Entreoyó una conversación al otro lado de la puerta. Era la voz de su madre, suplicando, adulando, sollozando. Y luego la de un hombre, fría y controlada. No alcanzaba a entender las palabras, pero sonaban duras. Se encogió al ver abrirse la puerta y retrocedió a la oscuridad de su celda mientras el padre Yarvi cruzaba el umbral.

Era un hombre extraño. Era casi tan raro ver a hombres clérigos como a mujeres en el cuadrado de entrenamiento. Solo tenía unos pocos años más que Espina, pero tenía los ojos de un hombre mayor. Eran ojos que habían visto cosas. Se contaban de él historias muy extravagantes. Que se había sentado en la Silla Negra pero había renunciado a ella. Que había hecho un profundo juramento de venganza. Que había matado a su tío Odem con la espada curva que siempre llevaba al cinto. Decían que era tan astuto como el Padre Luna, que pocas veces convenía fiarse de él y ninguna interponerse en su camino. Y era en sus manos, o más bien en su mano buena, porque la otra era un pedazo de carne retorcida, donde estaba la vida de Espina.

—Espina Bathu —dijo el clérigo—, se te ha nombrado asesina.

Lo único que pudo hacer ella fue asentir con la cabeza, entre breves jadeos

nerviosos.

—¿Tienes algo que decir?

Quizá debería haber escupido palabras desafiantes. O haberse reído de la Muerte. Le explicaron que era lo que había hecho su padre, mientras yacía perdiendo su última sangre a los pies de Grom-gil-Gorm. Pero lo único que quería ella era vivir.

—No quería matarlo —gorjeó—. El maestro Hunnan puso a tres contra mí. ¡No fue asesinato!

—Para Edwal eso solo son matices.

Espina sabía que era cierto. Estaba intentando contener las lágrimas, avergonzada de su cobardía, pero no podía evitarlo. Cómo deseaba no haber ido nunca al cuadrado, aprender a sonreír bien y a contar monedas como siempre había querido su madre. Pero con deseos no se compra nada.

—Por favor, padre Yarvi, dadme una oportunidad. —Miró sus ojos tranquilos, fríos, entre grises y azulados—. Aceptaré cualquier castigo. Cumpliré cualquier pena. ¡Lo juro!

El clérigo enarcó una ceja descolorida.

—Deberías tener cuidado con los juramentos que haces, Espina. Cada uno es una cadena que te apresa. Yo juré vengarme de los asesinos de mi padre y el juramento sigue siendo una carga pesada. El que acabas de hacer podría acabar pesándote mucho.

—¿Acaso más que las piedras con las que me aplastarán? —Abrió las manos y se acercó tanto a él como le permitieron las cadenas—. Pronuncio un juramento-sol y un juramento-luna. Prestaré cualquier servicio que consideréis adecuado.

El clérigo frunció el ceño a sus manos sucias extendidas hacia él, suplicantes. Frunció el ceño a las lágrimas de desesperación que bajaban por sus mejillas. Poco a poco, inclinó la cabeza a un lado como un mercader que la estuviera evaluando. Por fin dejó escapar un suspiro largo y reacio.

—De acuerdo, muy bien.

Cayó el silencio mientras Espina interpretaba sus palabras.

—¿No vais a aplastarme con piedras?

El padre Yarvi meneó la mano deforme, haciendo oscilar su único dedo.

—Las más grandes me cuesta levantarlas.

Más silencio, el suficiente para que el alivio se transformara en sospecha.

—Entonces... ¿cuál es mi sentencia?

—Ya se me ocurrirá algo. Soltadla.

La carcelera inspiró aire entre los dientes, como si abrir cualquier cerradura fuese un acto doloroso, pero hizo lo que se le ordenaba. Espina se frotó las rozaduras que le había dejado el grillete en la muñeca, sintiendo una extraña ligereza sin su peso. Tanta ligereza que se preguntó si estaría soñando. Apretó los párpados con fuerza y protestó cuando la guardallaves le arrojó sus botas a la tripa. No era un sueño, pues.

No pudo evitar sonreír mientras se calzaba.

—Esa nariz parece rota —dijo el padre Yarvi.

—No es la primera vez.

Si salía de aquella sin nada peor que una nariz rota, podía darse con un canto en los dientes.

—Déjame ver.

Los clérigos eran sanadores antes que nada, de modo que Espina no se encogió cuando él se acercó y apretó con suavidad sus pómulos, arrugando la frente por la concentración.

—Ah —murmuró ella.

—Perdona, ¿te ha dolido?

—Solo un po...

El clérigo le embutió un dedo en un agujero de la nariz y apretó sin piedad el caballete con el pulgar. Espina ahogó un grito, se arrodilló sin remedio, oyó un chasquido y notó un dolor cegador en la cara mientras sus lágrimas fluían más libres que nunca.

—Arreglado —dijo el padre Yarvi, limpiándose la mano en la camisa de Espina.

—¡Dioses! —gimoteó ella, cubriéndose la cara palpitante.

—A veces un poco de dolor nos ahorra mucho más en el futuro. —El padre Yarvi ya se dirigía hacia la puerta, por lo que Espina trotó hasta alcanzarlo y, sin dejar de preguntarse dónde estaba la trampa, salió tras él.

—Gracias por tu amabilidad —murmuró mientras pasaban delante de la guardallaves.

La mujer la miró fijamente.

—Espero que nunca vuelvas a necesitarla.

—No te ofendas, pero lo mismo digo.

Y dicho eso, Espina siguió al padre Yarvi por el oscuro pasillo y escalera arriba, hasta que la luz la hizo parpadear.

Quizá tuviera solo una mano, pero a ese hombre le funcionaban bien las piernas. El clérigo cruzó a buen ritmo el patio de la ciudadela, con la brisa arrancando susurros a las ramas del viejo cedro por encima de ellos.

—Tendría que ir a hablar con mi madre... —dijo, apretando el paso para no quedarse atrás.

—Ya lo he hecho yo. Le he explicado que te he declarado inocente de asesinato, y que has hecho juramento de servirme.

—Pero... ¿cómo sabíais que yo...?

—Un clérigo está obligado a saber lo que va a hacer la gente —respondió el padre Yarvi con un bufido—. Y de momento no eres un pozo muy profundo al que asomarse, Espina Bathu.

Cruzaron la Puerta de los Alaridos y salieron de la ciudadela a las calles que se extendían por debajo del gran peñasco, en dirección a la Madre Mar. Bajaron escalones engañosos y cruzaron callejuelas estrechas en pronunciada pendiente, entre las casas apiñadas y las personas que se apiñaban entre ellas.

—No voy a la incursión del rey Uthil, ¿verdad?

Era una bobada de pregunta, claro, pero salir de la sombra de la Muerte había dado a Espina suficiente luz para lamentar sus sueños destrozados.

El padre Yarvi no estaba para lamentaciones.

—Da gracias de que no vayas bajo tierra.

Descendieron por la calle de los Yunques, donde Espina había pasado largas horas mirando las armas con la codicia de un niño mendigo por unos pasteles. Donde Espina había montado a hombros de su padre, entre risitas de orgullo cada vez que un herrero suplicaba al hombretón que se fijara en su trabajo. Pero en aquellos momentos el metal brillante expuesto frente a las forjas solo parecía burlarse de ella.

—Nunca seré una guerrera de Gettlandia. —Lo dijo con un hilo de voz apenada, pero Yarvi tenía buen oído.

—Mientras vivas, lo que puedas llegar a ser está en tus manos antes que en las de ningún otro. —El clérigo se frotó con suavidad unas marcas deslucidas que tenía en el cuello—. Siempre hay una manera, solía decirme la reina Laithlin.

Espina cayó en la cuenta de que había enderezado un poco la espalda con solo oír el nombre. Laithlin no sería una guerrera, pero a Espina no se le ocurría nadie a quien admirara más.

—La Reina Dorada es una mujer que ningún hombre osa tomarse a la ligera —dijo.

—Así es. —Yarvi miró a Espina de soslayo—. Si aprendes a templar la tozudez con buen juicio, a lo mejor un día tú también lo serás.

Parecía que aún faltaba bastante para que llegara ese día. Allá por donde pasaban la gente se inclinaba, murmuraba «Padre Yarvi» y dejaba pasar al clérigo de Gettlandia, pero torcía el gesto y negaba con la cabeza al ver a Espina

correteando detrás de él, mugrosa y deshonrada, por las puertas de la ciudad y los ajetreados muelles. Esquivaron a marineros y mercaderes de todos los países del mar Quebrado y de algunos mucho más lejanos, y Espina se agachó bajo las redes empapadas de los pescadores y rodeó sus brillantes y saltarinas capturas.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A Casa Skeken.

Se quedó petrificada, boqueando, y estuvo a punto de derribarla una carretilla que pasaba. En toda su vida nunca se había alejado de Thorlby más de medio día de marcha.

—O también puedes quedarte aquí —le soltó Yarvi por encima del hombro—. Ya tienen las piedras preparadas.

Espina tragó saliva y volvió a afanarse por alcanzarlo.

—Iré.

—Eres tan sabia como hermosa, Espina Bathu.

Aquello podía ser un cumplido doble o un insulto doble, y Espina sospechó que se trataba de lo segundo. Sus botas hicieron resonar los viejos tablones de un embarcadero mientras el agua salada salpicaba el verdín enganchado a los pilares bajo sus pies. Amarrado a él se mecía un barco pequeño pero elegante, con sendas palomas pintadas de blanco montadas a proa y a popa. Los escudos de colores brillantes que ribeteaban las bordas parecían indicar que estaba tripulado y listo para zarpar.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

—Me ha convocado el Alto Rey.

—¿El Alto... Rey? —Espina se miró la ropa, casi rígida por la mugre de la celda y rebozante en su propia sangre y la de Edwal—. ¿Puedo cambiarme, al menos?

—No tengo tiempo para tu vanidad.

—Apesto.

—Te arrastraremos detrás del barco para lavarte.

—¿Lo haréis?

El clérigo alzó una ceja.

—No tienes sentido del humor, ¿verdad?

—Enfrentarse a la Muerte quita un poco el gusto por los chistes —murmuró.

—Ahí es donde más falta hace. —Había un hombre mayor y robusto desatando la maroma de proa, que arrojó al barco mientras ellos subían—. Pero no te preocupes. La Madre Mar te habrá lavado más veces de las que puedas soportar para cuando lleguemos a Casa Skeken. —Aquel hombre era un guerrero, Espina se lo notaba en la postura, en el amplio rostro maltratado por el clima y la guerra—. Los dioses consideraron adecuado quitarme mi fuerte mano izquierda. —Yarvi le enseñó aquella zarpa retorcida y movió el único dedo—. Pero a cambio me dieron a Rulf. —Dio una palmada en el carnoso hombro del viejo—. Aunque no siempre ha sido fácil, la verdad es que creo que no es mal trato.

Rulf alzó una poblada ceja.

—¿Quieres saber lo que opino yo del trato?

—No —dijo Yarvi, embarcando de un salto. Espina solo pudo encogerse de hombros mirando al guerrero de barba gris y saltar tras el clérigo—. Bienvenida al *Viento del Sur*.

Ella plegó la lengua y escupió por la borda.

—No me siento muy bienvenida.

Habría unos cuarenta remeros de pelo entrecano sentados en sus cofres de mar, fulminándola con la mirada y con todo el aspecto de estar pensando: «¿Qué hace aquí esta chica?».

—Las actitudes más feas no paran de repetirse —dijo entre dientes.

El padre Yarvi asintió con la cabeza.

—Así es la vida. Raro es el error que solo se comete una vez.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Me da la impresión de que, si me negase, preguntarías de todas formas.

—No soy un pozo demasiado profundo al que asomarse, supongo.

—Pues habla.

—¿Qué hago aquí?

—Es una pregunta que se han hecho hombres santos y mujeres astuciosas desde hace mil años, sin acercarse siquiera a una respuesta.

—Prueba a sacarle el tema a Brinyolf, el tejedor de plegarias —refunfuñó Rulf, apartándolos del muelle con la vara de una lanza—. Se te caerán las orejas de aburrimiento con sus discursos del porqué no sé qué y el por mor de no sé cuántos.

Con la mirada perdida en el lejano horizonte como si pudiera ver las respuestas escritas en las nubes, Yarvi musitó:

—¿Quién, ciertamente, puede avistar siquiera los grandes designios de los dioses? ¡Sería como preguntar adónde fueron los elfos!

Y el anciano y el joven se sonrieron de oreja a oreja. Estaba claro que esta farsa no era nueva para ellos.

—De acuerdo —dijo Espina—. Me refería a por qué me habéis traído a este barco.

—Ah. —Yarvi volvió la cabeza hacia Rulf—. ¿Por qué crees que, en vez de tomar el camino fácil y aplastarla, arriesgo todas nuestras vidas trayendo a la renombrada asesina Espina Bathu a bordo de mi barco?

Rulf se apoyó un momento en su lanza, rascándose la barba.

—La verdad es que ni idea.

Yarvi miró de nuevo a Espina con los ojos muy abiertos.

—Si no confío mis motivos ni siquiera a mi mano izquierda, ¿por qué iba a confiárselos a alguien de tu calaña? Por el olor, digo.

Espina se frotó las sienes.

—Necesito sentarme.

Rulf le puso una mano paternal en el hombro.

—Lo comprendo. —La hundió sobre el cofre más cercano con tanta fuerza que la hizo caer por el otro lado con un chillido, al regazo del hombre que estaba sentado detrás—. Este es tu remo.

## FAMILIA

—Llegas tarde.

Rin tenía razón. El Padre Luna ya lucía una sonrisa brillante, y sus hijas, las estrellas, titilaban en el paño del cielo, y la estrecha casita estaba iluminada solo por ascuas cuando Brand se agachó para pasar bajo el dintel.

—Lo siento, hermana. —Llegó agachado a su banco y se dejó caer con un largo gemido, se sacó las botas y acercó al calor los dedos de sus pies doloridos—. Harper tenía más turba que cortar y luego la vieja Fen necesitaba ayuda para entrar unos leños a casa. No iba a cortarlos ella, y tenía el hacha tan roma que me ha tocado afilarla, y de camino hacia aquí se ha salido un eje de la carreta de Lem y entre unos cuantos le hemos ayudado a...

—Tu problema es que haces el problema de todos tu problema.

—Si ayudas a la gente, a lo mejor cuando lo necesites te ayudarán a ti.

—A lo mejor. —Rin señaló con la barbilla la cacerola que reposaba en los rescoldos del fuego—. Tienes cena. Los dioses saben que me ha costado horrores no acabármela toda.

Brand le dio una palmada en la rodilla mientras se inclinaba para alcanzar la comida.

—Bendita seas por hacerlo, hermana. —Aunque tenía un hambre atroz, pero se acordó de musitar un agradecimiento al Padre Tierra por los alimentos. Aún recordaba lo que era no tenerlos—. Está bueno —dijo, obligándose a tragar.

—Estaba mejor recién hecho.

—Sigue estando bueno.

—No es verdad.

Brand se encogió de hombros mientras devoraba los últimos bocados, deseando que hubiera más.

—Las cosas cambiarán ahora que he superado las pruebas. La gente regresa enriquecida de incursiones como esta.

—La gente viene a la fragua antes de cada incursión explicando lo ricos que van a hacerse. A veces ya no vuelven nunca más.

Brand le sonrió.

—No te librarás de mí tan fácilmente.

—Ni lo pretendo. Por muy tonto que seas, no tengo más familia que tú.

Rin sacó un fardo de detrás de ella y se lo tendió. Era algo envuelto en piel de animal, manchada y raída.

—¿Es para mí? —preguntó él, extendiendo el brazo por encima de los cálidos restos del fuego.

—Para que te haga compañía en tus grandes aventuras. Para que te recuerde al hogar. Para que te recuerde a tu familia, aunque tengas poca.

—No necesito más familia que tú.

La piel envolvía un cuchillo de brillante acero pulido: una daga de guerrero con la hoja larga y recta, el guardamano labrado en forma de serpientes entrelazadas y el pomo como una cabeza de dragón rugiente.

Rin se incorporó para ver si a su hermano le había gustado el regalo.

—Un día te haré una espada. De momento, esto era lo más que me he atrevido.

—¿La has hecho tú?

—Gaden me ha ayudado un poco con la empuñadura, pero el acero es todo mío.

—Es un trabajo muy bueno, Rin. —Cuanto más la miraba mejor aspecto tenía, con todas las escamas de las serpientes marcadas, el dragón enseñándole los dientecitos y el acero reluciente como la plata, además de afiladísimo. Casi no se atrevía a tocar el arma. Parecía demasiado buena para sus manos sucias—. Dioses, es una obra maestra.

Ella se reclinó sin darle importancia, como si ya lo supiera.

—Creo que he encontrado una forma mejor de refinar el acero. Con más calor, en una especie de tinaja de arcilla. Hueso y carbón para ligar el hierro, arena y vidrio para sacar la porquería y dejar el acero puro. Pero la clave está en el calor... y tú no me escuchas.

Brand se disculpó levantando los hombros.

—Yo sé dar martillazos, pero nunca llegaré a entender esa magia. Eres diez veces mejor herrera de lo que yo fui jamás.

—Gaden dice que soy una favorita de Aquella Que Golpea El Yunque.

—Pues estará bien contenta de que yo dejase la fragua y entraras tú de aprendiza.

—Tengo un don.

—Sí, el don de la modestia.

—La modestia es para quienes no tienen nada de qué alardear.

Brand sopesó la daga y comprobó que tenía muy buen equilibrio.

—Mi hermanita, la señora de la forja. Nunca me han hecho un regalo mejor. —Tampoco es que le hubieran hecho muchos—. Ojalá tuviera algo que darte yo a cambio.

Ella se recostó en su banco y se tapó las piernas con la andrajosa manta.

—Ya me has dado todo lo que tengo.

Brand hizo una mueca.

—No es gran cosa, ¿verdad?

—No me quejo.

Tendió sobre el fuego su mano fuerte, encallecida y llena de costras de trabajar en la fragua y, cuando él se la cogió, se dieron un apretón. Brand carraspeó, mirando la tierra apisonada del suelo.

—¿Estarás bien mientras dure esta incursión?

—Seré como una nadadora que por fin se ha podido quitar la armadura.

Le puso su cara de pocos amigos, pero no logró engañar a su hermano. Rin tenía quince años y Brand era su única familia, y tenía miedo, y eso le daba miedo a él también. Miedo a luchar. Miedo a irse de casa. Miedo a dejarla sola.

—Volveré, Rin. Antes de que te des cuenta.

—Y cargado de tesoros, seguro.

Él le guiñó un ojo.

—Entre canciones que celebren mis grandes hazañas y con una docena de buenos esclavos isleños de mi propiedad.

—¿Dónde dormirán?

—En la casa de piedra que te compraré arriba, cerca de la ciudadela.

—Tendré una habitación solo para guardar la ropa —dijo Rin, acariciando la pared de zarzo con la yema de los dedos.

Como hogar no era gran cosa, pero los dioses sabían lo mucho que agradecían tenerlo. Hubo un tiempo en que lo único que tenían sobre las cabezas era el clima.

Brand se tumbó también, acurrucado porque ya hacía tiempo que se le salían las piernas del banco, y empezó a desenrollar su oloroso retal de manta.

—Rin —descubrió que acababa de decir—, puede que haya hecho una estupidez.

No se le daba muy buen guardar secretos, y mucho menos con ella.

—¿Cuál ha sido esta vez?

Brand empezó a hurgar en uno de los muchos agujeros de su manta.

—He dicho la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre Espina Bathu.

Rin se tapó la cara con las dos manos.

—¿Qué te pasa con esa chica?

—¿Por qué lo dices? Si ni siquiera me cae bien.

—No le cae bien a nadie. Es una astilla clavada en el culo del mundo. Pero por lo visto tú no puedes parar de rascar.

—Los dioses han cogido la costumbre de juntarnos, supongo.

—¿Has probado a alejarte? Mató a Edwal. Lo mató. Está muerto, Brand.

—Lo sé. Yo estaba presente. Pero no fue asesinato. ¿Qué debería haber hecho? Dímelo, ya que eres la lista. ¿Cerrar la boca como todos los demás? ¿Callarme y dejar que la aplasten con piedras? ¡No podía cargar con ese peso! —Se dio cuenta de que casi gritaba, dejando aflorar la rabia, y se obligó a bajar la voz—. No podía.

Los dos hermanos se quedaron en silencio, mirándose con dureza, y la hoguera soltó una vaharada de chispas al derrumbarse.

—¿Por qué siempre has de ser tú el que lo arregle todo? —preguntó Rin.

—Porque nadie más lo hace, supongo.

—Has sido un buen chico toda la vida. —Rin rodó sobre su espalda y contempló el hueco por donde salía el humo y la rendija de cielo estrellado que dejaba ver—. Ahora eres un buen hombre, y ahí está tu problema. Nunca he visto a

nadie mejor que tú en hacer cosas buenas que den tan mal resultado. ¿A quién has ido con tu historia?

Brand tragó saliva, de pronto muy interesado también en el agujero del tejado.

—Al padre Yarvi.

—¡Por todos los dioses, Brand! No te gusta hacer las cosas a medias, ¿eh?

—Nunca me ha gustado —respondió en voz baja—. Pero supongo que acabará saliendo bien, ¿verdad? —añadió con tono suplicante, desesperado por una respuesta afirmativa.

Ella se quedó mirando al techo, así que Brand volvió a coger la daga y observó cómo cambiaban los colores del fuego reflejados en el brillante acero.

—De verdad que es muy buen trabajo, Rin.

—Anda, duérmete, Brand.

## HINCAR LA RODILLA

—Ante la duda, arrodíllate. —Rulf ocupaba su puesto de timonel en la toldilla del *Viento del Sur*, con la caña del timón bien sujeta bajo el brazo—. Arrodíllate del todo y arrodíllate mucho.

—Arrodillarme —mascullό Espina—. Entendido.

Le había tocado un remo en la parte trasera del barco, la más trabajosa y la menos digna, y, para colmo, bajo la siempre atenta mirada de Rulf. Espina no paraba de retorcerse en su cofre de mar, forzando el cuello para ver Casa Skeken, pero entre la bruma y la llovizna no podía distinguir más que sombras de fantasmas. Los amenazadores fantasmas de las famosas murallas élficas. El difuminado espectro de la inmensa Torre de la Clerecía.

—Casi que mejor no levantes las rodillas del suelo en todo el tiempo que estemos aquí —dijo Rulf—. Y, por los dioses, ten quieta esa lengua. Como ofendas en algo a la abuela Wexen, el aplastamiento con piedras te parecerá una caricia.

A medida que se acercaban, Espina vio unas siluetas reunidas en el muelle. Las siluetas se convirtieron en hombres. Los hombres, en guerreros. Una guardia de honor, aunque cobraron más aire de escolta carcelaria mientras amarraban el *Viento del Sur* y el padre Yarvi y su zarrapastrosa tripulación bajaban al embarcadero resbaladizo por la lluvia.

A sus dieciséis inviernos, Espina era más alta que la mayoría de los hombres, pero cualquiera habría llamado gigante al que se les acercó, que le sacaba al menos una cabeza. Su larga cabellera y su barba estaban oscurecidas por la lluvia y salpicadas de canas, y la piel blanca que llevaba a los hombros, perlada de rocío.

—Caramba, padre Yarvi —dijo con una voz cantarina que sonaba extraña

viniendo de una complexión tan poderosa—. Han pasado demasiadas estaciones desde la última vez que conversamos.

—Tres años —respondió el clérigo, haciendo una reverencia—. Desde aquel día en el Salón de los Dioses, mi rey.

Espina parpadeó. Había oído que el Alto Rey era un viejo fofo, medio ciego y asustado de su propia comida, una descripción que le pareció injusta en todos los aspectos. Había aprendido a evaluar la fuerza de un hombre en el cuadrado de entrenamiento, y dudaba mucho haber visto alguna vez a otro más fuerte que aquel. Sus cicatrices revelaban que era un guerrero y las numerosas armas que llevaba en su cinturón de hebilla dorada lo confirmaban. El hombre que se alzaba frente a Espina en verdad tenía aspecto de rey.

—Lo recuerdo bien —dijo el gigante—. Todo el mundo fue muy, muy grosero conmigo. Así es la hospitalidad de los gettlandeses, ¿eh, madre Scaer? —La mujer de cabeza afeitada que había llegado con él miró a Yarvi y sus acompañantes con desprecio, como si fuesen montones de estiércol—. ¿Y quién es esta? —preguntó mientras su mirada se posaba en Espina.

Aunque tenía mucha experiencia en empezar peleas, todas las demás formas de etiqueta eran un misterio para ella. Cada vez que su madre intentaba explicarle cómo debía comportarse una chica, cuándo debía inclinarse, cuándo arrodillarse y cuándo sostener su llave, ella asentía como si escuchara mientras pensaba en espadas. Pero Rulf le había dicho que hincara la rodilla, así que la bajó con torpeza, evitando tropezar por los pelos, hasta las piedras mojadas del muelle mientras se apartaba el pelo empapado de la cara.

—Mi rey. Mi Alto... Rey, quiero decir.

Yarvi resopló.

—Esta es Espina Bathu, mi nueva bufona.

—¿Y cómo está resultando?

—De momento, pocas risas.

El gigante sonrió de oreja a oreja.

—Yo no soy más que un rey bajo, niña. Soy el pequeño rey de Vansterlandia

y me llamo Grom-gil-Gorm.

Espina sintió que se le revolvían las tripas. Hacía años que soñaba con encontrar al hombre que había matado a su padre, pero en ninguno de sus sueños ocurría nada parecido a aquello. Acababa de arrodillarse a los pies del Rompeespadas, el Hacehuérfanos, el enemigo más acérrimo de Gettlandia, a cuyas órdenes había incursiones por toda la frontera en aquellos mismos momentos. Vio las cuatro vueltas al cuello que le daba su cadena, compuesta de los pomos arrancados a las espadas de enemigos caídos. Uno de ellos, como bien sabía Espina, pertenecía a la espada que tenía en casa. Su posesión más preciada.

Se levantó despacio, tratando de reunir los jirones de su destrozada dignidad. No tenía puño de espada en el que apoyar la mano, pero alzó un mentón desafiante igual que si fuese una hoja afilada.

El rey de Vansterlandia la miró desde arriba como un gran sabueso mira a un gatito con el pelo erizado.

—Estoy acostumbrado al desdén de los gettlandeses, pero esta tiene hielo en la mirada.

—Como si quisiera ajustar alguna cuenta —dijo la madre Scaer.

Espina agarró la bolsita que tenía al cuello.

—Vos matasteis a mi padre.

—Ah. —Gorm se encogió de hombros—. Muchos hijos pueden decir lo mismo. ¿Cómo se llamaba?

—Storn el Acantilado.

Espina había esperado burlas, amenazas, incluso rabia, pero en cambio al rey de Vansterlandia se le iluminó el rostro.

—¡Ah, ese sí que fue un duelo merecedor de canciones! Recuerdo hasta el último paso y el último tajo que dimos. ¡El Acantilado era un gran guerrero, un enemigo más que digno! En las mañanas frías como esta todavía siento la herida que me hizo en la pierna. Sin embargo, la Madre Guerra estuvo de mi parte. Me insufló su aliento en la cuna. Los presagios dicen que ningún hombre puede matarme, y hasta ahora se ha demostrado cierto. —Dedicó una sonrisa animada a

Espina mientras hacía girar un pomo de su cadena con movimientos descuidados de sus enormes dedos índice y pulgar—. ¡La hija de Storn el Acantilado se ha convertido en una mujer, y de las altas! Cómo pasan los años, ¿eh, madre Scaer?

—Siempre —dijo la clériga, mirando a Espina con el azul intenso de unos ojos entrecerrados.

—Pero no podemos estar todo el día contando batallitas. —Gorm hizo un ademán vistoso para abrirles el paso—. El Alto Rey te espera, padre Yarvi.

Grom-gil-Gorm los guió por los muelles encharcados y Espina anduvo tras ellos sin hacerse notar, fría, hecha una sopa, amargada e impotente, con toda su ilusión por ver la mayor ciudad del mar Quebrado arrancada de cuajo. Si las miradas torvas a la espalda matasen, el Rompeespadas habría caído ensangrentado a través de la Última Puerta ese mismo día, pero los ceños no son filos y el odio de Espina no cortaba a nadie salvo a ella.

La tripulación del *Viento del Sur* cruzó con paso trabajoso unos enormes portones y entró en un vestíbulo cuyas paredes estaban cubiertas, desde el suelo pulido hasta el alto techo, de armas. Espadas antiguas y devoradas por la herrumbre. Lanzas con las astas partidas. Escudos tajados y astillados. Las armas que una vez pertenecieron a la montaña de cadáveres que escaló Bail el Constructor para convertirse en el primer Alto Rey. Las armas de los ejércitos que sus sucesores masacraron al extender su poderío desde Yutmarca por las tierras bajas, hasta dominar Inglefold y la mitad de las costas del mar Quebrado. Siglos de victorias, y aunque las espadas, las hachas y los yelmos hendidos no tenían voz, todos juntos transmitían un mensaje más elocuente que los susurros de cualquier clérigo, más ensordecedor que los bramidos de cualquier maestro de armas: «Oponerse al Alto Rey es muy mala idea».

—Debo reconocer —estaba diciendo el padre Yarvi— que me sorprende encontrar al Rompeespadas haciendo de portero del Alto Rey.

Gorm lo miró de reojo, con el gesto torcido.

—Todos debemos arrodillarnos ante alguien.

—Algunos nos arrodillamos con más facilidad que otros, sin embargo.

La expresión de Gorm se oscureció aún más, pero su clériga habló antes que él.

—La abuela Wexen puede ser muy convincente.

—¿Ya os ha convencido de adorar a la Diosa Única? —preguntó Yarvi.

El desdén salió tan fuerte desde la nariz de Scaer que no se manchó el pecho de mocos de puro milagro.

—Nada podrá arrancarme del abrazo sangriento de la Madre Guerra —rugió Gorm—. Eso puedo prometértelo.

Yarvi sonrió como si estuviera charlando con amigos.

—Mi tío lo dice exactamente con las mismas palabras. Hay tantas cosas que Gettlandia y Vansterlandia tienen en común... Rezamos igual, hablamos igual, luchamos igual. Lo único que nos separa es un río estrecho.

—Y centenares de años de padres muertos e hijos muertos —musitó Espina entre dientes.

—Chitón —susurró Rulf a su lado.

—Tenemos un pasado sangriento —concedió Yarvi—, pero los buenos líderes deben dejar el pasado a su espalda y mirar al futuro. Cuantas más vueltas le doy, más me parece que nuestras rencillas solo sirven para debilitarnos a ambos y beneficiar a otros.

—Entonces ¿deberíamos enlazar los brazos, después de tantas batallas? —Espina vio cómo la comisura de los labios de Gorm se curvaba en una sonrisa—. ¿Danzar juntos sobre nuestros muertos hacia un futuro brillante?

Sonrisas y danzas, mientras Espina echaba un vistazo rápido a las armas de las paredes, preguntándose si podría sacar una de sus abrazaderas y hundirla en el cráneo de Gorm antes de que Rulf se lo impidiera. Esa sí que sería una hazaña digna de una guerrera de Gettlandia.

Pero Espina no era una guerrera de Gettlandia y nunca lo sería.

—El sueño que tejes es hermoso, padre Yarvi. —Gorm dio un suspiro—. Pero ya tejiste sueños hermosos para mí una vez. Todos tenemos que despertar y, nos guste o no arrodillarnos, el alba pertenece al Alto Rey.

—Y a su clériga —dijo la madre Scaer.

—A ella más que a nadie —asintió el Rompeespadas, abriendo las grandes puertas que había al final del vestíbulo.

Espina recordaba perfectamente la única vez que había estado en el Salón de los Dioses de Gettlandia, contemplando el cuerpo frío y pálido de su padre, intentando apretar la mano de su madre con la fuerza suficiente para que dejara de llorar. Le había parecido la sala más inmensa del mundo, demasiado enorme para que la hubiera construido el hombre. Pero la Cámara de los Susurros estaba levantada por manos élficas. En su interior podrían caber cinco Salones de los Dioses, y aún sobraría espacio para plantar una buena cosecha de cebada. Sus muros de lisa piedra élfica y negro cristal élfico se alzaban y se alzaban hasta difuminarse en la lejana penumbra.

Seis estatuas inmensas de los altos dioses los observaban desde arriba con el rostro grave, pero el Alto Rey había dejado de adorarlos y había puesto a trabajar a sus mamposteros. Ahora había una séptima deidad por encima de todos ellos: la Diosa de los Sureños, la Diosa Única, que no era ni mujer ni hombre, que ni sonreía ni sollozaba, sus brazos extendidos en una invitación asfixiante, sus ojos contemplando con insulsa indiferencia los mezquinos asuntos de la humanidad.

Había un grupo de personas al fondo del enorme espacio y en una tribuna de metal élfico suspendida a diez veces la altura de un hombre, y también se veía un círculo de caras minúsculas en una segunda plataforma que se alzaba a la misma distancia por encima de la primera. Espina vio vansterlandeses de largo cabello trenzado, trovenlandeses cuyos brazos estaban cubiertos desde el codo hasta el hombro por los aros que empleaban como moneda. Vio isleños de rostro curtido, robustos tierrabajeños y las barbas desaseadas de los inglingos. Vio mujeres esbeltas que tomó por shendas y rollizos mercaderes de Sagenmarca. Vio emisarios de piel oscura procedentes de Catalia, o del Imperio del Sur, o tal vez de más lejos incluso.

Al parecer, se habían reunido allí todos los pueblos del mundo con el propósito común de lamer el culo al Alto Rey.

—¡El más grande de todos los hombres! —exclamó el padre Yarvi—. ¡Aquel que se sienta entre reyes y dioses! ¡Me postro ante vos!

Y le faltó arrojarse en plancha al suelo, mientras los ecos de su voz

ascendían a las tribunas, resonaban y se desmenuzaban en el millar de millares de susurros que daban su nombre al salón.

Resultó que en realidad los rumores habían sido hasta demasiado generosos con el más grande de los hombres. Era un despojo marchito en un trono que le quedaba enorme, su cara toda hueso y pellejos lacios, su barba unos pocos matojos de canas. Lo único que mostraba algún signo de vida eran sus ojos, brillantes y endurecidos como el pedernal cuando clavaron la mirada en el clérigo de Gettlandia.

—¡Ahora es cuando te arrodillas, idiota! —susurró Rulf, tirando del cinturón de Espina para bajarla al suelo con él. Justo a tiempo, porque una mujer ya estaba cruzando el enorme espacio hacia ellos.

Tenía la cara redonda y un aire maternal, con profundas arrugas junto a sus ojos titilantes, el pelo encanecido muy corto y el basto tejido de su túnica gris barriendo el suelo con tanto peso que el dobladillo se había deshilachado en jirones mugrientos. Pero al cuello llevaba una cadena magnífica, con papelitos arrugados e inscritos con runas enhebrados en los eslabones.

—Tenemos entendido que la reina Laithlin está embarazada. —No tendría aspecto de heroína, pero por los dioses que su voz era heroica. Grave, suave, poderosa sin tener que esforzarse. Una voz que exigía atención. Una voz que ordenaba obediencia.

Incluso de rodillas, Yarvi supo cómo postrarse más.

—Los dioses la han bendecido, honorabilísima abuela Wexen.

—¿Un heredero a la Silla Negra, quizá?

—Esperemos que sí.

—Transmite nuestra más sentida felicitación al rey Uthil —intervino con voz rasposa el Alto Rey, sin que se reflejara el menor sentimiento o felicidad en su cara arrugada.

—Se la transmitiré encantado, tanto como ellos estarán de recibirla. ¿Me permitís levantarme?

La primera de los clérigos le dedicó su sonrisa más amable y levantó una

mano, mostrando a Espina los círculos concéntricos de diminuta escritura que llevaba tatuados en la palma.

—Estás bien como estás —dijo.

—Nos llegan historias preocupantes del norte —graznó el Alto Rey, antes de contraer los labios y pasar la lengua por el ancho hueco entre sus incisivos—. Hemos oído que el rey Uthil prepara una gran incursión contra los isleños.

—¿Una incursión, mi rey? —Yarvi parecía perplejo por algo que sabía todo el mundo en Thorlby—. ¿Contra nuestros bienamados compatriotas de las islas del mar Quebrado? —Rechazó la idea con un ademán de su mano contrahecha—. El rey Uthil tiene un temperamento belicoso y muchas veces en el Salón de los Dioses habla de hacer incursiones aquí y allá. En eso queda todo, creedme, pues paso todo el tiempo a su lado, allanando el camino del Padre Paz como me enseñó la madre Gundring.

La abuela Wexen echó atrás la cabeza y estalló en carcajadas, ricas y dulces como la melaza, despertando ecos que sonaban como un ejército risueño.

—Qué gracioso eres, Yarvi.

El golpe llegó con la rapidez de una serpiente. Fue con la mano abierta, pero tan fuerte que lo derribó de lado. La bofetada resonó en las tribunas elevadas con la nitidez de un latigazo.

Espina puso los ojos como platos y se levantó sin pensar. O al menos empezó a levantarse, porque Rulf la agarró por la camisa al instante y la obligó a arrodillarse de nuevo, reduciendo a un miserable gañido el reniego que iba a soltar.

—Abajo —gruñó él entre dientes.

De repente, el centro de aquella sala inmensa y desierta le pareció un lugar muy expuesto, y al reparar en la cantidad de hombres armados que había a su alrededor se le encogió el estómago y se le hinchó la vejiga.

La abuela Wexen la miró, ni asustada ni enfurecida. Con cierta curiosidad, como si Espina fuese una especie de hormiga que no terminaba de identificar.

—¿Quién es esta... persona?

—Una pobre lerda que ha jurado servirme. —Yarvi se incorporó y recuperó la postura arrodillada, con una mano en los labios manchados de sangre—. Disculpad su insolencia, pues padece de escaso sentido común y excesiva lealtad.

La abuela Wexen sonrió con la calidez de la Madre Sol, pero el hielo de su voz congeló a Espina hasta los huesos.

—La lealtad puede ser una gran bendición o una maldición terrible, niña. Todo depende de a quién se guarde. Existe un orden correcto de las cosas. Debe haber un orden, y los gettlandeses olvidáis cuál es vuestro lugar en él. El Alto Rey ha prohibido que se desenvainen las espadas.

—Lo he prohibido —repitió el Alto Rey, con una voz reducida a un siseo aflautado que apenas se oyó en la inmensidad.

—Si guerreáis contra los isleños, guerreáis contra el Alto Rey y su Clerecía —dijo la abuela Wexen—. Guerreáis contra los inglingos y los tierrabajeños, contra los trovenlandeses y los vansterlandeses, contra Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas, al que dicen los presagios que ningún hombre puede matar. —Señaló al asesino del padre de Espina, que estaba junto a la puerta y, al parecer, nada cómodo con su enorme rodilla hincada—. Guerreáis incluso contra la Emperatriz del Sur, que se ha comprometido a una alianza con nosotros hace poco. —La abuela Wexen separó los brazos para abarcar la inmensa estancia y su legión de ocupantes, y lo cierto era que el padre Yarvi y su harapiento grupo parecían un débil rebaño en comparación—. ¿Guerrearíais contra medio mundo, gettlandeses?

El padre Yarvi sonrió como un bobalicón.

—Como somos fieles siervos del Alto Rey, sus muchos y poderosos amigos solo nos confieren tranquilidad.

—En ese caso, dile a tu tío que deje de agitar su espada. Si se atreve a mostrar su filo sin la bendición del Alto Rey...

—El acero será mi respuesta —croó el anciano, con los ojos saltones y llorosos.

La voz de la abuela Wexen adoptó un matiz que erizó el vello de la nuca a Espina.

—Y habrá un castigo como no se ha visto desde la Ruptura del Mundo.

Yarvi se inclinó tanto que casi tocó el suelo con la nariz.

—Oh, la más elevada y gentil de entre nosotros, ¿quién querría contemplar tamaña rabia desatada? ¿Me permitiríais levantarme?

—Una cosa más, antes de eso —llegó una voz suave desde sus espaldas. Una joven caminaba hacia ellos con paso rápido, delgada, rubia y con una sonrisa frágil.

—Ya conoces a la hermana Isriun, tengo entendido —dijo la abuela Wexen.

Fue la primera vez que Espina veía a Yarvi quedarse sin palabras.

—Yo... Tú... ¿has entrado en la Clerecía?

—Es buen lugar para los rotos y los desposeídos. Deberías saberlo. —Isriun sacó un paño y limpió la sangre de la comisura de los labios de Yarvi. Sus gestos eran suaves, pero la mirada de sus ojos era todo menos eso—. Ahora somos de la misma familia, una vez más.

—Superó la prueba hace tres meses sin fallar ni una sola pregunta —dijo la abuela Wexen—. Ya ha adquirido vastos conocimientos en materia de reliquias élficas.

Yarvi tragó saliva.

—Qué sorpresa.

—El deber más solemne de la Clerecía es protegerlas —recitó Isriun—, y proteger el mundo de una segunda ruptura. —Se frotó las finas manos—. ¿Conoces a Skifr, la ladrona y asesina?

Yarvi parpadeó como si no comprendiera muy bien la pregunta.

—El nombre me suena de algo...

—Está buscada por la Clerecía. —La expresión de Isriun se había vuelto aún más mortífera—. Allanó las ruinas élficas de Strokom y se llevó reliquias de su interior.

Por toda la cámara se alzaron gritos ahogados y susurros que resonaron por

las tribunas. Los presentes trazaron símbolos sagrados en sus pechos, musitaron oraciones y negaron con la cabeza, horrorizados.

—Ay, en qué tiempos vivimos —musitó el padre Yarvi—. Tienes mi voto solemne de que, si oigo aunque sea un rumor de que esa Skifr está de paso por Gettlandia, te enviaré mis palomas al instante.

—Qué alivio —replicó Isriun—, porque si alguien llegara a un acuerdo con ella, tendría que ocuparme de que ardiera vivo. —Entrelazó los dedos y apretó con vehemencia hasta que se le pusieron blancos los nudillos—. Y ya sabes cuánto me disgustaría verte en llamas.

—Otra cosa que tenemos en común —dijo Yarvi—. ¿Me dispensáis de vuestra presencia, vos, el más grande de los hombres? —El Alto Rey parecía haber inclinado la cabeza a un lado en algún momento, con toda probabilidad para echar una siesta—. Lo consideraré un sí.

Se levantó seguido de Rulf y su tripulación, y Espina fue la última en estirar las piernas doloridas. Por lo visto, siempre se arrodillaba cuando tenía que estar de pie y se levantaba cuando tenía que arrodillarse.

—No es demasiado tarde para hacer del puño mano abierta, padre Yarvi. —La abuela Wexen meneó la cabeza con tristeza—. Y pensar que una vez deposité grandes esperanzas en ti.

—Por desgracia, como podrá confirmaros la hermana Isriun, he resultado una enorme decepción en muchas ocasiones. —Hubo solo una brizna de hierro en la voz de Yarvi mientras se volvía—. Me esfuerzo a diario para mejorar.

En el exterior la lluvia había arreciado y seguía ocultando Casa Skeken en un borrón de espectros grises.

—¿Quién era esa mujer, la tal Isriun? —preguntó Espina mientras se afanaba en alcanzar a los demás.

—Una vez fue mi prima. —Yarvi contrajo los músculos de su rostro sombrío—. Después nos comprometimos. Y luego juró que me vería muerto.

Espina levantó las cejas.

—Sí que debéis de ser buen amante.

—No todos poseemos tu delicadeza. —La miró de soslayo—. La próxima vez, podrías pensar antes de saltar en mi defensa.

—El momento en el que pares será el momento en el que mueras —dijo entre dientes.

—El momento en el que no has parado ha estado a punto de matarnos a todos.

Sabía que Yarvi tenía razón, pero no por ello estaba menos irritada.

—A lo mejor no habría llegado a tanto si les hubierais dicho que los isleños nos han atacado a nosotros, y los vansterlandeses también, y que no nos han dejado más opción que...

—Eso lo saben de sobra. Fue la abuela Wexen quien los azuzó contra nosotros.

—¿Cómo lo...?

—Las palabras que no ha dicho estaban claras como el agua. Pretende aplastarnos, y ya no puedo retrasarla más.

Espina se frotó las sienes. Parecía que ningún clérigo quería decir nunca lo que decía.

—Si es nuestra enemiga, ¿por qué no nos ha matado ahí mismo, teniéndonos arrodillados?

—Porque la abuela Wexen no quiere muertos a sus niños. Los quiere obedientes. Primero nos echa encima a los isleños, luego a los vansterlandeses. Confía en provocarnos para que demos un paso en falso, y el rey Uthil está a punto de concedérselo. Tardará un tiempo en reunir sus fuerzas, pero solo porque son muchísimas, no por otra cosa. Con el tiempo, enviará a medio mundo contra nosotros. Si queremos resistir, necesitamos aliados.

—¿Y dónde encontramos aliados?

El padre Yarvi sonrió.

—Entre nuestros enemigos, ¿dónde va a ser?

## MALLA DE MUERTO

Los chicos estaban reunidos.

Los hombres estaban reunidos, comprendió Brand, pues aunque todavía no juntaban mucha barba entre todos, si no eran hombres habiendo superado la prueba y estando a punto de pronunciar su juramento, ¿cuándo lo serían?

Estaban reunidos una última vez con el maestro Hunnan, quien los había adiestrado, los había examinado y les había dado forma a martillazos como Brand hacía antes con el hierro en la fragua de Gaden. Estaban todos en la playa donde tantas veces habían entrenado, pero los filos que llevaban al cinto en esa ocasión no eran de madera.

Estaban reunidos con sus nuevos pertrechos, sin aliento y con los ojos brillantes por la perspectiva de navegar a su primera incursión. Por dejar al Padre Paz a sus espaldas y entregarse hasta las entrañas y los tendones a su esposa de labios rojos, la Madre Guerra. Por procurarse fama y gloria, un lugar a la mesa del rey y en los cantares de los guerreros.

Y, ya puestos, de volver a casa ricos.

Algunos ya iban equipados de arriba abajo como si fuesen héroes, los bendecidos con familias que les habían comprado buenas mallas, espadas de calidad y piezas de armadura nuevas y brillantes. Aunque Brand consideraba a Rin una bendición que no merecía, solo la tenía a ella, por lo que había pedido prestada su malla a Gaden a cambio de la décima parte de todos sus botines. Era malla de muerto deslustrada por el uso, ajustada a toda prisa y, aun así, suelta bajo los brazos. Pero su hacha era buena, equilibrada y afilada como una cuchilla, y el escudo para el que había tenido que ahorrar todo un año estaba recién pintado por Rin con la cabeza de un dragón y no tenía nada que envidiar a los de los demás.

—¿Por qué un dragón? —le preguntó Rauk, enarcando una ceja burlona.

Brand rió, sin darle importancia.

—¿Y por qué no un dragón? —Iba a hacer falta más que el desdén de un necio para arruinarle el día de su primera incursión.

Y no era una incursión cualquiera. Era la más grande que recordaba ningún hombre vivo. Mayor que la que encabezó el rey Uthrik en Sagenmarca. Brand volvió a ponerse de puntillas para ver a los hombres congregados que se extendían costa abajo en la lejanía, el metal que destellaba al sol y el humo de sus hogueras que manchaba el cielo. Eran cinco mil, les había dicho Hunnan, y Brand se miró los dedos intentando imaginar que cada uno equivalía a mil hombres. La idea lo mareó tanto como mirar abajo desde las alturas.

Cinco mil. Dioses, qué grande tenía que ser el mundo.

Había hombres a sueldo de mercaderes o tenderos y andrajosas hermandades bajadas de las montañas. Había hombres de rostro orgulloso con las manos en puños plateados de espada y hombres de rostro sucio con lanzas de pedernal. Había hombres con las cicatrices de toda una vida y hombres que jamás habían derramado una gota de sangre.

No era un espectáculo que se viera muy a menudo, y media Thorlby había cruzado las murallas de la ciudad y lo contemplaba desde las laderas. Madres y padres, esposas y niños, todos viendo cómo se marchaban sus maridos y sus hijos, rezando para que volvieran enteros y enriquecidos. Sin duda, entre ellos también estaría la familia de Brand, es decir, Rin. Apretó los puños, alzando la mirada firme al viento.

Haría que se enorgulleciera de él. Juró que lo haría.

La escena daba más sensación de festín de boda que de guerra, con el aire cargado de humo y emoción, el clamor de las canciones, las bromas y las discusiones. Los tejedores de plegarias tejían su propio camino entre la muchedumbre, pronunciando bendiciones por un precio, al mismo tiempo que los mercaderes difundían el rumor falso de que todos los grandes guerreros llevaban un cinturón de reserva a la guerra. Los hombres de armas no eran los únicos que confiaban en sacar provecho de la incursión del rey Uthil.

—Por un cobre te traeré suertedearmas —dijo una mendiga que vendía

besos de la suerte—, y por otro más te traeré también suertedeclima. Por un tercero...

—A callar —le espetó el maestro Hunnan mientras la ahuyentaba—, el rey va a hablar.

Todos los hombres se giraron hacia el oeste con un atronador repiqueteo metálico, hacia los túmulos de gobernantes muertos mucho tiempo atrás, que se extendían en la playa hasta donde alcanzaba la vista al norte, cada vez más bajos y lisos por efecto del viento.

El rey Uthil se erguía cuan alto era sobre las dunas, dejando que la hierba alta fustigara sus botas y acunando con la ternura que dispensaría a un niño enfermo su sencilla espada de acero gris. No requería más adornos que las cicatrices de incontables batallas en su cara. No requería más joyas que el brillo salvaje de sus ojos. Aquel era un hombre que no conocía el miedo ni la clemencia. Aquel era un rey al que cualquier guerrero seguiría con orgullo hasta el mismo umbral de la Última Puerta y más allá.

A su lado estaba la reina Laithlin, con las manos en el vientre hinchado, la llave dorada en su pecho, el pelo de oro prisionero de la brisa ondeando como un estandarte, ni más temerosa ni más clemente que su marido. Se decía que era el oro de ella el que había comprado la mitad de aquellos hombres y la mayoría de los barcos, y la reina no era mujer que quitara ojo de encima a sus inversiones.

El rey dio dos pasos largos y pausados al frente, dejando que se estirara el silencio emocionado, que creciera el entusiasmo hasta que Brand pudo oír el palpitar de su propia sangre.

—¿Veo aquí a algunos hombres de Gettlandia? —rugió el rey.

Brand y su grupito de flamantes guerreros tenían la suerte de estar lo bastante cerca para oírlo. Más lejos, los capitanes de cada barco repitieron las palabras del rey a sus tripulaciones, como ecos llevados por el viento que bañaron la larga playa.

Los guerreros estallaron en gritos clamorosos y extendieron sus armas hacia la Madre Sol, componiendo un bosque de destellos. Todos unidos, todos entregados. Todos dispuestos a morir por su compañero de hombro. Quizá Brand tuviera solo una hermana, pero en ese momento sintió que cinco mil hermanos suyos lo acompañaban en la arena, con una mezcla dulce de rabia y amor que le

humedeció los ojos y le llegó al alma y se le antojó una sensación por la que valía la pena morir.

El rey Uthil impuso el silencio levantando una mano.

—¡Cómo me alegra ver conmigo a tantos hermanos! Guerreros mayores y sabios probados en muchas batallas y guerreros jóvenes y valientes probados hace poco en el cuadrado. Todos reunidos con un propósito que aprueban los dioses, aquí, a la vista de mis antepasados. —Separó los brazos hacia los túmulos que tenía a su espalda—. ¿Pueden haber contemplado alguna vez una hueste tan poderosa?

—¡No! —chilló alguien, y hubo risas y también otros que se desgañitaron imitándolo, hasta que el rey volvió a acallar las voces con una mano.

—Los isleños han enviado barcos contra nosotros. Nos han robado, han esclavizado a nuestros hijos y han regado con nuestra sangre esta buena tierra. —Se inició un murmullo furioso—. Son ellos quienes han dado la espalda al Padre Paz, ellos quienes han abierto la puerta a la Madre Guerra, ellos quienes la han hecho nuestra huésped. —El murmullo creció y se infló, convertido en un clamor gutural que encontró su camino hasta la garganta de Brand—. ¡Pero el Alto Rey dice que Gettlandia tiene prohibido ser buena anfitriona para la Madre de Cuervos! El Alto Rey dice que nuestras espadas no deben salir de sus vainas. ¡El Alto Rey dice que debemos sufrir estos insultos en silencio! Decidme, hombres de Gettlandia, ¿cuál debería ser nuestra respuesta?

La palabra salió de cinco mil bocas como un solo rugido ensordecedor, al que se unió la garganta áspera de Brand.

—¡Acero!

—Sí. —Uthil se acercó la espada al pecho y apretó la empuñadura sin adornos contra su curtida mejilla, como si fuera la cara de una amante—. ¡El acero debe ser la respuesta! Llevemos a los isleños un día rojo, hermanos. ¡Un día que solo puedan recordar entre lágrimas!

Sin más, emprendió con paso decidido el camino hacia la Madre Mar, con sus capitanes de más confianza y los guerreros de su propia casa, luchadores de renombre, un grupo al que Brand soñaba con unirse algún día. Otros, cuyos nombres aún no habían dado quebraderos de cabeza a los escaldos, se arremolinaban junto al camino del rey para disputarse un vistazo, un leve roce a su

capa, una mirada de sus ojos grises. Los gritos sueltos de «¡El rey de hierro!» y «¡Rey Uthil!» terminaron cuajando en un cántico —«¡Uthil, Uthil!»— al ritmo acerado de armas que entrechocaban.

—Os toca escoger vuestro futuro, chicos.

El maestro Hunnan sacudió una bolsa de lona para que traquetearan los marcadores que contenía. Los jóvenes se amontonaron alrededor, empujándose y gruñendo como cerdos a la hora del cebo, y el maestro de armas fue metiendo los dedos nudosos en la bolsa y depositando un marcador en cada palma ansiosa. Eran unos discos de madera con símbolos tallados que representaban las bestias de proa de los muchos barcos y decían a cada chico, o más bien a cada hombre, a qué capitán debía jurar lealtad, con qué tripulación navegaría, remaría, lucharía.

Los que recibían su símbolo lo alzaban entre gritos triunfales y luego algunos comentaban quién tenía el mejor barco o el mejor capitán, otros reían y se abrazaban al descubrir que el favor de la Madre Guerra los había hecho compañeros de remo.

Brand esperó con la mano extendida y el corazón aporreando su pecho. Ebrio de emoción por las palabras del rey, por la perspectiva de la inminente incursión y por ya no ser un niño, ya no ser pobre, ya no estar solo. Ebrio por la idea de hacer el bien, y vivir en la luz, y tener una familia de guerreros que nunca lo abandonara.

Brand aguardó mientras asignaban el puesto a sus compañeros, a chicos con los que se llevaba bien y otros con los que no, a buenos luchadores y a otros que no lo eran. Aguardó cada vez con menos gente esperando con él, cada vez con menos marcadores en la bolsa, y se preguntó si el maestro de armas estaría dejándolo para el final porque se había ganado un remo en el barco del propio rey, que era el puesto más anhelado. Cuantas más veces lo saltaba Hunnan, más permitía crecer la esperanza. Porque se lo había ganado, ¿verdad? ¿No había trabajado para ello, no lo merecía? ¿No había hecho lo que debía hacer un guerrero de Gettlandia?

El último fue Rauk, que tuvo que forzar una sonrisa en sus facciones decepcionadas cuando Hunnan sacó madera de la bolsa para él, no plata. Solo quedaba Brand. La suya era la única mano que seguía extendida, con los dedos temblorosos. Los chicos guardaron silencio.

Y Hunnan sonrió. Brand nunca había visto su sonrisa y se dio cuenta de que

él también estaba sonriendo.

—Esto es para ti —dijo el maestro de armas mientras, despacio, muy despacio, sacaba su mano surcada de cicatrices de guerra. Sacó la mano con...

Nada.

No estaba el brillo de la plata del rey. No había madera tampoco. Solo la bolsa vacía, vuelta del revés y con las burdas costuras al descubierto.

—¿Creías que no iba a enterarme? —preguntó Hunnan.

Brand dejó caer la mano. Todos lo miraban, estaba seguro. Hasta el último ojo estaba puesto en él, y notó arder los mofletes como si le hubieran dado una bofetada.

—¿De qué? —dijo con un hilo de voz, aunque lo sabía muy bien.

—De que hablaste con ese tullido de Yarvi sobre lo que ocurrió en mi cuadrado de entrenamiento.

Se hizo el silencio mientras Brand notaba como si el mundo se derrumbara a su alrededor.

—Espina no es una asesina —logró decir.

—Edwal está muerto y lo mató ella.

—Le pusiste una prueba que no podía superar.

—Yo establezco las pruebas —dijo Hunnan—. Superarlas es cosa vuestra. Y esta la has fallado.

—Hice lo correcto.

Las cejas de Hunnan se levantaron. No estaba furioso, sino sorprendido.

—Convéncete de eso si así es más fácil. Pero yo también debo hacer lo correcto. Lo correcto con los hombres a los que enseñé a combatir. En el cuadrado de entrenamiento os enfrentamos entre vosotros, pero en el campo de batalla tenéis que estar unidos, y Espina Bathu riñe con todo el mundo. Habrían muerto

hombres para que ella pudiera jugar con espadas. Les irá mejor sin ella. Y les irá mejor sin ti.

—La Madre Guerra decide quiénes luchan —dijo Brand.

Hunnan se limitó a encogerse de hombros.

—Pues que te busque ella un barco. Eres buen luchador, Brand, pero no eres buen hombre. Un buen hombre apoya a su compañero de hombro. Un buen hombre mantiene firme el frente.

Quizá Brand habría debido replicar con un «No es justo», como el de Espina cuando el maestro de armas había quebrado sus esperanzas. Pero Brand no era hombre de muchas palabras, y en aquel momento le fallaron. No encontró rabia en su interior cuando de verdad la necesitaba. Ni siquiera soltó un gemido de ratón mientras Hunnan daba media vuelta y se alejaba. Ni siquiera cerró los puños mientras los chicos seguían a su maestro hacia el mar, los chicos junto a los que había entrenado durante diez años.

Algunos le dedicaron miradas burlonas, otros sorprendidas. Uno o dos hasta le dieron una palmada triste en el hombro al pasar. Pero todos pasaron. Playa abajo, hacia las olas que rompían y los puestos por los que habían sudado sangre en los barcos que se mecían. Hacia sus juramentos de lealtad y en pos de la incursión con la que Brand llevaba soñando toda la vida. El último en alejarse fue Rauk, con una mano lacia sobre la empuñadura de su vistosa espada nueva y una sonrisa por encima del hombro.

—Nos veremos cuando volvamos, supongo.

Brand se quedó solo un buen rato, sin moverse. Solo en su malla prestada, con las gaviotas chillando sobre la gran extensión de arena, ya vacía salvo por las huellas de las botas de hombres que había tenido por hermanos. Solo, mucho después de que el último barco hubiera zarpado, llevándose con él sus esperanzas.

Así son las esperanzas.

## VENENO

Tan pronto como zarparon de Casa Skeken, Aquella Que Canta El Viento empezó a cantarles un viento de mil demonios y los desvió a leguas de distancia de su rumbo.

Picaron el remo como condenados mientras Rulf les berreaba atrocidades hasta quedarse sin voz; no tardaron en empezar a cruzar los remos, boqueando como peces y empapados por la espuma salada de la Madre Mar. Espina estaba aterrorizada hasta el extremo, pero por supuesto puso una cara valiente. Todas las caras que ponía eran valientes, aunque esa fue también enfermiza, ya que el barco se agitaba como un caballo sin domar y la mareó como no se había mareado nunca en su vida. Fue como si todo lo que había comido desde que nació estuviera saliendo por la borda, cayendo en su remo o manchándole las rodillas, buena parte de ello después de haberle salido por la nariz.

La tormenta que tenía Espina en su interior también era de las fuertes. La arrebatadora oleada de gratitud por haber recuperado su vida había tardado poco en remitir, y la había dejado rumiando la amarga verdad de que había intercambiado un futuro de orgullosa guerrera por otro como esclava de un clérigo, con la argolla de su propio juramento precipitado y para un objetivo que el padre Yarvi no tenía intención de revelarle.

Para colmo, notaba que le estaba viniendo la sangre, sentía punzadas en las entrañas, le dolía el pecho y estaba incluso más furiosa de lo normal. Las risas socarronas de la tripulación al verla vomitar podrían haberla llevado al asesinato, si hubiera sido capaz de despegar sus dedos agarrotados del remo.

De modo que le fallaban las piernas cuando desembarcó a trompicones en el muelle de Yaletoft y pisó los adoquines de Trovenlandia, encharcados por la tormenta de la noche anterior y titilando con el sol de la mañana. Cruzó el gentío con movimientos torpes, haciéndose pantalla con los hombros en las orejas porque

cada oferta que gritaban los buhoneros, cada chillido de las gaviotas, cada traqueteo de carretas y golpeteo de toneles era como un cuchillo que se le clavaba, aunque no tan dolorosos como las palmadas en la espalda demasiado afables y las risitas maliciosas de hombres que en teoría eran compañeros suyos.

Sabía lo que estaban pensando. «Esto es lo que pasa cuando pones a una chica en el puesto de un hombre.» Espina maldijo entre dientes y juró venganzas complejas, pero no se atrevió a levantar la cabeza por si devolvía otra vez.

Menuda venganza sería esa.

—Ni se te ocurra vomitar delante del rey Fynn —le advirtió Rulf mientras subían hacia su imponente salón y empezaban a distinguir las hermosas tallas y los dorados que adornaban sus fuertes vigas frontales, aunque Espina no estuviera de humor para admirar obras de carpintería—. Se dice que tiene el genio pronto.

Pero fue la clériga de Fynn, la madre Kyre, quien los recibió en los doce escalones, cada uno de ellos tallado a partir de mármol de distinto color. Era una mujer hermosa, alta, delgada y con una sonrisa que no se extendía del todo a sus ojos. A Espina le recordó a su madre, lo que la predispuso en su contra desde el principio. Espina se fiaba de muy poca gente, y entre los elegidos había muy pocos que tuvieran la sonrisa fácil y ninguno que se pareciera a su madre.

—Saludos, padre Yarvi —dijo la atractiva clériga del rey Fynn—. Siempre eres bienvenido en Yaletoft, pero me temo que el rey no puede recibirte.

—Me temo que tú le has aconsejado que no me reciba —respondió el padre Yarvi, apoyando una bota empapada en el escalón más bajo. La madre Kyre no lo negó—. ¿Quizá podría saludar a la princesa Skara? La última vez que nos vimos no podía tener más de diez años. Entonces éramos primos, antes de que pasara la Prueba del Clérigo y...

—Pero pasaste la prueba —interrumpió la madre Kyre— y renunciaste a toda familia salvo la Clerecía, como también hice yo. De todos modos, la princesa no está en Yaletoft.

—Me temo que la sacaste tú de aquí cuando supiste que venía.

La madre Kyre tampoco lo negó.

—La abuela Wexen me ha enviado un águila y sé por qué estás aquí.

Cuentas con mi compasión.

—Tu compasión es bienvenida, madre Kyre, pero la ayuda del rey Fynn en el conflicto que se avecina sería mucho más bienvenida. Podría evitar el conflicto desde un principio.

La madre Kyre hizo la mueca de quienes no tienen la menor intención de ayudar. Era la misma expresión que ponía la madre de Espina cuando oía hablar de sus anhelos de heroísmo.

—Sabes que mi señor os quiere, a ti y a su sobrina la reina Laithlin —dijo la clériga—. Sabes que se enfrentaría a medio mundo para apoyaros. Pero también sabes que no puede oponerse a los deseos del Alto Rey. —Aquella mujer tenía palabras a mares, en fin, así eran los clérigos. Tampoco era que el padre Yarvi hablara precisamente claro—. Por eso me ha enviado, lleno de remordimientos, a negarte la audiencia y a haceros a todos la humilde oferta de comida, calor y resguardo bajo su techo.

Aparte de la comida, a Espina le sonaba muy bien.

Al salón del rey Fynn lo llamaban el Bosque por su abundancia de grandiosas columnas, que se decía que habían llevado hasta allí después de bajarlas por el río Divino desde Kalyiv. La madera tenía hermosas tallas y pinturas, que representaban escenas de la historia de Trovenlandia. Algo menos agradables a la vista resultaban los muchísimos guardias que no quitaron ojo a la desaliñada tripulación del *Viento del Sur* mientras pasaba, Espina la más desaliñada de todos y sujetándose con una mano la tripa dolorida.

—Nuestra recepción en Casa Skeken no fue... muy acogedora. —Yarvi se inclinó hacia la madre Kyre y Espina oyó que añadía con un susurro—: Si no fuese impensable, diría que corro peligro.

—Aquí no hallarás peligro alguno, padre Yarvi, puedes estar tranquilo. —La madre Kyre señaló a dos de los guardias menos tranquilizadores que Espina había visto jamás, apostados a la puerta de una sala común que apestaba a humo rancio—. Aquí tenéis agua. —Les mostró un tonel como si fuese un obsequio digno de reyes—. Los esclavos traerán comida y cerveza. Ya hay una estancia dispuesta para que duerma tu tripulación. Sin duda, querrás zarpar con el primer atisbo de la Madre Sol, para aprovechar la marea y llevar las noticias a tu rey Uthil.

Yarvi se frotó disgustado el pelo claro con el pulpejo de su mano retorcida.

—Parece que has pensado en todo.

—Un buen clérigo siempre está preparado. —Y la madre Kyre cerró la puerta después de marcharse, con lo que solo faltó el giro de una llave para que pudieran considerarse prisioneros de pleno derecho.

—Una bienvenida tan amable como decías que nos darían —refunfuñó Rulf.

—Fynn y su clériga son predecibles como el Padre Luna. Son cautos. Viven a la sombra del poder del Alto Rey, al fin y al cabo.

—Una sombra bien larga —dijo Rulf.

—Y que no deja de crecer. Pareces algo descompuesta, Espina Bathu.

—Me enferma la decepción de no encontrar aliados en Trovenlandia —respondió ella.

El padre Yarvi dibujaba una leve sonrisa.

—Ya veremos.

Los ojos de Espina se abrieron de golpe en la espesa oscuridad.

Estaba empapada de sudor frío bajo la manta. La apartó de una patada, sintió la pegajosa humedad de la sangre entre sus piernas y renegó en voz queda.

A su lado, Rulf soltó un ronquido particularmente legendario y cambió de postura. El resto de la tripulación respiraba, se removía o musitaba en sueños, apiñada en sucias esteras como la pesca recién capturada en día de mercado.

No habían hecho ningún arreglo especial por ella ni ella lo había pedido. No quería arreglos. El único, un trapo limpio metido en los pantalones.

Cruzó el pasillo aterida, con el pelo enredado y punzadas en las entrañas, con el cinturón abierto, la hebilla dándole golpecitos en los muslos y una mano metida en los pantalones para comprobar si sangraba mucho. Lo ideal para acabar

con el recochineo sería un manchurrón en la ingle, claro que sí, y Espina maldijo a Aquel Que Germina La Simiente por infligirle ese fastidio, y maldijo a las idiotas que hasta lo celebraban, la boba de su madre antes que ninguna, y maldijo...

Había un hombre en las sombras de la sala común.

Iba vestido de negro y estaba cerca del barril de agua. Tenía la tapa en una mano. En la otra sostenía un frasquito. Como si acabara de verter algo dentro. La única iluminación de la sala era una vela casi extinguida y el hombre era muy bizco, pero a Espina le dio la clara sensación de que la estaba mirando a ella.

Ninguno se movió, él con su frasquito encima del agua y ella con la mano en los pantalones, hasta que el hombre habló de nuevo:

—¿Quién eres?

—¿Que quién soy? ¿Quién eres tú?

«Tienes que saber siempre dónde está el arma más cercana», solía insistirle su padre, y Espina echó un vistazo fugaz a la mesa donde aún estaban los restos de la cena. Había un cuchillo para la carne clavado en la madera, a juzgar por el suave resplandor de su filo corto. Distaba mucho de ser un arma digna de héroes, pero, sorprendida de noche y con el cinturón abierto, tampoco se podía ser muy exigente.

Despacio sacó la mano de los pantalones y se acercó lentamente a la mesa y el cuchillo. El hombre poco a poco apartó el frasco, pero no la mirada que tenía fija en ella, o por lo menos en algún punto cercano a ella.

—No deberías estar aquí —dijo él.

—¿Que yo no debería estar aquí? ¿Qué nos estás echando en el agua?

—¿Qué estás haciendo con ese cuchillo?

Lo arrancó de la mesa y lo alzó frente a ella con el brazo algo tembloroso. La voz le salió aguda.

—¿Eso es veneno?

El hombre dejó caer la tapadera del tonel y dio un paso hacia ella.

—No hagas ninguna tontería, chica.

El movimiento reveló que llevaba una espada al cinto y que su mano derecha ya se acercaba a la empuñadura.

Quizá Espina sintiera pánico al verlo. O quizá tuviera las ideas más claras que nunca. Antes de darse cuenta, se había abalanzado sobre él, le había atrapado la muñeca con una mano y había hundido el cuchillo en su pecho con la otra.

No fue difícil hacerlo. Fue mucho más fácil de lo que parecía.

El hombre inhaló trabajosamente una bocanada de aire, sin más de un cuarto del filo de su espada asomando de la vaina, con los ojos más bizcos que nunca, dándose manotazos en el pecho.

—Serás...

Y cayó de espaldas, agarrado a Espina y arrastrándola con él al suelo.

Ella apartó su mano ya flácida y se levantó como pudo. La ropa negra del hombre se había ennegrecido todavía más por la sangre, y del centro de su pecho sobresalía el cuchillo, clavado hasta el mango.

Espina cerró los ojos con fuerza, pero cuando volvió a abrirlos, el cadáver aún estaba allí.

No era un sueño.

—Ay, dioses —susurró.

—Pocas veces ayudan. —El padre Yarvi estaba en el umbral, con el rostro grave—. ¿Qué ha pasado?

—Tenía veneno —murmuró Espina, señalando sin fuerzas el frasco caído—. O al menos... creo que lo tenía...

El clérigo se agachó junto al hombre muerto.

—Estás cogiendo el hábito de matar a gente, Espina Bathu.

—Y no es nada bueno —respondió ella con un gemido.

—En realidad, depende de a quién. —Yarvi se levantó despacio, miró a su alrededor, caminó hacia ella y estudió su cara—. ¿Te ha pegado?

—Bueno, no...

—Sí. —Le dio un puñetazo en la boca que la envió contra la mesa. Cuando recuperó el equilibrio, Yarvi ya estaba abriendo la puerta de par en par—. ¡Sangre en el salón del rey Fynn! ¡A las armas! ¡A las armas!

El primero en llegar fue Rulf, que miró sorprendido el cadáver y dijo en voz baja:

—Servirá.

Después llegaron los guardias, que miraron el cadáver sorprendidos y dispusieron sus armas.

A continuación llegaron los tripulantes, que menearon sus cabezas desaseadas, se frotaron las mejillas sin afeitar y musitaron oraciones.

Y por último llegó el rey Fynn.

Era evidente que Espina había medrado desde que mató a Edwal. Había conocido a cinco clérigos y tres reyes, uno de ellos Alto, y el único que la había impresionado era el que mató a su padre. Fynn tendría un genio infame, pero lo primero en lo que reparó ella fue en lo extraño y amorfo que era. Su barbilla se fundía con el cuello, el cuello con los hombros y los hombros con la barriga, y su pelo ralo y canoso estaba despeinado de dormir en la cama real.

—Arrodillarte no es tu fuerte, ¿verdad? —susurró Rulf mientras obligaba a Espina a descender junto a todos los demás—. ¡Y, por todos los dioses, abróchate el condenado cinturón!

—¿Qué ha pasado aquí? —bramó el rey, salpicando de saliva a sus guardias encogidos.

Espina mantuvo la vista baja mientras se afanaba con la hebilla. El aplastamiento con piedras ya parecía inevitable. Seguro para ella, probable también para el resto de la tripulación. Vio las miradas que le dirigían. «Esto es lo que pasa cuando das un arma a una chica. Aunque sea un arma pequeña.»

La madre Kyre, impecable hasta en camisón, recogió el frasco del suelo con dos dedos, lo olisqueó y arrugó la nariz.

—¡Uf! Veneno, mi rey.

—¡Por los dioses! —Yarvi puso una mano en el hombro de Espina. La misma mano con la que le había dado el puñetazo—. De no ser por los reflejos de esta chica, mi tripulación y yo podríamos haber cruzado la Última Puerta antes del amanecer.

—¡Registrad hasta el último rincón de mi salón! —vociferó el rey Fynn—. ¡Decidme cómo se ha colado este hijo de perra!

Un guerrero que se había arrodillado para hurgar en la ropa del muerto mostró una mano abierta en la que relucía plata.

—Monedas, mi rey. Acuñadas en Casa Skeken.

—De un tiempo a esta parte hay demasiado de Casa Skeken en mi salón. —Los carrillos caídos de Fynn se tiñeron de rubor—. Monedas de la abuela Wexen, águilas de la abuela Wexen y exigencias de la abuela Wexen, nada menos. Exigencias a mí, rey de Trovenlandia.

—Pero pensad en el bienestar de vuestra gente, mi rey —dijo en tono persuasivo la madre Kyre, aferrándose a la sonrisa aunque ya casi no le adornara la boca, mucho menos los ojos—. Pensad en el Padre Paz, el Padre de Palomas que hace del puño...

—He sufrido muchas afrentas en nombre del Padre Paz. —El rubor se había extendido a las mejillas del rey Fynn—. Hubo un tiempo en el que el Alto Rey era el primero entre hermanos. Ahora da las órdenes de un padre. Dicta cómo deben luchar los hombres, cómo deben comerciar las mujeres y cómo debemos rezar todos. En Trovenlandia están creciendo los templos a la Diosa Única como setas después de llover, ¡y hasta ahora me he callado!

—Fuisteis sabio al hacerlo —dijo la madre Kyre—, como seríais sabio si...

—¿Y ahora la abuela Wexen envía asesinos a mis tierras?

—Mi rey, no tenemos ninguna prueba de que...

Fynn ahogó las palabras de su clériga con sus voces, que le calentaron la cara grasienta del rosado a un ígneo carmesí.

—¿A mi propia casa? ¿Para envenenar a mis invitados? —Clavó en el cadáver un dedo que parecía una salchicha—. ¿Bajo mi techo y bajo mi protección?

—Os aconsejaría obrar con cautela...

—Siempre lo haces, madre Kyre, ¡pero mi paciencia tiene límites y el Alto Rey los ha rebasado! —Estrechó la mano buena del padre Yarvi, su rostro ya de un definitivo tono púrpura—. Dile a mi adorada sobrina, la reina Laithlin, y a su honorable marido que tienen un amigo en mí. ¡Amigo, cueste lo que cueste! ¡Lo juro!

La madre Kyre no tenía ninguna sonrisa preparada para aquella situación, aunque estaba claro que el padre Yarvi sí.

—Vuestra amistad es todo lo que os piden. —Y alzó la mano del rey Fynn hacia el techo.

Los guardias vitorearon aquel inesperado pacto entre Trovenlandia y Gettlandia algo sorprendidos, y la tripulación del *Viento del Sur*, muy aliviada. Espina Bathu debería haber sido la que más aplaudiera de todos. Matar a un hombre por accidente la había convertido en villana; matar a otro a propósito la había convertido en heroína.

Pero lo único que pudo hacer fue quedarse mirando el cadáver mientras lo sacaban a rastras y pensar que en todo aquel asunto había algo muy raro.

## PERDIDO Y ENCONTRADO

Brand iba borracho como una cuba.

Era lo normal últimamente.

El mejor trabajo que había podido encontrar era de estibador, y pasarse el día cargando y descargando barcos daba mucha sed. Así que Brand había empezado a beber y había descubierto que tenía un talento natural. Al final sí que había heredado algo de su padre, por lo visto.

La incursión había sido un éxito grandioso. Los isleños estaban tan seguros de que los protegía el favor del Alto Rey que los cogieron desprevenidos a todos, capturaron la mitad de sus barcos y quemaron los demás. Brand había contemplado a los guerreros de Gettlandia subir dándose aires por las retorcidas calles de Thorlby tras su desembarco, cargados de botín, cubiertos de gloria y vitoreados desde todas las ventanas. Oyó que Rauk había tomado dos esclavos y Sordaf había vuelto con un brazal de plata. Oyó que el rey Uthil había sacado desnudo al rey Styr de su salón y lo había obligado a arrodillarse y pronunciar un juramento-sol y un juramento-luna de que nunca volvería a desenfundar un arma contra otro gettlandés.

Todo noticias heroicas, como salidas de las canciones, y no hay nada como el éxito ajeno para hacer que el fracaso propio escueza más.

Brand bajó haciendo eses por un callejón cualquiera, entre varias casas cualesquiera, gritando a las estrellas. Alguien le devolvió el grito. Quizá las estrellas, quizá algún vecino. Le traía sin cuidado. No sabía adónde iba. No parecía tener mucha importancia de un tiempo a esa parte.

Estaba perdido.

—Estoy preocupada —había dicho Rin.

—Pues prueba a que te roben todos tus sueños —había respondido él con acritud.

¿Qué iba a contestar a eso su hermana?

Él había intentado devolverle la daga.

—No la necesito y no me la merezco.

—La hice para ti —había respondido ella—. Estoy orgullosa de ti pase lo que pase. —Rin no lloraba nunca, pero al decirlo tenía unas lágrimas en los ojos que le hicieron más daño que cualquier paliza que le hubieran dado, y le habían dado muchas.

Así que pidió a Fridlif que le llenara la jarra otra vez. Y otra. Y otra. Fridlif meneó su cabeza encanecida, triste de ver cómo se desperdiciaba una vida tan joven, pero ni era la primera ni sería la última. Llenar jarras era su trabajo.

Por lo menos, cuando estaba borracho Brand podía fingir que la culpa era de otros. Hunnan, Espina, Rauk, el padre Yarvi, los dioses, las estrellas del cielo, los adoquines bajo sus pies. Si estaba sobrio, le daba por pensar que se lo había buscado él solo.

Tropezó con una pared en la oscuridad que le hizo perder el equilibrio, y rugió enfurecido:

—¡Hice el bien!

Lanzó un puñetazo a la pared y falló, cosa que fue una suerte, y cayó a la canaleta, cosa que no.

Entonces se vomitó en las manos.

—¿Eres Brand?

—Lo era —respondió, meciéndose de rodillas y captando la silueta de un hombre, o quizá de dos.

—¿El mismo Brand que entrenaba con Espina Bathu?

Bufó al oír el nombre, pero el bufido le supo acre y estuvo a punto de devolver otra vez.

—Por desgracia.

—Entonces, esto es para ti.

El agua fría le abofeteó la cara y se le metió en la boca. Intentó levantarse con torpeza y resbaló en la canaleta. Un cubo vacío rebotó en los adoquines. Brand se apartó el pelo mojado de los ojos y vio una franja de luz de lámpara en una cara vieja y barbuda, llena de arrugas y cicatrices.

—Tendría que darte una buena somanta por esto, viejo cabrón —dijo, pero el esfuerzo de levantarse no merecía la pena.

—Entonces tendría que devolverte los golpes, y una cara rota no te solucionará los problemas. Lo sé. Lo he intentado. —El viejo apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia él—. Espina dice que eras el mejor de los que entrenaban con ella. A mí no me pareces el mejor de nada, muchacho.

—El tiempo me ha tratado mal.

—Como a todos. Los luchadores siguen luchando de todos modos. ¿Tú no eras un luchador?

—Lo era —dijo Brand.

El viejo extendió su manaza.

—Bien. Me llamo Rulf, y tengo una pelea para ti.

Habían preparado un cuadrado de entrenamiento en un almacén iluminado por antorchas, con cuerdas sobre los viejos tablones para indicar el borde. No había tanto público como solía tener Brand, pero el que había le daba ganas de echarse a vomitar otra vez.

En una banqueta, con la llave de la tesorería del reino brillando sobre su

pecho, estaba sentada Laithlin, la Reina Dorada de Gettlandia. A su lado estaba el hombre que una vez fue su hijo y había pasado a ser su clérigo, el padre Yarvi. Detrás de ellos había cuatro esclavos con argollas de plata: dos gigantones inglingos con hachas afiladas en los cinturones y ceños aún más afilados en sus rostros labrados en piedra y dos chicas idénticas como mitades de nuez, ambas con trenzas tan largas que las llevaban dando vueltas a un brazo.

Y apoyada contra la pared del fondo, con la suela de una bota en la mampostería y aquella sonrisita burlona suya en los labios, estaba la adversaria de lance menos favorita de Brand, Espina Bathu.

Lo raro fue que, aunque había pasado largas y ebrias horas culpándola a ella de todos sus males, Brand se alegró de verla. Hacía mucho tiempo que no estaba tan contento. No porque le cayera muy bien, sino porque su presencia le recordaba un tiempo en el que se había gustado a sí mismo. Un tiempo en el que vislumbraba un futuro para él y la visión lo complacía. En el que sus esperanzas volaban y el mundo parecía repleto de desafíos.

—Creía que no llegarías nunca.

Espina metió el brazo entre las correas de un escudo y eligió una espada de madera.

—Yo creía que te habían aplastado con piedras —dijo Brand.

—Todavía es una posibilidad muy presente —apuntó el padre Yarvi.

Rulf dio un empujón a Brand entre los omóplatos y lo envió trastabillando al interior del cuadrado.

—Ponte a la faena, chico.

Brand sabía que no tenía la mente más rápida del mundo, y en aquel momento dudaba si podía llamarla mente siquiera, pero captó la idea. Llegó casi en línea recta hasta las armas de práctica y eligió espada y escudo, muy consciente de que los ojos fríos de la reina juzgaban hasta su último ademán.

Espina ya estaba situándose en posición.

—Qué mal aspecto tienes, joder —dijo.

Brand se miró el jubón, hecho una sopa y algo manchado de vómito, y tuvo que asentir.

—Sí.

La arruga en la comisura de los labios de Espina se transformó en sonrisa desdeñosa.

—¿No me decías siempre que volverías rico de tu primera incursión?

Aquello escocía.

—No fui.

—No te tenía por cobarde.

Aquello escoció más. Espina siempre había sabido cómo pincharlo.

—No me eligieron —dijo entre dientes.

Espina se echó a reír, seguro que para lucirse delante de la reina. Brand estaba harto de oír cuánto admiraba Espina a esa mujer.

—Yo aquí toda envidiosa, esperando verte regresar hinchado como un héroe, ¡y voy y me encuentro a un mendigo borracho!

Brand sintió que lo inundaba una oleada de frío que se llevó la bebida mejor que cualquier cubo de agua helada. Había mendigado mucho más de lo que quería admitir, eso era verdad. Pero la verdad era lo que más escocía.

Espina seguía riéndose de su propia gracia.

—Siempre fuiste un idiota. A mí me robó el puesto Hunnan; ¿cómo te las apañaste para perder tú el tuyo?

A Brand le habría gustado explicarle cómo perdió su puesto. Le habría encantado gritárselo a la cara, pero no pudo articular palabra porque había empezado a gruñir como una bestia, cada vez más y más fuerte hasta que todo el almacén palpitó con su garganta y notó la vibración en el pecho y enseñó los dientes con la mandíbula tan apretada que parecían a punto de partirse, y Espina arrugó las cejas, mirándolo por encima del brocal de su escudo como si se hubiera

vuelto loco. Quizá fuese cierto.

—¡Empezad! —gritó Rulf.

Brand se lanzó contra ella, apartó su espada de un tajo y lanzó otra estocada con tanta fuerza que hizo saltar astillas del escudo de Espina. La chica se retorció deprisa —siempre había tenido una velocidad letal— y ganó espacio para descargar su espada, pero esa vez Brand no iba a vacilar.

Encajó el golpe levantando el hombro, sin sentirlo apenas, y bramó mientras se lanzaba a una carga enloquecida y la obligaba a ceder terreno escudo contra escudo, y casi la separó del suelo cuando ella tropezó con una cuerda y se dio de espaldas contra la pared. Espina trató de liberar su espada girando, pero Brand la tenía encajada sobre el hombro, fuera de peligro, y usó la mano izquierda para obligarla a bajar el escudo. Sin espacio para las armas, Brand arrojó su espada de entrenamiento y empezó a propinar unos puñetazos que llevaban detrás toda su rabia y su decepción, como si Espina fuera Hunnan, y Yarvi, y todos los supuestos amigos que no habían movido ni un dedo por él, que le habían robado su puesto, su futuro.

La golpeó en el costado y la oyó gemir, volvió a descargar el puño y Espina se dobló con los ojos muy abiertos, dio otro golpe y la derribó entre toses y arcadas al suelo, a sus pies. Quizá estuviera a punto de lanzar la primera patada cuando Rulf le pasó el grueso antebrazo por el cuello y se lo llevó a rastras.

—Es suficiente, me parece a mí.

—Sí —murmuró Brand, relajando los músculos—. Más que suficiente.

Se sacudió el escudo del brazo, estupefacto de repente por lo que había hecho y nada orgulloso de ello, sabiendo de sobra lo que era estar al otro lado de una paliza como aquella. Quizá hubiera heredado más de una cosa de su padre. En aquel momento, no le pareció que estuviera viviendo en la luz. Para nada.

Mientras Espina tosía y babeaba al fondo, la reina Laithlin dio un largo suspiro y se giró en su banqueta.

—Me preguntaba cuándo ibas a llegar.

Y solo entonces vio Brand a otra persona en el almacén, encorvada en la sombra de un rincón y vestida con una capa de harapos que tenía todas las

tonalidades de gris.

—Siempre cuando más se me necesita y menos se me espera. —La voz que salió de la capucha era de mujer y tenía un acento extraño—. O cuando tengo hambre.

—¿Lo has visto? —preguntó Yarvi.

—He tenido el dudoso privilegio.

—¿Qué te parece?

—Es espantosa. Es toda orgullo y furia. Tiene demasiada confianza en sí misma y a la vez demasiado poca. No se conoce. —La mujer se quitó la capucha y dejó a la vista una cara chupada como la de un cadáver y una pelusa gris en el cuero cabelludo. Se hurgó la nariz con su largo dedo índice, examinó con interés el resultado y luego lo proyectó al aire desde la uña—. Esa chica es más tonta que un tocón. Mucho más, porque al menos los tocones tienen la dignidad de pudrirse en silencio y sin molestar a nadie.

—Estoy aquí mismo —se quejó Espina con un susurro forzado, aún a cuatro patas.

—Justo donde te ha dejado el borrachín. —La mujer dedicó una sonrisa a Brand que parecía contener demasiados dientes—. Pero él sí que me gusta, ojo: es guapo y está desesperado. Mi combinación favorita.

—¿Con ella puede hacerse algo? —preguntó Yarvi.

—Algo siempre se puede hacer, con el suficiente esfuerzo. —La mujer se apartó de la pared. Tenía un andar desconcertante, entre el contoneo, las sacudidas y los pasos ligeros, como si bailara con una música que solo oía ella—. La cuestión es cuánto esfuerzo estás dispuesto a pagarme para que lo desperdicie en esta carcasa inmunda. Y más teniendo en cuenta que ya estás en deuda conmigo. —Un brazo serpenteante salió de la capa con algo en la mano.

Era una caja que tendría el tamaño de la cabeza de un niño, negra, cuadrada, perfecta, con signos dorados grabados en la tapa. Brand descubrió que no podía apartar la mirada. Tuvo que obligarse a quedarse donde estaba, a no ir a verla más de cerca. Espina también estaba mirando la caja. Y Rulf. Y los siervos de la reina. Todos fascinados y asustados a la vez, como si contemplasen una herida

atroz. Ninguno sabía leer, por supuesto, pero no hacía falta ser clérigo para identificar los grabados como letras élficas. Letras escritas antes de la Ruptura de la Diosa.

El padre Yarvi tragó saliva y abrió la caja con el dedo de su mano contrahecha. Hubiera lo que hubiera dentro, emitía un brillo claro y tenue, una luz que remarcó las facciones del clérigo mientras se quedaba boquiabierto y que se reflejó en los ojos cada vez más abiertos de la reina Laithlin, en los que hasta el momento Brand nunca hubiera pensado que cabía la sorpresa.

—Por todos los dioses —susurró la reina—. Lo tienes.

La mujer hizo una reverencia extravagante y el borde de su capa levantó una vaharada de paja y polvo del suelo del almacén.

—Siempre entrego lo que prometo, mi más dorada de las reinas.

—Entonces ¿todavía funciona?

—¿Queréis que lo haga girar?

—No —dijo el padre Yarvi—. Haz que gire para la Emperatriz del Sur, no antes.

—Está la cuestión de...

Sin apartar la vista de la caja, la reina le tendió un papel doblado.

—Todas tus deudas quedan saldadas.

—A esa cuestión me refería. —El rostro negro de la mujer adoptó una expresión pensativa mientras lo cogía entre dos dedos—. Me han llamado bruja muchas veces, pero esto sí que es hechicería, atrapar tanto peso en oro en un trocito de papel.

—Vivimos en tiempos cambiantes —musitó el padre Yarvi, y entonces cerró la caja de golpe, con lo que se extinguió la luz. Brand cayó en la cuenta de que estaba conteniendo el aliento y lo dejó escapar con suavidad—. Recluta una tripulación, Rulf, ya sabes de qué tipo la queremos.

—De las duras, me imagino —dijo el viejo guerrero.

—Remeros y combatientes. Los desechos y los desesperados. Hombres a los que no les tiemblen las piernas por pensar en sangre ni por verla. Será una travesía larga y no puede haber más en juego. Quiero hombres que no tengan nada que perder.

—¡Así me gustan a mí las tripulaciones! —La mujer negra se dio una palmada en el muslo—. ¡Apúntame la primera! —Pasó entre las banquetas, se dirigió pavoneándose hacia Brand y, cuando su capa de harapos se abrió un instante, a él le pareció entrever un destello de acero—. ¿Puedo invitarte a beber algo, joven?

—Creo que el chico ya ha bebido suficiente. —Los ojos de la reina Laithlin se habían posado en él, como los de sus cuatro esclavos, y Brand tragó saliva, con la boca agria, muy seca de repente—. Aunque mi primer marido me dio dos hijos, por los que siempre estaré agradecida, bebía demasiado. A un hombre malo lo estropea. A uno bueno lo destruye.

—Yo... he decidido dejarlo, mi reina —balbuceó Brand. Sabía que no iba a volver. No volvería a la jarra de cerveza, ni a mendigar, ni a cargar peso en los muelles.

La mujer negra hinchó los mofletes, decepcionada, mientras se dirigía a la puerta.

—Los jóvenes de hoy en día ya no tienen ninguna ambición.

Laithlin no hizo caso al comentario.

—Tu forma de luchar me recuerda a un viejo amigo.

—Os lo agrad...

—No lo hagas. Tuve que matarlo. —Y la reina de Gettlandia se marchó a buen paso, con sus esclavos tras ella.

—Yo tengo una tripulación que reclutar. —Rulf cogió a Brand por un brazo—. Y seguro que tu canaleta te echa de menos.

—Se las apañará sin mí. —Rulf tenía fuerza, pero Brand no se dejó mover. Había recordado la sensación de luchar, y la sensación de ganar, y estaba más seguro de lo que debía hacer que en toda su vida—. Es tu día de suerte, anciano —

dijo—. Ahora tienes uno menos que reclutar.

Rulf soltó un bufido.

—Esto no es un paseo de dos días, muchacho, ni siquiera una incursión a las islas. Vamos a remontar el río Divino y a bajar el Denegado, a subir las largas cuestas y seguir adelante. Vamos a hablar con el príncipe de Kalyiv, ¡y hasta a pedir audiencia a la Emperatriz del Sur en la Primera Ciudad! En un viaje como ese hay peligros de todo tipo, aunque no estés buscando aliados contra el hombre más poderoso del mundo. Estaremos fuera durante meses. Si es que volvemos algún día.

Brand volvió a tragar. Peligros habría, era evidente, pero también oportunidades. Los hombres alcanzaban la gloria en el Divino. Los hombres ganaban fortunas más allá de él.

—¿Necesitas remeros? —dijo—. Yo sé remar. ¿Necesitas estibadores? Yo sé transportar pesos. ¿Necesitas guerreros? —Brand hizo un gesto con la cabeza hacia Espina, que había conseguido levantarse y encogía el gesto mientras se apretaba las costillas vapuleadas—. Yo sé pelear. ¿Quieres hombres sin nada que perder? No busques más.

Rulf abrió la boca, pero se le adelantó el padre Yarvi.

—Aunque el trayecto puede ser difícil, lo hacemos para allanar el camino del Padre Paz. Lo hacemos para encontrar aliados. —El clérigo hizo una inclinación de cabeza casi imperceptible a Brand—. Podría venirnos bien un hombre a bordo que se pare a pensar en hacer el bien. Dale un marcador, Rulf.

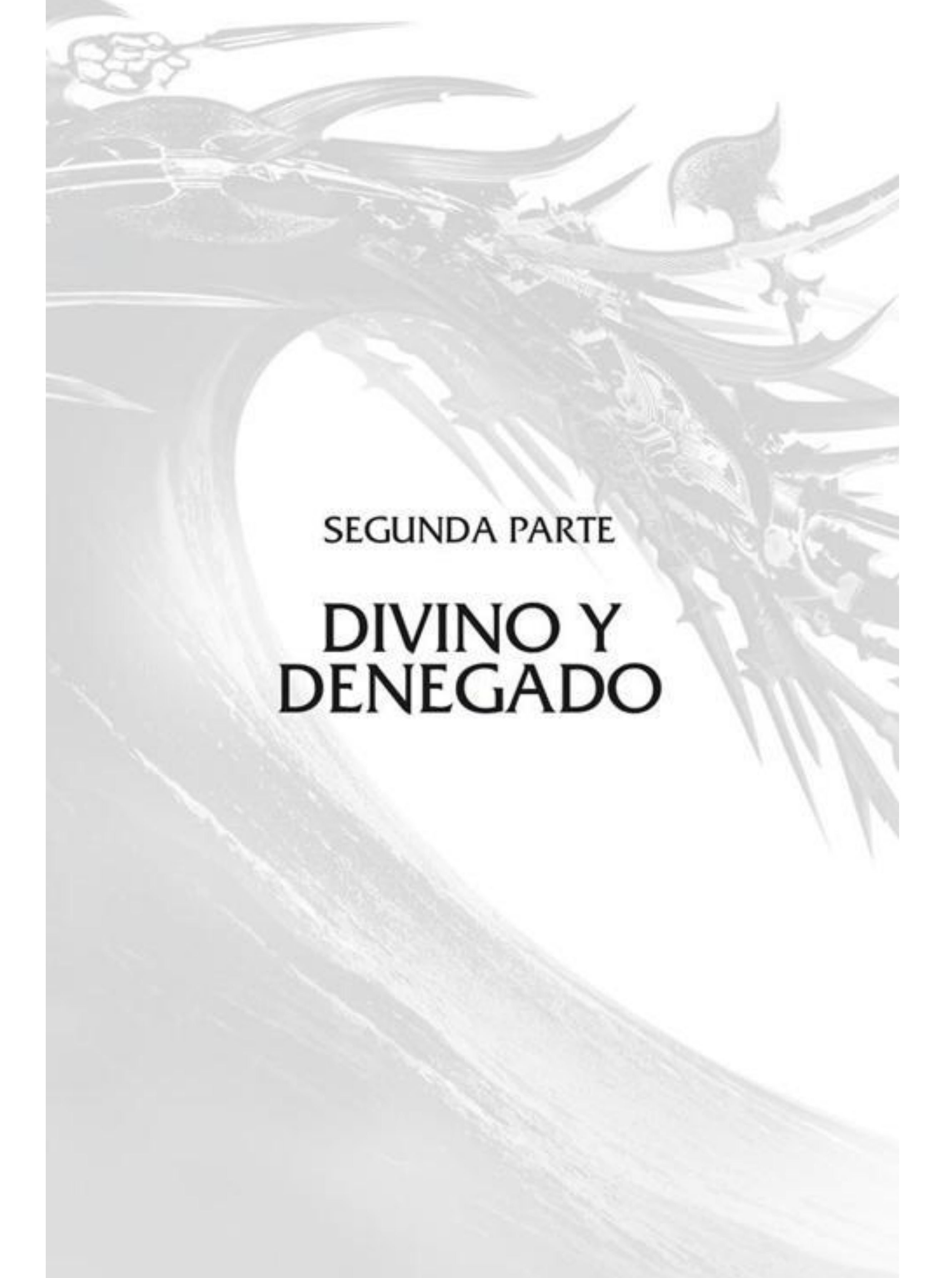
El viejo guerrero se rascó la barba canosa.

—Tendrás el puesto más bajo, chico. El trabajo más duro a cambio de las peores recompensas. Remero de popa. —Ladeó la cabeza hacia Espina—. Igual que esa de ahí.

Espina dedicó a Brand una mirada larga y furiosa antes de escupir, pero solo consiguió ensancharle la sonrisa. Volvía a vislumbrar un futuro y la visión lo complacía. Comparada con seguir trabajando de estibador, lo entusiasmaba.

—Me muero de ganas de empezar. —Cogió de la mano de Rulf el marcador, inscrito con la paloma del clérigo, y lo apretó entre sus dedos hasta que le dolieron.

Parecía que la Madre Guerra le había encontrado tripulación, al final. O ella o el Padre Paz.



## SEGUNDA PARTE

# DIVINO Y DENEGADO

## LA PRIMERA LECCIÓN

El *Viento del Sur* cabeceaba con la marea, luciendo la palamenta y la vela que estrenaba para la ocasión, recién pintado y aprovisionado, esbelto y grácil como un perro de carreras y con las palomas blancas del clérigo reluciendo en lo alto de la proa y la popa. Era, sin discusión, un barco hermoso. Un barco adecuado para grandes hazañas y canciones heroicas.

Por desgracia, su nueva tripulación no daba la talla.

—Parecen un... —La madre de Espina siempre encontraba una forma de adornar la realidad, pero hasta ella titubeó—. Un grupo variado.

—Yo habría usado la palabra «temible» —refunfuñó Espina.

También podría haber topado antes con las palabras «desesperado», «repugnante» o «ajado». Las tres servían para describir la reunión de forajidos que trajinaban en la cubierta del *Viento del Sur* y en el embarcadero, cargando sacos y toneles, tirando de cabos, dándose empujones, gritando, riendo y amenazándose unos a otros, todo bajo la mirada atenta del padre Yarvi.

Eran luchadores, sí, pero más bandidos que guerreros. Eran hombres con muchas cicatrices y pocos escrúpulos. Hombres de barbas bifurcadas, trenzadas y afeitadas para darles formas extrañas, de pelo teñido y en punta. Hombres cuya ropa estaba raída pero cuyos brazos musculosos, cuellos gruesos y dedos encallecidos estaban cargados de aros-moneda de oro y plata, proclamando al mundo la inmensa valía en que se tenían a sí mismos.

Espina se preguntó cómo sería la montaña de cadáveres que debían de haber dejado atrás entre todos, pero no era de las que se asustaban por cualquier cosa. Sobre todo si no tenía opción. Dejó en el muelle el cofre de mar que contenía todas sus posesiones, incluida la vieja espada de su padre, que había envuelto en

hule y colocado encima de sus otras pertenencias. Puso su cara más valiente, se acercó al hombre más grande que vio y le dio un golpecito en el brazo.

—Soy Espina Bathu.

—Yo soy Dosduvoi. —Espina tuvo que estirar el cuello para mirar una de las cabezas más enormes que había visto en la vida, con unos rasgos diminutos comprimidos en el centro de su carnosa extensión y tan arriba que al principio creyó que su dueño debía de estar subido a una caja—. ¿Qué infortunio te trae aquí, chica? —preguntó con una leve vacilación trágica en la voz.

Espina habría querido tener una respuesta distinta, pero tuvo que decirle:

—Voy a navegar contigo.

Los rasgos del hombre se replegaron a una fracción aún menor de su cabeza cuando arrugó el entrecejo.

—¿Por el río Divino, hasta Kalyiv y más allá?

Espina alzó el mentón como solía hacer.

—Si es que el barco flota con tanta carne encima.

—Pues digo yo que habrá que equilibrar esos bancos con remeros más pequeños. —La frase llegó de un hombre que era tan pequeño y duro como Dosduvoi enorme y blando. Tenía el pelo rojo más en punta que hubiera visto nunca Espina, y también los ojos más dementes, brillantes de humedad y hundidos en sus cuencas—. Me llamo Odda, y mi fama se extiende por todo el mar Quebrado.

—¿Fama de qué?

—De toda clase de cosas. —Le dedicó una breve y amarillenta sonrisa de lobo y Espina vio que tenía estrías de asesino limadas en los incisivos—. Encantado de navegar contigo.

—Igualmente —consiguió graznar Espina, dando un paso involuntario hacia atrás y casi tropezando con otra persona. Alzó la mirada al volverse y, con cara valiente o sin ella, se encogió de vuelta. El hombre tenía una cicatriz gigantesca que empezaba en el rabillo de un ojo, deformado hasta enseñar el

interior rosado del párpado, bajaba en ángulo por la barba incipiente de su mejilla y cruzaba los dos labios. Por si fuera poco, al verle el pelo largo recogido en unas trenzas que le enmarcaban la cara, Espina comprendió que iba a navegar junto a un vansterlandés.

El hombre respondió a su horror mal disimulado con una expresión vacía y mutilada que resultó más horrorosa que cualquier grito de batalla antes de decir, con voz tranquila:

—Me llamo Fror.

O redoblaba el asalto o mostraba debilidad, y para Espina lo segundo nunca era una opción válida, así que enderezó la espalda y preguntó sin miramientos:

—¿Cómo te hiciste la cicatriz?

—¿Cómo te hiciste tú la cicatriz?

Espina arrugó el entrecejo.

—¿Qué cicatriz?

—¿Quieres decir que los dioses te dieron esa cara? —Y con una ligera sonrisa, el vansterlandés siguió enrollando maromas.

—Que el Padre Paz nos proteja —trinó la madre de Espina mientras pasaba al lado—. Es verdad que «temible» era una buena descripción.

—Me temerán ellos a mí bien pronto —replicó Espina, deseando no por primera vez que decir algo con mucha firmeza bastara para hacerlo real.

—¿Y eso es bueno? —Su madre estaba mirando a un hombre rapado que tenía la cara llena de tatuajes de runas que enumeraban sus crímenes, compartiendo una carcajada soez con un tipo demacrado con los brazos repletos de llagas y costras—. ¿Ser temida por hombres como estos?

—Mejor ser temida que temer. —Eran palabras de su padre y, como de costumbre, su madre tenía una respuesta preparada.

—¿Acaso son las dos únicas opciones en la vida?

—Son las dos opciones de un guerrero.

Siempre que Espina cruzaba más de diez palabras con su madre, de algún modo terminaba reculando hasta una posición indefendible. Sabía lo que venía a continuación: «¿Por qué tanto esfuerzo para ser guerrera, si lo único que puedes ganar es miedo?». Sin embargo, su madre se quedó callada, con aspecto pálido y temeroso, y amontonó el remordimiento sobre la furia revuelta que ya sentía Espina. Como siempre.

—Siempre puedes volverte a casa —dijo a su madre con brusquedad.

—Quiero despedirme de mi única hija. ¿Ni eso puedes concederme? Dice el padre Yarvi que podéis estar fuera un año. —La voz de su madre adoptó un gorjeo irritante—. Y eso, si es que volvéis alguna vez.

—¡No temáis, queridas mías! —Espina dio un respingo cuando alguien le rodeó los hombros con un brazo. La extraña mujer que unos días antes había presenciado el lance de Espina y Brand metió los pelillos grises de su cráneo entre ella y su madre—. El padre Yarvi ha confiado la educación de tu hija a mis diestras manos.

Espina no creía poder desanimarse más, pero los dioses habían encontrado la forma de lograrlo.

—¿Educación?

La mujer les apretó los hombros con más fuerza y Espina notó una potente mezcla de olores: sudor, incienso, hierbas y orina.

—Consiste en que yo enseño y tú aprendes.

—¿Y quién...? —La madre de Espina miró con nerviosismo a la mujer desaliñada—. ¿O qué... eres tú?

—Estos últimos tiempos, una ladrona. —Cuando la frase provocó una llamarada de alarma en el nerviosismo, añadió en tono alegre—: ¡Pero también soy una experta asesina! Y oficial de derrota, luchadora, astrónoma, exploradora, historiadora, poeta, chantajista, cervecera... y los que seguro que me dejo. ¡Por no mencionar que soy una profetisa aficionada bastante potable!

La anciana rascó una salpicadura de caca de ave aún fresca que había en un

poste, evaluó su textura frotándola con el pulgar, la olió de cerca y pareció a punto de probarla con la lengua, pero se lo pensó mejor y se limpió el pringue negro y gris en su capa harapienta.

—Mal presagio —dijo entre dientes, escudriñando durante un momento las aves que volaban en círculos por el cielo—. A todo eso hay que añadir mi experiencia sin par en... —Hizo un sugerente contoneo de caderas—. En las artes amatorias. Como podéis ver, queridas mías, existen pocas áreas de interés para una chica moderna en las que no esté más que cualificada para instruir a tu hija.

Espina debería haber gozado con la inaudita visión de su madre quedándose sin palabras, pero, por una vez, a ella también le faltaban.

—¡Espina Bathu! —Rulf se abrió paso a codazos entre la muchedumbre—. ¡Llegas tarde! Pon ese culo flacucho a trabajar cargando los sacos del final del muelle, que tu amigo Brand ya ha... —Tragó saliva—. No sabía que tuvieras una hermana.

Espina lo corrigió a regañadientes.

—Madre.

—¡No puede ser! —Rulf se pasó los dedos por la barba en un intento vano de domesticar la maraña marrón y grisácea—. Si le aguantas un cumplido a un sencillo y viejo guerrero, tu belleza ilumina estos muelles como un farol al anochecer. —Echó un vistazo a la llave que la mujer tenía al pecho—. Tu marido debe de estar...

La madre de Espina le aguantó el cumplido. De hecho, se aferró a él con las dos manos.

—Muerto —se apresuró a decir—. Está en su túmulo desde hace ya ocho años.

—Lo lamento mucho. —El tono de Rulf daba a entender que lo último que hacía era lamentarlo—. Soy Rulf, timonel del *Viento del Sur*. Puede que los tripulantes te parezcan toscos, pero he aprendido a no fiarme nunca de los suaves. Estos hombres están elegidos por mí y todos saben lo que se hacen. Espina remará justo debajo de mi barba, y la trataré con tan buen corazón y tanta mano firme como si fuera mi propia hija.

Espina puso los ojos en blanco, pero era desperdiciar esfuerzos.

—¿Tienes hijos? —preguntó su madre.

—Dos chicos, pero hace años que no los veo. El destino me separó de mi familia demasiado tiempo.

—¿Hay alguna posibilidad de que te separe de la mía? —refunfuñó Espina.

—Chis —le hizo su madre sin apartar los ojos de Rulf, concretamente de la cadena de gruesos eslabones dorados que llevaba al cuello—. Me tranquiliza mucho saber que un hombre de tus cualidades se cuidará del bienestar de mi hija. Por difícil y contestona que sea, Hild es todo lo que tengo.

La fuerte brisa y la sin duda no poca fuerte cerveza ya habían sonrojado los mofletes de Rulf, pero Espina juraría que vio cómo se ruborizaba de todos modos.

—Lo de mis cualidades habrá muchos que te lo discutan, pero en cuanto a cuidarme del bienestar de tu hija, prometo hacer todo lo posible.

La madre de Espina compuso una breve sonrisa.

—¿Qué más puede prometer nadie?

—Dioses —susurró Espina, dando media vuelta. Lo único que odiaba más que el agobio era que todos la pasaran por alto.

Brinyolf el tejedor de plegarias había sacrificado a algún animal desprevenido y estaba embadurnando con su sangre la bestia de proa del *Viento del Sur*, con las manos rojas hasta las muñecas y entonando una monótona cantinela dirigida a la Madre Mar, a Aquella Que Encuentra El Rumbo, a Aquel Que Dirige La Flecha y a otra docena de dioses menores cuyos nombres Espina ni siquiera había oído antes. Nunca había sido muy dada a la oración, y dudaba mucho que al clima le interesaran más que a ella.

—¿Cómo ha acabado una chica en una tripulación guerrera?

Se volvió para descubrir que se había acercado a ella un chico muy joven. Espina le echó unos catorce años y era delgado, de ojos vivos y nervios rápidos, con el cabello del color de la arena y los primeros asomos de barba en la mandíbula marcada.

Le devolvió la mirada inquisitiva.

—¿Dices que no debería estar aquí?

—A quién se elige no es cosa mía. —El chico se encogió de hombros, ni asustado ni desdeñoso—. Solo te pregunto cómo te han elegido a ti.

—¡Déjala en paz! —Una mujer bajita y delgada dio al chico una experta bofetada—. ¿No te he dicho que ayudes? —Lo empujó hacia el *Viento del Sur* y el gesto hizo bailar las pesas de bronce que llevaba en un cordel atado al cuello y la identificaban como mercader, o quizá tendera, respetada por no engañar en la pesada—. Me llamo Safrit —dijo, poniendo los brazos en jarras—. El chico de las preguntas es mi hijo, Koll. Aún no ha comprendido que cuanto más sabes, más consciente eres del tamaño de tu ignorancia. No iba con intención de hacer daño.

—Ni yo —dijo Espina—, pero se ve que aun así hago mucho.

Safrit sonrió enseñando los dientes.

—Nos pasa a algunos. Vengo a hacer de sobrecargo, cocinera y vigilante del cargamento. Las manos quietas, ¿entendido?

—¿No íbamos a buscar amigos para Gettlandia? ¿También llevamos cargamento?

—Pieles, lágrimas de árbol y marfil de morsa, entre... otras cosas. —Safrit miró preocupada un cofre reforzado con herrajes y encadenado cerca del mástil—. Nuestra misión principal es hablar en nombre del Padre Paz, pero esta expedición la financia la reina Laithlin.

—¡Ja! ¡Y esa mujer en la vida ha dejado pasar una oportunidad de hacer ganancias!

—¿Por qué debería?

Espina dio otra media vuelta para encontrarse la cara de la reina a menos de un paso de distancia. Hay personas que impresionan más si se ven de lejos, pero con la reina Laithlin era justo al contrario, resplandeciente como la Madre Sol y severa como la Madre Guerra, con la gran llave de la tesorería reluciendo sobre el pecho, sus esclavos, guardias y sirvientes juntos a su espalda con miradas de censura.

—Ay, dioses... Quiero decir, perdonadme, mi reina. —Espina dobló la rodilla sin maña, ruborizada desde antes de empezar, perdió el equilibrio y estuvo a punto de agarrarse a las faldas sedosas de la reina para sostenerse—. Disculpadme, nunca me ha salido muy bien lo de arrodillarme...

—Quizá te convendría practicar.

La reina era tan distinta de la madre de Espina como podían serlo dos mujeres de edades parecidas. No era prudente y empalagosa, sino dura y brillante como un diamante tallado, directa como un puñetazo en la cara.

—Es un honor navegar con vos como patrona —parloteó Espina—. Os juro que prestaré el mejor servicio posible a vuestro hijo... al padre Yarvi, quiero decir —añadió al caer en que ya no se lo debía considerar hijo suyo—. Prestaré a vuestro clérigo el mejor servicio que...

—Eres la chica que juró dar una paliza a aquel chico antes de que te la diera él a ti. —La Reina Dorada enarcó una ceja—. Los necios se jactan de lo que harán. Los héroes lo hacen. —Llamó a un siervo chasqueando los dedos y ya estaba dictándole instrucciones en voz baja cuando retomó su camino hacia el barco.

Espina podría haberse quedado de rodillas para siempre si Safrit no la hubiera izado por las axilas.

—Yo diría que le caes bien.

—¿Y cómo trata a la gente que no?

—Reza para no averiguarlo nunca. —Safrit se llevó una mano a la frente al ver que su hijo había trepado por el mástil con agilidad simiesca y estaba encaramado a la gavia, comprobando los nudos que sostenían la vela—. ¡Por los dioses, Koll, baja aquí ahora mismo!

—¡Me has dicho que ayude! —gritó él, soltando las dos manos del mástil para hacer un extravagante encogimiento de hombros.

—¿Y en qué ayudará que caigas de ahí y te mueras, idiota?

—Qué alegría me da que te unas a nosotros. —Espina se volvió una vez más y vio al padre Yarvi junto a ella, acompañado de la vieja calva.

—Hice un juramento, ¿no? —dijo Espina casi sin vocalizar.

—De prestar cualquier servicio que yo considere adecuado, creo recordar.

La mujer negra soltó una leve risita.

—Huy, pero esas palabras son muy, muy imprecisas.

—¿Verdad que sí? —dijo Yarvi—. Me alegro de que ya te estés presentando a la tripulación.

Espina miró a los tripulantes que tenía alrededor y amargó el gesto al encontrar a su madre y a Rulf, que seguían conversando abstraídos.

—Parecen una compañía muy noble —concluyó Espina.

—La nobleza está sobrevalorada. Ya conoces a Skifr, ¿verdad?

—¿Tú eres Skifr? —Espina miró a la mujer de piel oscura con otros ojos—. ¿La ladrona de reliquias élficas? ¿La asesina? ¿La que busca con tanto ahínco la abuela Wexen?

Skifr se olió los dedos, que aún estaban manchados de gris, y los miró sorprendida, como si no pudiera imaginar de dónde había salido el excremento de ave.

—Respecto a lo de ladrona, que conste que las reliquias estaban allí tiradas, en Strokom. ¡Que me denuncien los elfos! Respecto a lo de asesina, bueno, la diferencia entre un asesino y un héroe está en el prestigio de los muertos. Y respecto a lo de que me buscan, en fin, mi talante risueño siempre me ha hecho muy popular. El padre Yarvi me ha contratado para hacer... varias cosas, pero entre ellas, por motivos que solo él conoce, está... —Y clavó un largo dedo índice en el pecho de Espina—. Enseñarte a ti a pelear.

—Ya sé pelear —protestó Espina, irguiéndose en una pose de luchadora.

Skifr echó hacia atrás la cabeza afeitada y dio una carcajada.

—No me refiero a los pisotones lamentables que te vi dar en ese almacén. El padre Yarvi me paga para que te vuelva mortífera. —Y con un borrón de movimiento, atizó tal sopapo a Espina que la tiró contra un barril.

—¿A qué ha venido eso? —dijo ella, con una mano en la mejilla dolorida.

—Era tu primera lección. Has de estar siempre preparada. Si puedo darte un golpe, te lo mereces.

—Supongo que a ti se te aplica lo mismo.

Skifr sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto.

Espina se arrojó contra la mujer pero solo atrapó aire. Tropezó, notó que de pronto le retorcían el brazo a la espalda y vio cómo los resbaladizos tablones del embarcadero subían hasta estamparse en su cara. Su grito de batalla se convirtió en un jadeo sorprendido y después, cuando casi le arrancaron el dedo meñique, en un largo gemido de dolor.

—¿Todavía crees que no tengo nada que enseñarte?

—¡No! ¡No! —gimoteó Espina, retorciéndose a la desesperada mientras le ardían todas las articulaciones del brazo—. ¡Estoy ansiosa por aprender!

—¿Y cuál es tu primera lección?

—¡Si se me puede golpear, me lo merezco!

Skifr le soltó el dedo.

—El dolor es el mejor maestro, como no tardarás en descubrir.

Espina apoyó las rodillas en el suelo, sacudió el brazo palpitante y encontró a su viejo compañero Brand de pie frente a ella, con un saco al hombro y una sonrisa enorme en la cara.

Skifr lo miró y sonrió también.

—Gracioso, ¿verdad?

—Un poquito —dijo Brand.

Skifr le soltó una bofetada que lo envió trastabillando contra un poste, le

hizo soltar el saco encima de un pie y lo dejó parpadeando como un tonto.

—¿A mí también vas a enseñarme a luchar?

—No. Pero no veo motivo para que no estés preparado también.

—¿Espina? —Su madre le estaba ofreciendo una mano para ayudarla a levantarse—. ¿Qué ha pasado?

Espina se cuidó mucho de cogerla.

—Supongo que lo sabrías si hubieras estado despidiéndote de tu hija en vez de echar el cepo a nuestro timonel.

—Dioses, Hild, no eres capaz de pasarme ni una, ¿verdad?

—¡Mi padre me llamaba Espina, me cago en la leche!

—Ah, a tu padre sí, a él sí que se lo perdonarías todo.

—A lo mejor es porque está muerto.

Los ojos de la madre de Espina ya estaban anegados de lágrimas, como de costumbre.

—A veces creo que serías más feliz si yo también lo estuviera.

—¡Pues a veces creo que sí! —Y Espina levantó su cofre de mar, oyó el traqueteo de la espada de su padre cuando se lo echó al hombro y se dirigió con paso firme hacia el barco.

—Me gusta esa terquedad que tiene —oyó que decía Skifr detrás de ella—. Tardaremos poco en hacerla fluir por los canales adecuados.

Uno por uno subieron a bordo y colocaron los cofres de mar en sus puestos. Para enorme disgusto de Espina, Brand tenía el otro palo de popa y estaban sentados tan juntos en la estrechez de las bordas del barco que el menor vaivén amenazaba con enviarlos uno al regazo del otro.

—Cuidado con darme codazos —refunfuñó, más malhumorada que nunca.

Brand meneó la cabeza con gesto cansado.

—Casi que mejor me tiro al mar, ¿te parece?

—¿Podrías? Sería perfecto.

—Dioses —musitó Rulf desde lo alto de su puesto en la toldilla—. ¿Voy a tener que oíros soltar pullas hasta que remontemos el Divino, como un par de gatos en celo?

—Es más que probable —dijo el padre Yarvi, escrutando el cielo. Estaba encapotado y la Madre Sol era poco más que una leve mancha—. Mal tiempo para sentar rumbo.

—Mala suertedeclima —dijo Dosduvoi con tono lastimero, desde su remo cerca del centro de la cubierta—. Una suertedeclima horrible.

Rulf hinchó los mofletes hirsutos.

—En momentos como este echo de menos a Sumael.

—Como este y como cualquier otro —dijo el padre Yarvi con un profundo suspiro.

—¿Quién es Sumael? —murmuró Brand.

Espina levantó los hombros.

—¿Cómo diantres quieres que lo sepa? A mí nadie me cuenta nada.

La reina Laithlin los vio zarpar con una mano apoyada en su abultado embarazo, asintió con un gesto tenso de la cabeza en dirección al padre Yarvi, dio media vuelta y desapareció hacia la ciudad, seguida por su recua de esclavos y siervos. La tripulación estaba compuesta de hombres que iban donde el viento los llevaba, por lo que apenas quedó nadie para despedirlos. Entre esos pocos estaba la madre de Espina, con la cara surcada de lágrimas y saludando con la mano alzada hasta que el muelle fue quedando reducido a una mota lejana, la ciudadela de Thorlby a una muesca retorcida, Gettlandia a un borrón en la descolorida lejanía, sobre la superficie gris de la Madre Mar.

Lo que tiene remar es que se hace encarado hacia atrás. Siempre mirando al

pasado, nunca al futuro. Viendo siempre lo que se pierde, nunca lo que hay por ganar.

Espina puso una cara valiente, como hacía siempre, pero el valor en un rostro puede ser muy quebradizo. Los ojos de Rulf escrutaban el horizonte a proa. Brand estaba concentrado en sus brazadas. Si alguno de los dos la vio secarse las lágrimas con la manga, no hizo ningún comentario.

# LA SEGUNDA LECCIÓN

Roystock era un gargajo de tiendas de madera, amontonadas unas sobre otras y apiñadas en una isla a medio pudrir que asomaba del mar en la desembocadura del río Divino. El lugar rebosaba de mendigos chillones y saqueadores fanfarrones, callosos estibadores y zalameros mercaderes. Sus muelles oscilantes estaban atestados de barcos extraños con tripulaciones extrañas y cargamentos aún más extraños, que repostaban comida y agua y vendían bienes y esclavos.

—¡Dioses, qué falta me hace un trago! —exclamó Odda mientras el *Viento del Sur* raspaba contra el embarcadero y Koll saltaba a tierra para amarrarlo.

—Me dejo convencer para acompañarte —dijo Dosduvoi—, siempre que no haya dados de por medio. No tengo nada de suerte a los dados. —Brand habría jurado que el navío se elevó unos dedos en el agua cuando desembarcó el hombretón—. ¿Te vienes con nosotros, chico?

Era toda una tentación después del suplicio de trabajo duro y palabras duras, de mal tiempo y mal genio que habían sufrido mientras cruzaban el mar Quebrado. Las esperanzas de Brand de que el viaje fuese maravilloso habían sido bastante más maravillosas que el viaje en sí, con una tripulación que parecía menos una familia unida por su objetivo común que un nido de víboras, escupiéndose veneno unos a otros como si su travesía fuese una rencilla que solo pudiera ganar uno.

Brand se lamió los labios mientras recordaba el sabor de la cerveza de Fridlif al bajar. Entonces vio la expresión disconforme de Rulf, recordó el sabor de la cerveza de Fridlif al subir de vuelta y decidió vivir en la luz.

—Será mejor que no.

Odda escupió, contrariado.

—¡Un trago nunca ha hecho daño a nadie!

—Uno no —dijo Rulf.

—Lo que me cuesta es parar después del primero —dijo Brand.

—Además, quiero darle mejor uso. —Skifr se coló entre Brand y Espina, enganchándoles los cuellos con los brazos—. Coged vuestras armas, cachorros míos. ¡Ya va siendo hora de que empiece la educación!

Brand soltó un quejido. Lo último que le apetecía era luchar. Y mucho menos luchar contra Espina, que le había trabado el remo en cada brazada y se había burlado de cada palabra suya desde que zarparon de Thorlby, y para colmo seguro que tendría ganas de ajustar cuentas. Si los tripulantes eran víboras, ella era la más venenosa de todos.

—¡Os quiero a todos de vuelta antes del mediodía! —vociferó Yarvi mientras la mayor parte de sus hombres empezaban a perderse por los laberínticos callejones de Roystock, y luego dijo en voz baja a Rulf—: Como se nos ocurra hacer noche aquí, no habrá forma de ponerlos a remar otra vez. Safrit, asegúrate de que ninguno mate a nadie. Sobre todo entre ellos.

Ella estaba terminando de ajustarse al cinturón un cuchillo que casi podría llamarse espada y que además parecía bastante usado.

—Un hombre empeñado en destruirse a sí mismo acabará lográndolo tarde o temprano.

—Pues que sea tarde —replicó Yarvi.

—Supongo que no podrás darme alguna pista de cómo hacerlo —bromeó Safrit.

—Con esa lengua afilada que tienes, podrías pinchar a un árbol y hacer que se moviera. —Les llegó una risita incontenible de Koll, que estaba atando el cabo—. Pero si te falla, los dos sabemos que no tendrás remilgos en que los pinchazos sean con esa daga.

—Muy bien, pero no te juro nada. —Safrit llamó la atención de Brand con

un gesto de cabeza—. Intenta que el suicida de mi hijo no se acerque a ese mástil, ¿quieres?

Brand miró a Koll, que le lanzó una sonrisa traviesa.

—Supongo que no podrás darme alguna pista de cómo hacerlo.

—Ojalá —respondió Safrit mirando al cielo, y con un suspiro se adentró en el pueblo mientras Rulf ponía a los perdedores del sorteo a fregar la cubierta.

Brand salió al muelle y los tablones firmes le trastocaron el equilibrio después de haber pasado tanto tiempo mecido por el mar. Estiró entre leves protestas unos músculos agarrotados de tanto remar y se despegó de la piel la ropa endurecida por la sal.

Skifr miraba a Espina con cara pensativa y las manos en las caderas.

—¿Hace falta vendarte el pecho?

—¿Qué?

—El pecho de una mujer puede molestarle en una pelea, bamboleándose como sacos de arena. —Skifr extendió un brazo serpentino y, antes de que Espina pudiera apartarse, ya la había palpado—. Déjalo estar. No vas a tener ese problema.

Espina la miró enfurecida.

—Muchísimas gracias.

—No tienes que agradecerme nada. ¡Me pagan para que te enseñe! —La anciana regresó de un salto a la cubierta del *Viento del Sur*, dejando a Brand y Espina enfrentados de nuevo, con armas de madera en las manos, él más cerca del pueblo, ella con el mar a su espalda—. ¿Y bien, niños? ¿A qué esperáis, a recibir una invitación por águila?

—¿Aquí? —Espina miró con gesto grave los pocos pasos de estrecho muelle que los separaban, con la Madre Mar dando azotes a los pilares por debajo.

—¿Dónde si no? ¡Luchad!

Espina emprendió el combate con un grito, pero al tener tan poco espacio solo podía atacar con la punta de la espada. Brand no tuvo dificultades en desviar sus acometidas con el escudo, haciéndola retroceder un cuarto de paso con cada una.

—¡No le hagas cosquillas! —ladró Skifr—. ¡Mátalo!

Los ojos de Espina buscaron una abertura, pero Brand no le dio respiro y siguió avanzando paso a paso, llevándola hasta el final del embarcadero. Ella embestía con su salvajismo habitual, haciendo chocar y raspar los escudos, en vano porque siempre encontraba a Brand preparado para hacerla retroceder sin pausa aprovechando su peso. Espina bramó y escupió mientras sus botas resbalaban en el musgo de los tablones y descargó tajos contra él a los que no podía aplicar fuerza.

Era inevitable. Con un alarido de derrota, Espina cayó derribada desde el extremo del muelle al acogedor abrazo de la Madre Mar. Brand encogió el rostro al verla caer, dudando mucho que aquello fuese a hacer más llevadero el año que tendría que pasar remando a su lado.

Kalyiv todavía quedaba muy, muy lejos, y a Brand le pareció que se alejaba por momentos.

La tripulación restante celebró el resultado con risitas. Koll, que había trepado hasta la gavia del *Viento del Sur* como siempre a pesar de las advertencias de su madre, jaleó desde arriba. Skifr se llevó los pulgares y los índices a las sienes y se las frotó con suavidad.

—Mal presagio.

Espina lanzó su escudo al embarcadero y subió por una escalerilla infestada de percebes, calada hasta los huesos y pálida de ira.

—Pareces angustiada —dijo Skifr—. ¿La prueba no es justa?

Espina se obligó a responder entre dientes apretados.

—El campo de batalla no es justo.

—¡Cuánta sabiduría en alguien tan joven! —La mujer devolvió a Espina la espada de madera que había perdido—. ¿Otro intento?

La segunda vez fue al mar todavía más deprisa. La tercera acabó dando con la espalda contra los remos entrecruzados del *Viento del Sur*. La cuarta dio unos tajos tan fuertes al escudo de Brand que rompió la punta de su espada de entrenamiento. Y luego él la volvió a empujar hasta sacarla del muelle.

Para entonces ya se había reunido en el puerto una alegre multitud de mirones. Algunos eran parte de su propia tripulación, otros formaban parte de otras embarcaciones y había bajado también gente del pueblo para reírse de la chica a la que tiraban al mar. Hasta empezaba a haber algunas apuestas animadas sobre el resultado.

—Paremos ya —suplicó Brand—. Por favor. —Los únicos desenlaces que predecía eran enfurecer más a Espina o acabar él mismo en el mar, y ninguno de los dos lo entusiasmaba demasiado.

—¡Ni por favor ni leches! —gritó Espina, preparándose para otro asalto. Sin duda estaba dispuesta a seguir cayendo al mar bajo la luz del Padre Luna si le daban ocasión, pero Skifr la obligó a bajar la espada con la yema de un dedo.

—Creo que ya has entretenido bastante a las buenas gentes de Roystock. Eres alta y eres fuerte.

Espina tensó la mandíbula.

—Más fuerte que la mayoría de los hombres.

—Más fuerte que la mayoría de los chicos del cuadrado de entrenamiento, pero... —Skifr dejó caer una mano perezosa en dirección a Brand—. ¿Cuál es la lección?

Espina escupió en los tablones y luego se limpió un poco de saliva de la barbilla, en hosco silencio.

—¿Tanto te gusta el sabor de la sal que quieres intentarlo otra vez? —Skifr fue hasta Brand y le asió los brazos—. Mírale el cuello. Mírale los hombros. ¿Cuál es la lección?

—Que él es más fuerte. —Fror tenía los antebrazos apoyados en la borda del *Viento del Sur*, sosteniendo un trapo y un cepillo. Brand no estaba seguro de haber oído nunca su voz.

—¡Exacto! —exclamó Skifr—. Yo diría que este vansterlandés tan reservado conoce bien la batalla. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz, querido mío?

—Estaba ordeñando una hembra de reno y se me cayó encima —dijo Fror—. Luego lo lamentó muchísimo, pero el daño ya estaba hecho. —Y Brand se preguntó si había guiñado su ojo deforme.

—La marca de un auténtico héroe, pues —refunfuñó Espina, torciendo el gesto.

Fror se encogió los hombros.

—Alguien tiene que traer la leche.

—Y alguien tiene que sostenerme la capa. —Skifr se la quitó de un solo movimiento y la arrojó en su dirección.

Estaba delgada como un palillo, tenía la cintura estrecha como una avispa y estaba envuelta en tiras de tela, enrollada con cinturones y correas, erizada de cuchillos y garfios, esqueros y ganzúas, pescuezos de cordero, varillas, papeles y otros utensilios de los que Brand no podía adivinar el propósito.

—¿No habíais visto nunca a una abuela sin su manto? —Se llevó una mano a la espalda y sacó un hacha con el astil de madera oscura y una hoja fina y alargada. Era un arma hermosa, con extrañas letras grabadas que serpenteaban en el brillante acero. Skifr levantó la otra, con el pulgar replegado y los demás dedos estirados y juntos—. Esto es mi espada. Un filo digno de canciones, ¿sí? Tírame al mar, chico, si puedes.

Skifr empezó a moverse. Verla era un espectáculo desconcertante, dando bandazos como un borracho, lacia como un pelele y blandiendo el hacha de un lado al otro, levantando astillas de los tablones al golpearlos. Brand la observó por encima de su escudo, intentando encontrar alguna pauta en sus andares, pero no tenía ni idea de dónde iba a caer su siguiente paso. De modo que esperó a un tajo abierto del hacha y probó a dar un golpe cauto con su espada.

Le costó creer que la mujer se moviera tan deprisa. Su hoja de madera falló por un pelo mientras Skifr entraba hacia él como una centella, atrapaba su escudo con aquella hacha ganchuda para apartarlo, avanzaba su brazo de la espada y le hundía las puntas de los dedos en el pecho, obligándolo a retroceder trastabillando con un gruñido.

—Estás muerto —dijo ella.

El hacha cayó hacia él y Brand alzó el escudo de sopetón para recibirla. Pero el golpe no llegó. Lo que llegó fue un golpe con los dedos en la ingle que le retorció la cara de dolor, y al mirar hacia abajo la vio sonriente por debajo de su escudo.

—Estás muerto dos veces.

Intentó cargar contra ella, pero habría ganado lo mismo cargando contra la brisa. De algún modo la mujer lo rodeó y le clavó los dedos justo debajo de la oreja, enviando una oleada de dolor que recorrió todo su costado.

—Muerto.

Le castigó los riñones con el canto de la mano mientras intentaba dar la vuelta.

—Muerto.

Brand se volvió de golpe, enseñando los dientes y trazando un arco con la espada a la altura del cuello, pero Skifr ya no estaba allí. Algo le atrapó el tobillo y transformó su grito de guerra en un gorgoteo sorprendido, impidió que dejara de girar, le arrebató el equilibrio y lo inclinó hacia el extremo del embarcadero...

Se detuvo, estrangulado cuando algo lo atrapó por el cuello.

—Eres el chico más muerto de Roystock.

Skifr tenía un pie apoyado en su talón y el filo curvo de su hacha enganchado en el cuello de su camisa para impedir que cayera, con el cuerpo inclinado muy hacia atrás para equilibrar el peso de él. Estaba inmóvil e indefenso, vacilante sobre el frío mar. Los mirones se habían quedado en silencio, casi tan anonadados por la exhibición de Skifr como lo estaba Brand.

—Nunca podrás vencer a un hombre fuerte con fuerza, no más de lo que yo puedo vencerte a ti con juventud —regañó Skifr a Espina—. Debes golpear antes y ser rápida al hacerlo, debes ser más dura y más lista, debes estar siempre pendiente de atacar y debes luchar sin honor, sin conciencia y sin clemencia. ¿Lo entiendes?

Espina asintió despacio. De todo el cuadrado de entrenamiento, siempre

había sido la que más odiaba que le enseñaran cosas. Pero siempre había sido la más rápida en aprenderlas.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Dosduvoi había llegado paseando y miraba boquiabierto a Brand, que pendía sobre el agua irradiando saliva con cada aliento.

—Están entrenando —dijo a viva voz Koll, que se había inclinado desde el mástil y estaba haciendo bailar una moneda entre los nudillos con destreza—. ¿Por qué vuelves tan pronto?

—Me han dado una paliza a los dados. —Se frotó con nostalgia su enorme antebrazo, de donde había desaparecido un par de aros de plata—. He tenido una suerte espantosa.

Skifr chistó, contrariada.

—Los que tienen mala suerte al menos deberían intentar compensarla con buen juicio.

Giró la muñeca, el filo de su hacha atravesó el cuello de la camisa de Brand, a quien le llegó el turno de caer haciendo aspavientos al agua fría. Le llegó el turno de izarse por la escalerilla. Le llegó el turno de soportar goteando las burlas del gentío.

Descubrió que su turno le gustaba incluso menos de lo que le había gustado el de Espina.

El vansterlandés lanzó la capa harapienta de vuelta a Skifr.

—Un espectáculo impresionante.

—¡Ha sido como magia! —Koll tiró la moneda hacia arriba pero falló al atraparla y la miró caer directa al mar.

—¿Magia? —La anciana proyectó una mano y capturó la moneda de Koll entre el índice y el pulgar—. Eso era entrenamiento, experiencia y disciplina. A lo mejor otro día os mostraré la magia, pero más nos vale confiar en que no. —Envió la moneda dando vueltas al aire con un chasquido y Koll rió mientras la atrapaba—. La magia tiene costes que no querréis tener que pagar. —Skifr se echó la capa hacia atrás con un latigazo de tela.

»Ese estilo de lucha que aprendiste —dijo a Espina—, el de plantarte en una hilera con escudo, malla y hoja pesada, no te encaja. No está pensado para encajarte. —La mujer negra retiró el escudo del brazo de Espina y lo arrojó entre los cofres del *Viento del Sur*—. Lucharás con armas más ligeras y veloces. Lucharás con menos armadura.

—¿Cómo resistiré en la muralla de escudos sin escudo?

—¿Cómo que resistir? —Skifr puso los ojos como platos—. ¡Tú eres letal, chica! ¡Eres la tormenta, siempre en movimiento! Correrás hacia tu enemigo, o lo engañarás para que venga él a ti, y en el terreno que hayas elegido y de la forma que decidas, lo matarás.

—Mi padre era un guerrero de renombre y siempre decía...

—¿Dónde está tu padre?

Espina bajó las cejas un momento, con la boca entreabierta, y entonces llevó la mano a un bulto que había bajo su camisa empapada y cerró despacio los dedos.

—Muerto.

—Pues su experiencia no sirve.

Skifr lanzó su larga hacha hacia ella y Espina la atrapó en el aire, la sopesó y dio unos tajos cautelosos a un lado y al otro.

—¿Qué significan las letras de la hoja?

—Dicen en cinco idiomas: «Para el luchador todo debe ser un arma». Es un buen consejo, si tienes la sabiduría de aceptarlo.

Espina asintió, muy seria.

—Soy la tormenta.

—De momento, más bien una llovizna —dijo Skifr—. Pero solo estamos empezando.

## LA TERCERA LECCIÓN

El río Divino.

Espina se acordaba de escuchar embelesada las historias de su padre sobre sus viajes remontando el Divino y bajando por su hermano, el Denegado, y los ojos brillantes con los que le susurraba las batallas desesperadas que libró contra gentes extrañas, las orgullosas hermandades que se forjaron en el crisol del peligro y los botines de oro que esperaban a quienes se adentraban en el río. Desde entonces había soñado con emprender ella la travesía, con los nombres de aquellos lugares lejanos resonando en su mente como las palabras de un conjuro, rebosantes de poder y misterio: las largas cuestas, Kalyiv, la Primera Ciudad.

Por extraño que pareciera, en sus sueños no aparecían manos y nalgas peladas y escocidas de tanto remar, ni incesantes nubes de chinches decididas a dejarla sin sangre, ni una niebla tan densa que solo permitía entrever destellos fugaces de aquella tierra legendaria, y para colmo esos pocos vistazos eran de tristes cenagales y bosques espesos, paisajes cuya contemplación era cualquier cosa menos rara en Gettlandia.

—Esperaba que hubiera más emoción —rezongó Espina.

—Así son las esperanzas —dijo Brand.

Estaba muy lejos de perdonarle que la hubiera humillado delante de la reina Laithlin, o todas aquellas caídas en el gélido puerto de Roystock, pero tuvo que concederle un lúgubre gruñido de asentimiento.

—Habrá emoción de sobra antes de que volvamos por aquí —intervino Rulf, dando un suave giro a la caña del timón—. Tanta que suplicaréis un poco de aburrimiento. Si es que sobrevivís.

La Madre Sol descendía ya hacia las copas desiguales de los árboles cuando el padre Yarvi ordenó varar el *Viento del Sur* para pasar la noche y Espina por fin pudo acorullar su remo, tirándolo con malos modos sobre las rodillas de Brand antes de frotarse las ampollas de las palmas de las manos.

Sacaron el barco del agua tirando del cabo de proa entre esfuerzos y tropezones, aunque el terreno era tan pantanoso que se hacía difícil saber dónde terminaba el río y empezaba la tierra.

—Recoged leña para una hoguera —ordenó Safrit.

—¿Leña seca? —preguntó Koll, que estaba dando patadas a la madera de deriva en descomposición que se acumulaba en la orilla.

—En general arde mejor.

—Tú no, Espina. —Skifr estaba apoyada en un remo de repuesto del barco, con la pala muy por encima de su cabeza—. Tus jornadas pertenecen a Rulf, pero al alba y al ocaso eres mía. Mientras haya luz, tenemos que entrenar siempre que podamos.

Espina echó un rápido vistazo al cielo plomizo, cargado de nubes bajas sobre el terreno sombrío.

—¿A esto llamas luz?

—¿Tus enemigos esperarán a la mañana si pueden matarte a oscuras?

—¿Qué enemigos?

Skifr entornó los ojos.

—Un auténtico luchador debe considerar a todo el mundo su enemigo.

Era la clase de afirmación que Espina acostumbraba a hacer a su madre. Oída en boca de otra persona, sonaba mucho menos interesante.

—¿Cuándo descanso, entonces?

—¿En las canciones de grandes héroes se habla mucho del descanso?

Vio a Safrit repartiendo unas tortas de pan plano entre la tripulación y se le hizo la boca agua.

—A veces sí que se habla de comer.

—Entrenar con el estómago lleno trae mala suerte.

Hasta Espina estaba exhausta después de un largo día compitiendo con Brand al remo, pero pensó que cuanto antes empezaran, antes acabarían.

—¿Qué hacemos hoy?

—Yo intentaré pegarte. Tú intentarás que no te pegue.

—¿Con un remo?

—¿Por qué no? Golpear y que no te golpeen es la esencia del combate.

—Estas cosas no podría haberlas aprendido sola ni en mil años —refunfuñó Espina.

Ni siquiera contuvo una exclamación cuando Skifr sacó el brazo a la velocidad del rayo y le dio un guantazo en la mejilla. Empezaba a acostumbrarse.

—Vas a recibir golpes y, cuando eso ocurra, su fuerza no debe tambalearte, su dolor no debe restarte rapidez, su impacto no debe hacerte vacilar. Tienes que aprender a dar golpes sin piedad. Tienes que aprender a encajarlos sin miedo. —Skifr inclinó el remo hasta dejar la pala suspendida cerca del pecho de Espina—. Aunque te aconsejo que te apartes. Si puedes.

Desde luego, lo intentó. Espina esquivó, zigzagueó, brincó, rodó y luego trastabilló, chocó, resbaló, tropezó. Al principio esperaba poder esquivar el remo y derribar a Skifr, pero no tardó en descubrir que mantenerse alejada de él requería hasta la última brizna de su ingenio y energía. Llegaban palazos desde todas partes y le daban coscorrones, le vapuleaban el hombro, se le hincaban en las costillas y en la tripa y le arrancaban quejidos, resuellos y hasta gritos cuando barrían sus pies del suelo y la tumbaban.

El olor que emanaba de la cacerola de Safrit tiraba de su estómago vacío mientras la tripulación comía y bebía, acercaba los dedos al calor del fuego y se reclinaba sobre los codos para observar, reír y hacer apuestas sobre cuánto tiempo

aguantaría. Siguieron hasta que el sol se redujo a un brillo diluido en el horizonte occidental y Espina estaba hecha una sopa y enfangada de la cabeza a los pies, dolorida por los golpes y con la respiración pesada y trabajosa.

—¿Quieres la oportunidad de devolverme los golpes? —preguntó Skifr.

Si había algo en el mundo capaz de hacer que Espina ardiera en deseos de volver a empuñar un remo, era la posibilidad de aporrear a Skifr con uno.

Pero la anciana tenía otros planes.

—Brand, tráeme esa barra.

Él rebañó el cuenco con su último mendrugo, se levantó envuelto en una manta y se acercó mientras se pasaba la lengua por los dientes. Llevaba una barra de basto hierro forjado, de la longitud de una espada, pero al menos con cinco veces su peso.

—Muchas gracias —dijo Espina con una voz que rezumaba sarcasmo.

—¿Qué querías que hiciera?

Solo pudo pensar en que Brand había tenido la misma mirada desvalida en la playa de Thorlby, cuando Hunnan había enviado a tres chicos a destrozar sus sueños.

—Ah, pero ¿haces algo alguna vez?

Tal vez no fuese justo, pero en ese momento Espina no se sentía demasiado justa. Tampoco era que los demás lo fuesen nunca con ella.

Brand tensó las facciones y abrió la boca como si pretendiera darle un buen corte. Entonces pareció que cambiaba de opinión y volvió hacia el fuego sin responder para luego arrebujarse en la manta con la espalda encorvada.

—¡Eso! —le gritó Espina—. ¡Vete y siéntate! —Como pulla era más bien floja, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que él la había humillado a ella.

Skifr le ciñó un escudo al brazo.

—Venga, pues. Pégame.

—¿Con esto? —Solo levantar aquel armatoste ya suponía un esfuerzo considerable—. Preferiría usar el remo.

—Para el luchador todo debe ser un arma, ¿recuerdas? —Skifr llamó con los nudillos a la frente de Espina—. Todo. El suelo. El agua. Esa roca. La cabeza de Dosduvoi.

—¿Cómo? —farfulló el gigante, levantando la mirada.

—Es verdad que la cabeza de Dosduvoi sería un arma terrible, ojo —dijo Odda—. Es dura como una piedra y sólida de lado a lado.

Hubo algunas risitas, aunque a Espina no le pareció un chiste tan acertado. La risa parecía un idioma extranjero mientras sopesaba aquel pedazo de hierro.

—Por ahora, esa es tu arma. Te hará ganar fuerza.

—Creía que no podía ganar por la fuerza.

—Puedes perder por la debilidad. Si consigues mover esa barra lo bastante deprisa como para darme a mí, tu espada será rápida como el rayo e igual de mortífera. Empieza. —Skifr abrió mucho los ojos y, con una imitación en falsete de la voz de Espina, añadió—: ¿O no te parece justo?

Esta apretó la mandíbula incluso más de lo habitual, asentó los pies y, con un rugido belicoso, entabló combate. No fue nada elegante. A los pocos envites ya le dolía el brazo desde el hombro hasta la punta de los dedos. Dio vaivenes con aquella barra en la mano e hizo saltar plastas de fango del suelo, una de las cuales cayó en la hoguera y provocó una lluvia de chispas y aullidos de protesta por parte de la tripulación.

Skifr bailó su danza de movimientos bruscos, esquivando las torpes acometidas de Espina con una facilidad lamentable y dejando que la venciera su propio impulso, desarmándola de vez en cuando con un leve movimiento de escudo y gritando instrucciones que Espina se veía incapaz de entender, así que ya no digamos cumplir.

—No, intentas guiar el golpe y tienes que obedecer al arma. No, más muñeca. No, el codo hacia dentro. ¡El arma forma parte de ti! No, inclinada, inclinada, así. No, ese hombro arriba. No, los pies más separados. ¡Este es tu terreno! ¡Domínalo! ¡Eres la reina de este barro! Otra vez. No. Otra vez. No. Otra

vez. No, no, no, no, no. ¡No!

Espina dio un chillido y arrojó la barra contra el suelo húmedo, y Skifr le devolvió el chillido, embistió con su escudo por delante y la envió al suelo hecha un amasijo de brazos y piernas.

—¡Nunca bajes la guardia! Será el momento en el que mueras. ¿Entendido?

—Entendido —replicó entre dientes Espina, notando el sabor de la sangre.

—Bien. Veamos si te das más maña con la mano izquierda.

Cuando Skifr dio por terminado el entrenamiento de mala gana, el Padre Luna ya sonreía en el cielo y la noche estaba impregnada de la extraña música de las ranas. Salvo unos cuantos que montaban guardia, la tripulación había caído rendida, envuelta en mantas, pieles, vellones y sacos de piel de foca en el caso de los más afortunados, enviando una tormenta de ronquidos y el vaho de su aliento a la luz rojiza de los últimos rescoldos.

Safrit estaba sentada con las piernas cruzadas y acariciaba el pelo arenoso de Koll, que dormía con la cabeza apoyada en su regazo y movía los ojos bajo los párpados en sueños. Le tendió un cuenco.

—Te he guardado un poco.

Espina dejó caer la cabeza, con las facciones encogidas. Tenía buena armadura contra el desprecio, el dolor y la rabia, pero aquel ápice de amabilidad le provocó un repentino llanto ahogado.

—Todo irá bien —dijo Safrit, dándole una palmadita en la rodilla—. Ya lo verás.

—Gracias —susurró Espina.

Se secó las lágrimas, devoró el estofado frío y se chupó los dedos.

Le pareció ver el resplandor de los ojos de Brand en la penumbra antes de que el chico apartara un poco a Odda, que maulló como un gatito en su sueño inquieto, y rodara para dejarle espacio. Espina habría dormido rodeada de cadáveres con mucho gusto, de modo que se dejó caer al suelo, que aún conservaba el calor del cuerpo de Brand, y ni se molestó en quitarse las botas.

Casi se había quedado dormida cuando Skifr, suavemente, la arropó con la manta.

## LA FURIA DE LOS DIOSES

Los días se confundían unos con otros en una monotonía de brazadas, de crujidos de madera y de agua salpicando el casco del *Viento del Sur*, de la mandíbula de Espina marcándose con cada golpe de remo, de los ojos de Rulf reducidos a rendijas que no se apartaban de su curso río arriba, de la mano deforme del padre Yarvi asida con la buena detrás de su espalda, de las incansables preguntas de Koll y las regañinas de Safrit, de historias contadas en torno a una hoguera, de sombras que se movían por las cicatrices de los rostros de los hombres, del constante murmullo de las instrucciones de Skifr y del estruendo de armas y de los jadeos de Espina entrenando mientras Brand se quedaba dormido.

No podía decirse que la chica le cayera bien, pero sí encontraba admirable su insistencia, que siguiera luchando por mucho que tuviera en contra, que se levantara del suelo una y otra vez por mucho que la derribaran. Eso era valentía, y hacía que Brand deseara parecerse más a ella.

De vez en cuando desembarcaban en aldeas que no pertenecían a reino ni señor alguno. Eran chozas de pescadores enraizadas unas junto a otras en la turba de los meandros, o cabañas de juncos que los pastores compartían con su ganado bajo los aleros del silencioso bosque, si se comparaban con la que Brand había compartido con Rin, ellos dos habían vivido en un palacio. Pensar en su casa le anegó el alma de una añoranza sensiblera. El padre Yarvi conseguía leche, cerveza y cabras que aún balaban, hablando en lo que parecían todos los idiomas conocidos por hombre o bestia, pero pocas sonrisas cambiaban de manos. Aunque no costasen dinero, en el Divino había una tremenda escasez de sonrisas.

Dejaron atrás barcos que navegaban hacia el norte, con tripulaciones que a

veces se mostraban hoscas y vigilantes y otras los saludaban con cautela. Hicieran lo que hicieran, Rulf no les quitaba ojo de encima hasta que se perdían de vista por completo, como tampoco soltaba su arco negro, que era un arma temible y casi tan alta como un hombre, fabricada con los grandes cuernos rugosos de algún animal que Brand no conocía ni quería conocer jamás.

—Estos parecían bastante amistosos —dijo después de un encuentro que bordeó la jovialidad.

—La flecha de un arquero sonriente te deja igual de muerto —replicó Rulf, volviendo a dejar el arco junto al timón—. Algunas tripulaciones estarán regresando a casa con cargamentos valiosos, pero otras habrán fracasado y querrán compensarlo abordando un buen barco y vendiendo a sus guapos remeros de popa como esclavos.

Espina inclinó la cabeza hacia Brand.

—En este barco solo encontrarán a un remero de popa guapo.

—Tú serías más guapa si no pusieras siempre cara de pocos amigos —dijo Rulf, con lo que provocó una cara de pocos amigos especialmente espantosa, que era la intención.

—A lo mejor es que la proa del clérigo ahuyenta a los saqueadores —sugirió Brand, encajando su hacha al lado de su cofre de mar.

Espina bufó mientras enfundaba su espada.

—Yo creo que tiene más que ver con que llevemos prestas las armas.

—Sí —dijo Rulf—. Hasta los más respetuosos con la ley se relajan allí donde no existe. El alcance de la Clerecía tiene un límite, pero la autoridad del acero gobierna en todos los puertos. Por cierto, llevas una buena espada, Espina.

—De mi padre. —Después de pensárselo un momento, se la tendió a Rulf.

—Menudo guerrero debía de ser.

—Fue Escudo Elegido —dijo Espina, hinchada de orgullo—. Es por él que quise luchar desde pequeña.

Rulf alzó la espada y cerró un ojo para mirar filo abajo, constatando con aprobación que estaba bien usado y bien mantenido, pero luego torció el gesto al ver el pomo, un pegote informe de hierro con el que no se había tenido el menor cuidado.

—Me da en la nariz que no es el primer pomo que tiene.

Espina apartó la mirada hacia la espesa arboleda, apretando la mandíbula.

—Tenía uno mejor, pero ahora está ensartado en la cadena de Grom-gil-Gorm.

Rulf levantó las cejas y se hizo un silencio incómodo mientras le devolvía la espada.

—¿Y tú qué, Brand? ¿Tu padre luchaba?

Brand miró sombrío a una garza que vadeaba cerca de la otra orilla.

—Sabía dar algún que otro puñetazo.

Rulf infló los mofletes, constatando que aquel tema de conversación estaba muerto y enterrado.

—¡A remar, pues!

Espina escupió por la borda mientras colocaba las manos en el remo.

—Me cago en dar brazadas. Lo juro, cuando vuelva a Thorlby no voy a tocar otro remo en la vida.

—Un hombre sabio me dijo en una ocasión que hay que dar una brazada cada vez. —El padre Yarvi estaba justo detrás de ellos. Ocupar el remo de popa tenía muchos inconvenientes, pero uno de los peores era que nunca se podía saber quién llegaba por la espalda.

—Claro, porque tú habrás remado mucho —murmuró Espina mientras se inclinaba y empujaba el asidor.

—¡Eh! —Rulf hizo dar un respingo a Espina con una patada en su remo—. ¡Reza por no tener que aprender nunca lo que sabe él de remar!

—Déjala. —El padre Yarvi sonrió mientras se frotaba la muñeca lisiada—. No es fácil ser Espina Bathu. Y solo se le va a complicar más.

El río Divino se estrechó y el bosque se cernió oscuro sobre sus riberas. Los árboles eran cada vez más viejos y más altos, de raíces hundidas en las aguas mansas y ramas grandes y nudosas un poco por encima de ellas. De modo que, mientras Skifr tiraba a Espina al agua una y otra vez acosándola con un remo, los demás enrollaron la vela, desarbolaron el barco y dejaron el mástil tendido a lo largo, sujeto con caballetes entre los cofres de mar. Como ya no podía trepar por el palo, Koll sacó su cuchillo y se puso a tallarlo. Brand esperaba ver las torpes figuras de un niño y se sorprendió al descubrir que desde la espiga empezaban a extenderse hermosos animales, plantas y guerreros entrelazados.

—Tu hijo tiene talento —dijo a Safrit cuando la sobrecargo fue a llevar agua a los remeros.

—Tiene talentos para dar y tomar —asintió ella—, pero su mente es como una polilla. No sabes lo que me cuesta que preste atención a algo más de dos segundos.

—¿Por qué se llama el Divino, a todo esto? —preguntó Koll mientras se sentaba para mirar corriente arriba, dando vueltas al cuchillo entre los dedos y confirmando en cierto modo las palabras de su madre—. No le veo yo mucho de sagrado.

—He oído que es porque la Diosa Única bendijo su agua por encima de todas las demás —dijo la voz ronca de Dosduvoi.

Odda miró con gesto interrogativo la lúgubre espesura que los acechaba desde las dos orillas.

—¿A ti esto te parece muy bendecido?

—Los elfos conocían los auténticos nombres de estos ríos —dijo Skifr, que se había preparado una especie de lecho entre el cargamento para guarecerse—. Nosotros los llamamos Divino y Denegado porque es a lo más que llegan nuestras torpes lenguas humanas.

El buen humor se esfumó con la mención de los elfos, Dosduvoi musitó una plegaria a la Diosa Única y Brand trazó un símbolo sagrado sobre su corazón.

Odda era menos devoto.

—¡Me meo yo en los elfos!

Se levantó de su cofre de mar dando un salto, se bajó los pantalones y envió un arco amarillo muy por encima de la borda del barco. Hubo risas y también algunos gritos contrariados de los hombres de detrás cuando una racha de viento los salpicó.

Muchas veces basta que un hombre empiece para que a los demás les entren ganas, y no pasó mucho tiempo antes de que Rulf ordenara mantener el barco firme en el centro del agua mientras media tripulación enseñaba sus peludos traseros contra los costados del barco. Espina acorulló su remo, es decir, lo metió y lo dejó caer sin miramientos en el regazo de Brand, y luego se bajó los pantalones mostrando parte de un muslo blanco y musculoso. No había gran cosa que ver, pero a Brand le costó resistirse y acabó mirando por el rabillo del ojo mientras ella se izaba y sacaba el culo por encima de la regala.

—¡No quepo en mí de la sorpresa! —le gritó Odda mientras volvía a su cofre.

—¿Por qué, porque meo?

—Porque meas sentada. Estaba seguro de que ahí abajo escondías una minga.

Hubo risitas sueltas entre los remeros al oírlo.

—Yo pensaba lo mismo de ti, Odda. —Espina se subió los pantalones y se abrochó el cinturón—. Supongo que los dos nos hemos llevado una decepción.

El barco se llenó de carcajadas en toda regla. Koll estalló en una risa aguda y rasposa, Rulf dio unos elogiosos golpes de puño en la bestia de popa y Odda rió como el que más, echando atrás la cabeza y enseñando sus dientes limados. Safrit dio una palmadita en la espalda a Espina y ella se sentó en su cofre con una sonrisa que hizo pensar a Brand que Rulf había acertado de lleno. Cuando esa chica sonreía, no tenía nada de feo.

La racha de viento que había mojado a los compañeros de remo de Odda fue la primera de muchas. El cielo se encapotó y Aquella Que Canta El Viento envió una canción fría y arremolinada sobre el barco, barrió ondas de espuma en

las aguas tranquilas del Divino y sopló el pelo de Brand en su cara. Millares de pájaros pequeños y blancos alzaron el vuelo en bandada y se recortaron dando vueltas y cambiando bruscamente de dirección contra el cielo magullado.

Skifr metió una mano en su capa de harapos para hurgar entre la infinidad de runas, talismanes y símbolos sagrados que llevaba al cuello.

—Esto es muy mal presagio.

—Para mí que se avecina tormenta —murmuró Rulf.

—De un cielo como este he visto caer granizo del tamaño de cabezas de mujer.

—¿Sacamos el barco del río? —preguntó el padre Yarvi.

—Y lo volteamos y nos metemos debajo. —Skifr mantuvo la mirada fija en las nubes como haría un guerrero ante el avance de un adversario—. Y deprisita.

El *Viento del Sur* atracó en la siguiente playa de grava. Para entonces el viento había refrescado y Brand tuvo que arroparse mientras le caían goterones de lluvia en la cara.

Primero sacaron a la orilla el mástil y la vela, luego el cargamento y los cofres de mar, las armas y los escudos. Brand ayudó a Rulf a soltar las palomas de madera con cuñas y mazos y a envolverlas con esmero en hule, mientras Koll ayudaba a Espina a calzar los remos en sus escálamos para usarlos de agarraderos con los que levantar el barco. El padre Yarvi liberó el cofre con herrajes de sus cadenas y Dosduvoi tensó los tendones de su ancho cuello al izar su peso hasta el hombro. Llevaron seis recios barriles rodando hasta los lugares que indicó Rulf, alrededor de su material amontonado, y Odda cogió una pala y se aplicó con sorprendente habilidad a excavar huecos en los que cupieran las partes elevadas a proa y popa del barco.

—¡Venga, a levantarlo! —vociferó Rulf, y Espina saltó por la borda sonriendo de oreja a oreja.

—Te veo bastante alegre con todo esto —dijo Brand, y dio un respingo al caer al agua fría.

—Prefiero levantar diez barcos que entrenar con Skifr.

La lluvia arreció, así que dejó de haber grandes diferencias entre estar en el río o en la orilla porque todos estaban empapados, con el pelo y la barba pegados a la cara, la ropa adherida al cuerpo, el esforzado rostro perlado de humedad.

—¡Nunca navegues en un barco que no puedas cargar! —gruñó Rulf entre dientes rechinantes—. ¡Arriba! ¡Arriba!

Cada grito despertó un nuevo coro de bramidos, gemidos, quejidos. Hasta el último hombre y la última mujer aplicó toda su fuerza, se marcaron los tendones en el cuello de Safrit y se desnudaron los dientes limados de Odda en un rugido animal, e incluso el padre Yarvi colaboró tirando de la proa con su mano buena.

—¡Tumbadlo! —gritó Rulf cuando hubieron sacado el barco del agua—. ¡Pero suave ahora! ¡Como un amante, no como un luchador!

—¿Si lo tumbo como un amante me gano un beso? —replicó Odda.

—Te daré yo un beso con el puño —siseó Espina entre dientes apretados.

Estaba oscuro como si hubiera anochecido, y Aquel Que Habla El Trueno refunfuñó en la lejanía mientras volteaban el *Viento del Sur* y la proa y la popa se clavaban profundamente en el terreno cenagoso. Entonces metieron las manos bajo la borda y subieron el barco bocabajo por una orilla que sus pisadas iban convirtiendo en fango resbaladizo.

—¡Despacio! —ordenó el padre Yarvi—. ¡Suave! ¡Un poco hacia mí! ¡Justo ahí! ¡Y... abajo!

Depositaron el barco sobre los toneles y Oda chilló y sacudió la mano porque se la había atrapado, pero no hubo más heridos y el *Viento del Sur* descansaba firme y volteado. La tripulación, calada hasta los huesos, dolorida y jadeante, se metió bajo el casco y se apiñó acuclillada en la oscuridad.

—Buen trabajo —dijo la voz de Rulf, que despertó ecos extraños—. A lo mejor aún podemos sacar una tripulación decente de esta pandilla de inútiles.

Soltó una risita contagiosa y al poco tiempo estaban todos riendo, dándose palmadas en la espalda y abrazándose, pues sabían que habían cumplido, habían colaborado entre ellos y estaban más unidos como resultado.

—Es un salón muy noble —dijo Dosduvoi, palpando la madera sobre su

cabeza.

—Y menos mal que lo tenemos, con el tiempo que hace —dijo Odda.

Había empezado a llover a mares y las incansables trombas de agua caían formando cortinas por la borda del *Viento del Sur*, convertida en alero del tejado que los resguardaba. Oyeron tronar cerca y el viento ululante invadió el refugio con un frío atroz que se coló entre los barriles. Koll se acurrucó más y Brand le pasó el brazo por el hombro, como había hecho con Rin cuando eran niños y vivían sin un techo sobre las cabezas. Notaba la presión del cuerpo de Espina al otro lado, la leñosa solidez de su hombro moviéndose con cada respiración, y quiso pasarle también el brazo por detrás, pero no le apetecía demasiado recibir un puñetazo en la cara.

Quizá debería aprovechar la ocasión para decirle que fue él quien habló con el padre Yarvi. Que al hacerlo había perdido su puesto en la incursión del rey. Tal vez entonces Espina se lo pensaría dos veces antes de clavarle el remo, o al menos algunas de sus pullas más incisivas.

Pero los dioses sabían que no se le daba muy bien decir las cosas, y sabían mejor aún que a ella no era fácil decirle nada, y cuanto más se perdía todo en el pasado más le costaba sacar el tema. Tampoco creía que fuese a hacer mucho bien ponerla en deuda con él de ese modo.

Así que se quedó callado y dejó que el hombro de Espina se apretase a intervalos contra el suyo, hasta que sintió un movimiento brusco cuando algo pesado se estrelló contra el casco.

—Granizo —susurró Skifr.

Los golpes se hicieron más y más fuertes, como hachazos en escudos, y los tripulantes miraron hacia arriba con miedo, se encogieron tumbados en el suelo o se taparon las cabezas con las manos.

—Mirad esto. —Fror sostuvo en alto una piedra que había rodado bajo el barco, un trozo de hielo del tamaño de un puño, lleno de protuberancias y pinchos. Entre la oscuridad del exterior, Brand alcanzaba a ver el granizo que impactaba contra la tierra húmeda, rebotaba y rodaba.

—¿Creéis que los dioses se han enfurecido con nosotros? —preguntó Koll.

—Es lluvia congelada —dijo el padre Yarvi—. Los dioses odian a quienes planean mal las cosas y ayudan a quienes tienen buenos amigos, buenas espadas y buenas cabezas. Preocúpate menos de lo que podrían hacer los dioses y más de lo que puedes hacer tú, ese es mi consejo.

Sin embargo, Brand oyó muchas oraciones. Hasta probó a rezar él mismo, pero nunca había sabido muy bien cómo elegir los dioses correctos. Skifr destacaba sobre los demás, parloteando en al menos tres idiomas, ninguno de los cuales comprendía Brand.

—¿Estás rezando a la Diosa Única o a los muchos? —preguntó.

—A todos. Y al dios pez de los banyas, y al gran Thopal de ocho brazos, que los alyukos creen que devorará el mundo al final de los tiempos. Nunca se puede tener demasiados amigos, ¿eh, chico?

—Su... supongo que no.

Dosduvoi miró el diluvio con ojos tristes.

—Yo empecé a rezar a la Diosa Única porque sus sacerdotes dijeron que me traería mejor suerte.

—¿Y cómo te ha ido? —preguntó Koll.

—Hasta ahora mal —dijo el hombretón—. Pero a lo mejor es que no me he comprometido lo suficiente en adorarla.

Odda escupió.

—Nunca podrás inclinarte lo suficiente para el gusto de la Diosa Única.

—En eso se parece mucho a la abuela Wexen —musitó Yarvi.

—¿A quién rezas tú? —preguntó Brand a Espina en voz baja, al ver que movía los labios y que tenía agarrado algo que llevaba en una correa al cuello.

Espina le devolvió una mirada dura y brillante.

—Yo no rezo.

—¿Por qué?

Se quedó callada un momento.

—Recé por mi padre, todas las mañanas y todas las noches, supliqué a todo dios del que pudiera averiguar el nombre. A docenas y docenas de los muy cabrones. Él murió de todas formas.

Y le dio la espalda y se apartó, dejando la oscuridad entre ellos.

La tempestad continuó como si nada.

## PREPARADA O MUERTA

—Dioses —susurró Brand.

Las ruinas élficas se agolpaban a las dos orillas del río: altísimas torres, bloques y cubos, cristal élfico hecho añicos que relucía con los tenues rayos de sol.

El cauce del Divino se había ensanchado tanto que casi parecía un lago, aunque sus orillas estuvieran dentadas de piedra y extendiesen dedos muertos de metal hacia el centro del río. Todo estaba invadido por enredaderas, cubierto de brotes nuevos, asfixiado por matorrales de zarzas vetustas. Los pájaros no piaban y ni siquiera había insectos zumbando sobre un agua tan inmóvil que parecía cristal negro, perturbado solo por las leves ondulaciones que provocaban las palas de los remos al hundirse con suavidad, y aun así a Espina le picaba todo por la sensación de que los observaban desde cada ventana vacía.

Le habían advertido toda la vida que no se acercara a ninguna ruina élfica. Era lo único en que su madre y su padre se ponían de acuerdo siempre. Los marineros corrían a diario el riesgo de naufragar costeando Gettlandia para mantener las distancias con la isla encantada de Strokom, que la Clerecía había prohibido que hollara el hombre. En ella acechaban la enfermedad, la muerte y

cosas peores que la muerte, ya que los elfos habían blandido una magia capaz de romper a la Diosa y destruir el mundo.

Y allí estaban ellos, cuarenta personas insignificantes en una ramita ahuecada, remando por el centro de las ruinas élficas más imponentes que Espina había visto jamás.

—Dioses —volvió a gimotear Brand, volviendo la cabeza para mirar hacia proa.

Delante del barco había un puente, si se podía llamar puente a algo construido a semejante escala. En algún tiempo una esbelta calzada debió de cruzar el río sobre un solo e inmenso ojo, entre dos impresionantes torres que dejaban enana a la construcción más alta de la ciudadela de Thorlby. Pero el puente se había derrumbado hacía siglos y quedaban enormes piedras colgando de enmarañadas cuerdas de metal, una de las cuales osciló un poco con el más leve de los crujidos mientras el *Viento del Sur* pasaba por debajo.

Rulf agarró la caña del timón, boquiabierto y con la mirada fija en una de las torres inclinadas, encogido como si temiese que cayera sobre el diminuto barco y aplastara a su tripulación de hormigas.

—Si alguna vez necesitáis recordar lo insignificantes que sois —murmuró—, este es buen sitio.

—Es una ciudad entera —susurró Espina.

—La ciudad élfica de Smolod. —Skifr estaba apoltronada en la toldilla, mirándose las uñas como si unas colosales ruinas élficas apenas fueran dignas de mención—. Antes de la Ruptura de la Diosa, tenía millares de habitantes. Millares de millares. Refulgía con la luz de su magia y el aire estaba cargado de la canción de sus máquinas y el humo de sus poderosos hornos. —Dio un largo suspiro—. Todo perdido. Todo olvidado. Pero ese mismo destino es el que espera a todas las cosas. Seas grande o pequeño, la Última Puerta es la única certeza de la vida.

De la superficie del río asomaba una lámina doblada de metal sobre postes oxidados, con unas flechas trazadas con pintura descascarillada y palabras escritas en gruesas e inescrutables letras élficas. El conjunto tenía un inquietante aspecto de advertencia, pero Espina no habría sabido decir sobre qué.

Rulf tiró una ramita al agua, la observó alejarse para estimar la velocidad

que llevaban y asintió con la cabeza de mala gana. Por una vez, no tenía que dar voces de ánimo —es decir, insultos— para que el *Viento del Sur* avanzara a buen ritmo. Parecía que el mismo barco sumaba su susurro a las oraciones, las blasfemias y los sortilegios de su tripulación, pronunciados en una docena de idiomas. Sin embargo, Skifr, que siempre tenía algo que decir a cada dios en cada ocasión, por una vez dejó tranquilos a los cielos.

—Reservaos las oraciones para más adelante —dijo—. Aquí no hay peligro.

—¿Que no hay peligro? —graznó Dosduvoi, dibujando un atolondrado signo sagrado sobre el pecho y descuidando el remo, que fue a topar contra el hombre de delante.

—He pasado mucho tiempo en ruinas élficas. Explorarlas ha sido uno de mis muchos oficios.

—Hay quien llamaría a eso herejía —intervino el padre Yarvi, mirando sin levantar la cabeza.

Skifr sonrió.

—La herejía y el progreso a menudo se parecen mucho. En el sur no tenemos ninguna Clerecía que se entrometa en esos asuntos. Los ricos de allí pagan bien por una reliquia élfica o dos. La propia emperatriz Teófora tiene una colección considerable. Pero las ruinas del sur ya están más que limpias. Las de la zona del mar Quebrado tienen mucho más que ofrecer. Algunas están intactas desde la Ruptura de la Diosa. Las cosas que se pueden encontrar en ellas...

Su mirada se desvió al cofre con herrajes, asegurado con cadenas cerca de la base del mástil, y Espina pensó en la caja y en la luz que había emanado de ella. ¿La habrían obtenido excavando en algún lugar parecido a aquel? ¿Contendría alguna magia capaz de romper el mundo? Se estremeció al pensarlo.

Pero Skifr solo ensanchó su sonrisa.

—Si entras bien preparada en las ciudades de los elfos, encontrarás allí menos peligro que en las ciudades de los hombres.

—Dicen por ahí que eres una bruja. —Koll sopló para limpiar de virutas la zona del mástil que estaba tallando y miró hacia arriba.

—¿Dicen? —Skifr separó los párpados para que se viera el blanco alrededor de sus iris—. Lo cierto y lo falso son difíciles de distinguir en el ovillo de lo que «dicen por ahí».

—Dijiste que sabías magia.

—Y es verdad. La suficiente para provocar grandes daños, pero no la suficiente para hacer mucho bien. Así es la magia.

—¿Me dejarías verla?

Skifr rebufó.

—Eres joven e imprudente y no sabes lo que pides, chico. —Remaron a la sombra de una extensa muralla, su estribo hundido en el río, su parapeto derruido y dejaba a la vista una osamenta enmarañada de metal retorcido. Varias filas de inmensas troneras bostezaban vacías—. Los poderes que construyeron esta ciudad también la dejaron en ruinas. Hay riesgos terribles, costes terribles. Siempre hay costes. ¿De cuántos dioses conoces los nombres?

—De todos —dijo Koll.

—Pues rézales a todos para no ver nunca la magia. —Skifr miró pensativa a Espina—. Quítate las botas.

Espina parpadeó.

—¿Por qué?

—Para tomarte un merecido descanso de remar.

Espina miró a Brand y él se encogió de hombros. Los dos recogieron sus remos y ella se quitó las botas. Skifr se sacó la capa por el cuello, la plegó y la dejó sobre la caña del timón. Acto seguido desenfundó su espada. Espina no había visto nunca la hoja, que era larga, fina y de suave curva, con un filo asesino que reflejaba la luz de la Madre Sol.

—¿Estás preparada, querida mía?

De pronto, descansar del remo no parecía una perspectiva tan tentadora.

—¿Preparada para qué? —preguntó Espina con una voz repentinamente débil.

—Un luchador puede estar preparado o muerto.

Un minúsculo jirón de instinto hizo que Espina levantara con fuerza el remo, y el filo de la espada de Skifr se hundió en la madera entre sus manos.

—¡Estás loca! —chilló mientras retrocedía a la desesperada.

—No eres ni mucho menos la primera que lo dice. —Skifr dio unas estocadas a izquierda y derecha y obligó a Espina a saltar el mástil tumbado sobre sus caballetes—. Yo me lo tomo como un cumplido. —Sonrió alegre mientras daba tajos por doquier y los marineros se apartaban de su camino con movimientos bruscos y temerosos—. Tómatelo todo como un cumplido... y ya no se te puede insultar.

Saltó de nuevo hacia delante y Espina no tuvo más remedio que meterse bajo el mástil, jadeando mientras la espada de Skifr lo sacudía, una, dos veces.

—¡Mis tallas! —gritó Koll.

—¡Aprovecha los tajos! —rugió Skifr.

Espina tropezó con las cadenas que aseguraban el cofre del padre Yarvi y cayó sentada en las piernas de Odda, arrancó su escudo de la regala y bloqueó un espadazo sosteniéndolo con las dos manos antes de que Skifr se lo arrancara de ellas y la derribara a un lado de un puntapié.

Espina agarró una cuerda enrollada y se la arrojó a la anciana en la cara antes de lanzarse hacia la espada de Fror, pero este le apartó la mano.

—¡Usa la tuya!

—¡La tengo en el cofre! —gimió mientras rodaba sobre el remo de Dosduvoi, agarraba al hombretón desde detrás y miraba por encima de su hombro inmenso.

—¡Que la diosa me salve! —exclamó Dosduvoi.

Resopló cuando la hoja de Skifr pasó rauda junto a sus costillas, primero a

un lado y luego al otro, y le hizo un agujero en la camisa. Espina esquivó la espada a duras penas, quedándose sin espacio a medida que la proa tallada y el padre Yarvi, que disfrutaba del espectáculo con una sonrisa, se iban acercando sin piedad.

—¡Para! —gritó Espina, levantando una mano temblorosa—. ¡Por favor! ¡Dame una oportunidad!

—¿Acaso los *berserker* de las tierras bajas paran cuando se lo piden sus enemigos? ¿Acaso Yilling el Radiante deja de atacar si dices «por favor»? ¿Acaso Grom-gil-Gorm concede oportunidades?

Skifr dio otra estocada y Espina saltó al otro lado de Yarvi, recuperó el equilibrio en el balcón de proa, dio un paso casi a ciegas y brincó fuera del barco para posarse en la pértiga del primer remo. Sintió como se combaba por su peso, como el remero intentaba mantenerla horizontal. Pasó al siguiente de un salto y flexionó el pie descalzo en torno a la madera resbaladiza, con los brazos extendidos a los lados. Cualquier titubeo, cualquier pensamiento, cualquier duda sería su perdición. Solo le quedaba seguir avanzando a largos saltos sobre el agua titilante, con el crujido de los remos, el traqueteo de los escálamos y los vítores de la tripulación resonando en sus oídos.

Soltó un chillido agudo, presa de la pura emoción temeraria, con el viento entrando a raudales en su boca abierta. Correr los remos era una noble hazaña, de la que se cantaba a menudo aunque pocas veces se intentaba. Pero la sensación de triunfo le duró poco. El *Viento del Sur* solo tenía dieciséis remos por banda y se le estaban terminando a marchas forzadas. El último llegaba veloz hacia ella y vio que Brand había sacado el brazo y tenía los dedos extendidos. Se arrojó desesperada hacia su mano tendida, él le agarró la manga y...

El remo le dio un golpetazo en el costado, la tela de la manga se rasgó y Espina cayó de cabeza al río. Volvió a la superficie entre jadeos y burbujas.

—¡Un esfuerzo encomiable! —gritó Skifr, de pie en la toldilla con el brazo en los hombros de Rulf—. ¡Y nadar es incluso mejor ejercicio que remar! ¡Acamparemos a una legua o dos de aquí y te esperaremos!

Espina dio un manotazo furioso al agua.

—¿Leguas?

Su furia no ralentizó al *Viento del Sur*; si acaso, le imprimió velocidad. Brand la miró desde la popa con aquella cara desvalida que ponía y el brazo aún apoyado en la regala, y entonces se encogió de hombros.

La voz de Skifr llegó flotando sobre el agua.

—¡Yo te guardo las botas, no te preocupes!

Mascullando improperios, Espina empezó a nadar y fue dejando ruinas silenciosas en su estela.

## UN LEVE PICOR

Brand dio con los huesos en el suelo. Soltó la espada de entrenamiento, cayó rodando entre quejidos por la pendiente y profirió un último gemido al quedar de espaldas, mientras resonaban los abucheos de la tripulación.

Allí tendido, mirando el cielo oscurecido con el cuerpo lleno de cardenales palpitantes y la dignidad hecha trizas, supuso que Espina debía de haberle enganchado el tobillo. Pero no había visto ni el menor aviso de sus intenciones.

Espina clavó su espada en la tierra herbosa donde habían señalado su cuadrado de entrenamiento y le ofreció la mano.

—¿Van tres seguidas o cuatro?

—Cinco —gruñó—, como bien sabes. —Dejó que Espina tirara de él. Nunca había podido permitirse demasiado orgullo, y entrenar contra ella estaba acabando con sus reservas—. Dioses, qué rápida te has vuelto. —Hizo una mueca al arquear la espalda, que aún le dolía de una patada—. Eres como una serpiente pero sin la clemencia.

Espina ensanchó la sonrisa al oírlo y se limpió una franja de sangre de debajo de la nariz, la única marca que Brand había podido hacerle en cinco lances. No había sido un cumplido, pero estaba claro que ella se lo tomaba como tal, igual que hacía Skifr.

—Creo que nuestro joven Brand ya ha sufrido bastante castigo por un día —dijo la anciana a la tripulación—. Tiene que haber algún héroe de brazo anillado entre vosotros que se atreva a enfrentarse a mi alumna, ¿verdad?

No hacía tanto tiempo habrían estallado en carcajadas por la sugerencia. Hombres que habían saqueado hasta la última costa implacable del mar Quebrado,

que habían hecho de la espada y la contienda su vida, que llamaban hogar a la muralla de escudos. ¡Hombres que entre todos habían derramado sangre como para botar un barco, luchando contra una chica deslenguada!

Ese día no rió nadie.

La habían visto entrenar como un diablo durante semanas, hiciera el tiempo que hiciera. La habían visto caer y la habían visto levantarse, y levantarse, y levantarse hasta que les dolía a ellos solo por mirar. Llevaban un mes durmiéndose con los golpes de sus armas a ritmo de nana y despertando con sus gritos de guerra en lugar del canto de un gallo. Día tras día habían visto cómo ganaba velocidad, fuerza y destreza. Una destreza que ya era terrible, combinando hacha y espada, y además empezaba incluso a dominar aquel contoneo ebrio de Skifr con el que no había forma de saber dónde estarían ella o sus armas al momento siguiente.

—No os lo recomiendo —dijo Brand, sentándose con un quejido junto al fuego y presionando con reparo una costra reciente en su cuero cabelludo.

Espina volteó el hacha de madera con los dedos como si fuese un mondadientes.

—¿Ninguno tiene agallas suficientes?

—¡Me cago en todo, niña! —Odda se levantó de un salto—. ¡Voy a enseñarte lo que sabe hacer un hombre de verdad!

Odda le enseñó el aullido que hace un hombre de verdad cuando una espada de madera impacta en su entrepierna, y luego le enseñó el mejor intento que había visto nunca Brand de un hombre de verdad comiéndose su escudo, y por último le enseñó el trasero sucio de un hombre de verdad mientras cruzaba haciendo aspavientos un zarzal y caía en un charco.

Se apoyó en los codos y soltó agua por la nariz, rebozado en fango de la cabeza a los pies.

—¿Has tenido bastante?

—Yo sí.

Dosduvoi se agachó despacio para recoger la espada de Odda del suelo y

después se irguió en toda su altura, inflando el grueso pecho. El arma de madera parecía minúscula en su puño carnoso.

Espina tensó la mandíbula y lo miró ceñuda.

—Los árboles más altos son los que más duro caen. —Aunque Espina pudiera ser una astilla en el culo del mundo, Brand se descubrió sonriendo. Por escasas que fueran sus posibilidades, nunca cedía ni un paso.

—Este árbol devuelve los golpes —dijo Dosduvoi, adoptando una postura de combate con las enormes botas muy separadas.

Odda se sentó y se frotó un brazo magullado.

—¡Si las espadas tuvieran filo, esto habría sido otro cantar, os lo digo yo!

—Sí —dijo Brand—, un cantar mucho más corto y contigo muerto al final.

Safrit estaba atareada cortando el pelo a su hijo entre chasquidos de su reluciente podadera.

—¡Deja de moverte! —le gritó—. O no acabaremos nunca.

—El pelo tiene que cortarse, Koll. —Brand puso una mano en el hombro del chico—. Haz caso a tu madre. —Estuvo punto de añadir: «Suerte tienes de tenerla», pero se mordió la lengua. Algunas cosas estaban mejor sin decirse.

Safrit hizo un gesto a Brand con la podadera.

—Ya que estoy, ahora te recorto esa barba que tienes.

—A mí ni se te ocurra acercarme ese artilugio —dijo Fror, pasándose un dedo por la trenza más cercana a la cicatriz.

—¡Cómo son los guerreros! —bufó Safrit—. ¡Más presumidos que doncellas! La mayoría de estas caras no deberían asomar nunca al mundo, pero un chico guapo como tú no debería estar detrás de ese matojo.

Brand se pasó los dedos por la barba.

—Sí que ha crecido estas semanas, sí. Empieza a picarme un poco, la

verdad.

Se elevó un clamor cuando Dosduvoi alzó su espada por encima de la cabeza y Espina se deslizó entre sus piernas separadas, se volvió y le dio una sonora patada en el culo que hizo trastabillar al gigante.

Rulf se rascó una serie de recientes picaduras de insecto que tenía en un lado del cuello.

—A todos nos pica un poco.

—En una travesía como esta siempre se cuelan polizones. —Odda se metió una mano en los pantalones y rascó a conciencia—. Solo quieren tomar la ruta más fácil hacia el sur, igual que nosotros.

—Temen la guerra que se avecina contra el Gran Rey de los piojos —dijo Safrit— y buscan aliados entre los mosquitos. —Y aplastó uno que estaba a punto de picarle en la nuca.

Su hijo se frotó la cabeza y provocó una lluvia de color arena, aunque el pelo que le quedaba seguía tan asilvestrado como antes.

—¿De verdad podemos conseguir aliados tan lejos?

—El príncipe de Kalyiv puede convocar a tantos jinetes que el polvo que levantan tapa el sol —dijo Odda.

Fror asintió.

—Y yo he oído que la Emperatriz del Sur tiene tantos barcos que podría cruzar el mar saltando de uno a otro.

—No es cuestión de barcos ni de caballos —dijo Brand mientras se acariciaba los callos de las manos—. Es cuestión del comercio que pasa por el río Divino. Hacia un lado van esclavos y pieles; hacia el otro, plata y seda. Y la plata es lo que gana las guerras, tanto como el acero. —Cayó en la cuenta de que todos lo miraban y dejó que se le apagara la voz, avergonzado—. O eso me decía siempre Gaden... en la fragua...

Safrit sonrió, jugueteando con las pesas que llevaba al cuello.

—Los más callados son los que no hay que perder de vista.

—Los estanques calmos son los más profundos —dijo Yarvi, con los ojos claros fijos en Brand—. La riqueza es poder. La raíz de los celos del Alto Rey es la riqueza de la reina Laithlin. Ese hombre puede cerrar el mar Quebrado a nuestros barcos, cercenar todo comercio con Gettlandia. Con el príncipe de Kalyiv y la emperatriz de su parte, también puede cerrarnos el Divino. Estrangularnos sin desenvainar una sola espada. Pero con el príncipe y la emperatriz como aliados nuestros, la plata sigue fluyendo.

—La riqueza es poder —dijo Koll para sí mismo, como si comprobara la verdad de esas palabras. Entonces miró a Fror—. ¿Cómo te hiciste la cicatriz?

—Preguntando demasiadas cosas —respondió el vansterlandés, sonriendo al fuego.

Safrit se inclinó hacia Brand y empezó a tirar con suavidad de su barba y a chascar con la podadora. Era raro tener a alguien tan cerca, que alguien lo observara con tanta atención, que unos dedos tan suaves tocaran su rostro. Siempre le decía a Rin que se acordaba de su madre, pero eran solo historias que repetía una y otra vez, que el tiempo había deformado hasta dejar solo las historias y no los recuerdos en sí. Rin era quien le cortaba siempre el pelo, y Brand tocó el cuchillo que había forjado para él y sintió una repentina añoranza. Echó de menos la casucha que tanto esfuerzo les había costado y la luz del fuego en la cara de su hermana, y tuvo tal punzada de preocupación por ella que crispó los rasgos.

Safrit se apartó enseguida.

—¿Te he cortado?

—No —graznó Brand—. Ha sido solo una punzada de añoranza.

—Tienes a alguien especial que te espera, ¿eh?

—Solo familia.

—De un chico tan guapo como tú, me cuesta creerlo.

Dosduvoi por fin había detenido el zigzag de Espina agarrándola por el pelo enredado. Asió su cinturón con la otra mano, la izó como si fuera un fardo de paja y la arrojó sin miramientos a una zanja.

—Algunos estamos condenados a tener mala suertedeamor —comentó Rulf en tono lastimero, mientras Skifr ordenaba un alto en el lance y buscaba a su discípula en la zanja—. Yo estuve demasiado tiempo lejos de mi granja y mi mujer se volvió a casar.

—Para ti sería mala suertedeamor —dijo Safrit sin levantar la voz, tirando al fuego un mechón de la barba de Brand—, pero para ella fue buena.

—La mala suertedeamor es pronunciar el juramento de no tener ningún amor. —El padre Yarvi dejó escapar un suspiro—. Cuanto más mayor me hago, menos me parece que los tiernos cuidados de la abuela Wexen valgan la pena a cambio del romance.

—Yo estuve casado —dijo Dosduvoi, que se sentó junto al fuego y se removió buscando una postura cómoda para sus castigadas nalgas—. Pero ella murió.

—Si la aplastaste con ese corpachón que tienes, no cuenta como mala suerte —bromeó Odda.

—No tiene gracia —protestó el coloso, aunque las risitas indicaron que buena parte de la tripulación opinaba que sí.

—Para mí, nada de esposas —dijo Odda—. No creo en ellas.

—Dudo que ellas crean mucho en ti tampoco —replicó Safrit—. Aunque la que me da pena es tu mano, obligada a ser tu única amante todo este tiempo.

Odda puso una sonrisa de lobo y la luz de la hoguera se reflejó en sus dientes limados.

—Que no te dé. Mi mano es una compañera sensible y siempre dispuesta.

—Y al contrario que las demás, no la repele tu aliento monstruoso. —Safrit sacudió unos pelos sueltos de la barba de Brand, ya rapada, y se reclinó—. Listos.

—¿Me prestas la podadera? —pidió Skifr.

Safrit miró la pelusa gris en el cráneo de la anciana.

—No tienes mucho que recortar.

—No es para mí. —Señaló con la cabeza a Espina, que había salido de la zanja y se acercaba cojeando y frotándose la cabeza entre gestos de dolor, con el pelo suelto y proyectado en todos los ángulos—. Creo que tenemos otra oveja a la que esquilar. Dosduvoi acaba de demostrar que esa pelambrera es un punto débil.

—No.

Espina soltó las maltrechas armas de madera y se colocó unos mechones detrás de las orejas, un gesto extraño en alguien que nunca parecía prestar la menor atención a su aspecto.

Skifr levantó las cejas.

—Nunca habría incluido la vanidad entre tus muchos defectos.

—Hice una promesa a mi madre —dijo Espina mientras se apropiaba de una torta de pan. Se metió media en la boca de golpe, ayudándose con los dedos sucios. Quizá no hubiera podido derrotar a tres hombres a la vez peleando, pero Brand estaba seguro de que comiendo no habrían sido rivales para ella.

—No sabía que tuvieras a tu madre en tan alta estima —comentó Skifr.

—Y no la tengo. Siempre ha sido un incordio de mucho cuidado, diciéndome la forma adecuada de hacer las cosas, que nunca era como yo quería hacerlas, claro. —Espina atacó el pan con los dientes como un lobo devoraría a una presa muerta y siguió hablando con la boca llena, entre una catarata de migas—. Me paso el día preocupada de lo que piense de mí la gente, de lo que serían capaces de hacerme, de lo poco que me conviene, de cómo la podría avergonzar. Come así, habla así, sonríe así, mea así.

Mientras Espina hablaba, Brand no había dejado de pensar en su hermana, abandonada sin nadie que cuidara de ella, y la rabia lo cogió por sorpresa.

—Dioses —dijo con aspereza—, ¿es que no hay una sola bendición que no trates como maldición?

Espina se quedó pensativa, masticando a dos carrillos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Brand escupió las palabras, sintiendo una repentina repulsión por ella.

—¡Que tienes una madre a la que le importas más que un carajo, tienes una casa esperándote donde estarás a salvo, y aun así te quejas!

Aquello provocó un silencio bastante incómodo. El padre Yarvi entornó los ojos, Koll los desorbitó y Fror enarcó sorprendido las cejas. Espina tragó despacio, con la misma expresión de sorpresa que si le hubieran dado un guantazo. Con más. Guantazos recibía a todas horas.

—Cómo odio a la gente, joder —masculló, cogiendo otra torta de manos de Safrit.

La respuesta de Brand no fue ni mucho menos comprensiva, pero por una vez no pudo callarse.

—Tranquila. —Se subió la manta hasta el hombro y rodó para darle la espalda—. Ellos sienten más o menos lo mismo por ti.

## AL CUERNO CON ELLOS

Espina arrugó la nariz al oler lo que había al fuego, despertó de sopetón y supo al momento que algo iba mal. Apenas recordaba la última vez que había despertado sin la amable ayuda de la bota de Skifr.

Quizá la vieja bruja tenía corazón, al fin y al cabo.

Había soñado que un perro le lamía un lado de la cabeza e intentó desprenderse del recuerdo mientras salía rodando de entre las mantas. Puede que los sueños fuesen mensajes de los dioses, pero a ese no había forma de descifrarle el significado. Koll estaba acuclillado en la orilla, refunfuñando mientras lavaba los cacharros.

—Buenos días —dijo ella desperezándose a conciencia y casi disfrutando del dolor prolongado que recorrió sus brazos y su espalda. Los primeros días casi no podía ni moverse por las mañanas, entre el remo y el entrenamiento, pero empezaba a estar mejor preparada, endurecida como la cuerda y la madera.

Koll miró arriba y abrió mucho los ojos.

—Esto...

—Sí, ya sé, Skifr me ha dejado dormir. —Sonrió mirando hacia la otra orilla. Por primera vez, Divino era un nombre que encajaba con el río. El año iba avanzando y la Madre Sol ya era generosa en luz y calor, por lo que los pájaros cantaban en el bosque y había insectos revoloteando perezosos por encima del agua. Las ramas de los árboles de la ribera estaban cargadas de flores blancas y Espina hizo una larga y perfumada inhalación, que luego dejó escapar alegre—. Tengo la sensación de que hoy será un buen día. —Revolvió el pelo de Koll, se volvió y estuvo a punto de chocar con Brand.

El chico se la quedó mirando, con aquella expresión desvalida suya por toda la cara.

—Espina, tú...

—Anda, muérete. —Había estado despierta media noche pensando en exabruptos que soltarle, pero cuando llegó el momento no se le ocurrió nada mejor. Lo apartó con el hombro y fue hacia los rescoldos del fuego, donde estaban reunidos los demás.

—Comed bien —estaba diciendo Rulf—. Puede que hoy lleguemos a las largas cuestas. Necesitaréis toda la fuerza que tengáis y un poco más, cuando arrastremos el... el...

Dejó la frase en el aire, sin apartar la vista de Espina mientras ella se acercaba, cogía un cuenco vacío y miraba dentro de la cacerola.

—No pares por mí —dijo ella. Todos estaban mirándola y empezaba a ponerse nerviosa.

Entonces Odda se echó a reír, escupiendo comida en todas direcciones.

—¡Parece un cepillo con la mitad de las cerdas arrancadas!

—Un cordero a medio esquilar —dijo Dosduvoi.

—Un sauce con la mitad de las ramas podadas —murmuró Fror.

—Esa me ha gustado —dijo Odda—. Tenía poesía. Deberías hablar más.

—Y tú deberías hablar menos, pero las cosas son como son.

Llegaba aire desde el río y Espina notó un frío extraño en un lado de la cabeza. Bajó una mirada torva a su hombro y lo encontró cubierto de pelo. Subió una mano al cuero cabelludo, temerosa de lo que encontraría. La parte derecha era una maraña recogida de cualquier manera en una trenza, como de costumbre. La parte izquierda estaba rapada hasta dejar solo una pelusa irregular, y las puntas de sus dedos temblaron al pasar por los desconocidos bultos de su cráneo.

—Duermes por el lado derecho. —Skifr se inclinó sobre su hombro para pescar un trozo de carne de la cacerola haciendo pinza con sus largos dedos—. He

hecho lo que he podido sin despertarte. Tienes un sueño muy tranquilo.

Espina clavó la mirada en ella.

—¡Dijiste que no me obligarías a hacerlo!

—Y por eso me he ocupado yo. —La anciana sonrió como si hubiera hecho a Espina el favor de su vida.

Conque la bruja tenía corazón. Conque iba a ser un buen día. Espina no acababa de tener claro si quería llorar, chillar o arrancar a mordiscos la cara de Skifr. Al final lo único que le salió fue un gorgoteo ahogado antes de volver furiosa hacia el río, con la risa de la tripulación resonando en los oídos, los dientes apretados y agarrándose la cabeza, medio greñuda y medio calva.

El tesoro más preciado de su madre era un pequeño espejo con marco de plata. Espina siempre la pinchaba diciendo que le gustaba tanto porque era una presumida, aunque sabía que en realidad era porque fue un regalo de su padre, que se lo trajo mucho tiempo antes desde la Primera Ciudad. A Espina nunca le había gustado mirarse en él. Tenía la cara demasiado larga, las mejillas demasiado vacías, la nariz demasiado afilada y los ojos demasiado enfadados. Pero habría cambiado con mucho gusto aquel reflejo por la burla asimétrica que en aquel momento la miraba desde el agua tranquila hacia la ribera.

Recordó a su madre cantando con voz dulce al tiempo que cepillaba el pelo de Espina y a su padre sonriendo mientras las miraba. Recordó las risas y el calor de unos brazos rodeándola. Su familia. Su hogar. Cogió la bolsita que colgaba en su pecho y pensó en lo triste que era llevar los huesos de los dedos de su padre atados del cuello. Pero eran lo único que le quedaba. Movió la cabeza con amargura mientras miraba su horrible reflejo y vio aparecer otro por detrás, alto, delgado y casi incoloro.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? —preguntó, borrándolos del agua con una palmada rabiosa.

—Para hacer aliados de nuestros enemigos —dijo el padre Yarvi—. Para llevar ayuda a Gettlandia.

—Por si no te habías fijado, no soy muy buena haciendo amigos.

—Todos tenemos nuestros defectos.

—Entonces ¿por qué traerme? ¿Por qué pagar a Skifr para que me enseñe?

El clérigo se agachó a su lado.

—¿Confías en mí, Espina?

—Sí. Me salvaste la vida. —Sin embargo, al mirar el azul claro de sus ojos se preguntó cuánto podía confiar cualquiera en un hombre astucioso—. Y pronuncié un juramento. ¿Qué otra opción me queda?

—Ninguna, así que confía en mí. —Alzó la mirada hacia el desastre de su pelo—. Puede que tardes en acostumbrarte, pero creo que encaja bien contigo. Es extraño y feroz. Único en su especie.

Espina resopló.

—Raro sí que es, eso está claro.

—Algunos de nosotros somos raros. Creía que te gustaba destacar. Pareces prosperar en las burlas como una flor en la mierda.

—Cuesta más de lo que parece —respondió ella con un hilo de voz—, esto de poner siempre una cara valiente.

—Lo sé de sobra, créeme.

Se quedaron los dos un rato en silencio allí, junto al agua.

—¿Me ayudas a afeitarme el otro lado?

—Yo me lo dejaría.

—¿Así? ¿Por qué?

Yarvi hizo un leve gesto de cabeza hacia la hoguera.

—Porque al cuerno con ellos, por eso.

—Al cuerno con ellos —murmuró Espina, y recogió agua con la mano para echarse hacia atrás el pelo que le quedaba. Tuvo que reconocer que empezaba a gustarle la idea. Dejarse la cabeza a medio rapar, extraña y feroz, desafiando a

cualquiera que la mirara—. Al cuerno con ellos. —Y soltó una carcajada sorda.

—Tampoco es que vayas a ser la única que llama la atención en este grupo. —Con su mano lisiada, Yarvi le quitó del hombro unos mechones cortados—. Y, en todo caso, el pelo vuelve a crecer.

Fue un día duro de trabajo en el remo, luchando contra la fuerte corriente a medida que el Divino se estrechaba, sus orillas ganaban pendiente y Rulf se concentraba en gobernar el barco por entre rocas rodeadas de espuma blanca. Esa tarde, mientras el ocaso tintaba de rosa el cielo por encima de las colinas boscosas, llegaron a las largas cuestas.

En la orilla había un pueblo extraño, que había crecido a base de comerciar con las tripulaciones que pasaban y en el que no había dos casas parecidas. Algunas estaban hechas de madera, otras de piedra y otras de turba como los túmulos de los héroes muertos. Allí vivía gente del mar Quebrado que había interrumpido su periplo hacia el sur, gente de Kalyiv y del imperio que se había detenido en su camino hacia el norte, y gente de las tribus de los bosques y del Pueblo del Caballo que no debía de haber podido seguir viaje al este o al oeste. Semillas que habían llegado volando desde medio mundo y que por alguna extravagante fortuna habían enraizado allí.

Sin embargo, por inusuales que fuesen sus ropas y sus costumbres, por mucho que hubieran aprendido a separar a los viajeros de sus monedas, el padre Yarvi llevaba la sangre de la Reina Dorada en las venas y sabía cómo desplumarlos. Negoció con cada uno en su propio idioma y los aturdió con sonrisas encantadoras o dejando pétreo el rostro, según conviniera, hasta que los tuvo a todos peleándose por ofrecerle los precios más bajos.

Cuando por fin arrendó ocho grandes bueyes barbudos a la líder del pueblo, la dejó mirando perpleja, casi sin poder creérselo, las pocas monedas que tenía en la mano.

—El padre Yarvi no es tonto —dijo Brand mientras lo veían conjurar su magia cotidiana.

—Es el hombre más astucioso que he conocido en la vida —respondió Rulf.

Junto al río había un cementerio de madera abandonada: ruedas y tablones, mástiles y remos partidos y hasta una quilla vieja y combada que aún conservaba unas pocas tracas, los huesos de un barco que debía de haber bajado por la colina con demasiados daños y habían desmantelado para llevarse todo lo aprovechable. La tripulación se afanó con hachas y cinceles y, cuando el Padre Luna enseñó su rostro, ya tenían el *Viento del Sur* en tierra con unos buenos listones montados a lo largo de la quilla para deslizarse sobre tierra y todo el cargamento empaquetado en dos vagones que arrendó también el padre Yarvi.

—¿Vamos a entrenar? —preguntó Espina mientras veía a los demás acomodarse para sus habituales bromas vespertinas en torno al fuego. Koll estaba haciendo reír a todos imitando una de las historias tan poco creíbles que contaba Odda.

Skifr la miró, con un ojo reluciente con los últimos restos de luz.

—Es tarde y mañana será un día muy duro. ¿Quieres entrenar?

Espina empujó unas virutas con la punta de la bota.

—¿Solo un poco?

—Todavía te volveremos letal. Trae las armas.

Con la primera luz del alba, Rulf despertó a patadas a una tripulación rezongona y su aliento dejó vaho en el aire húmedo.

—¡Arriba, mamones! ¡Os espera el peor día de vuestras vidas!

Ningún día había sido fácil desde que zarparan de Thorlby, pero su timonel estaba en lo cierto: cruzar una montaña con un barco a cuestas era tan trabajoso como sonaba.

Tiraron de las cuerdas entre roncos quejidos, empujaron los remos que habían fijado del revés como asideros entre gritos exhaustos, aplicaron los hombros directamente al casco cuando los tablones se enganchaban con algo, agarrándose unos a otros en un batiburrillo esforzado, apestoso y malhablado.

Incluso con cuatro de sus bueyes enyugados para tirar de la proa, al poco tiempo ya estaban todos magullados por las caídas e irritados por la cuerda, azotados de ramitas y erizados de astillas.

Safrit iba delante para despejar el camino de ramas caídas. Koll entraba y salía de debajo del casco con un cubo de brea y grasa de cerdo para que los tablones se deslizaran bien sobre el terreno. El padre Yarvi gritó en su idioma a los boyeros, que nunca recurrían la aguijada y solo canturreaban a sus bueyes con voces graves y suaves.

Pendiente arriba, siempre pendiente arriba, por un sendero que apenas se distinguía y era todo piedras y raíces. Algunos de ellos merodeaban armados en torno al barco, por entre los árboles, atentos por si en el bosque acechaban bandidos con la intención de asaltar a tripulaciones como la suya, robarles todas sus posesiones y venderlos como esclavos.

—Vender una tripulación es mucho más provechoso que vender cosas a una tripulación, eso seguro.

Un suspiro nostálgico de Odda reveló que sabía de lo que hablaba.

—O que arrastrar un barco por un bosque —rezongó Dosduvoi.

—Guardaos el aliento para empujar —gruñó Rulf con la mandíbula prieta—. Os hará falta.

Con el paso de las horas, la Madre Sol martilleó sin piedad y las moscas se congregaron alrededor de los esforzados bueyes y la esforzada tripulación. El sudor cayó a chorro por el cráneo rapado de Espina, goteó desde sus cejas y le empapó el chaleco hasta irritarle los pezones. Buena parte de la tripulación se desnudó de cintura para arriba, y algunos llegaron mucho más lejos. Odda empujaba con solo las botas puestas, luciendo el culo más peludo que jamás se hubiera visto en hombre o bestia.

Espina debería haber mirado dónde ponía los pies, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia el otro lado del barco, donde estaba Brand. Mientras los demás se quejaban, tropezaban y escupían blasfemias, él trabajaba, con los ojos al frente y el pelo húmedo pegado a la mandíbula marcada, con los gruesos músculos de sus sudados hombros tensándose al cargar con todo aquel peso sin la menor protesta. Eso era fuerza. Fuerza como la que había tenido el padre de Espina, sólida y silenciosa como el Padre Tierra. Recordó lo último que le había dicho la reina

Laithlin: «Los necios se jactan de lo que harán. Los héroes lo hacen». Y Espina miró de nuevo a Brand y se descubrió deseando parecerse más a él.

—Ya lo creo que sí —dijo Safrit en voz baja mientras sostenía el odre contra los labios cortados de Espina para que pudiera beber sin soltar la cuerda—. Ese chico está muy, pero que muy bien hecho.

Espina apartó la mirada de un tirón, se le coló medio trago por la tráquea y estuvo a punto de ahogarse.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que no. —Safrit se hizo bulto en la mejilla con la lengua—. Será por eso que no paras de no mirar.

En una ocasión hasta se cruzaron con otro barco que arrastraba en sentido contrario un grupo de tierrabajeños sudorosos, y se hicieron inclinaciones de cabeza pero no desperdiciaron el aliento en saludos. Espina casi no tenía aliento ni para ella, pero sí el pecho en llamas y un tormento atroz en todos los músculos. Le dolían hasta las uñas de los pies.

—No soy muy aficionada... a remar —dijo entre dientes—, pero por estas que prefiero... dar brazadas... que tirar del barco.

Con un último esfuerzo izaron el *Viento del Sur* a una cumbre que se les resistía y pisaron terreno llano mientras los tablones resbalaban hasta detenerse.

—¡Descansaremos aquí de momento! —ordenó el padre Yarvi.

La tripulación estalló en gemidos de agradecimiento y los hombres ataron sus sogas a los árboles más cercanos y se dejaron caer allí mismo, entre las raíces nudosas.

—Gracias a los dioses —susurró Espina, masajeándose la espalda dolorida con las dos manos—. La cuesta abajo será más ligera. Tiene que serlo.

—Supongo que lo averiguaremos cuando lleguemos —dijo Brand, haciéndose visera en los ojos.

El terreno descendía por delante de ellos, pero más allá volvía a ascender, emborronado por una neblina. Ascendía en pendientes boscosas, más y más arriba,

hasta una cresta más alta incluso que la que acababan de remontar.

Espina la miró boquiabierta, presa de una demente incredulidad.

—Cada vez me da más la sensación de que el aplastamiento con piedras podría haber sido la opción menos dolorosa.

—Aún no es demasiado tarde para que cambies de idea —dijo el padre Yarvi—. Muchas comodidades no sé si encontraremos en este lugar, pero piedras seguro que sí.

## EL HOMBRE QUE LUCHÓ CONTRA UN BARCO

Fue una tripulación exhausta y apagada la que salió entre protestas de sus mantas, todos destrozados de dolor y llenos de cardenales por el trabajo del día anterior y muy conscientes de que tenían por delante otro igual de duro. Ni siquiera Odda tenía ganas de broma mientras contemplaba el largo descenso por la ladera boscosa, con un destello de agua que se vislumbraba en la nebulosa distancia.

—Por lo menos es cuesta abajo —dijo Brand.

Odda soltó un bufido y dio media vuelta.

—Ja.

Brand no tardó en entender a qué venía el «ja». Cuesta arriba lo difícil era arrastrar el *Viento del Sur*. Cuesta abajo era impedir que se les escapara, lo que suponía el mismo trabajo pero mucho más peligro. El camino era demasiado estrecho y serpenteante para que los bueyes pudieran ayudar, de modo que doce tripulantes se envolvieron las manos doloridas en trapos, pasaron cuerdas dando varias vueltas a sus antebrazos, que estaban casi en carne viva, y, cruzando hombros castigados y protegidos con mantas, siguieron al barco, seis de ellos a cada lado. Tiraron y tiraron para mantenerlo derecho mientras se precipitaba por la accidentada ladera, y Koll iba unos pasos por delante con su cubo, dispuesto a acercarse y empapar los tablones cada vez que empezaban a echar humo.

—Firme —gruñó Rulf, levantando una mano—. ¡Firme!

—Es fácil de decir, joder —gimió Brand.

Le había tocado una cuerda, por supuesto. El problema de ser capaz de levantar cargas pesadas era que, cuando había que levantar cargas pesadas, la

gente enseguida se apartaba y te sonreía. Había hecho algunos trabajos pesados para ganarse un mendrugo que compartir con Rin, pero nunca había hecho tanto esfuerzo como aquel día, con el cáñamo empapado de sudor en torno a un antebrazo, por entre los hombros y luego alrededor del otro, que se le clavaba con cada paso de sus piernas temblorosas, mientras sus botas hacían saltar terrones sueltos, hojas resbaladizas y pinocha caída, tosiendo por el polvo que levantaba Odda delante de él y encogiendo el gesto con cada reniego que profería Dosduvoi desde detrás.

—¿Cuándo llegaremos al condenado río? —voceó Odda por encima del hombro mientras esperaban a que los demás apartaran un tronco caído del camino.

—Con la de sudor que estoy soltando, no tardaremos en poder botar el barco. —Brand sacudió la cabeza y saltaron gruesas gotas de su pelo empapado.

—Tal y como Safrit nos trae el agua, me sale directa por la espalda y se me mete en la raja del culo —dijo Dosduvoi desde detrás—. ¿Vas a decirnos cómo te hiciste la cicatriz, Fror?

—Me corté afeitándome —respondió el vansterlandés a viva voz desde el otro lado del barco, y dejó pasar un tiempo antes de añadir—: Nunca os afeitéis con un hacha.

Espina estaba detrás, en el grupo de cinco que cargaba con el mástil a medio tallar. Brand notaba sus ojos afilados como flechas en su espalda, y supuso que aún estaría furiosa por lo que había dicho de su madre. Y no era para menos, porque no era Espina la que se había marchado sin más y había dejado a Rin para que se las arreglara sola, ¿verdad que no? Parecía que siempre que Brand perdía los estribos, en realidad estaba enfadado consigo mismo. Sabía que debería pedir disculpas, pero lo suyo nunca habían sido las palabras. A veces pasaba días enteros buscando las adecuadas, y cuando llegaba el momento y por fin abría la boca, siempre escupía las que no eran.

Suspiró.

—Supongo que me iría mejor si no volviera a decir ni mu.

—De mí no oirías ni una condenada queja —oyó musitar a Espina, y cuando Brand empezaba a volverse para darle una réplica cortante, que sin duda lamentaría pronto, la cuerda le dio un tirón que lo envió trastabillando hacia unas hojas amontonadas, conservando el equilibrio por los pelos.

—¡Calma! —rugió Dosduvoi, y tiró con fuerza de su propia cuerda. Se desató un nudo con el sonido de un látigo restallando y el hombretón dio un chillido de sorpresa y salió despedido hacia atrás.

Odda dejó escapar una exclamación cuando la cuerda tiró de él, lo tumbó de cara y lo lanzó contra el hombre de delante, que perdió su propia cuerda; el cabo suelto azotó el aire como si estuviera vivo.

Un ave saltó al cielo con un aleteo y el *Viento del Sur* ganó velocidad con una sacudida. Un hombre del otro lado dio un alarido cuando la cuerda se le hundió en la espalda y lo volteó, con un impulso que derribó a Fror hacia un lado. El repentino aumento de peso arrastró a los demás hombres como peleles cuesta abajo.

Brand vio a Koll acercarse con el cubo, levantarse unos ojos horrorizados hacia la alta proa que se cernía sobre él, intentar apartarse de cualquier manera, resbalar y caer de espaldas justo enfrente de la chirriante quilla.

No hubo tiempo ni para pensárselo una vez, ya no digamos dos. Quizá fuese para bien. El padre de Brand siempre le había dicho que no era muy buen pensador.

Saltó a un lado del camino con una explosión de hojas viejas y rodeó con la cuerda el árbol más cercano, un ejemplar viejo y de tronco grueso con raíces que se clavaban profundas en la ladera.

Los demás estaban gritándose entre ellos y se oían los crujidos y chasquidos de la madera al partirse, pero Brand no les prestó atención: forcejeó hasta apoyar una bota en el tronco del árbol y luego la otra. Con un gruñido, obligó a sus piernas y su espalda a enderezarse, apoyado en la soga que le cruzaba los hombros y tensándola de forma que su cuerpo quedó horizontal en el tronco, como si fuera otra rama del árbol.

Deseó estar hecho también de madera. La cuerda tañó como un arpa y tiró de él con una fuerza tan tremenda que casi le sacó los ojos de las órbitas. El cáñamo raspó contra la corteza, resbaló en sus manos, le arrancó la piel de los brazos. Brand apretó los dientes, cerró los ojos y se aferró a los trapos con que estaba cubierta la soga. Los agarró con la fuerza con que la Muerte agarra a los agonizantes.

Demasiado que levantar. Demasiado con mucho, pero una vez se tiene la

carga encima, ¿qué otra opción hay?

Oyó nuevos chirridos a medida que el *Viento del Sur* giraba y se iba acumulando más peso, y tanto más, que lo aplastó y le arrancó un gemido lento; sabía que si aflojaba las rodillas, la espalda o los brazos una sola vez, la cuerda lo doblaría por la mitad.

Abrió los ojos un instante. Luz del sol colándose entre las hojas. Sangre en sus puños temblorosos. Volutas de humo entre la cuerda y el tronco. Ecos de voces en la distancia. Soltó aire entre los dientes cuando la cuerda se sacudió, se tensó y resbaló otra vez, hiriéndolo con la efectividad de una sierra.

No podía soltarla. No podía fallar a su tripulación. Sus huesos crujieron y el cáñamo se hundió en sus hombros, sus brazos, sus manos, amenazando con partirlo en dos, la respiración entrecortada abrasándole el pecho y saliendo grave y rasposa entre sus dientes comprimidos.

No podía soltarla. No podía fallar a su familia. Tembló entero, ardió hasta su última fibra de músculo.

No había nada más en el mundo que él y la cuerda. Nada más que la tensión y el dolor y la oscuridad.

Y entonces oyó la voz de Rin, tenue en sus oídos.

—Suéltala.

Negó con la cabeza, gimiendo, tirando con ahínco.

—¡Suéltala, Brand!

Un hacha se clavó en la madera y volteó el mundo. Unos brazos fuertes impidieron que cayera y lo bajaron hasta el suelo, débil como un niño, flácido como un trapo.

Era Espina, con la Madre Sol a su espalda haciéndole brillar la pelusa de un lado de la cabeza.

—¿Dónde está Rin? —susurró, pero las palabras fueron solo un gorjeo.

—Ya puedes soltar.

—Oh. —Aún tenía los puños cerrados. Le costó un esfuerzo atroz abrir los dedos palpitantes lo suficiente para que Espina empezara a desenrollar la cuerda, oscurecida por su sangre.

Ella echó atrás la cabeza y gritó:

—¡Padre Yarvi!

—Lo siento —dijo Brand con voz ahogada.

—¿Cómo?

—No tendría que haber dicho eso... de tu madre...

—Cállate, Brand. —Un silencio, y luego un parloteo de voces en la lejanía y un pájaro que trinó en las ramas por encima de él—. Lo que de verdad me cabrea es que empiezo a pensar que tenías razón.

—¿En serio?

—No te emociones. No creo que vuelva a pasar nunca.

La gente estaba amontonándose alrededor, siluetas emborronadas que lo miraban.

—¿Habíais visto alguna vez algo parecido?

—Ha mantenido todo el peso del barco durante un momento.

—Una hazaña digna de canciones, ya lo creo que sí.

—Yo ya estoy empezando a rimarla —llegó la voz de Odda.

—Me has salvado la vida —dijo Koll, mirándolo desde arriba con los ojos muy abiertos y una mejilla manchada de brea.

Safrit acercó la boca del odre a los labios de Brand.

—El barco lo habría destrozado.

—El propio barco podría haberse destrozado —dijo Rulf—. Y entonces no llevaríamos ninguna ayuda a Gettlandia.

—Nos habría hecho falta buena ayuda a nosotros.

Hasta tragar requería un esfuerzo.

—Solo... he hecho lo que haría cualquiera.

—Me recuerdas a un viejo amigo nuestro —dijo el padre Yarvi—. Brazos fuertes. Corazón fuerte.

—Una brazada cada vez —dijo Rulf con la voz un poco empañada.

Brand bajó la vista hacia lo que estaba haciendo el clérigo y le entró una arcada. Las quemaduras que le había hecho la cuerda se enroscaban por sus brazos como serpientes rojas, crudas y sangrientas, en torno a ramas blancas.

—¿Te duele?

—Solo un hormigueo.

—¡Solo un condenado hormigueo, dice! —bramó Odda—. ¿Lo habéis oído? ¿Qué rima con «hormigueo»?

—Pronto te dolerá —dijo el padre Yarvi—. Y te dejará cicatrices.

—Las marcas de una gran hazaña —murmuró Fror, que en lo tocante a cicatrices se consideraba un experto—. Marcas de héroe.

Brand tensó las facciones cuando el padre Yarvi le vendó los antebrazos; los cortes habían empezado a escocer de mala manera.

—Menudo héroe estoy hecho —dijo con un hilo de voz mientras Espina lo ayudaba a incorporarse—. He luchado contra una cuerda y he perdido.

—No. —El padre Yarvi clavó un alfiler entre las vendas y apoyó la mano contrahecha en el hombro de Brand—. Has luchado contra un barco. Y has ganado. Ponte esto bajo la lengua. —Metió una hoja seca en la boca de Brand—. Te ayudará con el dolor.

—Se ha soltado el nudo —dijo Dosduvoi, mirando con incredulidad el cabo deshilachado de su cuerda—. ¿Qué clase de mala suerte es esa?

—La que padecen quienes no comprueban bien sus nudos —replicó el clérigo, fulminándolo con la mirada—. Safrit, haz hueco para Brand en el carromato. Koll, tú te quedas con él. Asegúrate de que no le da por hacer más heroísmos.

Safrit preparó un lecho entre la carga sirviéndose de las mantas de la tripulación. Brand intentó decirle que podía andar, pero todos se daban cuenta de que no podía.

—¡Tú te quedas aquí tumbado y a callar! —saltó la mujer, señalándole la cara con un dedo.

Y eso hizo. Koll se sentó en un barril a su lado y el carromato emprendió la bajada; cada bache del camino era un suplicio para él.

—Me has salvado la vida —musitó el chico, al cabo de un rato.

—Eres rápido. Te habrías podido apartar.

—No habría podido. He mirado al otro lado de la Última Puerta. Déjame darte las gracias, al menos.

Se miraron durante un instante.

—Está bien —dijo Brand—. Me doy por agradecido.

—¿Cómo te hiciste tan fuerte?

—Trabajando, supongo. En los muelles. Al remo. En la forja.

—¿Has trabajado de herrero?

—Para una mujer llamada Gaden. Se quedó con la fragua de su marido cuando él murió y resultó que era el doble de buena que él. —Brand recordó el tacto del martillo, el tintineo del yunque, el calor de las brasas. Nunca había creído que lo echaría de menos, pero así era—. Es buen oficio, trabajar el hierro. Honesto.

—¿Por qué lo dejaste?

—Siempre soñé con ser guerrero. Ganarme un puesto en las canciones. Unirme a una tripulación. —Brand miró a Odda y Dosduvoi, que discutían bajo el

peso de sus cuerdas, y a Fror, que negaba con la cabeza, disgustado, y sonrió—. Tenía una tripulación más limpia en mente, pero hay que aceptar la familia que te toca. —El dolor había menguado, y parecía que la hoja de Yarvi también aflojaba la lengua—. Mi madre murió siendo yo pequeño. Me dijo que hiciera el bien. Mi padre no me quería.

—Mi padre también murió —dijo Koll—. Hace mucho tiempo.

—Bueno, ahora tienes al padre Yarvi. Y a todos estos hermanos contigo. —Brand cruzó la mirada con Espina antes de que ella torciera el gesto y la apartara a los árboles—. Y a Espina como hermana, por el mismo precio.

Koll dejó escapar una fugaz sonrisa.

—Eso es una bendición a medias.

—La mayoría lo son. Tiene mal genio, pero creo que lucharía hasta la muerte por cualquiera de nosotros.

—Luchar le gusta, eso seguro.

—Ya lo creo que sí.

Las ruedas del carromato chirriaron, la carga se sacudió y la esforzada tripulación se lió a gritos consigo misma. Entonces Koll preguntó en voz baja:

—¿O sea que eres mi hermano?

—Supongo que sí. Si me aceptas.

—Digo yo que podría ser peor.

El chico se encogió de hombros, como si tampoco tuviera mucha importancia. Pero a Brand le dio la sensación de que la tenía.

Con un último empujón el *Viento del Sur* se deslizó a las agitadas aguas del Denegado, entre precarios vítores.

—Lo hemos conseguido —dijo Brand, que no se lo acababa de creer—. ¿Lo hemos conseguido?

—Sí. Todos podréis contar a vuestros nietos que cargasteis un barco por las largas cuestas. —Rulf se quitó el sudor de la frente con su fornido antebrazo—. ¡Pero hoy todavía hemos de remar un poco! —exclamó, cortando de un plumazo las celebraciones—. ¡Vamos a cargarlo y avancemos una legua o dos mientras haya luz!

—Arriba, haragán. —Dosduvoi sacó a Brand del carromato y lo plantó en unas piernas que aún temblaban.

El padre Yarvi estaba hablando con el cabecilla de los boyeros en los dioses sabrían qué extraño idioma, y entonces los dos se echaron a reír y se dieron un largo abrazo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Brand.

—Cuidado con el Pueblo del Caballo —dijo el padre Yarvi—, pues son salvajes y peligrosos.

Espina miró muy seria a los bueyes, liberados por fin de sus cargas.

—No le veo la gracia.

—Entonces le he preguntado qué dice al Pueblo del Caballo cuando comercia con ellos.

—¿Y?

—Cuidado con el Pueblo del Barco, pues son salvajes y peligrosos.

—¿Quiénes son el Pueblo del Barco? —preguntó Koll.

—Nosotros —dijo Brand, ahogando una exclamación mientras embarcaba en el *Viento del Sur*—. Somos nosotros.

Le dolía hasta la última articulación y el último tendón, pero se acercó agachado y con pasos cortos de viejo hasta su lugar a popa y se dejó caer en su cofre de mar tan pronto como Espina lo colocó en su sitio.

—¿Seguro que puedes remar?

—Te aguantaré el ritmo sin problemas —respondió con voz ahogada, aunque ya le suponía un esfuerzo heroico mantenerse sentado.

—Ya te cuesta aguantármelo estando sano —dijo ella.

—Veremos si tú me aguantas el ritmo a mí, flacucha bocazas. —Rulf estaba de pie junto a ellos—. Apártate de mi sitio, chico.

—¿Y dónde me pongo?

Rulf señaló con la cabeza el timón en la toldilla.

—Se me ha ocurrido que esta tarde puedes hacer tú de timonel.

Brand parpadeó.

—¿Yo?

—Me parece que te lo has ganado. —Y Rulf le dio una palmada en la espalda mientras lo ayudaba a subir.

Con un quejido de dolor, Brand apoyó un brazo en la caña del remo, se volvió y descubrió que toda la tripulación estaba mirándolo. Safrit y Koll con el cargamento; Odda, Dosduvoi y Fror a los remos, el padre Yarvi junto a Skifr cerca de la proa tallada en forma de paloma y, más allá, el río Denegado fluyendo hacia el sur, la Madre Sol espolvoreando oro sobre el agua.

Brand sonrió encantado.

—Me gusta la vista que hay aquí.

—No te acostumbres —dijo Rulf.

Y todos a la vez, la tripulación empezó a dar golpes en sus remos, martilleando, aporreando en un trueno de carne contra madera. Un redoble de respeto. Hacia él. Hacia él, que no había llegado a nada en toda su vida.

—La verdad es que ahí arriba has hecho algo muy grande. —En los labios de Espina asomaba una leve sonrisa, y sus ojos brillaban mientras daba palmadas

en su remo—. Muy grande.

Brand sintió que lo inundaba el orgullo como nunca antes. Había llegado muy lejos desde que lo dejaran solo en la playa de Thorlby. Quizá no hubiera pronunciado el juramento de un guerrero, pero aun así había encontrado tripulación. Una familia de la que formar parte. Deseó que Rin estuviera allí para verlo y se imaginó la cara que habría puesto, y entonces tuvo que sorberse la nariz y fingir que le había entrado algo en el ojo. Sentía que estaba viviendo en la luz, eso seguro.

—¡Pero no solo les peguéis, cabrones perezosos! —gritó con la voz quebrada—. ¡Tirad de ellos!

La tripulación rió mientras empezaba a remar y el *Viento del Sur* salió con suavidad a la corriente del Denegado, que por fin tenían a favor, dejando a los bueyes y sus cuidadores a la espera de su próxima carga.

## TIEMPOS EXTRAÑOS

El bosque fue dejando paso a la estepa abierta. Terriblemente abierta. Llana sin concesiones. Leguas y más leguas de hierba espesa y verde que se mecía con el viento.

Para Espina, criada entre las colinas, las montañas y los acantilados de Gettlandia, había algo sofocante en todo aquel vacío, todo aquel espacio que se extendía bajo un cielo profundo hasta el lejano, muy lejano horizonte.

—¿Por qué no cultiva nadie el terreno? —preguntó Koll, sentado a horcajadas sobre el mástil tumbado y dejando que el viento se llevara las virutas que arrancaba su cuchillo a medida que tallaba.

—El Pueblo del Caballo lo usa como pasto —dijo Dosduvoi—. Y no les gusta nada encontrar a nadie más aquí.

Odda dio un bufido.

—Les gusta tan poco que los desollan vivos, de hecho.

—Una práctica que les enseñó el príncipe de Kalyiv.

—Que a su vez la aprendió en la Primera Ciudad —añadió Fror, frotándose el ojo deforme con un dedo.

—Tengo entendido que allí la llevaron viajeros de Sagenmarca —dijo Rulf.

—Y a ellos se la enseñó Bail el Constructor en su primera incursión —replicó Yarvi.

—Y así son desollados los desolladores —dijo Skifr en tono pensativo, contemplando las formas que dibujaba el viento en la hierba—, y las lecciones

sangrientas ruedan en círculos.

—Bien está. —Rulf escrutó el río a proa, y luego a popa, y también la tierra llana que los rodeaba con unos ojos más estrechos y feroces que nunca—. Siempre que a nosotros nadie nos eduque.

—¿Por qué te preocupas tanto? —preguntó Espina—. Hace días que no vemos ni un barco.

—Exacto. ¿Dónde están?

—Ahí tienes dos —dijo el padre Yarvi señalando río abajo.

Tenía muy buena vista. Tuvieron que acercarse mucho más para que, forzando el cuello hasta el límite, Espina lograra distinguir qué eran las manchas negras en la orilla del río: los esqueletos calcinados de dos barcos pequeños sobre una amplia zona de hierba pisoteada. El círculo negruzco de un fuego consumido. De una hoguera muy similar a la que les calentaba las manos a ellos cada noche.

—No pinta nada bien para las tripulaciones —comentó con voz queda Brand, que tenía un don para decir lo que todo el mundo ya comprendía.

—Muertos —dijo Skifr en tono animado—. A lo mejor a los más afortunados los han hecho esclavos. O a los menos, según se mire. El Pueblo del Caballo no tiene mucha fama de dueño amable.

Odda frunció el ceño con la mirada perdida en la extensión llana de hierba.

—¿Creéis que nos los encontraremos?

—Con la suerte que tengo... —murmuró Dosduvoi.

—¡De ahora en adelante buscaremos terreno elevado para acampar! —vociferó Rulf—. ¡Y duplicaremos la guardia! ¡Quiero ocho hombres despiertos a todas horas!

Y así, nerviosos, mirando con gesto grave la estepa y saltando al menor ruido, fue como avistaron una embarcación que remaba río arriba.

Tenía el tamaño aproximado del *Viento del Sur*, también con unos dieciséis remos por banda. Su bestia de proa era un lobo negro, por lo que Espina dedujo

que estaría tripulado por trovenlandeses, y a juzgar por las muescas de los escudos en su regala, dispuestos a pelear. Quizá hasta ansiosos.

—¡Tened las armas cerca! —ordenó Rulf, que ya sujetaba su arco de cuerno.

Safrit miró nerviosa a los hombres, afanados en manipular a la vez la madera del remo y el acero de las armas.

—¿No deberíamos allanar el camino del Padre Paz?

—Desde luego. —El padre Yarvi aflojó su propia espada en la vaina—. Pero las palabras de un hombre armado resultan mucho más convincentes. ¡Bienhallados! —gritó por encima del agua.

Había un hombre con barba y cota de mallas de pie en la proa del otro barco.

—¡Y vosotros también, amigos! —Habría sonado más pacífico si no llevara a un hombre con el arco tenso a cada lado—. ¡Nuestro barco es el *Perro Negro*, que remonta el Denegado desde la Primera Ciudad!

—¡El *Viento del Sur*, que ha subido por el Divino desde Roystock! —respondió Yarvi a voz en grito.

—¿Cómo han sido las largas cuestas?

—Agotadoras para los que han tenido que cargar peso. —El clérigo levantó su mano tullida—. Para mí, un poco mejor.

El capitán del *Perro Negro* se echó a reír.

—¡Un líder debe compartir el trabajo de sus hombres, pero si hace el mismo que ellos, le acaban perdiendo todo el respeto! ¿Podemos acercarnos?

—Podéis, pero sabed que vamos bien armados.

—Por estos andurriales, son los hombres desarmados los que levantan sospechas. —El capitán hizo un gesto a su tripulación, un grupo de aspecto curtido, todo cicatrices, barbas y relucientes aros-moneda, que con notable destreza acercó el *Perro Negro* hasta el centro de la corriente y a la altura del *Viento del Sur*, cada barco con la proa junto a la popa del otro. De pronto el capitán estalló en

risotadas incrédulas—. ¿Quién es ese viejo hijo de puta que lleváis al timón? ¡Si no es Rulf el Malo, yo soy una punta de jamón! ¡Estaba convencido de que habías muerto y no me había quitado ni una pizca de sueño!

Rulf respondió con una risotada propia.

—¡Una punta de jamón bien podrida, Jenner el Azul! ¡Estaba seguro de que habías muerto y abrí un barrilete para celebrarlo!

—¿Rulf el Malo? —preguntó Espina sin levantar la voz.

—Fue hace mucho tiempo. —El viejo timonel le quitó importancia con un ademán, mientras dejaba el arco—. La gente suele volverse menos mala con la edad.

La tripulación del *Perro Negro* les lanzó su amarra de proa y, a pesar de varias maldiciones cuando se enredaron los remos, entre los dos grupos acercaron los barcos. Jenner el Azul se inclinó sobre el hueco y estrechó el antebrazo de Rulf, con amplias sonrisas de ambos hombres.

Espina no sonrió, ni tampoco apartó la mano de la espada de su padre.

—¿Cómo narices saliste de aquel embrollo en que nos metió Halstam el Joven? —estaba preguntando Rulf.

Jenner se quitó el casco, lo lanzó a sus hombres y se rascó el pelo canoso y enredado.

—Me avergüenza decir que decidí jugármela con la Madre Mar y escapé nadando.

—Siempre tuviste buena suertedearmas.

—Aun así me llevé un flechazo en el culo, pero aunque soy flaco tengo la bendición de un culo carnoso y la herida sanó bien. En el momento la flecha me pareció un golpe de suerte, pues sin duda me libré de una argolla de esclavo.

Rulf se acarició el cuello y Espina vio unas marcas en las que no se había fijado nunca, por debajo de la barba.

—Yo tuve menos suerte. Aunque gracias al padre Yarvi, vuelvo a ser un

hombre libre.

—¿El padre Yarvi? —Jenner abrió los ojos de golpe—. ¿El clérigo de Gettlandia? ¿El que una vez fue hijo de la Reina Dorada Laithlin?

—El mismo —dijo Yarvi, cruzando entre los cofres de mar hacia la popa del barco.

—En ese caso es un honor, pues he oído que se te tiene por hombre astucioso. —Jenner el Azul enarcó las cejas al ver a Espina—. ¿Tienes mujeres a los remos?

—Tengo a todo el que pueda mover mi barco —dijo Rulf.

—¿Por qué ese pelo de loca, chica?

—Porque al cuerno contigo —gruñó Espina—, por eso.

—¡Vaya, sí que es fiera! El remo no sé, pero a un hombre seguro que es capaz de partirlo en dos.

—Estoy dispuesta a probar —replicó ella, ni un poco halagada.

Jenner enseñó los dientes, una colección amarillenta y bastante incompleta.

—Si tuviera diez años menos no perdería la ocasión, pero la edad me ha traído cautela.

—Cuanto menos tiempo tienes, menos quieres arriesgar el que te queda —dijo Rulf.

—Esa es la pura verdad. —Jenner negó con la cabeza—. Rulf el Malo a este lado de la Última Puerta, niñas remando y los cielos saben qué más. Son tiempos extraños, ya lo creo que sí.

—¿Qué tiempos no lo son?

—¡También es la pura verdad! —Jenner el Azul miró el sol tenue con ojos entrecerrados—. Va siendo hora de cenar. ¿Desembarcamos y compartimos noticias?

—¿Con noticias quieres decir bebida? —preguntó Rulf.

—Justo eso, y en enormes cantidades.

Encontraron un meandro fácil de defender, establecieron una guardia numerosa y levantaron una gran hoguera, que llameó de lado por el viento incesante y esparció chispas sobre la superficie del río. Después cada tripulación abrió un barrilete de su propia cerveza y se lanzaron a un repertorio siempre interminable de canciones, que narraban relatos siempre increíbles, y entablaron estrepitosas conversaciones siempre dicharacheras. Alguien tuvo la mala idea de dar cerveza a Koll y el chico le cogió el gusto, pero al poco tiempo se mareó y cayó dormido, para gran contrariedad de su madre y gran diversión de todos los demás.

Sin embargo, las celebraciones dicharacheras nunca hacían demasiado dichosa a Espina. A pesar de las sonrisas, todos tenían sus filos a mano y había varios hombres que reían tan poco como ella. El timonel del *Perro Negro*, al que llamaban el Corvas, tenía una franja blanca en el cabello menguante y al parecer también unas cuentas pendientes muy serias con el mundo. Cuando fue a mear al río, Espina reparó en que estaba echando un buen vistazo al cargamento del *Viento del Sur*, sobre todo al cofre con herrajes del padre Yarvi.

—No me gusta la pinta que tiene ese —dijo con disimulo a Brand.

Él la miró por encima de su jarra.

—A ti no te gusta la pinta que tiene nadie.

Nunca había puesto la menor objeción a la pinta que tenía Brand, pero eso se lo calló.

—Pues entonces, la de ese me gusta menos que la de nadie. Es de esos que son todo miradas duras y palabras secas. Con la cara como una nalga azotada.

Brand sonrió con la jarra en los labios.

—A la gente así no la soporto.

Espina tuvo que sonreír con él.

—Por debajo de mi apariencia imponente hay profundidades ocultas, eso sí.

—Bien ocultas —dijo él, levantando de nuevo la jarra—. Pero puede que empiece a sondearlas.

—Qué atrevido. Mira que sondear a una chica sin pedirle permiso siquiera...

Brand soltó dos chorros de cerveza por la nariz, sufrió un ataque de tos y necesitó una palmada en la espalda de Odda, que aprovechó la atención para arrancarse con su desafinada y mal compuesta rima sobre la hazaña de Brand levantando el barco. Cada vez que terminaba de cantar la historia, con Safrit sonriendo a Brand y diciéndole: «Has salvado a mi hijo», la cuesta había tenido mayor inclinación, el peligro había sido más grave y la gesta más impresionante que en la anterior ocasión. El único que disputaba los dudosos hechos era el propio Brand, que no habría podido parecer más incómodo con tanta adulación si hubiera estado sentado en una estaca.

—¿Cómo están las cosas por el mar Quebrado? —preguntó Jenner el Azul al terminar la canción—. Llevamos un año sin ver el hogar.

—Más o menos como estaban —dijo Yarvi—. La abuela Wexen hace demandas cada vez mayores en nombre del Alto Rey. Últimamente se empieza a hablar de impuestos.

—¡Así cojan un mal de bubas él y su Diosa Única! —espetó Jenner—. Un hombre debería ser dueño de lo que toma, no tener que arrendárselo a otro ladrón solo porque tiene una silla más grande.

—Hay hombres que cuanto más tienen, más quieren —dijo Yarvi, y hubo asentimientos y murmullos a ambos lados del fuego.

—¿El Divino estaba despejado?

—Nosotros no hemos encontrado problemas, al menos —respondió Rulf—. ¿Y el Denegado?

Jenner inspiró por los huecos de sus dientes.

—El condenado Pueblo del Caballo está revuelto como un avispero,

asaltando barcos y caravanas y quemando todo asentamiento que quede a la vista de Kalyiv.

—¿Qué tribu? —preguntó Yarvi—. ¿Uzhakos, barmekos?

Jenner lo miró desconcertado.

—Ah, pero ¿tienen tribus?

—Cada una con sus costumbres.

—Bueno, hasta donde yo sé todos acaban disparando el mismo tipo de flechas, y el príncipe de Kalyiv tampoco es que haga muchas distinciones entre ellos. Se ha hartado de tantas provocaciones y pretende darles una lección sangrienta.

—Las mejores que hay —dijo Odda, enseñando los dientes limados.

—Solo que no planea llevarla a cabo con sus propias manos.

—Los príncipes no suelen hacerlo —dijo Yarvi.

—Ha plantado una cadena de orilla a orilla del Denegado y no deja pasar a ninguna tripulación guerrera hasta que los norteños le hayamos ayudado a dar su merecido al Pueblo del Caballo.

Rulf infló su ancho pecho.

—Al clérigo de Gettlandia no va a detenerlo.

—No conocéis al príncipe Varoslaf, y ningún hombre en su sano juicio querría que eso cambiara. No hay forma de saber lo que hará ese calvo cabrón al momento siguiente. Yo solo pude escapar porque le fui con un cuento de difundir la noticia y traer a más guerreros del mar Quebrado. Yo, en vuestro lugar, me volvería con nosotros.

—Seguiremos adelante —dijo Yarvi.

—En ese caso, os deseo la mejor suertedeclima a todos, y esperemos que no necesitéis suertedearmas. —Jenner el Azul tomó un largo sorbo de su jarra—. Pero temo que os pueda hacer falta.

—Como a cualquiera que emprenda las largas cuestas. —Skifr estaba tumbada de espaldas con la cabeza apoyada en los brazos y los pies descalzos hacia el fuego—. ¿Querríais probar la vuestra, ahora que aún podéis?

—¿Qué se te ocurre, mujer? —mascculló el Corvas.

—Un lance de armas amistoso, con hojas de entrenamiento. —La anciana dio un sonoro bostezo—. Mi aprendiz ya ha derrotado a toda nuestra tripulación y necesita adversarios nuevos.

—¿Y quién es tu aprendiz? —preguntó Jenner mientras daba un vistazo a Dosduvoi, que parecía una montaña entre las sombras cambiantes.

—Ah, no —dijo el gigante—. No soy yo.

Espina puso su cara más valiente, se levantó y se asomó a la luz de la hoguera.

—Yo.

Se hizo el silencio. Entonces el Corvas soltó una carcajada de incredulidad, a la que pronto se sumaron otros.

—¿La flacucha de medio pelo?

—¿Esa chica puede sostener un escudo, dices?

—Yo creo que a sostener una aguja sí llega. ¡Necesito que me cosan un agujero en el calcetín!

—Necesitarás que alguien te cosa un agujero en el cuerpo al terminar —masculló Odda, y Espina lo agradeció para sus adentros.

Un chico que tendría un año más que Espina suplicó ser el primero en darle una paliza, y las dos tripulaciones formaron un escandaloso círculo con antorchas para iluminar la competición, entre insultos, gritos de ánimo y apuestas a favor del luchador con el que compartían navegación. El adversario de Espina era grande y tenía las muñecas gruesas y la mirada fiera. Su padre siempre le decía: «El miedo es bueno. El miedo te mantiene cautelosa. El miedo te mantiene viva». Y menos mal, porque su corazón latía tan fuerte que creyó que le iba a reventar el cráneo.

—¿Alguien se juega algo contra esta baratija? —gritó el Corvas, que había partido un aro de su brazo en dos con un hacha para apostar en contra de Espina—. ¡Será como tirar vuestro dinero al río! ¿No te apuntas tú también?

Jenner el Azul se acarició la barba con calma, al tiempo que hacía sonar sus propios brazaletes.

—Mi dinero me gusta donde está.

Los nervios de Espina desaparecieron en el instante en que los filos de madera chocaron por primera vez y supo que ganaría el lance sin problemas. Esquivó un segundo tajo, desvió el tercero y dejó que su rival pasara trastabillando. Era fuerte, pero se lanzaba a la embestida con furia, a ciegas, sin distribuir bien el peso. Espina dejó pasar por encima una estocada alta y descuidada, casi riéndose de lo torpe que había sido el chico, enganchó el escudo de él contra el suelo y le dio un golpe terrible en plena cara. El chico cayó de culo en la arena, parpadeando como un idiota y sangrando por la nariz.

—Eres la tormenta —oyó musitar a Skifr entre los vítores—. No los esperes. Haz que teman. Haz que duden.

Saltó con un chillido hacia el siguiente hombre en el mismo instante en que Jenner dio inicio al lance, lo empotró contra sus sorprendidos amigos, le marcó un tajo horizontal en la tripa con su espada de entrenamiento y le abolló el casquete dándole un retumbante coscorrón con su hacha de madera. El hombre se tambaleó como un borracho e intentó volver a subirse el casco por encima de las cejas, entre las carcajadas de los tripulantes del *Viento del Sur*.

—Los hombres acostumbrados a luchar en la muralla de escudos suelen preocuparse solo de la parte de delante. El escudo se vuelve debilidad. Utiliza los flancos.

El siguiente adversario era bajito pero fornido como un tronco de árbol, cauto y observador. Espina le permitió ganar terreno con el escudo el tiempo suficiente para que los abucheos de la tripulación del *Perro Negro* se transformaran en gritos de ánimo. Entonces resucitó, fintó a izquierda y se lanzó a derecha, lanzó un tajo desde arriba con la espada y, cuando él alzó el escudo, le atrapó un tobillo con el hacha, tiró de él para derribarlo con un gemido y terminó con la punta de su espada haciéndole cosquillas en la nuez.

—Eso es. No estés nunca donde te esperan. Ataca siempre. Golpea la

primera. Golpea la última.

—¡Malditos perros inútiles! —bramó el Corvas—. ¡Me avergüenzo de ser de los vuestros! —Y recogió la espada caída, se puso un escudo con una flecha blanca pintada y entró en el círculo.

Era despiadado, y rápido, y listo, pero ella era más rápida, más lista y mucho más despiadada, y además Skifr le había enseñado trucos con los que él ni siquiera había soñado. Bailó a su alrededor, lo cansó y descargó sobre él tal aguacero de golpes que apenas sabía en qué dirección miraba. Por último, giró cuando su adversario la embestía y le dio un azote en el culo con la hoja plana de su espada, tan fuerte que podría haberse oído en Kalyiv.

—Esta prueba no es justa —protestó el Corvas sin moverse, aunque era evidente que se moría de ganas de frotarse las dolidas nalgas y estaba obligándose a no hacerlo. Parecía que se le estaba ensombreciendo el ánimo a buen ritmo. Espina supuso que le pasaría a menudo y no le dio importancia.

—El campo de batalla no es justo —respondió.

—En el campo de batalla se lucha con acero, niña. —Y arrojó al suelo la espada de entrenamiento—. Con hojas de verdad esto habría sido muy distinto.

—Cierto —dijo Espina—. En vez de tener el orgullo y el trasero magullados, estarías cagando intestinos por el culo partido.

La tripulación del *Viento del Sur* rió y Jenner trató de calmar a su timonel ofreciéndole más cerveza, pero el Corvas se zafó de él, furioso.

—¡Que me traigan mi hacha y lo veremos, zorra!

Las risas cesaron y Espina ahuecó un labio y le escupió a los pies.

—¡Coge el hacha, cerdo, que estoy lista!

—No —intervino Skifr plantando una mano en el pecho de su pupila—. Llegará el momento de que te enfrentes a la Muerte. No es este.

—Ja —dijo el Corvas con desdén—. ¡Cobardes!

La garganta de Espina empezó a vibrar, pero Skifr la contuvo de nuevo, con

los ojos entornados.

—Eres todo viento, timonel. Eres un hombre hueco.

Odda avanzó por su lado.

—Qué va a estar hueco, está relleno hasta los topes de mierda. —Espina se sorprendió al ver brillar un cuchillo en su mano—. Nunca he tenido un compañero de remo más valiente, hombre o mujer. Si vuelves a insultarla, me ocuparé yo mismo de matarte.

—Tendrás que llegar antes que yo —retumbó Dosduvoi, apartando su manta y levantándose en toda su altura.

—Y que yo. —Brand estaba junto a ella con su elegante daga en la mano.

Había muchos dedos acariciando armas en ambos lados, y entre la cerveza, el orgullo herido y la plata perdida, las cosas podrían haberse puesto demasiado feas muy deprisa. Pero antes de que se descargara un solo golpe, el padre Yarvi se interpuso con agilidad entre las dos tripulaciones belicosas.

—¡Todos tenemos suficientes enemigos como para granjearnos más entre los amigos! ¡La sangre derramada aquí sería sangre desperdiciada! Hagamos del puño mano abierta. Concedamos su día al Padre de Palomas. ¡Ten! —Se metió la mano en un bolsillo y lanzó algo brillante hacia el Corvas.

—¿Qué es esto? —preguntó, amenazante, el timonel.

—Plata de la reina Laithlin —dijo Yarvi—, con su rostro acuñado en ella.

Quizá al clérigo le faltaran dedos, pero los que tenía eran veloces. Las monedas giraron y reflejaron la luz del fuego en su vuelo hacia los tripulantes del *Perro Negro*.

—No queremos tu limosna —escupió el Corvas, aunque muchos de sus compañeros de remo ya estaban recogiéndola a cuatro patas.

—Entonces ¡consideradlo un adelanto! —exclamó Yarvi—. Un adelanto de lo que os pagará la Reina Dorada cuando os presentéis en Thorlby. Ella y su esposo, el rey Uthil, siempre buscan hombres valientes y buenos luchadores. Sobre todo si no profesan demasiado amor al Alto Rey.

Jenner el Azul alzó su jarra.

—¡Por la bella y generosa reina Laithlin, pues! —Y mientras su tripulación vitoreaba y entrechocaba las jarras, añadió en voz más baja—: Y por su clérigo astucioso. —Y bajándola todavía más y guiñando el ojo a Espina—: Por no mencionar a su formidable remera de popa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Koll, que intentaba ponerse de pie con la mirada tan revuelta como el pelo, pero tropezó con su manta, cayó de nuevo y terminó vomitando, lo cual provocó oleadas de risa incontenible.

Al poco tiempo las dos tripulaciones volvían a contarse historias, a descubrir que tenían viejos camaradas en común y a discutir quién era dueño del mejor cuchillo, mientras Safrit se llevaba a su hijo cogido de la oreja y le hundía la cabeza en el río. El Corvas se quedó solo y enfurruñado, de pie con los puños en jarras y fulminando a Espina con la mirada.

—Me da la sensación de que has hecho un enemigo —susurró Brand, soltando el puño de su daga.

—Ah, eso lo hago siempre. ¿Cómo era eso que dice el padre Yarvi? Los enemigos son el precio del éxito. —Le pasó un brazo por los hombros, rodeó los de Odda con el otro, y los abrazó a los dos con ahínco—. Lo raro de verdad es que también he hecho amigos.

# UN DÍA ROJO

—¡Escudos! —vociferó Rulf.

El pánico atenazó a Brand, lo arrancó de unos sueños felices sobre el hogar y lo expulsó de la comodidad de sus mantas a un gélido amanecer del color de la sangre.

—¡Escudos!

La tripulación estaba levantándose abotargada, topando entre ellos al moverse a toda prisa de un lado a otro como corderos asustados, medio vestidos, medio armados, medio despiertos. Un hombre dio una patada a las ascuas de la hoguera al pasar corriendo y desató un remolino de chispas. Otro gritó mientras se afanaba en ponerse su cota de mallas, hecho un lío con las mangas.

—¡A las armas!

Espina estaba de pie a su lado. La mitad sin afeitar de su cabeza llevaba ya un tiempo siendo caótica, toda trenzas, enredos y mechones apelmazados de cualquier manera y recogidos con anillos de plata cortados de monedas, pero sus armas estaban aceitadas y bruñidas, relucientes, preparadas y firmes en sus manos. Tenía una expresión dura y decidida, y verla tan valiente insufló valor en el ánimo de Brand. Los dioses sabían que le hacía falta coraje. Le hacía falta coraje y le hacía falta mear.

Habían acampado en el único terreno elevado que había en leguas a la redonda, una loma con la cumbre plana que se alzaba en un meandro del río, con peñascos partidos sobresaliendo en los flancos y unos pocos árboles raquíticos aferrados a su cima. Brand fue corriendo al lado oriental, donde estaba congregándose la tripulación, y miró cuesta abajo al liso océano de hierba que se extendía hasta el sol naciente. Mientras se limpiaba el sueño de los ojos con dedos

temblorosos vio unas siluetas al fondo, jinetes fantasmales que se retorcían en la neblina del amanecer.

—¿El Pueblo del Caballo? —preguntó con voz demasiado aguda.

—Uzhakos, creo. —El padre Yarvi se hizo sombra para proteger sus ojos claros del brillo de la Madre Sol, una mancha sangrienta en el lejano horizonte—. Pero esa tribu vive en las costas del mar Dorado. No sé qué puede haberlos traído hasta aquí.

—¿Un profundo deseo de matarnos? —sugirió Odda mientras los jinetes cobraban forma y un sol rojizo relucía en el metal, en las hojas de lanzas y espadas curvas, en yelmos forjados con aspecto de cabezas de bestias.

—¿Cuántos son? —preguntó Espina sin vocalizar, tensando los músculos de la mandíbula en el lado afeitado de su cabeza.

—¿Unos ochenta? —Fror los contemplaba con la misma calma que si fuesen un vecino podando su huerto—. ¿Noventa? —Abrió una bolsa de cuero, escupió dentro y empezó a mezclar algo en su interior con la punta de un dedo—. ¿Cien?

—Dioses —susurró Brand.

El Pueblo del Caballo se había aproximado trazando una curva y empezó a llegar el sonido de sus cascos, la algarabía de gritos, hipidos y trinos extraños que resonaban por el llano y a los que la tripulación respondió con traqueteos y murmullos, preparando sus pertrechos de guerra y suplicando a sus dioses elegidos que les concedieran suertedearmas. Un jinete se destacó de su grupo, con la larga melena suelta al viento, para disparar una flecha. Brand se encogió, pero el arquero solo pretendía estimar la distancia y provocarlos, y la flecha se clavó en la hierba a mitad de pendiente.

—Un viejo amigo me dijo una vez que cuantos más sean, mayor nuestra gloria —dijo Rulf, tirando con dedos encallecidos de la cuerda de su arco y haciéndola vibrar rabiosa.

Dosduvoi retiró el hule de la hoja de su hacha de guerra.

—La probabilidad de morir también aumenta.

—Pero ¿quién quiere reunirse con la Muerte siendo un viejo sentado al

fuego? —Y los dientes de Odda brillaron de saliva cuando les mostró su sonrisa enloquecida.

—No parece un final tan malo. —Fror metió la mano en su bolsa y la sacó teñida de azul, se la apretó contra la cara con los dedos separados y dejó una enorme palma pintada—. Pero estoy preparado.

Brand no lo estaba. Apretó con fuerza su escudo en el que Rin había pintado un dragón; parecía que había sido un siglo antes y a medio mundo de distancia. Asió el mango de su hacha con una mano aún vendada, dolorida de las quemaduras que le había provocado la cuerda. El Pueblo del Caballo era una masa en continuo movimiento, una tropa que se separaba y volvía a reunirse, que fluía por la llanura como el agua de unos rápidos y se acercaba a ellos sin pausa, con su estandarte blanco ondeando al viento bajo un cráneo con cuernos. Brand vislumbró rostros valientes, bestiales, agresivos, con los dientes desnudos y los ojos en blanco. Demasiados rostros.

—Dioses —susurró. ¿De verdad había preferido aquello a una vida buena, segura y aburrida en la fragua de Gaden?

—¡Skifr! —la llamó el padre Yarvi en tono grave y apremiante.

La anciana estaba sentada detrás de ellos, con las piernas cruzadas bajo un árbol y la mirada fija en el fuego muerto, como si la solución a sus apuros pudiera hallarse oculta entre las brasas.

—No —replicó, tajante, por encima del hombro.

—¡Flechas! —chilló alguien, y entonces Brand las vio, astillas negras que volaban altas y flotaban en el viento. Una se clavó en el suelo cerca de él con una sacudida de las plumas en el astil. El más nimio cambio en el viento podría haberle clavado en el pecho aquella pequeña vara de madera y metal, y habría muerto allí bajo un cielo ensangrentado para no ver nunca más a su hermana, ni los muelles ni los barrios pobres de Thorlby. Hasta lo más odiado parecía maravilloso si se miraba desde un lugar como aquel.

—¡Formad una muralla, perros haraganes! —rugió Rulf, y Brand se metió entre Odda y Fror y raspó el metal de sus escudos al introducir el suyo entre ellos, con el lado izquierdo por debajo del vecino y el derecho por encima. Lo había practicado un millar de veces en el cuadrado de entrenamiento y sus brazos y piernas se movieron por instinto, lo que fue una suerte porque notaba la cabeza

embotada.

Por detrás se acumularon hombres con lanzas y arcos, que dieron palmaditas en la espalda y palabras de ánimo a los hombres de la primera línea, dispuestos a matar a cualquier enemigo que cruzara la muralla y a rellenar los huecos cuando cayeran hombres. Cuando murieran hombres. Porque aquel día, y pronto, iban a morir hombres allí.

—¡Ni desayunar nos han dejado, los muy cabronazos! —exclamó Odda.

—Si yo quisiera matar a un hombre, lo preferiría hambriento —gruñó Fror.

El corazón de Brand amenazó con salírsele del pecho, sus rodillas temblaron por el anhelo de huir, sus dientes se apretaron casi hasta partirse por la necesidad de resistir. De resistir con su tripulación, sus hermanos, su familia. Movió los hombros para sentir a sus compañeros apretados contra él. Dioses, qué ganas tenía de mear.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz? —susurró.

—¿Ahora? —dijo Fror entre dientes.

—Preferiría morir sabiendo algo de mi compañero de hombro.

—Muy bien. —El vansterlandés le dedicó una fugaz sonrisa demente y puso el ojo bueno en blanco bajo aquella mano azul—. Cuando mueras, te lo diré.

El padre Yarvi estaba agachado a la sombra de la muralla de escudos, chillando en el idioma del Pueblo del Caballo y dando una oportunidad al Padre Paz, pero la única respuesta que recibió fueron flechas que se clavaban en la madera o pasaban por encima. Alguien dio un alarido cuando una punta encontró su pierna.

—Hoy gobierna la Madre Guerra —musitó Yarvi, alzando su espada curva—. Enséñales cómo se usa el arco, Rulf.

—¡Flechas! —gritó el timonel, y Brand atrasó una pierna y puso el escudo en ángulo para dejar una rendija por la que disparar. Rulf llegó a su lado con el arco negro tensado del todo, la cuerda protestando encolerizada en esa ocasión. Brand sintió en la mejilla el aire de la flecha al partir y volvió a su puesto para trabar de nuevo su escudo con el de Fror.

Oyeron un chillido agudo cuando la flecha se clavó en su objetivo. Los tripulantes rieron y se burlaron del enemigo, sacando las lenguas y enseñándoles sus propios rostros valientes, bestiales, agresivos. Brand no tenía muchas ganas de reír. Tenía ganas de mear.

De todos era sabido que el Pueblo del Caballo hacía emboscadas rápidas y breves, engañaba a sus enemigos y los desgastaba con sus arcos. Sin embargo, una muralla de escudos bien levantada era difícil de perforar solo con flechas y el arco de cuerno que disparaba Rulf era incluso más temible de lo que parecía. La altura de la loma le daba mayor alcance y, pese a lo entrado en años que estaba, tenía una puntería mortífera. Envió flecha tras flecha sibilante cuesta abajo, tranquilo como el agua en un día de calma, paciente como la piedra, y la tripulación vitoreó otras dos veces, cuando derribó a un caballo y cuando barrió a un jinete de su silla y lo envió rodando por la hierba. Los demás se replegaron fuera del alcance de su arco y empezaron a agruparse.

—El río les impide rodearnos. —El padre Yarvi se apretó entre ellos para echar un vistazo por encima del escudo de Odda—. Sus caballos no pueden maniobrar entre los peñascos y dominamos el terreno elevado. Mi fiel mano izquierda ha elegido un buen lugar.

—No es mi primer baile —dijo Rulf, sacando otra flecha del carcaj—. Vendrán a pie y romperán contra nuestra muralla igual que la Madre Mar contra las rocas.

Las rocas no sentían dolor. Las rocas no sangraban. Las rocas no morían. Brand se puso de puntillas para mirar por encima de la muralla y vio a los uzhakos desmontando y preparándose para lanzarse a la carga. Eran muchísimos. Calculó que duplicaban en número a la tripulación del *Viento del Sur*. Puede que más.

—Pero ¿qué quieren? —susurró Brand, asustado por el miedo que había en su propia voz.

—Hay un momento para preguntarse lo que quiere un hombre —dijo Fror, que no mostraba el más mínimo temor en la suya—. Y hay un momento para partirle la cabeza. Este momento es del segundo tipo.

—¡Los contenemos aquí! —bramó Rulf—. ¡Y cuando yo diga, empujamos a esos hijos de puta cuesta abajo! ¡Empujamos, rajamos y pisoteamos, y nos guardamos la compasión para otro día! ¿Entendido? Flecha.

Los escudos se abrieron y Brand entrevió a unos hombres que corrían. Rulf envió el asta colina abajo hasta las costillas del más adelantado y lo dejó gateando, gimoteando y suplicando a sus amigos, que no frenaron su carga.

—¡Aguantad, chicos! —gritó Rulf, soltando el arco y empuñando una lanza—. ¡Aguantad!

Alrededor de Brand los hombres gruñeron, escupieron y farfullaron plegarias a la Madre Guerra, que resonaron en la madera que tenían delante. Lloviznaba un poco, lo justo para dejar unas gotas sueltas en los yelmos y los bordes metálicos de los escudos que dieron a Brand más ganas de mear que nunca.

—¡Oh, diosa verdadera! —gritó Dosduvoi mientras las pisadas de sus enemigos y los aullidos de guerra se aproximaban inexorables—. ¡Oh, todopoderosa! ¡Tú, que todo lo sabes, destruye a estos paganos!

—¡Los destruiré yo mismo! —chilló Odda.

Y Brand dio un respingo al notar el impacto, retrocedió medio paso y lo recuperó al instante, cargando todo su peso en el escudo y resbalando en la hierba húmeda. El metal tañó, raspó y aporreó la madera. Una tormenta de metal. Algo rebotó en el brocal de su escudo y Brand apartó la cabeza, con astillas clavadas en la cara y oyendo los diabólicos alaridos de un hombre al otro lado.

El ojo deforme de Fror se desorbitó mientras su dueño recitaba a grito pelado versos del *Cantar de Bail*.

—¡Mano férrea! ¡Testa férrea! ¡Corazón férreo! —Dio una estocada a ciegas por encima de la muralla de escudos—. ¡Llega tu muerte, cantó la centena!

—¡Llega tu muerte! —voceó Dosduvoi. No era el momento en que Brand se habría puesto a recitar cantares, pero el grito se extendió a otros como fuego en sus gargantas, fuego en sus pechos, fuego en sus miradas enloquecidas—. ¡Llega tu muerte!

No aclararon si se referían a la muerte del Pueblo del Caballo o a la propia. No importaba. La Madre Guerra había desplegado sus alas de hierro sobre la llanura y había sumido todos los corazones en la sombra. Fror lanzó otra estocada y, al retirarla, golpeó a Brand encima del ojo con la empuñadura de la espada y dejó sus oídos aullando.

—¡Empujad! —ordenó Rulf.

Brand apretó los dientes y avanzó, escudo raspando contra escudo. Vio caer a un hombre gritando cuando una lanza entró por debajo y se le clavó en la pierna, pero siguió empujando de todos modos. Oyó una voz al otro lado, palabras desconocidas pronunciadas por un enemigo al que solo separaba de su cara el grosor de un tablón. Se estiró y dio un tajo con el hacha por encima de su escudo. Un gañido y un gorgoteo, la hoja hundida en algo. Pasó una lanza a su lado, rascando contra el filo de su escudo, y un hombre soltó un alarido. Fror partió la nariz a alguien de un cabezazo. Los hombres rugieron y babearon, acuchillaron y empujaron, hechos un revoltijo sudoroso.

—¡Muere, hijo de puta, muere!

Brand recibió un codazo en la cara y notó el sabor de la sangre. El barro le salpicó los ojos y lo dejó medio ciego; pestañeó para quitárselo y rugió y maldijo y empujó y resbaló y escupió sal y empujó otra vez. Tenían la pendiente a favor y sabían lo que hacían, y la muralla empezó a avanzar poco a poco pero sin tregua, presionando a sus enemigos y obligándolos a retroceder por la colina que habían remontado.

—¡Llega tu muerte, cantó la centena!

Brand vio a un remero morder el cuello de un uzhako. Vio a Koll acuchillar a un hombre caído. Vio a Dosduvoi enviar a un enemigo trastabillando con un leve giro de escudo. Vio la punta de una espada asomar por la espalda de un hombre. Algo rebotó en la mejilla de Brand, que ahogó un grito. Al principio pensó que era una flecha, pero enseguida cayó en que se trataba de un dedo.

—¡Que empujéis os digo! ¡Empujad!

Redoblaron los esfuerzos en un infierno de voces inarticuladas y cuerpos al límite, demasiado comprimidos para poder usar el hacha. Brand la dejó caer, bajó el brazo como pudo y desenvainó la daga que le había forjado Rin.

—¡Mano férrea! ¡Corazón férreo!

El tacto de su empuñadura en la mano le recordó la cara de su hermana, iluminada por las llamas en su minúscula casucha. Aquellos hijos de perra se interponían entre ellos y Brand notó bullir la rabia. Vio un rostro, bastos anillos de metal rodeando pelo trenzado, y alzó su escudo hacia él, le echó atrás la cabeza y

dio una estocada baja rozando el borde, y otra, y retiró la mano caliente y pegajosa. El hombre cayó y Brand le pasó por encima tropezando y dando pisotones, ayudado por Odda para mantener el equilibrio, escupiendo entre los dientes chirriantes.

—¡Llega tu muerte!

¿Cuántas veces había escuchado esa canción conteniendo el aliento, vocalizando las palabras, soñando con ocupar su puesto en la muralla y alcanzar la gloria? ¿De verdad estaba viviendo sus sueños? Allí no había destreza, solo suerte ciega, no era una lucha entre nobles campeones sino una competición de locura en la que no cabían los trucos, la astucia y ni siquiera el valor, a no ser que el valor consistiera en dejarse llevar sin remedio por la batalla como una tormenta se lleva la madera de deriva. Quizá consistiera en eso.

—¡Matadlos!

Los ruidos eran horripilantes, un clamor de metal traqueteando, golpes contra marea y hombres maldiciendo con gritos de sus voces rotas. Sonidos que Brand no lograba entender. Sonidos sin significado. La Última Puerta estaba abierta de par en par para todos y cada cual la afrontaba como bien podía.

—¡Llega tu muerte!

Empezaba a llover más, las botas arrancaban la hierba y batían el fango rojizo y Brand estaba agotado, magullado y dolorido, pero no podía parar. Dioses, qué falta le hacía mear. Algo se estrelló contra su escudo y estuvo a punto de arrancárselo del brazo. Un filo rojo pasó raudo junto a su oreja y Brand vio a Espina a su lado.

Tenía una parte de la cara salpicada de sangre y sonreía. Sonreía como si estuviera en casa.

## JÚBILO DE BATALLA

Espina era letal. Eso nadie podía negarlo.

La franja de hierba embarrada, ensangrentada y pisoteada detrás de la cambiante muralla de escudos era su territorio, y ella la Muerte para quien se atreviera a hollarlo.

Con un martilleo más atronador que el del granizo contra el casco del *Viento del Sur*, la muralla avanzó palmo a palmo colina abajo, a empujones y tajos, pisoteando a hombres y atrayéndolos entre los escudos, devorándolos como una serpiente abierta. Uno intentó levantarse, y Espina le clavó la espada de su padre en la espalda y vio el miedo, el dolor y el pánico en su cara ensangrentada mientras volvía al suelo.

Debería haber sido más difícil que con una espada de práctica, pero resultaba mucho más sencillo. Qué leve era el acero, qué afilado; qué fuertes eran sus brazos, qué veloces. Sus armas tenían mente propia, obcecadas en el asesinato.

Era letal. Lo había dicho Skifr y allí tenía la prueba, escrita en sangre sobre la piel de sus enemigos. Deseó que su padre estuviera allí para verlo. Quizá estaba su espíritu, animándola junto a su hombro. Deseó que Hunnan estuviera allí, para poder refregar su cara en la sangre que había derramado. Para poder retarlo a que volviera a negarle su lugar. Para poder matarlo también.

El Pueblo del Caballo no entendía aquella forma de luchar y atacaba la muralla sin orden ni concierto, con hombres sueltos o en parejas cuya valentía era su perdición. Espina atisbó a uno de ellos acometiendo con torpeza su lanza por encima de los escudos, tratando de clavarla en Brand. Se lanzó adelante y le enganchó la espalda con el hacha, clavándole la punta de la hoja en el hombro para luego tirar de él y meterlo entre los escudos.

Trastabillaron abrazados, con el largo pelo de él metido en la boca de Espina, enzarzados a rodillazos y codazos hasta que el padre Yarvi le cortó la parte trasera de los muslos y Espina chilló mientras liberaba su hacha, la hundió de lado en el cráneo y le arrancó el casco, que salió rebotando por la manchada ladera de la colina.

Había oído hablar a su padre del júbilo de batalla, del éxtasis rojo que la Madre Guerra concedía a sus hijos más favorecidos. Había escuchado sus relatos con la mirada fija y la boca seca junto al fuego. Su madre siempre decía que no eran historias para oídos de una hija, pero él se inclinaba hacia Espina y hablaba en roncos susurros, tan cerca que ella notaba su cálido aliento en la mejilla. Había oído a su padre hablar del júbilo de batalla, y en aquellos momentos lo sintió.

El mundo ardió, refulgió, danzó, la trabajosa respiración convertida en horno en su garganta mientras corría hacia el extremo de la muralla que empezaba a combarse, se retorcía y amenazaba con descomponerse. Dos uzhakos habían trepado entre los peñascos del lado de la loma y buscaban la espalda de Dosduvoi. Dio un tajo al primero en un costado que lo dobló por la cintura. La lanza del segundo pareció moverse como si atravesara miel y Espina rió mientras dejaba el ataque a un lado, le segaba las dos piernas con el hacha y lo dejaba arrastrándose en el suelo.

Pasó una flecha volando muy cerca y Dosduvoi la atrajo hacia su escudo, que ya tenía dos astas clavadas cerca del brocal. La muralla estaba cediendo por el centro y los hombres forcejearon para impedirlo con los rostros deformados por la tensión. Hubo un impacto, un tripulante cayó escupiendo dientes y la muralla se quebró. En el hueco había un uzhako enorme con una máscara hecha a partir de una quijada de morsa y los colmillos a ambos lados de su gesto burlón, resoplando como un buey y blandiendo con las dos manos un inmenso garrote dentado, levantando a hombres del suelo con cada vaivén y ensanchando cada vez más la brecha.

En el interior de Espina no había miedo. Solo el júbilo de batalla, más fiero que nunca.

Se arrojó contra el gigante, notando la sangre como una marea de la Madre Mar. Cuando los ojos dementes del uzhako se volvieron hacia ella, bajó al suelo, se deslizó sobre un costado entre sus enormes botas, se volvió, dio un tajo mientras el garrote aplastaba el suelo detrás de ella y lo alcanzó por encima de la corva de la rodilla, que al doblarse acumuló un estanque petrificado en negro. Fror se adelantó

y terminó con él de tres sonoros golpes, uno, dos, tres, que salpicaron de rojo la mano azul de su cara.

Espina vio que el Pueblo del Caballo se dispersaba, retrocediendo rápidamente hacia el llano abierto donde los esperaban sus monturas. Alzó sus armas al cielo y chilló con la sangre hirviendo hasta las puntas de los dedos. El espíritu de su padre la espoleó y se lanzó en pos de sus enemigos en fuga como un sabueso persigue a una liebre.

—¡Paradla! —vociferó Rulf.

Alguien la obligó a retroceder a rastras, maldiciendo y revolviéndose, con el pelo que aún le quedaba enredado sobre la cara. La barba de Brand le rascó la mejilla cuando le pasó el brazo izquierdo por debajo del suyo, de forma que la cubriera su escudo. Más allá de los uzhakos en desbandada vio a otros que avanzaban semiocultos en la hierba, con los arcos tensos y caras de anticipación. Eran muchos, y el reflujo del júbilo de batalla al instante trajo consigo una oleada de miedo que la anegó.

—¡Cerrad la muralla! —rugió Rulf, escupiendo saliva entre los dientes.

Los hombres cedieron un poco de terreno, se agruparon y cubrieron todos los huecos con los escudos, que se bamboleaban y traqueteaban, abriendo y cerrando el paso a una intermitente luz del día. Espina oyó flechas clavándose en madera de tilo, vio una salir despedida del borde del escudo de Brand y pasarle por encima del hombro. Odda había caído con un asta clavada en el costado, vomitando blasfemias mientras se arrastraba hacia la cima.

—¡Atrás, atrás! ¡No paréis ahora!

Espina tiró de Odda por las axilas y empezó a apartarlo de la muralla de escudos mientras él gemía, daba patadas y soltaba una espuma sanguinolenta por la boca. Cayó al suelo con él encima, estuvo a punto de cortarse con su propia hacha, se levantó con esfuerzo y siguió arrastrándolo hasta que llegó Koll para ayudar, y entre los dos lograron subirlo a la cima de la loma con la muralla pisándoles los talones. Habían vuelto al lugar que ocupaban hacía solo unos momentos frenéticos, con el río a sus espaldas y la llanura extendida ante ellos.

Espina se quedó allí de pie, atontada, entumecida, preguntándose cuántos miembros de la tripulación habrían muerto. ¿Tres, cuatro? Todos tenían rasguños y había algunos malheridos. No sabía si ella misma había sufrido algún impacto. No

sabía de quién era la sangre que tenía encima. No había muchas esperanzas para Odda por la forma en que se había clavado aquella flecha. No había muchas esperanzas para nada, en aquel momento. Por los huecos entre los escudos maltratados contempló la pendiente pisoteada y sembrada de cadáveres, algunos de los cuales aún se movían, gemían, se llevaban manos torpes a las heridas.

—¿Empujo el asta o la saco por este lado? —preguntó Safrit sin miramientos, arrodillándose al lado de Odda y agarrándole con fuerza la mano ensangrentada.

El padre Yarvi se limitó a mantener fija la mirada y frotarse el fino mentón, pintándose franjas rojas con las yemas de los dedos en la mejilla.

La furia había desaparecido como si jamás hubiera existido, el fuego en su interior se había consumido en cenizas. El padre de Espina nunca le había contado que el júbilo de batalla en realidad era fuerza prestada y debía pagarse dos veces. Asió la bolsita con sus huesos de los dedos, pero no halló consuelo. Vio las heridas abiertas, los hombres gimoteando y la masacre que habían desatado. Que ella había desatado.

Espina era letal, eso no podía negarse.

Se encorvó como si le hubieran dado un puñetazo en la tripa y tosió un fino vómito a la hierba, se enderezó temblando y descubrió que miraba la nada, que el mundo brillaba demasiado, que sus rodillas apenas la sostenían y que le lloraban los ojos.

Era letal. Y quería a su madre junto a ella.

Vio que Brand volvía la cabeza para mirarla. Su cara toda raspada por un lado y su cuello manchado de sangre que se le colaba en la camisa y las vendas hechas jirones que ondeaban alrededor de la daga roja en su mano.

—¿Estás bien? —preguntó él con voz forzada.

—No lo sé —dijo Espina, y vomitó de nuevo, agradeciendo no haber comido nada porque entonces no sabía si habría podido parar.

—Tenemos que llegar al *Viento del Sur* —dijo alguien entre gallos de pánico.

El padre Yarvi negó con la cabeza.

—Nos coserían a flechas desde la orilla.

—Necesitamos un milagro —suspiró Dosduvoi, con la mirada vuelta hacia el cielo rosado.

—¡Skifr! —gritó el clérigo, y la anciana torció el gesto como si la incordiara una mosca, murmuró y se encogió de hombros—. ¡Skifr, te necesitamos!

—¡Ahí vienen otra vez! —avisó alguien desde la debilitada muralla.

—¿Cuántos? —preguntó Yarvi.

—¡Más que antes! —gritó Rulf, cargando una flecha en su arco negro.

—¿Cuántos más?

—¡Muchos más!

Espina intentó tragar, pero por una vez no encontró saliva. Se sentía tan débil que apenas podía levantar la espada de su padre. Koll estaba llevando agua a la muralla de escudos y todos bebían, y gemían y se encogían de dolor al tocarse las heridas.

Fror se limpió la boca con agua y la escupió.

—Vendamos caras nuestras vidas, entonces. ¡Llega tu muerte!

—Llega tu muerte —corearon un par de hombres, pero más en tono de lamento que de desafío.

Espina oía el avance del Pueblo del Caballo, sus gritos de guerra y sus pasos rápidos en la ladera. Oyó los sonidos guturales que hizo la tripulación al prepararse para encajar la carga y, débil como estaba, apretó los dientes y tensó los dedos en torno a su hacha y su espada salpicadas de sangre. Anduvo hacia la muralla. Regresó a aquella franja de barro pisoteado justo detrás de ella, aunque la perspectiva le provocaba todo menos júbilo.

—¡Skifr! —chilló el padre Yarvi.

La anciana profirió un alarido de rabia, se puso en pie de un salto y arrojó su capa a un lado.

—¡Condenémonos, pues!

Empezó a salmodiar, flojo y grave al principio, pero ganando intensidad. Se adelantó con paso firme, cantando unas palabras que Espina no entendió, que nunca había oído, ni parecidas. Aunque dio por sentado en qué idioma estaban dichas, y no era ninguna lengua que hablara el hombre.

Eran palabras élficas, y lo que estaba haciendo Skifr era magia élfica. La magia que había partido a la diosa y roto el mundo, y a Espina se le erizaron todos los pelos del cuerpo, como si se hubiera levantado un viento gélido.

La anciana siguió entonando su salmodia, cada vez más aguda, más rápida y más salvaje, y de las correas que ceñían su cuerpo sacó dos objetos de metal oscuro llenos de remaches y ranuras e introdujo uno dentro del otro con un chasquido como el de un candado al cerrarse.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Dosduvoi, pero el padre Yarvi lo contuvo con su mano deforme.

—Lo que debe.

Skifr sostuvo la reliquia élfica con los brazos extendidos hacia delante.

—¡Apartaos!

La vacilante muralla de escudos se abrió en dos y Espina observó por el hueco. Allí estaba el Pueblo del Caballo, una escurridiza multitud que serpenteaba entre los cuerpos de sus caídos, que saltaba veloz y cruel con la muerte en la mirada.

Hubo un restallido como si tronara muy cerca, un fogonazo de luz y el uzhako que llegaba en cabeza salió despedido hacia atrás y rodó colina abajo como si lo hubiera derribado el chascar de un dedo gigante. El segundo trueno despertó susurros incrédulos en la tripulación e hizo caer a otro hombre dando vueltas como el juguete de un niño y con el hombro en llamas.

Los ululatos inarticulados de Skifr se hicieron cada vez más agudos mientras la reliquia élfica que sostenía soltaba unas esquirlas de reluciente metal que caían humeantes a sus pies. Los hombres gimotearon, se mesaron las barbas y aferraron sus talismanes, más temerosos de aquella hechicería que de los uzhakos. Seis truenos cruzaron la llanura y seis hombres cayeron destrozados y ardiendo, y

el resto del Pueblo del Caballo huyó chillando despavorido.

—Por la gran diosa —susurró Dosduvoi, haciendo un símbolo sagrado con la mano sobre el corazón.

Entonces cayó el silencio. El primero que habían tenido en bastante tiempo, perturbado solo por el siseo del viento en la hierba y la aparatosa respiración de Odda. Olía como a carne quemada. Una de las esquirlas caídas había encendido la hierba. Skifr dio un paso y apagó la llama con un adusto pisotón.

—¿Qué has hecho? —susurró Dosduvoi.

—He pronunciado el nombre de la diosa —dijo Skifr—. Escrito en fuego y atrapado en runas élficas antes de la Ruptura del Mundo. He arrancado a la Muerte de su lugar junto a la Última Puerta y la he enviado a cumplir mi voluntad. Pero siempre hay un precio que pagar.

Caminó hacia Odda, que estaba pálido y tumbado contra uno de los árboles raquíticos, con Safrit inclinada sobre él, intentando sacar la flecha.

—El nombre de la diosa tiene siete letras —dijo Skifr, y apuntó aquel mortífero trozo de metal hacia él—. Lo siento.

—¡No! —gritó Safrit, tratando de interponerse entre ellos, pero Odda la apartó con suavidad.

—¿Quién quiere morir de viejo? —Las líneas limadas de sus dientes estaban rojas de sangre cuando puso su sonrisa de loco—. La Muerte nos espera a todos.

Hubo otro restallido ensordecedor y Odda arqueó la espalda, tembló un instante y luego cayó muy quieto. De un agujero ennegrecido en su malla salía una voluta de humo.

Skifr no apartó la mirada.

—Os dije que os mostraría la magia.

## NO COMO EN LAS CANCIONES

—Huyen.

El pelo de Espina le daba latigazos en la cara ensangrentada por culpa del viento, pero no apartó la mirada de los uzhakos, jinetes y caballos sin jinete convertidos ya en pequeñas manchas que menguaban al fondo del océano de hierba.

—No me extraña —dijo Brand con un hilo de voz, mientras miraba a Skifr arrebujarse en su capa y volver a sentarse con las piernas cruzadas, manoseando los símbolos sagrados que colgaban de su cuello y observando malcarada las ascuas del fuego.

—Hemos luchado bien —dijo Rulf, aunque su voz sonó hueca.

—Manos férreas. —Fror asintió al tiempo que se limpiaba la pintura de la cara con un trapo húmedo—. Hemos ganado una batalla digna de ser cantada.

—Hemos ganado, al menos. —El padre Yarvi recogió uno de los pequeños trozos de metal que Skifr había dejado caer en la hierba y lo giró para que reluciera al sol. Estaba hueco y aún salía algo de humo del interior. ¿Cómo podía algo así cruzar la llanura y matar a un hombre?

Safrit miraba a Skifr con furia frotándose la sangre de las manos con un trozo de tela.

—Hemos ganado valiéndonos de artes oscuras.

—Hemos ganado. —El padre Yarvi se encogió de hombros—. De los dos finales posibles de una batalla, este es el mejor. Que el Padre Paz derrame lágrimas por los métodos; la Madre Guerra sonríe a los resultados.

—¿Y Odda? —murmuró Brand. El hombrecillo había parecido invencible, pero había cruzado la Última Puerta. Se habían acabado sus chanzas.

—No habría sobrevivido a la flecha —dijo Yarvi—. Era él o todos nosotros.

—Una aritmética despiadada —repuso Safrit, y apretó los labios con dureza.

El clérigo no la miró.

—Tales son los cálculos que debe resolver un líder.

—¿Y si esta hechicería nos trae una maldición? —preguntó Dosduvoi—. ¿Y si nos arriesgamos a una segunda Ruptura de la Diosa? ¿Y si ahora...?

—Hemos ganado —zanjó el padre Yarvi con voz fría y afilada como el acero al desenfundarse, y cerró los dedos de la mano buena sobre el pedacito de metal élfico para hacer de ella un puño de blancos nudillos—. Agradeced que seguís con vida a cualquier dios en el que creáis, si encontráis la forma de hacerlo. Y luego ayudad con los cuerpos.

Dosduvoi cerró la boca y se alejó, negando con su enorme cabeza.

Brand se ayudó con la otra mano para abrir los dedos lastimados y dejó caer el escudo. El dragón que le había pintado Rin estaba lleno de tajos y bollos, el brocal brillante con nuevos raspones, las vendas de la palma de su mano manchadas de sangre. Dioses, estaba magullado, lleno de rasguños y le dolía todo el cuerpo. Casi no le llegaban las fuerzas ni para mantenerse en pie, así que mucho menos para llenarse de remordimientos por los buenos actos que podría haber hecho. Cuanto más veía, menos seguro estaba de qué podría ser un buen acto. Le escocía el cuello y lo notaba húmedo al tacto. Sería un arañazo, aunque no sabría decir si se lo había hecho un amigo o un enemigo. Las heridas duelen lo mismo las inflija quien las inflija.

—Tendedlos con dignidad —estaba diciendo el padre Yarvi—, y talad estos árboles para las piras.

—¿A esos cabronazos también? —Koll señaló a los miembros del Pueblo del Caballo que estaban esparcidos, desgarrados y ensangrentados, en la pendiente. Había varios tripulantes registrando sus cuerpos por si tenían algo de valor.

—A ellos también.

—¿Por qué darles una pira decente?

Rulf agarró al chico del brazo.

—Porque si acabamos de vencer a unos mendigos, no somos mejores que mendigos. Si hemos derrotado a grandes hombres, nosotros aún somos más grandes.

—¿Estás herido? —preguntó Safrit.

Brand la miró como si hablara en un idioma desconocido.

—¿Qué?

—Siéntate.

No fue difícil. Tenía las rodillas tan fofas que ya había empezado a caer. Pasó la mirada por la cima barrida por el viento mientras la tripulación dejaba sus armas y algunos empezaban a arrastrar los cadáveres y a ponerlos en hileras y otros a aplicar el hacha a los árboles enclenques para encender una gran pira. Safrit se inclinó sobre él y palpó el corte de su cuello con dedos fuertes.

—No es profundo. Hay muchos que están peor.

—He matado a un hombre —musitó sin dirigirse a nadie en concreto. Quizá sonara a alarde, pero desde luego no tenía esa intención—. Un hombre con sus esperanzas, sus preocupaciones y su familia.

Rulf se agachó a su lado rascándose la barba canosa.

—Matar a un hombre no es algo que se haga tan a la ligera como dan a entender los escaldos en sus canciones. —Puso una mano paternal en el hombro de Brand—. Hoy has hecho el bien.

—¿De verdad? —murmuró Brand, frotándose las manos vendadas—. No paro de preguntarme quién era, qué lo trajo aquí y por qué teníamos que pelear. No me quito su cara de la cabeza.

—Ni creo que vayas a quitártela hasta que seas tú el que cruce la Última Puerta. Es el precio de la muralla de escudos, Brand. —Y Rulf le ofreció una espada. Era una buena espada, con plata en la empuñadura, y una vaina manchada

y muy usada—. Era de Odda, pero habría querido que la tuvieras tú. Un guerrero de verdad debería llevar un arma de verdad.

Brand había soñado con poseer su propia espada, pero mirar aquella le daba arcadas.

—No soy un guerrero.

—Sí que lo eres.

—Un guerrero no se asusta.

—Un necio no se asusta. Un guerrero resiste a pesar del miedo, y tú has resistido.

Brand pinzó sus pantalones húmedos.

—He resistido y me he meado encima.

—No serás el único.

—En las canciones el héroe nunca se mea encima.

—Ya, bueno. —Rulf le dio un apretón de despedida en el hombro y se levantó—. Por eso son canciones y esto es la vida.

La Madre Sol ya estaba alta sobre la estepa cuando partieron, dejando atrás el humo de las piras que ascendía despacio hacia ella. Aunque la sangre había abandonado el cielo, que lucía de un hermoso azul claro, seguía oscura y reseca bajo las uñas de Brand, y en sus vendajes, y en su cuello palpitante. Aquel seguía siendo un día rojo. Sintió que lo que le quedaba de vida estaría compuesto solo de días rojos.

Junto al mástil quedaron cuatro remos inmóviles; las cenizas de sus remeros empezaban a dispersarse por las llanuras formando remolinos. Skifr se sentó malhumorada entre el cargamento, con la capucha echada, y los remeros más cercanos se removieron para alejarse de ella todo lo que pudieron sin caer del barco.

Brand volvió la cabeza hacia Espina cuando tuvo cogido el ritmo de brazada y ella lo miró a él, con una cara tan blanquecina y demacrada como la de Odda

cuando habían apilado la madera a su alrededor. Intentó sonreír, pero su boca parecía incapaz siquiera de componer el gesto.

Habían luchado en la muralla. Se habían alzado ante la Última Puerta. Se habían enfrentado a la Muerte y habían dejado una cosecha para la Madre de Cuervos. Sin importar lo que hubiera podido decir el maestro Hunnan, ahora los dos eran guerreros.

Pero no como en las canciones.

## LO QUE GETTLANDIA NECESITA

Kalyiv era una masa en expansión que infestaba una ribera del Denegado e invadía la otra como una enfermedad fangosa, que ensuciaba el cielo claro con el humo de incontables fuegos y lo punteaba de aves carroñeras.

El salón del príncipe, situado sobre una colina baja que dominaba el río, tenía tallas de caballos dorados en sus inmensas vigas frontales y un muro alrededor que parecía a medio camino entre la piedra desmoronada y el barro amontonado. En su exterior se acumulaba un batiburrillo de edificios de madera, rodeado a su vez por una muralla de fuertes troncos cuyo adarve patrullaban guerreros de brillantes lanzas. Fuera de ella, se desparramaba en todas las direcciones un caos de carpas, yurtas, carretas, cabañas y otras viviendas temporales, a cual más miserable, asentadas sobre el terreno ennegrecido.

—Dioses, qué enorme es —murmuró Brand.

—Dioses, qué fea es —murmuró Espina.

—Kalyiv es una vejiga que se llena despacio —dijo Skifr, hurgándose pensativa la nariz, estudiando el resultado y luego pegándolo en el hombro del remero más próximo con tanta suavidad que ni se enteró—. En primavera se infla de norteños, de gente del imperio y de hombres del Pueblo del Caballo venidos de toda la estepa como moscas para comerciar. En verano su piel se parte y derrama el contenido por todas las llanuras. En invierno se marchan todos y vuelve a encogerse hasta casi la nada.

—Como una vejiga sí que huele —refunfuñó Rulf, arrugando la nariz.

Habían construido con poderosos troncos sendas torres gigantescas pero bajas en las dos riberas y habían tendido entre ellas una red de cadenas, con clavos en sus eslabones de hierro negro tachonado que se inclinaban ante el peso del agua

espumosa, sacaban basura y madera de deriva a la superficie y detenían todo el tráfico del río Denegado.

—El príncipe Varoslaf ha capturado buena pesca con su red de hierro —dijo el padre Yarvi desde la proa.

Espina nunca había visto tantos barcos. Cabeceaban en el río, o saturaban los muelles, o los habían sacado desarbolados a las orillas y los habían dispuesto en prietas hileras. Había barcos de Gettlandia, Vansterlandia y Trovenlandia. Había barcos de Yutmarca y de los isleños. Había unos barcos extraños que debían proceder del sur, con el casco oscuro y tanta panza que era imposible que hubieran subido las largas cuestas. Había hasta dos galeras de altura imponente, cada una con tres hileras de remos, al lado de las cuales el *Viento del Sur* parecía una ramita deslizándose hacia el puerto.

—Mira esos monstruos —dijo Brand.

—Son barcos del Imperio del Sur —explicó Rulf—. Trescientos tripulantes.

—Los tripulantes son lo que busca el príncipe —dijo el padre Yarvi—, para que luchen en su disparatada guerra contra el Pueblo del Caballo.

A Espina no le hacía ninguna ilusión la idea de volver a vérselas con el Pueblo del Caballo. Ni, ya puestos, la de pasar el verano en Kalyiv. En las historias de su padre, la ciudad olía mucho mejor.

—¿Crees que querrá que le ayudemos?

—Sin duda, igual que nosotros queremos que nos ayude él. —Yarvi miró el salón del príncipe con expresión pensativa—. La cuestión es si nos lo exigirá.

A muchos otros se lo había exigido. El puerto rebosaba de hombres malcarados del mar Quebrado, náufragos en Kalyiv hasta que el príncipe decidiera soltar las cadenas del río. Holgazaneaban en grupos taciturnos alrededor de tiendas que no se tenían en pie y bajo toldos podridos, jugaban a dados cargados, bebían cerveza agria, renegaban a voz en grito y miraban con ojos endurecidos a todo lo que se movía, sobre todo a los recién llegados.

—Más vale que Varoslaf encuentre pronto enemigos para estos hombres —musitó Yarvi mientras desembarcaban del *Viento del Sur*—, no vaya a ser que se busquen alguno que esté más a mano.

Fror asintió mientras anudaba la amarra de proa.

—No hay nada más peligroso que un guerrero ocioso.

—Nos están mirando todos. —Brand se había quitado los vendajes aquella misma mañana y no dejaba de rascarse las cicatrices de la cuerda que le subían por los brazos, hecho un manojo de nervios.

Espina le dio un codazo.

—A lo mejor es que tu fama de héroe nos precede, Levantabarcos.

—Más bien la del padre Yarvi. No me gusta nada.

—Pues finge que sí —dijo Espina, poniendo su cara más valiente y respondiendo a cada mirada con otra desafiante. O tan desafiante como podía lanzarla con el viento cálido llenándole los ojos de polvo y azotándole la espalda sudada con su propia camisa.

—Dioses, qué peste —dijo Brand atragantándose cuando lograron salir de los rechinantes muelles a los dominios del Padre Tierra, y Espina no podría habérselo discutido aunque lograra llenar los pulmones para hacerlo. Las calles retorcidas estaban sembradas de plastas que se cocinaban al sol, perros peleándose por desechos y animales muertos clavados en palos junto a las puertas—. ¿Son para venderlos? —preguntó.

—Son ofrendas —dijo el padre Yarvi—, para que sus dioses vean cuáles son las casas que han hecho sacrificios y cuáles las que no.

—¿Y esos de ahí? —Espina señaló con la barbilla un grupo de carcasas sin piel que pendían de un mástil alzado en el centro de una plaza, balanceándose un poco y atestadas de moscas.

—Serán salvajes —murmuró Rulf, arrugando la frente. A Espina se le revolvió el estómago al darse cuenta de que aquellos cuerpos relucientes tenían forma humana.

—¿Pueblo del Caballo? —graznó.

El padre Yarvi negó con la cabeza, muy serio.

—Vansterlandeses.

—¿Qué? —Los dioses sabían que había poca gente que tuviera más aversión a los vansterlandeses que Espina, pero no veía motivos para que el príncipe de Kalyiv los desollara.

El clérigo señaló unas letras toscas talladas en un cartel de madera.

—Son una tripulación que contravino los deseos del príncipe Varoslaf e intentó marcharse. Sirven para disuadir a otros hombres del mar Quebrado que quieran seguir su ejemplo.

—Dioses —dijo Brand con tan poca voz que casi se confundió con el zumbido de las moscas—. ¿Gettlandia quiere la ayuda de un hombre capaz de esto?

—Lo que queremos y lo que necesitamos pueden ser cosas diferentes.

Una docena de hombres armados comenzaba a abrirse paso entre el hervidero de los muelles. Quizá el príncipe estuviera en guerra con el Pueblo del Caballo, pero sus guerreros no eran muy distintos de los uzhakos que Espina había matado Denegado arriba. Rodeaban a una mujer muy alta y muy delgada, que llevaba un pañuelo de seda con monedas colgando alrededor de su pelo azabache.

Se detuvo delante de ellos e hizo una elegante reverencia que zarandeó el saquito que llevaba en su esbelto cuello.

—Soy sierva de Varoslaf, gran príncipe de Kalyiv.

—Bienhallada. Yo soy...

—Eres el padre Yarvi, clérigo de Gettlandia. El príncipe me ha ordenado que te acompañe a su salón.

Yarvi y Rulf cruzaron la mirada.

—¿Debería sentirme honrado o asustado?

La mujer volvió a inclinarse.

—Te aconsejo ambas cosas, y añadiría apresurado.

—He recorrido un largo camino para solicitar audiencia y no veo razón para retrasarla. Guíame.

—Escogeré a algunos hombres que te acompañen —dijo Rulf con sequedad, pero el padre Yarvi negó con la cabeza.

—Me llevo a Espina y a Brand. Traer un séquito escaso y joven es señal de confianza en el anfitrión.

—¿Confías en Varoslaf? —preguntó Espina entre dientes mientras los hombres del príncipe los rodeaban.

—Puedo fingir que sí.

—Sabrá que finges.

—Por supuesto. Sobre tales cimientos retorcidos se construyen los buenos modales.

Espina miró a Brand, que le devolvió la mirada con aquella expresión desvalida suya.

—Ten cuidado —dijo la voz de Skifr en su oído—. Hasta para las crueles convenciones de la estepa, a Varoslaf se lo tiene por un hombre despiadado. No te pongas en su poder.

Espina miró las grandes cadenas que cerraban el río y luego los cuerpos que se balanceaban en su poste, y solo pudo encogerse de hombros.

—Ya estamos todos en su poder.

El salón del príncipe de Kalyiv parecía incluso más grande por dentro, sus nervios labrados a partir de los troncos de enormes árboles cuyas raíces aún se hundían en la tierra apisonada, la luz cayendo desde ventanas muy altas en columnas de polvo suspendido en el aire. Había un hogar a lo largo del centro del salón, pero ardía con poca llama y el espacio cavernoso daba sensación de frío después del caluroso exterior.

Varoslaf, príncipe de Kalyiv, era mucho más joven de lo que había esperado Espina. Contaría unos pocos años más que Yarvi, quizá, pero no tenía ni un solo pelo en la cabeza, ni en la barbilla, ni siquiera en las cejas: era liso como un huevo. Tampoco estaba en una tarima elevada, sino sentado en una banqueta junto al hogar. No era un hombre fornido, no llevaba joyas y no portaba armas a la vista. No tenía un terrible gesto adusto en su rostro lampiño, sino una pétrea ausencia de expresión. No había nada en él que sirviera a Espina para describirlo como un hombre aterrador, y sin embargo lo era. Y la sensación se hacía más y más fuerte cuanto más se acercaban a él por el vació que los separaba.

Cuando ella y Brand se quedaron tras los hombros del padre Yarvi, a una docena de pasos de su banqueta, Espina temía al príncipe Varoslaf más que a nadie que hubiera conocido en la vida.

—Padre Yarvi. —Tenía una voz seca y sibilante como papeles viejos que provocó en Espina un estremecimiento sudoroso que recorrió su columna vertebral—. Clérigo de Gettlandia, nos honras sobremanera con tu visita. Sed todos bienvenidos a Kalyiv, Encrucijada del Mundo. —Sus ojos pasaron a Brand, a Espina y de vuelta a Yarvi, y bajó un brazo para acariciar las orejas de un perro enorme que estaba acurrucado junto a las patas de su banqueta—. Es un cumplido bien medido que un hombre de tu categoría acuda a mí con tan escaso séquito.

Ciertamente, Espina se sentía un poco sola. Además de aquel perro del tamaño de un oso, había muchos guardias dispersos por el salón, armados con arcos, espadas curvas y altas lanzas y protegidos por extrañas armaduras.

Pero si Yarvi estaba impresionado, no mostró ni el menor signo de ello.

—Sé que no pasaré ningún apuro en vuestra presencia, gran príncipe.

—Y así es. Tengo entendido que traes contigo a esa bruja, Scarayoi, la Caminante de las Ruinas.

—Estáis tan bien informado como debería estarlo todo gran señor. La llamamos Skifr, y sí, viene con nosotros.

—Y aun así no la has traído a mi salón. —La risa de Varoslaf era cruda como el ladrido de un perro—. De nuevo, demuestras buen juicio. ¿Y quiénes son estos jóvenes dioses?

—Los remeros de popa de mi tripulación. Espina Bathu, que mató a seis

uzhakos en una escaramuza a orillas del Denegado, y Brand, que sostuvo todo el peso de nuestro barco en sus hombros cuando cruzamos las largas cuestas.

—La Matauzhakos y el Levantabarcos. —Brand se removió incómodo mientras el príncipe los evaluaba con la mirada—. Me alegra el alma ver tanta fuerza, habilidad y valentía en personas tan jóvenes. Casi podría hacernos creer en los héroes, ¿eh, padre Yarvi?

—Casi.

Varoslaf hizo un gesto brusco de cabeza hacia su sierva, delgada como un sauce.

—Una señal de mi aprecio para las leyendas del mañana.

La mujer metió dos dedos en el saquito que llevaba al cuello, depositó algo en la mano de Brand e hizo lo mismo en la de Espina. Era una moneda grande y basta, toscamente acuñada con un caballo puesto de manos. Una moneda de oro rojo. Espina tragó saliva, intentando juzgar su valor, pero solo pudo concluir que nunca antes había tenido tanto dinero en la mano.

—Sois demasiado generoso, gran príncipe —dijo Brand con un hilo de voz, mirando la moneda con los ojos muy abiertos.

—Las grandes gestas merecen grandes recompensas de grandes hombres. De lo contrario, ¿para qué criar hombres? —La mirada de Varoslaf volvió a Yarvi sin parpadear—. Si estos son tus remeros de popa, ¿qué maravillas podrían llevar a cabo los demás?

—Me atrevo a afirmar que algunos podrían hacer desaparecer el resto de vuestro oro ante vuestros ojos.

—No hay buena tripulación que no tenga algunos hombres malos. No podemos ser todos tan rectos, ¿verdad, padre Yarvi? Sobre todo los que gobernamos.

—El poder exige tener un hombro siempre en las sombras.

—Así es. ¿Cómo se encuentra la joya del norte, tu madre, la reina Laithlin?

—Ya no es mi madre, gran príncipe. Renuncié a mi familia cuando

pronuncié mi juramento a la Clerecía.

—Los norteños tenéis unas costumbres muy raras. —Varoslaf acarició con dedos ociosos las orejas de su perro—. Yo creo que los vínculos de sangre no pueden segarse con una palabra.

—Las palabras adecuadas pueden cortar más que las espadas, en particular los juramentos. La reina está embarazada.

—¿De un heredero a la Silla Negra, quizá? Una noticia exquisita como el oro, en estos tiempos desgraciados.

—El mundo se regocija, gran príncipe. La reina expresa a menudo su deseo de volver a visitar Kalyiv.

—¡Rezo por que no sea demasiado pronto! Mi tesorería aún luce las cicatrices de su última visita.

—Quizá podamos forjar un acuerdo que sane todas esas cicatrices y además engorde vuestra tesorería.

Hubo un silencio. Varoslaf miró a la mujer, que agitó con suavidad todos sus miembros e hizo que las monedas de su pañuelo giraran y relucieran sobre su frente.

—¿Por eso has viajado hasta tan lejos, padre Yarvi? ¿Para engordar mi tesorería?

—He venido a buscar ayuda.

—Ah, tú también deseas el botín de los grandes hombres. —Otro silencio, Espina tenía la impresión de que aquellos dos estaban jugando a algún juego. Un juego en que las bazas eran palabras, pero que no requería menos destreza que los ejercicios en el cuadrado de entrenamiento. Y un juego más peligroso incluso—. Da voz a tu deseo, siempre que no estés buscando aliados contra el Alto Rey de Casa Skeken.

La sonrisa del padre Yarvi no se inmutó ni un ápice.

—Debería haber sabido que vuestros ojos agudos sabrían ver al instante el fondo del asunto, gran príncipe. Yo mismo, la reina Laithlin y el rey Uthil tememos

que la Madre Guerra pueda extender sus alas por todo el mar Quebrado, a pesar de todos nuestros esfuerzos. El Alto Rey cuenta con muchos aliados, y pretendemos equilibrar la balanza. Quienes prosperan gracias al comercio por los ríos Divino y Denegado quizá deban escoger bando en...

—Y sin embargo, yo no puedo. Como habrás podido ver, tengo problemas propios y ninguna ayuda que prestar.

—¿Puedo preguntaros si tenéis ayuda que prestar al Alto Rey?

El príncipe entrecerró los ojos.

—No dejan de venir clérigos al sur con esa misma pregunta.

—¿No soy el primero?

—La madre Scaer estuvo aquí hace menos de un mes.

Yarvi se quedó callado un momento.

—¿La clériga de Grom-gil-Gorm?

—En representación de la abuela Wexen. Se personó ante mí con una docena de guerreros del Alto Rey y me advirtió de que no llevara mis remos al mar Quebrado. Casi podría decirse que profirió amenazas. —El perro alzó la cabeza y dio un gruñido largo y profundo, acompañado de un alargado goterón de saliva que escapó de sus fauces y cayó al suelo—. Aquí. En mi salón. Tuve la tentación de hacerla desollar en la plaza pública, pero... no parecía un acto diplomático. —Y silenció a su perro con un leve chistido.

—¿La madre Scaer partió con su piel, entonces?

—A mí no me habría quedado bien. Zarpó hacia el sur en un barco que exhibía la proa del Alto Rey, con destino a la Primera Ciudad. Y aunque prefiero con mucho tus modales a los de ella, me temo que solo puedo hacerte la misma promesa que le hice.

—¿Cuál fue?

—Procurar la misma ayuda a todos mis amigos del mar Quebrado.

—¿Es decir, ninguna?

La sonrisa del príncipe de Kalyiv atemorizó a Espina incluso más que su ceño.

—Se te tiene por un hombre astucioso, padre Yarvi. Estoy seguro de que no necesitas ayuda alguna para comprender mis palabras. Sabes dónde se hallan mis dominios. Entre el Pueblo del Caballo y los grandes bosques. Entre el Alto Rey y la Emperatriz del Sur. En la Encrucijada del Mundo y rodeado de peligros en todas las direcciones.

—Todos tenemos peligros que afrontar.

—Pero un príncipe de Kalyiv debe tener amigos en el este y en el oeste, en el norte y en el sur. Un príncipe de Kalyiv medra en el equilibrio. Un príncipe de Kalyiv debe tener un pie en todos los umbrales.

—¿Cuántos pies tenéis?

El perro levantó las orejas y dio otro gruñido. La sonrisa de Kalyiv se marchitó con la parsimonia de la nieve al derretirse.

—Te daré un consejo. Deja de hablar de guerra, padre Yarvi. Regresa a Gettlandia y allana el camino del Padre Paz, como tengo entendido que debe hacer un clérigo.

—¿Mi tripulación y yo somos libres de zarpar de Kalyiv, gran príncipe?

—¿Retener al clérigo de Uthil contra su voluntad? Tampoco sería un acto diplomático.

—En ese caso, os agradezco humildemente vuestra hospitalidad y vuestro consejo, formulado con buena intención y recibido del mismo modo. Sin embargo, no podemos regresar. Debemos continuar sin demora hacia la Primera Ciudad y buscar ayuda allí.

Espina lanzó una mirada de soslayo a Brand y vio que tragaba saliva. Seguirían adelante hasta la Primera Ciudad, a medio mundo de distancia de casa. Sintió una punzada de emoción por la idea. Y una punzada de miedo.

Varoslaf se limitó a bufar, desdeñoso.

—Os deseo suerte. Me temo que no sacaréis nada de la emperatriz. En la vejez se ha vuelto más devota si cabe, y no cerrará trato alguno con quienes no adoran a su Diosa Única. Lo único que anhela más que la cháchara de sacerdotes es la sangre derramada. Eso y las reliquias élficas. Pero sería necesaria la más grandiosa de todas las que se hayan desenterrado jamás como regalo para ganarte su favor.

—Oh, gran príncipe, ¿dónde podré hallar tan esquivo tesoro?

El padre Yarvi se inclinó, todo inocencia y humildad.

Pero Espina entrevió una sonrisa astuciosa en la comisura de sus labios.

TERCERA PARTE

# LA PRIMERA CIUDAD

# SUERTE

Los dioses sabían que en aquel viaje habían tenido una pila de decepciones más alta que Brand. Muchísimas cosas eran tristemente distintas a los relatos que se susurraban y las canciones que se cantaban en Thorlby. Y había otras tantas que la gente pasaba por alto del todo.

Las extensas ciénagas alrededor de la desembocadura del Denegado, por poner un ejemplo. Las nubes de insectos con aguijones que rondaban las orillas de fango apestoso en las que habían despertado una mañana gris tras otra, empapados de agua de marjal y rascándose las picaduras.

O la larga costa del mar Dorado, por poner otro. Los puebluchos miserables con sus cercados miserables, junto a los cuales el padre Yarvi discutía en idiomas extraños con pastores de caras tan morenas que parecían hechas de cuero. Las playas de guijarros donde la tripulación plantaba en círculo chisporroteantes antorchas embreadas y se tumbaba a observar la noche, alertas a cada sonido, convencidos de que los bandidos acechaban al borde de la luz.

El recuerdo de la batalla contra el Pueblo del Caballo merodeaba en sus mentes, la cara del hombre que Brand había matado atrapaba sus pensamientos y el martilleo del acero contra la madera se colaba en sus sueños.

«¡Llega tu muerte!»

Se despertaba de golpe en la pegajosa oscuridad y hallaba solo el rápido palpitar de su corazón y el lento chirrido de los grillos. Las canciones nunca hablaban de remordimientos.

Y tampoco mencionaban el aburrimiento. El remo, el remo y la costa que pasaba lenta, semana tras semana. La añoranza, la preocupación por su hermana, la lacrimosa nostalgia por cosas que había creído odiar. Los interminables ladridos

de Skifr y el interminable entrenamiento de Espina, y las interminables palizas que daba a todos los tripulantes, sobre todo a Brand. Las interminables respuestas del padre Yarvi a las interminables preguntas de Koll sobre plantas, heridas, política, historia y el camino que seguía el Padre Luna en el cielo. La irritación, la enfermedad, las quemaduras por el sol, las moscas, los cuerpos hediondos, la desgastada parte trasera de su pantalón, el racionamiento de Safrit, el dolor de muelas de Dosduvoi, las mil formas en las que Fror se había hecho la cicatriz, la mala comida y las cagaleras, las inacabables discusiones mezquinas, el miedo constante a todo aquel que encontraban y, lo peor de todo, la certeza de que para volver a casa tendrían que volver a sufrir hasta la última legua en sentido opuesto.

Sí, aquel viaje había supuesto una buena pila de frustraciones, dificultades, dolor y decepción.

Pero la Primera Ciudad superó todas sus expectativas.

Se alzaba en un promontorio que sobresalía varas y más varas de la costa, cubierto de mar a mar por edificios de blanca piedra, torres orgullosas y tejados inclinados, altos puentes y fuertes murallas dentro de fuertes murallas. En el punto más alto estaba construido el palacio de la emperatriz, todo cúpulas brillantes en el interior de una fortaleza tan gigantesca que en su interior podría haber cabido Thorlby entera y había sobrado espacio para dos Roystocks.

La ciudad refulgía con luces de color rojo, amarillo y blanco, tan numerosas que teñían las azules nubes vespertinas de un rosa acogedor y hacían bailar un millar de millares de reflejos en el mar, donde los barcos de todos los países del mundo se arremolinaban como abejas ansiosas.

Quizá hubieran visto edificios más altos en el silencio del río Divino, pero lo que tenían delante no era una ruina élfica sino obra exclusiva del hombre, no una tumba derruida a las glorias perdidas sino un lugar de grandes esperanzas y sueños enloquecidos, rebosante de vida. Incluso a tanta distancia, Brand oía la llamada de la ciudad, un zumbido en el límite de sus sentidos que le hacía cosquillear hasta las puntas de los dedos.

Koll, que había trepado por el mástil a medio tallar y estaba encaramado a la gavia para tener la mejor vista, empezó a hacer aspavientos y a gritar como un demente. Safrit se acunó la frente en la mano, abajo en cubierta, mientras murmuraba:

—Basta, me rindo. Es que me rindo. Si quiere caerse y partirse la crisma, que lo haga. ¡Baja aquí ahora mismo, idiota!

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —susurró Brand, a punto de darse un golpe de remo en la mandíbula, de tan desencajada que estaba.

—No existe nada parecido —dijo Espina, con una sonrisa loca en un rostro que nunca había sido más delgado y duro. Tenía una cicatriz larga y pálida entre los pelillos de la parte rapada de la cabeza y había añadido a la plata que ya adornaba su pelo enmarañado varios anillos de oro rojo, cortados de la moneda que le había regalado Varoslaf. «Menudo capricho, ponerte oro en la cabeza», le había dicho Rulf, pero Espina se había encogido de hombros y había respondido que era tan buen lugar como cualquier otro para llevar el dinero.

Brand llevaba la suya en un saquito al cuello. Representaba una nueva vida para Rin, y no tenía intención de perderla por nada del mundo.

—¡Ahí la tenemos, Rulf! —exclamó el padre Yarvi, cruzando la crujía entre los sonrientes remeros hacia la toldilla de popa—. Tengo un buen presentimiento.

—Yo también —dijo el timonel, con una redecilla de arrugas felices en la comisura de los ojos.

Skifr miró preocupada las aves que volaban en círculos.

—Buenos presentimientos quizá, pero malos presagios. —Su humor no había terminado de recuperarse desde la batalla del Denegado.

El padre Yarvi no le hizo caso.

—Hablaremos con Teófora, la Emperatriz del Sur, y le daremos el regalo de la reina Laithlin, y lo que tenga que pasar, pasará. —Se volvió hacia la tripulación y extendió los brazos, haciendo ondear al viento su túnica andrajosa—. ¡Hemos hecho un trayecto largo y peligroso, amigos míos! ¡Hemos cruzado medio mundo! ¡Pero el final del camino está cerca!

—El final del camino —musitó Espina mientras la tripulación lanzaba un vítor, lamiéndose los labios cortados como si ella fuese una borracha y la Primera Ciudad una gran jarra de cerveza en el horizonte.

Brand sintió una oleada de emoción infantil, recogió un poco de agua y se la

tiró a Espina, que le salpicó de vuelta con espuma brillante y lo derribó de su cofre de mar con la bota. Brand le dio un puñetazo en el hombro, lo cual últimamente era como dárselo a un escudo firme, ella le agarró la camisa hecha harapos y los dos cayeron a cubierta en un barullo de risas, gruñidos y maloliente lucha cuerpo a cuerpo.

—Basta ya, bárbaros —dijo Rulf, metiendo el pie entre ellos para separarlos—. ¡Ahora estáis en un lugar civilizado! De aquí en adelante, se espera de vosotros un comportamiento civilizado.

Los muelles eran un inmenso disturbio.

La gente se empujaba y se daba tirones y arañazos, iluminados por la estridente luz de las antorchas, una masa viva de gente que fluía con el estallido de peleas, lanzaba puños e incluso dejaba asomar filos brillantes por encima del gentío. Ante un gran portón había un semicírculo de guerreros equipados con extrañas cotas de malla, que parecían hechas de escamas de pez, dando gritos a la muchedumbre y de vez en cuando también algún golpe con el pie de sus lanzas.

—¿No decías que era un lugar civilizado? —preguntó Brand en voz baja mientras Rulf guiaba el *Viento del Sur* hacia un embarcadero.

—El más civilizado del mundo —respondió el padre Yarvi—. Aunque eso significa sobre todo que la gente prefiere apuñalarse por la espalda que de frente.

—Así es más difícil que la sangre salpique esas túnicas tan preciosas —dijo Espina, que miraba a un hombre recorrer un muelle de puntillas, a toda prisa y sosteniéndose las faldas de seda por encima de los tobillos.

Había un barco enorme y fondón muy escorado en el puerto, con la madera verde y podrida y la mitad de la palamenta fuera del agua. Saltaba a la vista que estaba demasiado cargado y sus pasajeros se apiñaban presas del pánico en la borda. Mientras Brand acorullaba su remo, dos de ellos saltaron —o quizá los empujaran— y cayeron al mar haciendo aspavientos. El aire estaba turbio por el humo y olía a madera chamuscada, pero lo que más apestaba era el pánico, intenso como heno podrido y pegajoso como la peste.

—¡Aquí se respira mala suerte! —exclamó Dosduvoi mientras Brand bajaba al muelle detrás de Espina.

—Yo no creo demasiado en la suerte —dijo el padre Yarvi—. Solo hay buena planificación y mala. Solo astucia profunda y escasa. —Se dirigió a un peludo norteño con la barba bifurcada y atada en la nuca, que vigilaba con rostro grave la carga de un barco muy parecido al de ellos—. Buen día teng... —empezó a decirle.

—¡No lo es para mí! —vociferó el hombre para hacerse oír sobre el griterío—. ¡Y no encontrarás a muchos para quienes lo sea!

—Venimos en el *Viento del Sur* —dijo Yarvi—, Denegado abajo desde Kalyiv.

—Yo soy Ornulf, capitán del *Madre Sol*. —Señaló su embarcación envejecida por el clima—. Vinimos desde Roystock hace dos años ya. Esta primavera comerciamos con los alyukos y teníamos el mejor cargamento que hayas visto en la vida. Especias, botellas, cuentas y tesoros que nuestras mujeres habrían sollozado al ver. —Negó con la cabeza, alicaído—. Teníamos un almacén en la ciudad y se quemó en el incendio de anoche. Todo ardió. Lo perdimos todo.

—Lo lamento —dijo el clérigo—. Sin embargo, los dioses os concedieron vuestras vidas.

—Y nos marchamos de este condenado sitio antes de que las perdamos también.

Yarvi arrugó la frente al oír un chillido de mujer particularmente espeluznante.

—¿Las cosas siempre son así?

—¿No os habéis enterado? —dijo Ornulf—. La emperatriz Teófora murió anoche.

Brand miró a Espina, quien hizo una mueca y se rascó la cicatriz de la cabeza.

La noticia se llevó buena parte del vigor en la voz del padre Yarvi.

—¿Quién gobierna, entonces?

—He oído que esta mañana han proclamado a su sobrina de diecisiete años, Vialina, como la trigésimo quinta Emperatriz del Sur —dijo Ornulf con un bufido—. Pero no recibí invitación a tan feliz acontecimiento.

—¿Quién gobierna, entonces? —volvió a preguntar Yarvi.

Los ojos del hombre giraron a los lados.

—De momento, el populacho. La gente está dedicándose a ajustar cuentas pendientes mientras la ley duerme.

—Por aquí abajo les gustan bastante las cuentas pendientes, tengo entendido —dijo Rulf.

—Sí, las dejan macerar durante generaciones. Así es como empezó el incendio, me han contado: por un mercader vengándose de otro. Os juro que podrían enseñar un par de cosas a la abuela Wexen sobre viejos agravios.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró el padre Yarvi.

—El tío de la joven emperatriz, el duque Mikedas, está intentando hacerse con el control. La ciudad está llena de sus guerreros. Dice que ha venido a calmar la situación. Mientras el pueblo se adapta.

—¿A que él ostente el poder?

Ornulf gruñó.

—Creía que acababas de llegar.

—Vayas donde vayas —dijo el clérigo sin alzar la voz—, los poderosos son los poderosos.

—Puede que el duque ponga orden —terció Brand, esperanzado.

—A mí me parece que harían falta quinientas espadas solo para poner orden en los muelles —intervino Espina, contemplando con disgusto el caos del puerto.

—Al duque no le faltan espadas —dijo Ornulf—, y no tiene ningún cariño a los norteños. Si traéis salvoconducto del Alto Rey seréis de los pocos afortunados, pero los demás nos marchamos de aquí antes de que nos cosan a impuestos.

Yarvi apretó sus finos labios.

—El Alto Rey y yo no nos llevamos demasiado bien.

—Pues zarpa hacia el norte, amigo, mientras aún puedas.

—Si navegas ahora al norte, caerás en las redes del príncipe Varoslaf —dijo Brand.

—¿Aún está pescando tripulaciones? —Ornulf se mesó la barba bifurcada con los dos puños, como si quisiera arrancársela de la cara—. ¡Me cago en todo, hay lobos por todas partes! ¿Cómo va a ganarse la vida un ladrón honesto?

Yarvi le entregó algo y Brand vio el relucir de la plata.

—Si tiene dos dedos de frente, se presentará ante la reina Laithlin de Gettlandia y le dirá que le envía su clérigo.

Ornulf se miró la mano abierta, luego reparó en la extremidad marchita de Yarvi y, por último, alzó de nuevo la mirada, con los ojos como platos.

—¿Eres el padre Yarvi?

—El mismo. —La hilera de guerreros había empezado a desplegarse desde su portón, empujando a la gente para apartarla aunque no hubiera dónde ir—. He venido a solicitar audiencia a la emperatriz.

Rulf dio un profundo suspiro.

—A no ser que Teófora te oiga desde el otro lado de la Última Puerta, tendremos que hablar con la tal Vialina.

—La emperatriz muere el mismo día en que llegamos. —Brand se inclinó hacia el padre Yarvi y le dijo en voz baja—: ¿Qué opinas ahora de la suerte?

El clérigo dejó escapar un largo suspiro mientras contemplaba un carro cargado precipitarse de los muelles al mar, su tiro de dos caballos dando coces

desbocadas y con los ojos rodando de pavor.

—Opino que nos vendría bien un poco.

## DETRÁS DEL TRONO

—Parezco una bufona —rezongó Espina mientras recorría las calles atestadas detrás del padre Yarvi.

—No, no —dijo él—. Los bufones hacen sonreír a la gente.

La había obligado a lavarse y había echado en el agua ardiente una hierba que olía fatal para matar los piojos, y la ropa nueva la irritaba hasta hacerla sentir tan en carne viva como los hombres desollados de los muelles de Kalyiv. Safrit le había vuelto a rapar la mitad de la cabeza, y con un peine de hueso se había empleado a fondo con las greñas del otro lado, pero había tenido que rendirse, disgustada, después de romper tres púas. Había dado a Espina una túnica del color de la sangre, con costuras de oro en el cuello, tan fina y suave que era como ir desnuda, y cuando Espina había pedido que le devolviera su vieja ropa Safrit había señalado un montón de harapos en llamas que había en la calle y le había preguntado si estaba segura.

Quizá Espina le sacara una cabeza a Safrit, pero la mujer era igual de imperiosa que Skifr y tenía su propia manera de salirse siempre con la suya. Espina había terminado con unos tintineantes aros de plata en los brazos y un collar de cuentas de cristal rojo que le daba varias vueltas al cuello, la clase de abalorios que su madre habría aplaudido con orgullo si hubiera visto a su hija con ellos, pero que para Espina resultaban igual de cómodos que las cadenas que llevaría una esclava.

—La gente de aquí espera un cierto... —Yarvi señaló con la mano contrahecha a un grupo de hombres de piel negra vestidos con sedas en las que había brillantes fragmentos de espejo—. Teatro. Te encontrarán fascinantemente aterradora. O aterradoramente fascinante. Tienes el aspecto perfecto.

—Ja. —Ella sabía que estaba ridícula porque, cuando por fin había salido en

toda su perfumada absurdidad, Koll había soltado una risita, Skifr había hinchado los carrillos y Brand se la había quedado mirando en silencio, como si viera caminar a un muerto. El rostro de Espina había empezado a arder de humillación entonces y no había dejado de hacerlo.

Un hombre con un alto sombrero la miró boquiabierta al pasar. Espina habría querido enseñarle la espada de su padre, pero los extranjeros tenían prohibido ir armados en la Primera Ciudad. Tuvo que contentarse con inclinarse hacia él y chascar los dientes, que resultaron ser armamento más que suficiente para hacerle dar un gañido y salir huyendo.

—¿Y tú por qué no has hecho ningún esfuerzo? —preguntó mientras alcanzaba a Yarvi. El clérigo parecía tener un don para escurrirse con disimulo entre el gentío, mientras ella se veía obligada a abrirse paso a codazos y dejaba tras de sí una estela enfurecida.

—Lo he hecho. —Se alisó la túnica negra, que no tenía ni el menor rastro de adornos en ninguna parte—. Entre estas multitudes tan chillonas, destaco por mi humilde simplicidad como un siervo de confianza del Padre de Palomas.

—¿Tú?

—No he dicho que lo fuera, sino que lo pareciera. —El padre Yarvi negó con la cabeza mientras Espina se tiraba de la parte trasera, demasiado apretada, de sus pantalones nuevos—. De verdad, qué razón tenía Brand cuando dijo que no hay una sola bendición que no puedas tratar como maldición. Casi todo el mundo agradecería tener ropa nueva con la calidad de la que llevas. No puedo llevarte a palacio apestando como una mendiga, ¿verdad que no?

—¿Por qué me llevas a palacio, para empezar?

—¿Qué quieres, que acuda solo?

—Deberías llevar a alguien que no vaya a decir la peor cosa posible en el peor momento posible. Safrit, o Rulf, o incluso Brand. Tiene una de esas caras que dan confianza a la gente.

—Tiene una de esas caras de las que la gente se aprovecha. Y sin ánimo de despreciar los ingentes talentos diplomáticos de Safrit, Rulf o Brand, siempre existe la posibilidad de que la joven emperatriz Vialina coja cariño a una mujer de su edad.

—¿A mí? ¡A mí nadie me coge cariño! —Espina recordó el desdén de las chicas de Thorlby, las miradas afiladas y la risa venenosa y, aunque había matado a ocho hombres, se estremeció—. Las mujeres de mi edad, las que menos.

—Esta vez será distinto.

—¿Por qué?

—Porque tendrás la lengua quieta y no dejarás de sonreír con dulzura.

Ella levantó las cejas al oírlo.

—No parece muy propio de mí. ¿Estás seguro?

Yarvi la miró de soslayo con los ojos entrecerrados.

—Claro que estoy seguro. Y ahora, espera.

Espina se quedó boquiabierta al ver los seis extraños monstruos que cruzaban la calle, cada uno encadenado al de detrás por eslabones de plata y moviendo con un triste bamboleo unos cuellos tan largos como la altura de un hombre.

—Estamos muy lejos de Gettlandia —musitó mientras los veía alejarse con paso lento entre unos edificios blancos tan altos que el serpenteante callejón que delimitaban parecía un desfiladero sombrío. Recordó la piedra oscura y húmeda de Gettlandia, la niebla matutina sobre la gris Madre Mar con su aliento humeando en el gélido amanecer, acurrucarse junto al fuego en las largas tardes, la voz de su madre recitando su oración nocturna. Parecía otra vida. Parecía otro mundo, uno que Espina nunca había creído que podía añorar.

—Sí que lo estamos —dijo Yarvi, echando a andar de nuevo con paso rápido por el maloliente y pegajoso calor de la Primera Ciudad. Espina sabía que el año estaba ya avanzado, pero los otoños de allí eran mucho más cálidos que los veranos de Thorlby.

Pensó en las duras leguas que habían recorrido. Los meses remando. Los esfuerzos en las largas cuestas. El constante peligro de la estepa. Por no mencionar la tenebrosa presencia del príncipe Varoslaf en el camino.

—¿La emperatriz podría ayudarnos en algo, si decidiera intentarlo?

—Quizá no con acero, pero no dudes ni un momento que puede ayudar con plata. —Yarvi murmuró una disculpa en un idioma desconocido mientras rodeaba a un grupo de mujeres que llevaban oscuros velos y siguieron a Espina con sus ojos pintados como si la rara fuese ella.

—Nuestras posibilidades seguirán siendo escasas. —Espina contó los enemigos con sus dedos encallecidos—. Los hombres del Alto Rey en Yutmarca, los inglingos, los tierrabajeños, los vansterlandeses, los isleños...

—Quizá te sorprenda saber que ya había pensado en ello.

—Y solo tenemos a los trovenlandeses de nuestra parte.

Yarvi dio un bufido.

—Esa alianza es leche dejada al calor del mediodía.

—¿Eh?

—Que no durará.

—Pero el rey Fynn dijo...

—El rey Fynn es un saco de entrañas con poca autoridad incluso en su propio reino. Lo único que lo ata a nosotros es su vanidad, y eso se derretirá ante la ira de la abuela Wexen a su debido tiempo, como nieve ante la Madre Sol. Ese truquito solo sirvió para hacernos ganar tiempo.

—Pues... resistiremos solos.

—Mi tío Uthil plantaría cara al mundo en solitario e insistiría en que el acero es la respuesta.

—Son palabras valientes —dijo Espina.

—Sin duda.

—Pero... no sabias.

Yarvi le sonrió.

—Estoy impresionado. Esperaba que aprendieras esgrima, no prudencia. No te preocupes. Espero encontrar otras formas de ampliar esas posibilidades.

Tan pronto como cruzaron las inmensas puertas de bronce del palacio, Espina pasó de la vergüenza por vestir como una princesa a la vergüenza por vestir como una campesina. Allí las esclavas parecían reinas y los guardias, héroes de leyenda. El salón en el que los recibieron estaba rebosante de cortesanos cargados de joyas, vestidos con colores vivos, igual de pomposos y, hasta donde pudo intuir Espina, igual de inútiles que los pavos reales que rondaban por los inmaculados jardines del exterior.

Habría estado encantada de encogerse hasta desaparecer en sus botas nuevas, pero tenían las suelas muy gruesas y en los últimos meses Espina había crecido tanto que era más alta que el padre Yarvi, a su vez más alto que la mayoría de los hombres. Como siempre, no le quedó más opción que enderezar la espalda, subir la barbilla y poner su cara más valiente de todas, por mucho que la cobarde que escondía estuviera sudando su absurda túnica carmesí.

El duque Mikedas estaba sentado en una silla dorada, elevada en una alta tarima, con una pierna apoyada de cualquier manera en su brazo tallado y su fabulosa armadura cubierta de espirales de oro. Era uno de esos hombres guapos que se creen más guapos de lo que son; tenía la piel negra, los ojos brillantes y un cabello y barba morenos con hebras de plata.

—¡Saludos, amigos, y bienvenidos a la Primera Ciudad! —Les dedicó una sonrisa arrebatadora, aunque en Espina solo despertó una enorme desconfianza—. ¿Cómo domino vuestro idioma?

El padre Yarvi hizo una inclinación profunda y ella lo imitó. «Inclínate cuando yo me incline», le había dicho, y por lo visto significaba en toda ocasión posible.

—Impecable, excelencia. Una impresionante a la par que bienvenida...

—Recordadme otra vez cómo os llamáis; tengo una memoria espantosa para los nombres.

—Él es el padre Yarvi, clérigo de Gettlandia.

La mujer que había hablado era alta, delgada y muy pálida. Tenía la cabeza afeitada y en su brazo tatuado tintineaban brazaletes élficos de antiguo acero, oro y reluciente cristal roto. Espina retrajo los labios de sus dientes y a punto estuvo de escupir en aquel suelo tan pulido, antes de controlarse.

—Madre Scaer —dijo Yarvi—, cada vez que se cruzan nuestros caminos es un nuevo deleite.

Era la clériga de Vansterlandia, la que susurraba al oído de Grom-gil-Gorm y había recibido el encargo de viajar al sur cumpliendo órdenes de la abuela Wexen, para advertir al príncipe Varoslaf en contra de llevar sus remos al mar Quebrado.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —respondió la madre Scaer—, pero ninguno de nuestros tres encuentros ha sido agradable del todo. —Pasó su gélida mirada azul a Espina—. A esta mujer no la conozco.

—En realidad, ya la viste en Casa Skeken. Es Espina Bathu, hija de Storn el Acantilado.

Esta tuvo una pequeña alegría al ver que la madre Scaer abría mucho los ojos.

—¿Qué le has dado de comer?

—Fuego y piedras de afilar —dijo Yarvi con una sonrisa—, y siempre tiene apetito para más. Ahora es una guerrera de pleno derecho, probada contra los uzhakos.

—¡Qué guerreros más curiosos tienes! —La voz del duque Mikedas sonó más divertida que impresionada y sus cortesanos entonaron obedientes risitas—. Me gustaría enfrentarla a un hombre de mi guardia personal.

—¿Qué tal a dos? —saltó Espina, antes incluso de darse cuenta de que había abierto la boca. Su propia voz le sonó ajena, un desafío chirriante que despertó ecos fuertes y descontrolados en las paredes de mármol con vetas de plata.

Pero el duque solo rió.

—¡Maravilloso! ¡Ah, la exuberancia de la juventud! Mi sobrina es igual. Cree que puede hacerse cualquier cosa, a pesar de la tradición y de los sentimientos de los demás, a pesar de las... realidades.

Yarvi volvió a inclinarse.

—Quienes gobiernan, y también quienes están a su lado, deben tener siempre en mente las realidades.

El duque meneó un dedo.

—Me estás cayendo bien.

—De hecho, creo que tenemos una amiga en común.

—¿Ah, sí?

—Ebdel Aric Shadikshirram.

El duque abrió más los ojos, bajó la pierna de la silla y se inclinó hacia delante.

—¿Cómo está?

—Lamento informaros de que ha cruzado la Última Puerta, excelencia.

—¿Murió?

—La mató un esclavo traicionero.

—Diosa bendita. —El duque volvió a reclinarse—. Era una mujer de lo más singular. Le pedí matrimonio, ¿lo sabías? Entonces yo era joven, por supuesto, pero... —Negó con la cabeza, maravillado—. Me rechazó.

—Sí que era una mujer singular.

—Los años se nos escapan como agua entre los dedos. Parece que fue ayer... —El duque dejó escapar un largo suspiro antes de endurecer la mirada—. Pero vayamos al grano.

—Por supuesto, excelencia. —El padre Yarvi volvió a inclinarse. Su cabeza

no paraba de subir y bajar como una manzana en un cubo—. Vengo como emisario de la reina Laithlin y el rey Uthil de Gettlandia, a solicitar audiencia con la resplandeciente Vialina, Emperatriz del Sur.

—Hum. —El duque se apoyó en un codo y se frotó la barba, contrariado—. ¿Dónde decíais que está esa Grutlandia?

Espina rechinó los dientes, pero la paciencia del padre Yarvi estaba forjada en acero.

—Gettlandia está en la costa occidental del mar Quebrado, excelencia, al norte de los dominios del Alto Rey en Casa Skeken.

—¡En esa zona hay tantos países pequeños que hasta a un erudito le costaría memorizarlos todos! —Los cortesanos soltaron unas risitas moderadas y Espina sintió la acuciante necesidad de estamparles el puño en la cara—. Ojalá pudiera conceder todas las solicitudes de audiencia, pero entenderás que son tiempos difíciles.

Yarvi se inclinó.

—Por supuesto, excelencia.

—Hay tantos enemigos que domar, tantas amistades que reforzar, tantas alianzas que cuidar... Y algunas son menos importantes que otras, confío en que no lo consideréis una falta de respeto. —Su sonrisa brillante emanaba falta de respeto como un queso pasado emanaba hedor.

Yarvi se inclinó.

—Por supuesto, excelencia.

—La emperatriz Vialina no es una mujer de... —Señaló a Espina como si fuera un caballo del montón en su cuadra—. De este tipo. Es poco más que una niña. Impresionable, inocente. Tiene muchísimo que aprender de cómo funcionan las cosas en realidad. Comprenderás que debo ser cauto. Comprenderás que debo ser paciente. Para un país tan amplio y diverso como el nuestro, vadear el río entre una gobernante y la siguiente siempre resulta... trabajoso. Sin embargo, mandaré avisaros a su debido tiempo.

Yarvi se inclinó.

—Por supuesto, excelencia. ¿Podría preguntar cuándo?

El duque apartó la cuestión con un gesto rimbombante de sus largos dedos.

—A su debido tiempo, padre..., esto...

—Yarvi —siseó la madre Scaer.

Aunque Espina no sabía mucho de diplomacia, se llevó la nítida impresión de que «a su debido tiempo» significaba «nunca».

La madre Scaer los esperaba en el vestíbulo flanqueado de estatuas, acompañada de dos guerreros propios, un vansterlandés ceñudo y un tierrabajeño gigantesco con una cara que parecía una losa. Espina estaba de muy mal humor y partió de una actitud agresiva, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a dejarse vencer por su mirada.

Ni su líder tampoco.

—Me sorprende verte aquí, padre Yarvi.

—Y a mí verte a ti, madre Scaer. —Lo cierto era que ninguno de ellos parecía nada sorprendido—. Los dos nos hallamos a medio mundo de distancia de nuestros lugares correspondientes. Pensaba que estarías junto a tu rey, Grom-gil-Gorm. Te necesita para hablarle en nombre del Padre Paz, antes de que la Madre Guerra lo lleve a su ruina contra Gettlandia.

La mirada de la madre Scaer se volvió más gélida, si tal cosa era posible.

—Estaría con él, si la abuela Wexen no me hubiera escogido para esta misión.

—Un gran honor. —El más leve asomo de sonrisa en la comisura de los labios de Yarvi sugirió que se acercaba más a una condena al exilio y que los dos lo sabían—. Sin duda, la abuela Wexen debe de estar muy satisfecha contigo, si te lo ha concedido. ¿Hablaste en defensa de tu país? ¿Te pusiste de parte de tu rey y su pueblo, como debe hacer un clérigo?

—Cuando hago un juramento, lo respeto —dijo la madre Scaer, tajante—. Un clérigo leal va donde lo envía su abuela.

—Igual que un esclavo leal.

—El experto en eso eres tú. ¿Todavía tienes el cuello irritado?

La sonrisa de Yarvi se tensó un poco al oír la pregunta.

—Las cicatrices están bien curadas.

—¿Ah, sí? —Scaer se inclinó hacia él y retiró los finos labios para enseñar los dientes—. Yo en tu lugar volvería al mar Quebrado antes de ganarme unas cuantas más.

Y se alejó, dejando al vansterlandés y a Espina intercambiando una última mirada torva antes de que él la siguiera.

—Esa mujer es mal asunto —susurró Espina.

—Sí.

—Y tiene confianza con el duque.

—Sí.

—Y la enviaron aquí por delante de nosotros.

—Sí.

—Por tanto..., la abuela Wexen adivinó lo que harías mucho antes de que lo hicieras.

—Sí.

—Tengo la sensación de que así no vamos a conseguir audiencia con nadie.

Yarvi la miró con amargura.

—¿Ves? Resulta que sí que sabes de diplomacia.

## VIEJOS AMIGOS

Dioses, qué rápida se había vuelto. Brand luchaba el doble de bien que cuando habían partido de Thorlby solo por entrenar con ella, pero cada día Espina le sacaba más ventaja. Se sentía como un puerco gordo y torpe cuando luchaban, siempre tres pasos por detrás. Solo contra ella no tenía la menor oportunidad, eligiera el terreno que eligiera. Incluso con dos aliados de su parte, empezaba a sentirse superado en número. Ella estaba cada vez menos a la defensiva, cada vez más a la caza de sus presas indefensas.

—Koll —llamó Brand, e hizo un movimiento de cabeza—, tú por la izquierda. —Empezaron a separarse por el patio del palacio semiderruido que les había encontrado Yarvi, intentando dejarla sin terreno, intentando tentarla con los huecos que abrían entre ellos—. Dosduvoi, tú por...

Reparó demasiado tarde en que Espina había atraído al hombretón hacia el único rincón iluminado del patio y que este torció el gesto cuando la Madre Sol lo apuñaló de repente en los ojos.

Espina cayó sobre él como el relámpago, lo desequilibró a pesar de su tamaño con un hachazo terrible que arrancó astillas de su escudo, pasó la espada por debajo e hincó la punta en su considerable tripa. Se alejó riendo mientras Brand golpeaba el espacio que Espina había ocupado en el instante anterior, asegurándose de mantener una columna descascarillada del patio entre ella y Koll.

—Oh, Diosa —jadeó Dosduvoi mientras se doblaba, agarrándose la panza.

—Promete —dijo Skifr, que daba lentas vueltas a su alrededor con las manos entrelazadas a la espalda—. Pero no dejes que tu propio viento se te lleve. Trata cada pelea como si fuera la última. Trata a todo enemigo como si fuera el peor. El combatiente sabio parece siempre menos de lo que es, por escaso que sea el desafío.

—Vaya, muchas gracias —se obligó a decir Brand entre dientes apretados, intentando quitarse el sudor del hombro. Dioses, qué calor hacía. A veces parecía que en aquella condenada ciudad nunca corría ni la menor brisa.

—Mi padre decía siempre que no hay que dejar que te domine el orgullo. —Los ojos de Espina pasaron de Brand a Koll y regresaron mientras intentaban arrinconarla entre los dos—. Decía que los grandes guerreros acaban creyéndose sus propias canciones y empiezan a pensar que solo puede matarlos algo grandioso. Pero las cosas pequeñas pueden matar a cualquiera.

—Un arañazo mal curado —dijo Safrit, que observaba con los brazos en jarras.

—Una embrazadura de escudo desgastada —masculló Brand, intentando mantener la mirada en las armas de Espina pero un poco distraído por las formas de su túnica.

—Un resbalón en una mierda de oveja —dijo Koll, tratando de dar unos golpes rápidos a Espina pero recibiendo uno devastador en su escudo que permitió a su adversaria rodearlo para no quedar atrapada.

—Por cómo hablaba, seguro que tu padre era un hombre razonable —dijo Skifr—. ¿Cómo murió?

—En un duelo contra Grom-gil-Gorm. Por cómo lo cuentan, se dejó dominar por el orgullo.

Espina cambió de dirección en un parpadeo y, por rápido que estuviera volviéndose Koll, ella lo era más. Veloz como un escorpión y menos compasiva. Su hacha encontró la pierna del chico, la hizo ceder y Koll ahogó un grito mientras tropezaba hacia un lado. Le dio un golpe en las costillas con la cara de la hoja y lo envió trastabillando por el patio con un grito de desesperación.

Entonces Brand vio su oportunidad y había dejado muy atrás sus días de vacilaciones. Incluso desequilibrada, Espina logró apartar la espada del chico y encajó el potente asalto con el hombro. Dioses, qué dura era. Ni siquiera le cambió la expresión. Brand la arrolló con su escudo por delante y la hizo retroceder entre gruñidos hasta la pared, de la que se desprendió una lluvia de fino yeso. Forcejearon sin ningún estilo y, durante un momento, Brand estuvo seguro de que la tenía. Pero incluso mientras la obligaba a ceder terreno, de algún modo ella logró meter el pie por detrás del de él, gritó mientras cambiaba el peso y lo hizo

tropezar.

Cayeron los dos con fuerza, Brand debajo. Dioses, qué fuerte era. Le recordó a Bail luchando contra la gran anguila de la canción, aunque casi a ciencia cierta con peor resultado.

—¡Se supone que has de matarlo! —exclamó Skifr—. ¡No aparearte con él! Eso podéis hacerlo en vuestro tiempo libre.

Rodaron en un revoltijo que terminó con ella encima, sus dientes desnudos mientras intentaba meterle el antebrazo bajo la barbilla para ahogarlo, él con su codo agarrado, haciendo fuerza para apartarlo, cada uno rugiendo en la cara del otro.

Tan cerca que los ojos de Espina se fundieron en uno solo. Tan cerca que Brand distinguió cada gota de sudor en su frente. Tan cerca que su pecho apretaba el de él con cada aliento rápido, cálido y agridulce.

Y por un momento tuvo la sensación de que no estaban luchando, sino haciendo otra cosa.

Entonces la pesada puerta del patio tembló y Espina se apartó de encima de él tan deprisa como si la hubieran abofeteado.

—¿Otra victoria? —preguntó con brusquedad el padre Yarvi, que cruzó el umbral seguido de un adusto Rulf.

—Por supuesto —dijo Espina, como si no pensara en nada más que en dar otra paliza a Brand. ¿En qué iba a pensar si no?

Él se levantó con dificultades y se sacudió el polvo, fingiendo que no le ardía la piel desde la cabeza hasta los pies. Fingiendo que estaba agachado porque se dolía de un codazo en las costillas, y no por ninguna hinchazón más abajo. Fingiendo que todo seguía igual que siempre. Sin embargo, algo había cambiado el día en que Espina salió al patio con su ropa nueva, la misma de antes pero a la vez tan, tan distinta, con la luz cayendo a un lado de su ceño fruncido y haciendo relucir un ojo, dejándolo mudo y sin poder apartar la mirada de ella. De repente, todo se había desmoronado. O quizá se había alzado. Ya no era solo su amiga, su rival, su compañera de remo, una tripulante. Seguía siendo todo aquello, y también algo más, algo que lo excitaba y lo fascinaba pero sobre todo le daba un miedo atroz. Algo había cambiado en su forma de mirarla, y desde entonces

cuando posaba en ella sus ojos ya no veía nada más.

Dormían en el suelo de la misma estancia desmoronada. A nadie le había parecido raro cuando se instalaron allí, dado que llevaban meses durmiendo unos encima de otros. Pero en los últimos tiempos Brand estaba despierto durante la mitad de la noche cálida y pegajosa, pensando en lo cerca que estaba ella. Escuchando los inacabables sonidos de la ciudad e intentando distinguir su lenta respiración. Pensando en lo fácil que sería alargar un brazo y tocarla...

Cayó en la cuenta de que volvía a mirarle el culo y se obligó a bajar la vista al suelo. Vocalizó un «Dioses», aunque no tenía la menor idea de a cuál debía rezar para pedirle ayuda en un problema como aquel.

—Bueno, pues me alegro muchísimo de que alguien gane —dijo Yarvi con voz seca.

—¿No ha habido suerte en palacio? —preguntó Brand forzando la voz, todavía inclinado y ansioso por hallar cualquier distracción.

—Ese palacio no contiene la menor suerte —dijo Rulf.

—Otro día perdido. —Yarvi se dejó caer en un banco con los hombros hundidos—. Ya será una suerte si conseguimos otra ocasión para que nos insulte el duque Mikedas; de su sobrina podemos olvidarnos.

—Pensaba que no creías en la suerte —dijo Espina.

—Ahora mismo, solo me queda esperar que ella crea en mí.

El padre Yarvi parecía inquieto, y Brand nunca lo había visto antes así. Incluso en la batalla contra el Pueblo del Caballo, siempre parecía tener claro lo que debía hacer. Se preguntó si aquello sería una máscara que el clérigo había creado para sí mismo. Una máscara que empezaba a resquebrajarse. Por primera vez, fue penosamente consciente de que Yarvi era solo unos años mayor que él, de que tenía el destino de Gettlandia en sus manos y de que solo una de ellas servía para algo.

—Me pregunto qué estarán haciendo en Thorlby ahora mismo —musitó Koll con añoranza, sacudiendo la pierna dolorida.

—Se acerca la época de la cosecha, me parece —dijo Dosduvoi, que se había

levantado la camisa para echar un vistazo a sus propias magulladuras.

—Los campos dorados con la cebada meciéndose —dijo Skifr.

—Muchos comerciantes llegando a los mercados. —Safrit jugueteaba con las pesas de mercader que llevaba al cuello—. Los muelles atestados de barcos. Dinero que ganar.

—A no ser que los cultivos estén quemados por las incursiones de vansterlandeses —saltó Yarvi—. Y la abuela Wexen haya retenido a los mercaderes en Casa Skeken. Y los campos sean solo rastrojos negros y los muelles estén vacíos. Podría haber alzado ya a los tierrabajeños. También a los inglingos, encabezados por Yilling el Brillante. Podría haber miles de ellos marchando contra Gettlandia.

Brand tragó saliva, pensando en Rin, en la frágil casita que compartían fuera de las murallas.

—¿Crees que puede ser?

—No. Aún no. Pero quizá pronto. El tiempo se nos escapa y yo no hago nada. Siempre hay una manera. —El clérigo bajó la mirada al suelo, toqueteándose la uña del pulgar retorcido con los dedos buenos—. Media guerra se lucha con palabras, se gana con palabras. Las palabras adecuadas a las personas adecuadas. Pero no tengo ni las unas ni las otras.

—Saldrá bien —musitó Brand, intentando ayudar aunque sin saber cómo.

—Ojalá viera la manera. —Yarvi se tapó la cara blanquecina con las manos, y la mala pareció un juguete deforme al lado de la buena—. Necesitamos un condenado milagro.

Y alguien llamó con fuerza a la puerta.

Skifr enarcó una ceja.

—¿Por casualidad esperamos visita?

—No nos sobran amigos en la ciudad —dijo Espina.

—A ti no te sobran amigos en ninguna parte —dijo Brand.

—Podría ser que la madre Scaer nos envíe un comité de bienvenida —dijo Yarvi.

—A las armas —gruñó Rulf. Lanzó su espada a Espina y ella la atrapó en el aire.

—Por la Diosa, me alegro de luchar con quien sea —dijo Dosduvoi, asiendo una lanza—, siempre que no sea ella.

Brand desenfundó la hoja que había pertenecido a Odda y el metal le resultó terriblemente ligero después de usar la espada de entrenamiento. El miedo había resuelto con rapidez el problema de sus pantalones, al menos.

La puerta tembló bajo más golpes, y no era una puerta ligera.

Koll se acercó a ella con sigilo y se alzó de puntillas para echar un vistazo por la mirilla.

—Es una mujer —susurró—. Parece rica.

—¿Sola? —preguntó Yarvi.

—Sí, vengo sola —respondió una voz amortiguada desde el otro lado—. Y soy una amiga.

—Es justo lo que diría una enemiga —dijo Espina.

—O una amiga —repuso Brand.

—Los dioses saben que nos vendría bien tener algún amigo —terció Rulf, pero mientras tanto estaba cargando una flecha en su arco negro.

—Ábrela —dijo Yarvi.

Koll retiró el cerrojo con un gesto veloz, como si fuese a quemarlo, y se apartó de un salto con un cuchillo preparado en cada mano. Brand se agachó tras su escudo, esperando que llegara una andanada de flechas silbando desde la arcada.

Pero en lugar de flechas, la puerta chirrió al abrirse despacio y reveló un rostro en la rendija. Un rostro de mujer, con piel oscura, ojos oscuros y largo

cabello negro recogido con pasadores enjoyados. Tenía una cicatriz pequeña en el labio superior y una muesca que dejaba ver un triángulo de diente blanco al sonreír.

—Toc, toc —dijo mientras entraba de lado y cerraba la puerta a sus espaldas. Llevaba una larga túnica de fino lino blanco y una cadena dorada al cuello, cuyos eslabones estaban labrados para parecerse a ojos. Alzó una ceja al ver tanto acero afilado y levantó despacio las manos abiertas—. Ah, me rindo.

Rulf dio un aullido de alegría y soltó el arco, que resbaló por el suelo, antes de correr hacia la mujer y abrazarla con fuerza.

—¡Sumael! —exclamó sin dejar de apretar—. ¡Dioses, cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti, Rulf, viejo cabrón —dijo ella, casi sin aliento pero dándole unas palmadas en la espalda, y luego gimió cuando el timonel la separó del suelo—. Empecé a sospechar al enterarme que había amarrado un barco llamado *Viento del Sur*. Bonito detalle, por cierto.

—Nos recuerda de dónde procedemos —dijo Yarvi, frotándose el cuello con la mano buena.

—Padre Yarvi —dijo Sumael, soltándose del abrazo de Rulf—. Mírate, perdido en el mar y desesperado por que alguien te señale el rumbo.

—Algunas cosas nunca cambian —respondió él—. Tienes un aspecto... próspero.

—Tú tienes un aspecto horrible.

—Algunas cosas nunca cambian.

—¿No me das un abrazo?

Yarvi bufó, pero fue casi un sollozo.

—Temo que, si lo hago, no te suelte nunca.

Sumael se acercó, sin apartar la mirada de sus ojos fijos en ella.

—Me arriesgaré.

Y lo rodeó con los brazos, poniéndose de puntillas para apretarse contra él. Yarvi apoyó la cabeza en su hombro y las lágrimas brillaron en sus finas mejillas.

Brand miró a Espina y ella se encogió de hombros.

—Parece que ya sabemos quién es Sumael.

—Entonces ¿esto es la embajada de Gettlandia? —Sumael clavó un dedo en un terrón de yeso enmohecido, que cayó de la pared y se deshizo en los tablones polvorientos del suelo—. Menudo eres encontrando gangas.

—Soy hijo de mi madre —dijo Yarvi—, aunque ya no sea mi madre. —La sala desmoronada en la que comían podría haber albergado a cuarenta personas, pero la mayoría de la tripulación se había marchado y el lugar resonaba, vacío—. ¿Qué haces aquí, Sumael?

—¿Además de charlar con viejos amigos? —Se reclinó en su asiento y dejó que una bota manchada, que no cuadraba con sus ricos ropajes, cayera en la mesa llena de muescas—. Ayudé a mi tío a construir un barco para la emperatriz Teófora, y una cosa llevó a la otra. Para gran agravio de sus cortesanos, me nombró inspectora de su flota. —Le cayó un mechón de pelo en la cara y ella sacó el labio inferior para soplarlo de vuelta hacia arriba.

—Siempre se te dieron bien los barcos. —Rulf sonreía a la mujer como si fuese su hija favorita, que había vuelto a casa sin avisar—. Y agraviar a la gente.

—Los barcos de la emperatriz se pudrían en el puerto de Rugora, costa abajo. Que resulta que es también donde se educaba la sobrina de la emperatriz, Vialina. —El mechón de pelo volvió a caer y ella volvió a soplarlo—. O donde estaba presa, según se mire.

—¿Presa? —preguntó Brand.

—Hay poca confianza entre los miembros de la familia real de aquí. —Sumael se encogió de hombros—. Pero Vialina quería comprender la flota. Quiere

comprenderlo todo. Nos hicimos amigas, supongo. Cuando Teófora se puso enferma y llamaron a Vialina a la Primera Ciudad, me pidió que viniera con ella y... —Levantó la cadena de ojos con la yema de un dedo y la dejó caer tintineando—. Por alguna extraña magia, me vi nombrada consejera de la Emperatriz del Sur.

—El talento flota hasta arriba —dijo Rulf.

—Como los zurullos —gruñó Espina.

Sumael le lanzó una sonrisa.

—Tú debes de ser boyante, entonces.

Brand se echó a reír, pero paró en seco ante una mirada furiosa de Espina.

—Entonces ¿te sientas a la derecha de la mujer más poderosa del mundo? —preguntó Rulf, negando incrédulo con su rala cabeza.

—Ni de lejos soy la única. —El mechón de pelo volvió a caer, Sumael hizo una mueca de fastidio y empezó a quitarse los pasadores de la cabeza—. Hay docenas de miembros en el consejo, y la mayoría de ellos pertenecen al duque Mikedas. Vialina puede ostentar el título de emperatriz, pero él ostenta el poder y no tiene intención de compartirlo.

—Con nosotros no compartió nada —dijo Yarvi.

—Lo sé. —El cabello cayó como una cortina sobre media cara de la mujer, pero el otro ojo brillaba—. Al menos salisteis con la cabeza en el cuello.

—¿Crees que la conservaremos ahí si nos quedamos? —preguntó Yarvi.

La mirada de Sumael resbaló hacia Espina.

—Depende de lo diplomáticos que podáis ser.

—Yo puedo ser diplomática —dijo ella con sequedad.

Sumael solo ensanchó la sonrisa. Aquella mujer parecía inmune a la intimidación.

—Me recuerdas a una capitana de barco con la que navegamos Yarvi y yo.

Este estalló en carcajadas, igual que hizo Rulf, y Espina mantuvo la cara de pocos amigos hasta que remitieron las risas.

—¿Eso es un insulto o un cumplido?

—Dejémoslo en un poco de cada. —El clérigo se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y rodeó su mano deforme con la otra—. El Alto Rey se prepara para la guerra, Sumael. Quién sabe, quizá hasta haya empezado ya.

—¿Qué aliados tenéis? —preguntó ella, recogiéndose el pelo con las dos manos y anudándolo.

—Menos de los que necesitamos.

—Algunas cosas nunca cambian, ¿eh, Yarvi? —Sumael introdujo los pasadores con dedos hábiles—. El duque no está tan prendado por la Diosa Única como lo estaba Teófora, pero tiene intención de honrar la alianza con la abuela Wexen, de todos modos. Sabe elegir ganador.

—Ya veremos —dijo Yarvi—. Necesito hablar con la emperatriz.

Sumael hinchó los mofletes y dio un soplido.

—Lo intentaré. Pero no puedo prometeros más que una audiencia.

—No me debes nada.

Sumael le mantuvo la mirada mientras se colocaba el último pasador, con un brillo de su extremo enjoyado.

—No es cuestión de deudas. No entre nosotros.

Yarvi parecía indeciso entre reír y llorar, y terminó optando por reclinarse y dar un suspiro entrecortado.

—Creía que no volvería a verte nunca.

Sumael sonrió, enseñando aquel triángulo de diente blanco, y Brand descubrió que empezaba a caerle bien.

—¿Y?

—Me alegro de haberme equivocado.

—Yo también.

El mechón de pelo volvió a caer sobre su cara y ella frunció el entrecejo, mirándolo con ojos bizcos, y lo sopló hacia arriba.

## ESPERANZAS

Espina se abrió paso entre una multitud malhumorada que se dirigía al templo para sus oraciones. En aquel lugar había demasiados templos y demasiadas multitudes que rezaban en ellos.

—Adorar a esa Diosa Única quita mucho tiempo —refunfuñó Brand, intentando pasar sus anchos hombros entre el gentío.

—Los altos dioses y los dioses menores tienen sus propios asuntos de los que ocuparse. La Diosa Única parece que solo quiere entrometerse en los de los demás.

—Y esas campanas. —Brand encogió las facciones al oír otra estridente campanada desde la torre blanca que tenían al lado—. Si no vuelvo a oír otra maldita campana en la vida, no me quejaré. —Se acercó a Espina y susurró—: Entierran a sus muertos sin quemar. Los entierran. Bajo tierra. Sin quemar.

Espina miró con asco el patio lleno de malezas que había junto al templo, atestado de losas torcidas como dientes de mendigo, y supuso que debajo de cada una habría un cadáver pudriéndose. Centenares de ellos. Millares. Un osario en plena ciudad.

Tuvo un escalofrío sudoroso al pensarlo y apretó con la mano la bolsita que

contenía los huesos de los dedos de su padre.

—Me cago en esta ciudad.

Quizá a Brand le encantara hablar de aquel lugar, pero ella estaba empezando a odiarlo. Era demasiado inmensa; tanto, que su tamaño la aplastaba. Era demasiado ruidosa; tanto, que no dejaba pensar bien. Era demasiado calurosa, siempre pegajosa y maloliente, día y noche. La basura y las moscas y la podredumbre y los mendigos por todas partes; tanto, que la mareaban. Demasiada gente, todos ellos de paso, todos ellos desconocidos entre sí que no buscaban otra cosa de los demás que arañarles algún provecho. Espina se sentía enterrada bajo un millar de millares de ladrones, y de ninguno de ellos entendía una sola palabra.

—Deberíamos irnos a casa —farfulló.

—Pero si acabamos de llegar.

—Es el mejor momento para partir de un lugar que odias.

—Tú lo odias todo.

—No todo.

Lo miró de reojo, sorprendió a Brand observándola y notó otra vez aquel hormigueo en el estómago mientras él se apresuraba a desviar la vista.

Resultaba que Brand no solo tenía la mirada perpleja y desvalida, sino también otra, que en tiempos recientes ponía continuamente. Los ojos fijos en ella, brillantes tras algún mechón suelto de pelo. Casi hambrientos. Casi asustados. El otro día, cuando estaban apretados en el suelo, tan, tan cerca, había habido... algo. Algo que llevó la sangre a la cara de Espina como una exhalación, y no solo a la cara. Estaba segura de que también a las entrañas. Y por debajo de las entrañas, todavía más. Pero las dudas invadían su mente como los fieles invadían sus templos a la hora de rezar.

¿Esas cosas podían preguntarse y punto? «Oye, sé que antes nos odiábamos, pero ahora creo que me gustas bastante. ¿Podría ser que yo te gustara aunque fuese un poquito?» Dioses, qué absurdo sonaba. Llevaba toda la vida apartando a los demás y no tenía la menor idea de cómo empezar a acercar a una persona a ella. ¿Y si él la miraba como si estuviera loca? La idea era como un foso abierto a sus pies. «¿Qué quieres decir con gustar? ¿Te refieres a gustar... gustar?» ¿O quizá

debería limitarse a agarrarlo y plantarle un beso en los labios? No paraba de darle vueltas. Casi ya no pensaba en otra cosa. Pero ¿y si las miradas eran solo miradas? ¿Y si su madre tenía razón? ¿Qué hombre iba a querer nada con alguien tan rara, difícil y terca como ella? Desde luego, no uno como Brand, que estaba bien hecho, caía bien a todo el mundo, era como debían ser los hombres y podía tener a quien quisiera...

De pronto él la rodeó con el brazo y la metió en un portal. El corazón le saltó a la garganta tan de pronto que hasta dio un gritito de niña cuando Brand se apretó contra ella. Al instante todo el mundo empezó a apartarse a los lados de la calle mientras llegaba un traqueteo de cascos y pasaban unos caballos con plumas agitándose en las bridas, brillante armadura dorada y altos jinetes con altos yelmos a los que no importaba lo más mínimo la gente que huía hacia ambos lados. Hombres del duque Mikedas, sin duda.

—Alguien podría salir herido —murmuró Brand, mirándolos con mala cara.

—Sí —graznó ella—. Alguien.

Se engañaba a sí misma. Tenía que ser eso. Eran amigos. Eran compañeros de remo. No tenían por qué ser nada más. ¿Por qué echarlo todo a perder intentando alcanzar algo que no podía tener, que no merecía, que no lograría? Entonces lo miró a los ojos y allí estaba otra vez aquella maldita mirada que le aceleraba el corazón como si hubiera remado una legua difícil. Brand se apartó de ella con brusquedad, le dedicó una media sonrisa incómoda y siguió andando mientras la multitud volvía a congregarse tras el paso de los jinetes.

¿Y si él sentía lo mismo que ella y quería preguntárselo pero le daba miedo y no sabía cómo? Cada conversación con él daba la misma sensación de peligro que una batalla. Dormir en la misma sala que él era un suplicio. Habían sido solo compañeros de remo que compartían suelo la primera vez que colocaron sus mantas, riéndose del estado de la gran ruina que había comprado el padre Yarvi y de cómo entraba el sol por el techo. Pero de un tiempo a esa parte solo fingía dormir mientras pensaba en lo cerca que lo tenía, y a veces pensaba que él también estaba fingiendo, podría jurar que tenía los ojos abiertos y la contemplaba. Pero nunca estaba segura del todo. La perspectiva de dormir a su lado la torturaba, y la idea de no dormir a su lado la torturaba más.

«¿Te... te gusto? ¿Te gusto... gusto?»

Todo aquello era un acertijo en un idioma que no sabía hablar, joder.

Brand resopló y se limpió el sudor de la frente, a todas luces felizmente inconsciente de los problemas que estaba creando.

—Supongo que nos marcharemos tan pronto como lleguemos a un acuerdo con la emperatriz.

Espina intentó tragarse los nervios y hablar con normalidad, significara eso lo que significara.

—Yo creo que no llegaremos a nada.

Brand se encogió de hombros. Tranquilo, sólido y confiado como siempre.

—El padre Yarvi encontrará la manera.

—El padre Yarvi será todo lo astucioso que quieras, pero no es hechicero. Si hubieras venido a palacio y visto la cara de ese duque...

—Sumael encontrará la manera para él, entonces.

Espina dio un gruñido.

—Se diría que esa mujer tiene a la Madre Sol metida en el culo, por como ilumina las vidas de todo el mundo.

—La tuya no, por lo que veo.

—No me fío de ella.

—Tú no te fías de nadie.

Estuvo a punto de replicar «Me fío de ti», pero se mordió la lengua en el último momento y lo dejó en otro gruñido.

—Y Rulf confía en ella —siguió diciendo Brand—. Me aseguró que le confiaría su vida. Y el padre Yarvi también, y no es de los que se fían de cualquiera.

—Ojalá supiera más de lo que ocurrió entre esos tres —dijo Espina—. Tiene

que ser una buena historia.

—A veces se es más feliz cuando se sabe menos.

—Eso te servirá a ti, no a mí.

Lo miró de soslayo y volvió a sorprenderlo observándola. Casi hambriento, casi asustado, y notó ese hormigueo en el estómago que la habría vuelvo a enzarzar en otra loca discusión consigo misma si no hubieran llegado al mercado.

O al menos, a un mercado. En la Primera Ciudad los había a docenas, cada cual tan grande como Roystock. Eran lugares enloquecidos, ajetreados y ruidosos, ciudades enteras de puestos atestados de personas de todas las formas y colores. Las enormes balanzas traqueteaban, los ábacos repicaban y los precios se voceaban en todos los idiomas, entre los mugidos, los cloqueos y los berridos del ganado. Había un hedor asfixiante a comida cocinándose, a especias tan dulces que daban náuseas, a mierda recién cagada y los dioses sabían a qué más. A todo lo demás. Todo lo que contenía el mundo estaba en venta. Hebillas de cinturón y sal, ropa de color púrpura e ídolos, monstruosos peces de ojos tristes. Espina cerró los párpados con fuerza y luego se obligó a abrirlos, pero la locura multicolor seguía bullendo ante ella.

—Solo carne —dijo con voz lastimera, sopesando el monedero del padre Yarvi—. Solo queremos carne. —Safrit ni siquiera les había pedido un tipo concreto. Esquivó a una mujer con un delantal manchado que pasó con una cabeza de cabra bajo el brazo—. ¿Por dónde demonios empezamos a buscar?

—Espera. —Brand se había detenido en un puesto donde una mercader de piel oscura vendía collares de cuentas de cristal, y levantó uno para que la Madre Sol enviara sus rayos a través del vidrio amarillo—. Son bonitos, ¿verdad? A las chicas les gustan estas cosas como regalo.

Espina se encogió de hombros.

—No soy muy experta en cosas bonitas. Ni en chicas, ya puestos.

—Pero eres una de ellas, ¿no?

—Eso me dice mi madre. —Y, casi para sus adentros, añadió—: Hay opiniones encontradas.

Brand cogió otro collar, esta vez de cuentas verdes y azules.

—¿Cuál querrías? —Sonrió mirándola de reojo—. Como regalo.

Espina volvió a notar el hormigueo en el estómago, más fuerte que nunca. Estuvo a punto de tener una arcada de verdad. Si alguna vez iba a tener alguna prueba que lo confirmara, sería aquella. Un regalo. Para ella. Ni se acercaba a lo que ella habría elegido, pero con un poco de suerte eso vendría después. Si acertaba con las palabras. ¿Qué decir? Dioses, ¿qué decir? De pronto pareció que su lengua se había hinchado hasta el doble de su tamaño normal.

—¿Cuál querría o...? —Le sostuvo la mirada y dejó que la cabeza se inclinara a un lado, intentando suavizar la voz. Ponerla adorable, significara lo que significase. No podía haber hablado con suavidad más de tres veces en la vida, y ninguna con voz adorable, y lo que salió fue un torpe gañido—. ¿O cuál... quiero?

Esa vez se llevó la mirada perpleja.

—Me refiero a cuál querrías que te trajeran. Si estuvieses en Thorlby.

Y a pesar del agobiante calor, sintió una oleada de frío que empezó en su pecho y se fue extendiendo despacio hasta las mismísimas puntas de sus dedos. No era para ella. Era para alguien que estaba en Thorlby. Pues claro. Había dejado que su propio viento se la llevara, pese a las advertencias de Skifr.

—No sé —logró decir, intentando encogerse de hombros como si no pasara nada, aunque sí pasaba—. ¿Qué voy a saber yo? —Se apartó, con el rostro en llamas, mientras Brand discutía el precio con la mercader, y deseó que el suelo se abriera y se la tragara cruda como a los muertos sureños.

Se preguntó para qué chica serían aquellas cuentas. Tampoco era que en Thorlby hubiera tantas de la edad adecuada. Era más que probable que Espina la conociera. Más que probable que hubiera sido objeto de sus risas, su dedo señalando y sus burlas. Sería una de las guapas, las que su madre siempre decía que debía imitar. Una de las que sabían coser, y sonreír, y llevar una llave al cuello.

Creía que se había vuelto dura por entero. Si los bofetones, los puñetazos y los golpes de escudo apenas podían hacerle daño, ¿cómo iba a hacérselo aquello? Aunque por lo visto, aún quedaban grietas en su armadura, grietas que ni siquiera había sabido que existieran. Quizá el padre Yarvi hubiera impedido que la aplastaran con piedras, pero sin pretenderlo siquiera, Brand la había machacado

igual de fuerte con un collar de cuentas.

Seguía sonriendo mientras se guardó el collar en un bolsillo.

—Yo creo que le gustará.

Espina torció el gesto. A Brand en ningún caso se le había pasado por la cabeza que Espina pudiera creer que eran para ella. Ni se le había pasado por la cabeza pensar en ella como ella había llegado a pensar en él. Fue como si todo el color se hubiera escurrido del mundo. Había pasado gran parte de su vida sintiéndose avergonzada, estúpida y fea, pero nunca tanto como entonces.

—Soy una cretina de mierda —siseó.

Brand parpadeó, mirándola.

—¿Eh?

Esa vez se llevó la mirada desvalida, y la tentación de hundir el puño en ella fue casi abrumadora, aunque supiera que no era culpa de él. No era culpa de nadie que no fuera ella, y hundirse el puño en la cara de uno mismo nunca soluciona nada. Intentó poner una cara valiente, pero en ese momento no la encontró. Solo quería marcharse, ir a cualquier sitio. Dio un paso y se detuvo en seco.

El vansterlandés ceñudo que había visto junto a la madre Scaer en el palacio le impedía avanzar. Tenía la mano metida en una capa doblada donde, sin duda, ocultaba un arma. Había un hombrecillo con cara de rata a su lado y notó que alguien se acercaba a ella por la izquierda. El tierrabajeño enorme, supuso.

—La madre Scaer quiere hablar con vosotros —dijo el vansterlandés enseñando los dientes, que no eran nada bonitos—. Es mejor que vengáis sin armar jaleo.

—Y mejor aún que nos vayamos solos sin armar jaleo —dijo Brand, poniendo una mano en el hombro de Espina.

Se lo quitó de encima, con la vergüenza ardiente convertida de pronto en gélida furia. Necesitaba hacer daño a alguien y aquellos idiotas habían aparecido en el momento perfecto.

Perfecto para ella. Pésimo para ellos.

—No pienso hacer nada sin armar jaleo —replicó, y lanzó una moneda de plata del padre Yarvi al dueño del puesto más cercano, que exhibía herramientas y maderas.

—¿Para qué es esto? —preguntó al atraparla.

—Por los daños —dijo Espina, y agarró un martillo y lo arrojó bajo mano, de forma que rebotó en el cráneo del vansterlandés y lo envió trastabillando hacia atrás, asombrado.

Cogió una jarra pesada de otro puesto y se la estrelló en la cabeza antes de que pudiera recobrar el equilibrio, salpicándolos a los dos de vino. Lo agarró mientras caía y le hundió los escarpados restos del asa en la cara.

Llegó un cuchillo susurrando y lo esquivó por instinto, echando atrás la espalda y siguiendo el brillo del metal con ojos desorbitados. El hombre con cara de rata lanzó otra puñalada y Espina rodó a un lado por encima de un tenderete, entre las protestas de su propietario. Se levantó con un cuenco de especias en la mano y arrojó su contenido a Cararrata, creando una nube de color naranja y olor dulzón. El hombre tosió, escupió y se lanzó a ciegas sobre ella. Espina utilizó el cuenco de escudo y, cuando el filo del puñal se clavó en la madera, arrebató el arma a su adversario de un tirón.

Entonces, se abalanzó sobre ella con un puñetazo desmañado, pero Espina interpuso su brazo para desviar el envite y notó que le rozaba la muñeca mientras entraba y le daba un rodillazo en la barriga, seguido de otro entre las piernas que le arrancó un gimoteo. Le agarró por las mejillas, hizo retroceder su propia cabeza y se la estrelló con todas sus fuerzas en aquella cara de rata. El impacto la mareó un instante, pero ni la mitad que a él. Cayó a cuatro patas, babeando sangre, y ella le dio una patada salvaje que lo dejó con la espalda en el suelo, semienterrado en el alud de brillante pescado que se produjo al volcar una mesa.

Se volvió y vio a Brand obligado a retroceder de espaldas hacia un puesto cargado de fruta, mientras el tierrabajeño grandote intentaba clavarle un cuchillo en la cara. Brand forcejeaba con la lengua entre los dientes y los ojos bizcos enfocados en la punta reluciente.

Durante los entrenamientos, luchando contra compañeros de remo, siempre había cierta contención. Esta vez Espina no se contuvo lo más mínimo. Con una mano asió la gruesa muñeca del tierrabajeño, tiró del brazo hacia atrás y con su

otra mano abierta hizo palanca en el codo del hombre, que aulló de dolor. Hubo un crujido, el brazo se dobló como nunca habría debido y el cuchillo cayó de una mano inerte. El hombre chilló y chilló hasta que Espina le rebanó el cuello como había aprendido de Skifr, y el tierrabajeño cayó entre sacudidas contra el siguiente puesto, haciendo volar arcilla rota.

—¡Venid! —escupió, pero no quedaba nadie con quien luchar. Solo los atónitos mercaderes, los temerosos viandantes y una madre que tapaba los ojos de su hija con la mano—. Conque sin armar jaleo, ¿eh? —chilló, levantando la bota para aplastar la cabeza del tierrabajeño.

—¡No! —Brand la agarró por debajo del brazo y la arrastró entre los escombros, entre gente que se apartaba a su paso mientras medio caminaban, medio corrían hasta una bocacalle—. ¿Los has matado? —preguntó con voz aguda.

—Espero que sí —rugió Espina, zafándose de él—. ¿Por qué? ¿También querías comprarles collares?

—¿Qué? ¡Nos han enviado a comprar carne, no a hacer cadáveres! —Doblaron una esquina con paso rápido, dejaron atrás a un sorprendido grupo de mendigos y cruzaron las sombras de un callejón maloliente, alejándose más y más del sonido de la conmoción—. No quiero dar problemas al padre Yarvi. Y tampoco quiero verte aplastada con piedras, si puede evitarse.

Espina entendía que Brand llevaba razón, y eso la enfurecía aún más.

—Pero qué cobarde eres —escupió, sabiendo que tal vez no fuese justo, pero en ese momento Espina no se sentía demasiado justa. Algo le hacía cosquillas en un ojo y, cuando se pasó una mano para limpiarlo, vio que volvía roja.

—Estás sangrando —dijo Brand, extendiendo un brazo—. Déjame...

—¡Quítame las manos de encima!

Lo empujó contra una pared y, cuando rebotó, volvió a empujarlo con más fuerza. Él se encogió y alzó una mano hacia ella, que se alzaba sobre él con los puños apretados. Tenía una mirada confundida, y herida, y asustada.

Fue una mirada que le provocó un hormigueo, pero no de los buenos. En aquella mirada vio sus condenadas esperanzas estúpidas tan retorcidas y rotas como había dejado el brazo del tierrabajeño, y no era culpa de nadie más que de

ella misma. No debería haberse permitido albergar ilusiones, pero las esperanzas son como las malas hierbas, que siguen apareciendo por muchas veces que las desbroces.

Soltó un grito de frustración y se marchó callejón abajo.

## RUINAS

Lo había arruinado todo.

Brand estaba apoyado contra la desmoronada pared del patio, entre Rulf y el padre Yarvi, viendo cómo Espina daba una buena paliza a Fror. Se había pasado la mitad del tiempo observándola, desde que llegaran a la Primera Ciudad. Pero en ese momento lo hacía con el triste anhelo de un huérfano contemplando el puesto de un panadero, mofándose de sí mismo con la visión de delicias que sabe que nunca poseerá. Una sensación que Brand conocía demasiado bien. Una sensación que había esperado no volver a tener nunca.

Había habido algo bueno entre ellos. Una amistad, por lo menos. Una amistad que había costado mucho tiempo y esfuerzo labrar.

Y como el patán que era, la había arruinado.

Había vuelto a su habitación para ver que las cosas de ella ya no estaban. Espina dormía con Safrit y Koll y no les había explicado por qué. A él no le había dicho ni una palabra desde aquel día en el mercado. Debió de ver cómo la miraba y adivinó lo que estaba pensando. Tampoco es que a él se le diera muy bien ocultarlo. Pero a juzgar por la forma en que lo miraba desde entonces, o más por la forma en que no lo miraba, estaba claro que la idea le daba repelús. Pues claro.

¿Por qué iba a querer alguien como ella, tan fuerte, lista y confiada, a un lerdo como él? Saltaba a la vista que Espina era especial de verdad y que él no era nada, y nunca sería más que nada, como solía decirle su padre. Un zopenco rastrero que había mendigado mendrugos, rebuscado en la basura y cargado sacos en los embarcaderos a cambio de una miseria que había agradecido.

No estaba seguro de cómo, pero había logrado decepcionarlos a todos. A su tripulación. A su familia. A sí mismo. A Espina. Lo había arruinado.

Koll abrió el cerrojo de la puerta y Sumael entró en el patio. Llevaba a dos personas con ella: una sirviente encapuchada y un hombre de anchos hombros y rostro vigilante, con una cicatriz que atravesaba una ceja gris.

La sirviente se quitó la capucha. Era una joven menuda y morena, con ojos rápidos que no dejaron pasar ni un detalle del combate. Si es que podía llamarse combate. Fror era uno de los mejores guerreros de la tripulación, pero a Espina le costó solo unos instantes derribarlo, y ni siquiera jadeaba al terminar.

—Me rindo —gimió él, agarrándose las costillas con una mano mientras suplicaba piedad levantando la otra.

—Muy prometedor —dijo Skifr, atrapando el filo de madera del hacha de Espina antes de que descargara otro golpe de todos modos—. Me entusiasma cómo estás peleando hoy, querida mía. Sin dudas, sin reparos, sin piedad. ¿Quién será el próximo en enfrentarse a ti?

De pronto Dosduvoi y Koll encontraron fascinantes los rincones del patio. Brand levantó las manos en ademán de impotencia cuando la mirada de Skifr se posó en él. Con el mal genio que estaba gastando Espina, no estaba nada seguro de poder salir vivo de un lance contra ella. La anciana suspiró.

—Me temo que no te queda nada por aprender de tus compañeros de remo. Ha llegado el momento de que te enfrentes a adversarios más difíciles. —Se quitó la capa y la soltó encima del hombro de Fror—. ¿Cómo te hiciste esa cicatriz, vansterlandés?

—Besé a una chica —dijo él entre dientes, retrocediendo hasta la pared— que tenía la lengua muy afilada.

—Lo que demuestra de nuevo que el romance es más peligroso que la esgrima —dijo Skifr, y Brand no pudo estar más de acuerdo. La mujer sacó sus propias hacha y espada de madera—. Y ahora, querida mía, comprobaremos de verdad lo que has aprendido a...

—Antes de que empecéis —dijo Sumael—, tengo una...

—¡La guerra de dientes rojos no espera a nada!

Skifr saltó y blandió sus armas, rápidas y letales como serpientes, y Espina se retorció y se encogió mientras esquivaba y bloqueaba. Brand casi no pudo ni

contar cuántos golpes devastadores cruzaron en el tiempo que le costó respirar una vez. ¿Ocho, diez? Se separaron tan de repente como se habían enfrentado y se movieron en círculos, Espina sorteando las columnas en una cauta postura baja, Skifr contoneándose de lado y describiendo perezosos círculos con sus armas.

—Esto se pone interesante —musitó Rulf, sonriendo de oreja a oreja.

Fror hizo un gesto de dolor mientras se frotaba las costillas.

—Es mucho más divertido que ser quien combate contra ella, eso seguro.

El acompañante adusto de Sumael murmuró algo entre dientes, y el padre Yarvi sonrió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Brand con un susurro.

—Que la chica es extraordinaria.

Brand bufó.

—Como si no saltara a la vista.

—Muy bien —estaba diciendo Skifr—. Pero no esperes que te deje una abertura. No te haré ningún regalo.

—¡Pues me la abriré a tajos!

Espina se abalanzó contra ella con la espada y el hacha trazando círculos, tan deprisa que Brand intentó retroceder por instinto, pero Skifr giró, rodó y de algún modo encontró la forma de moverse entre ellos hasta una posición segura.

—Por favor —dijo Sumael en voz más alta—, tengo que...

—¡No hay lugar para porfavores en el campo de batalla! —chilló Skifr, desatando otra tormenta cegadora, haciendo traquetear la madera contra la madera y acorralando a Espina en un rincón del patio.

Su hoja rascó piedra cuando Espina esquivó agachándose, rodó a un lado y se alzó descargando un tajo. Skifr dio un respingo y retrocedió con un paso brusco, y la hoja de Espina le falló en la punta de la nariz por un pelo.

Koll dejó escapar una risita incrédula. El padre Yarvi hinchó los carrillos, con los ojos brillantes. Rulf negó con su rala cabeza, anonadado.

—Nunca había visto nada igual.

—Excelente —concedió la anciana con los ojos entrecerrados—. Me alegra ver que no se ha desperdiciado mi sabiduría. —Hizo rodar el hacha entre sus dedos con tanta rapidez que se emborronó—. Excelente de verdad, pero descubrirás que...

—¡Parad! —chilló Sumael, atrayendo de golpe todos los rostros hacia ella. Para sorpresa de Brand, hincó una rodilla y extendió un brazo hacia su sirviente—. Permitidme presentaros a la resplandeciente Vialina, princesa del Denegado, gran duquesa de Napaz, terror de los alyukos, protectora de la Primera Ciudad y trigésimo quinta Emperatriz del Sur.

Al principio Brand pensó que se trataba de alguna broma muy elaborada. Entonces vio arrodillarse al padre Yarvi, imitado al instante por todos los demás ocupantes del patio, y oyó morir hasta el último atisbo de risita.

—Dioses —susurró, descendiendo él también.

—Lo siento —musitó Espina, apresurándose a hacer lo mismo.

La emperatriz se acercó a ella.

—No lo sientas. Ha sido una exhibición muy instructiva. —Hablaba el idioma común con mucho acento, pero tenía una voz rica y llena de confianza.

—Vuestra resplandecencia... —empezó a decir Yarvi.

—¿Tan resplandeciente te parezco? —La emperatriz rió. Fue una risa abierta y amistosa que resonó por todo el patio—. Preferiría que habláramos claro. En palacio muy pocos me hablan claro, salvo Sumael, por supuesto.

—Yo creo que a veces Sumael habla un poco demasiado claro. —El padre Yarvi se quitó el polvo de las rodillas al levantarse—. De verdad nos honráis con vuestra visita.

—Soy yo quien debe sentirse honrada. Habéis cruzado medio mundo para hablar conmigo, al fin y al cabo. No querría ser la clase de persona que no recorre

ni una vara desde mi palacio para hablar con vosotros.

—En ese caso, intentaré no haceros perder el tiempo, emperatriz. —El clérigo dio un paso hacia ella—. ¿Comprendéis la política del mar Quebrado?

—Sabía un poco. Sumael me ha explicado más.

Yarvi dio otro paso.

—Temo que la Madre Guerra no tardará en extender sus alas sangrientas de costa a costa.

—Y buscas mi ayuda. ¿Aunque adoremos a dioses distintos? ¿Aunque mi tía sellara una alianza con el Alto Rey?

—La alianza era de ella, no vuestra.

La emperatriz se cruzó de brazos, dio un paso a un lado y ella y el clérigo empezaron a caminar en cautos círculos, de modo muy parecido a como lo habían hecho Espina y Skifr unos momentos antes.

—¿Por qué debería forjar una nueva alianza con Gettlandia?

—Porque os interesa estar de parte del bando vencedor.

Vialina sonrió.

—Eres demasiado audaz, padre Yarvi.

—El rey Uthil diría que no se puede ser demasiado audaz.

—Gettlandia es una nación pequeña, rodeada de enemigos.

—Gettlandia es una nación rica, rodeada de pobretones. Ya se ocupó de eso la reina Laithlin.

—La Reina Dorada —musitó Vialina—. Su fama como mercader ha llegado incluso aquí. ¿Es cierto que ha encontrado la forma de atrapar el oro y la plata en papel?

—Lo es. Una de las muchas maravillas cuyos secretos estaría encantada de

confiar a sus aliados.

—¿Me ofreces oro y plata, entonces?

—El Alto Rey no ofrece más que oraciones.

—¿El oro y la plata lo son todo para ti, padre Yarvi?

—El oro y la plata lo son todo para todos. Algunos tenemos suficiente para poder fingir que no.

La emperatriz dio un leve respingo al oír la respuesta.

—Vos queríais que fuese sincero. —Yarvi chasqueó los dedos hacia Espina, que se levantó—. Pero el caso es que mi madre envía algo que no está hecho de oro ni de plata. Un regalo que os traemos por el largo y duro trayecto del Divino y el Denegado, desde los más oscuros rincones del mar Quebrado.

Sacó la caja negra de dentro de su túnica y se la pasó a Espina.

—¿Una reliquia élfica? —preguntó la emperatriz, asustada y curiosa a la vez. El hombre del ceño fruncido se acercó a ella, arrugándolo aún más.

Espina le ofreció la caja con gesto torpe. Quizá fuesen de edades parecidas, pero Vialina parecía una niña a su lado. Apenas llegaba a Espina a la altura del pecho, ya no digamos los hombros. Como si cayera en la cuenta de la extraña pareja que formaban, esta hincó una rodilla para poder tenderle el presente con un ángulo más apropiado, y las letras élficas grabadas en la tapa relucieron al recibir la luz.

—Lo siento.

—No lo sientas. Ojalá yo fuera alta.

Vialina abrió la tapa de la caja y escapó de nuevo aquella luz blanquecina, que la dejó boquiabierta. Brand notó que Rulf se tensaba a su lado, oyó a Koll ahogar un grito maravillado, a Fror musitar una oración sin aliento. Aunque había visto antes aquella luz, estiró el cuello intentando ver qué la emitía, pero la tapa estaba en medio.

—Qué hermosura —dijo la emperatriz con un suspiro, y acercó una mano.

Dio un respingo al tocar lo que fuera que había en su interior, y la luz de su rostro cambió del blanco al rosa y volvió a aclararse cuando apartó la mano de sopetón—. ¡Gran Diosa! ¿Todavía rueda?

—Rueda —dijo Skifr—. Os siente, emperatriz, y cambia para adaptarse a vuestro humor. Fue recuperada de las ruinas élficas de Strokom, que no ha hollado hombre alguno desde la Ruptura de la Diosa. Quizá no haya otra igual en el mundo.

—¿Es... seguro?

—Ningún objeto de auténtica maravilla puede ser seguro del todo. Pero es bastante seguro.

Vialina miró al interior de la caja y el brillo se reflejó en sus ojos desorbitados.

—Es un presente demasiado grandioso para mí.

—¿Cómo puede presente alguno ser demasiado grandioso para la Emperatriz del Sur? —preguntó Yarvi, dando un paso delicado hacia ella—. Con esto en vuestro brazo, resplandeceréis sin el menor asomo de duda.

—No hay palabras para describir su hermosura. Sin embargo, no puedo aceptarlo.

—Es un regalo entregado libremente...

Vialina le clavó una mirada que atravesó sus pestañas.

—Te he pedido que hables con sinceridad, padre Yarvi. —Y cerró la caja de golpe, apagando la luz al hacerlo—. No puedo ayudarte. Mi tía Teófora hizo promesas que no puedo incumplir. —Alzó al cielo su puño menudo—. ¡Soy la persona más poderosa del mundo! —Entonces rió y dejó caer el brazo—. Y no hay nada que pueda hacer. Nada que pueda hacer al respecto de nada. Mi tío tiene un acuerdo con la madre Scaer.

—Un gobernante debe arar su propio surco —dijo Yarvi.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, padre Yarvi. El suelo es muy pedregoso por estos lares.

—Podría ayudaros a labrarlo.

—Ojalá pudieras. Sumael dice que eres un buen hombre.

—Por encima de la media. —A la comisura de los labios de Sumael asomaba una sonrisita—. He conocido a hombres peores que tenían las dos manos.

—Sin embargo, no puedes ayudarme. Ni tú ni nadie. —Vialina volvió a ponerse la capucha y, con una última mirada a Espina, que seguía arrodillada con la caja en el centro del patio, la Emperatriz del Sur se volvió para marcharse—. Y lo siento, yo no puedo ayudarte a ti.

No era lo que todos habían esperado. Pero así son las esperanzas.

## MENUDA DIPLOMÁTICA

Skifr volvió a abalanzarse sobre ella, pero en esa ocasión encontró a Espina preparada. La anciana soltó un gruñido de sorpresa cuando el hacha de la joven le atrapó una bota y la hizo trastabillar. Bloqueó el siguiente golpe, pero el impacto le restó equilibrio y el ataque que vino a continuación le arrancó la espada de la mano y la tumbó de espaldas.

Incluso en el suelo, Skifr era peligrosa. Lanzó polvo con la bota a la cara de Espina, rodó y dio un tajo de precisión mortífera con el hacha. Pero su contrincante también estaba preparada para recibirlo, enganchó el arma de camino con su propia hacha y la envió rebotando hasta el rincón, se lanzó contra Skifr enseñando los dientes y la acorraló contra una columna. La punta de su espada hizo cosquillas en el cuello perlado de sudor de la anciana.

Skifr enarcó sus cejas grises.

—Buen presagio.

—¡He ganado! —bramó Espina, lanzando sus melladas armas de madera al cielo. Habían pasado meses desde la última vez que se permitió desear que un día derrotaría a Skifr. Incontables mañanas encajando golpes de remo mientras se alzaba la Madre Sol, incontables tardes intentando alcanzarla a ella con la barra a la luz del Padre Luna, incontables patadas y bofetones y resbalones en el fango. Pero lo había conseguido—. ¡La he derrotado!

—La has derrotado —dijo el padre Yarvi, asintiendo despacio con la cabeza.

Skifr enderezó las piernas con un gesto de dolor.

—Has derrotado a una abuela que ya lleva muchos años perdiendo facultades. Encontrarás desafíos más severos en el futuro. Pero... lo has hecho bien.

Has escuchado. Has trabajado. Te has vuelto letal. El padre Yarvi tenía razón.

—¿Cuándo no la tengo?

La sonrisa del clérigo se desvaneció cuando llamaron a la puerta. Inclinó la cabeza mirando a Koll y el chico abrió el cerrojo.

—Sumael —dijo Yarvi, recuperando la sonrisa como hacía siempre que ella los visitaba—. ¿Qué te trae...?

La mujer jadeaba cuando cruzó el umbral.

—La emperatriz desea hablar contigo.

Los ojos del padre Yarvi se ensancharon.

—Acudiré de inmediato.

—Contigo no. —Sumael estaba mirando a los ojos de Espina—. Contigo.

Brand había pasado la mayor parte de su vida sintiéndose fuera de lugar. Un mendigo entre ricos, un cobarde entre valientes, un necio entre sabios. Pero bastó una visita al palacio de la emperatriz para abrirle nuevas simas de devastadora insuficiencia.

—Dioses —susurró, como cada vez que doblaba otro recodo siguiendo a Espina y Sumael y llegaba a un nuevo pasillo de mármol o a una escalera dorada o a una cámara cavernosa, cada estancia más lujosa que la anterior. Cruzó de puntillas un corredor iluminado con velas altas como hombres. Había decenas, cada una de las cuales obtendría mejor precio en Thorlby que él, y las habían dejado encendidas por si pasaba alguien por allí de casualidad. Todo estaba enjoyado, bañado en plata, cubierto con paneles de rica madera o pintado. Miró una silla taraceada con una docena de tipos de madera y pensó en cuántas vidas debería gastar trabajando para poder permitirse una silla como esa. Se preguntó si estaría soñando, pero sabía que su imaginación no daba para todo aquello.

—Esperad aquí —dijo Sumael cuando llegaron a una sala redonda que

coronaba una escalera, con la pared de mármol completamente recubierta de tallas que representaban escenas de alguna historia, tan finas como las de Koll en el mástil—. No toquéis nada.

Y dejó a Brand solo con Espina. Era la primera vez desde aquel día en el mercado.

Y aquello había resultado de maravilla, claro.

—Vaya sitio —murmuró.

Espina estaba de espaldas a él y giró el cuello para mostrarle una esquirla de ceño arrugado.

—¿Para eso te ha enviado el padre Yarvi con nosotras, para comentar lo que salta a la vista de cualquiera?

—No sé para qué me ha enviado. —Se extendió un silencio helado—. Siento haberte apartado. El otro día. Eres mucho mejor luchadora que yo, así que debí dejar que controlaras tú la situación.

—Debiste —dijo ella sin mirarlo.

—Es que... creo que estás enfadada conmigo, y lo que sea que haya...

—¿Te parece que es buen momento?

—No. —Sabía que algunas cosas convenía no decirlas, pero no podía soportar la idea de que Espina lo odiara. Tenía que intentar arreglar las cosas—. Es que... —La miró de reojo y ella lo sorprendió al hacerlo, como había hecho muchas veces en las últimas semanas, pero en esa ocasión torció el gesto.

—¡Cierra la condenada boca! —rugió, pálida de furia, y parecía dispuesta a cerrársela a golpes si hacía falta.

Brand bajó la vista suelo, tan pulido que su propia cara afligida le devolvió la mirada estúpida, y se quedó sin palabras. ¿Qué podía responderse a aquello?

—Si ya habéis terminado, tortolitos —dijo Sumael desde la puerta—, la emperatriz espera.

—Ya lo creo que hemos terminado —escupió Espina mientras echaba a andar.

Sumael se encogió de hombros mirando a Brand, y dos guardias adustos le cerraron las puertas con un chasquido que sonaba definitivo.

Los jardines parecían salidos de un sueño, iluminados en colores extraños por el ocaso púrpura y la cambiante luz de las antorchas, procedente de llamas que bailaban en rejillas llenas de ascuas que enviaban chispas a revolotear con cada suspiro del viento. No había nada que todavía estuviera como lo habían creado los dioses: todo estaba distorsionado por la mano del hombre. La hierba estaba afeitada con tanto esmero como las mejillas de un pretendiente. Los árboles estaban podados para darles formas antinaturales, y se inclinaban bajo el peso de sus propias flores hinchadas de olor dulzón. También había pájaros piando desde las ramas retorcidas, y Espina se preguntó por qué no se marchaban volando hasta que vio que todos estaban encadenados a sus posaderos mediante hilos de plata tan finos como telarañas.

Había senderos de piedra blanca serpenteando entre estatuas de mujeres, de una severidad y delgadez imposibles, que sostenían pergaminos, libros y espadas. Emperatrices del pasado, supuso Espina, que se preguntaban quién había dejado pasar a aquel horror a medio rapar entre ellas. Los guardias ponían cara de hacerse la misma pregunta. Eran muchos, y cada espada y lanza brillante como un espejo la volvía más consciente de lo desarmada que estaba. Remontó una pendiente detrás de Sumael, rodearon un estanque con forma de estrella en el que caía cantando el agua cristalina de una fuente tallada con la forma de serpientes enroscadas, y llegaron a los escalones de una edificación extraña y pequeña, una cúpula alzada sobre columnas bajo la que había un banco curvado.

En el banco estaba sentada Vialina, Emperatriz del Sur.

Estaba muy cambiada desde su visita al palacio en ruinas del padre Yarvi. Tenía el pelo recogido por una brillante redecilla de oro y joyas. Su corpiño era todo espejos diminutos que relucían con los azules y los rosas del último sol, con los rojos y los naranjas de las llamas de antorcha. Desde una franja de pintura negra que le cruzaba el caballete de la nariz, sus ojos brillaban con más fuerza que

todo lo demás.

Espina no creía que hubiera estado nunca tan fuera de su elemento.

—¿Qué digo?

—Solo es una persona —respondió Sumael—. Háblale como a la persona que es.

—¿Y qué narices sé yo de hablar con personas?

—Tú sé sincera. —Sumael dio una palmada en la espalda de Espina y la envió trastabillando hacia delante—. Y hazlo ya.

Espina avanzó palmo a palmo hacia el escalón más bajo.

—Vuestra resplandecencia —dijo con voz aguda, intentando arrodillarse y cayendo en la cuenta de que era imposible en una escalinata.

—Llámame Vialina, y por favor, no te arrodilles. Hace una semana no importaba demasiado a nadie y todavía me pone nerviosa.

Espina se quedó quieta, incómoda a media genuflexión, y volvió arriba sin la suficiente seguridad para enderezar del todo la espalda.

—Dice Sumael que habéis enviado a...

—¿Cómo te llamas?

—Espina Bathu, vuestra...

—Vialina, por favor. Lo de Espina se explica solo. ¿Y el Bathu?

—Es el lugar donde mi padre se cobró una victoria grandiosa el día en que nací.

—¿Era guerrero?

—Un gran guerrero. —Espina llevó unos dedos torpes a la bolsita que llevaba al cuello—. Fue Escudo Elegido de una reina de Gettlandia.

—¿Y tu madre?

—Mi madre... desearía que yo no fuese yo. —Sumael le había dicho que fuera sincera, al fin y al cabo.

—La mía fue general y murió en batalla contra los alyukos.

—Bien por ella —dijo Espina, y se arrepintió al instante—. Aunque... no para vos. —No lo estaba mejorando en nada—. Supongo, vuestra resplandecencia... —Dejó la frase en el aire, sustituida por un vergonzante silencio. Menuda diplomática.

—Vialina. —La emperatriz dio una palmadita en el banco, a su lado—. Siéntate conmigo.

Espina subió hasta la pequeña pérgola, rodeó una mesa sobre la que había una fuente de plata con suficiente fruta perfecta para alimentar a un ejército y se acercó a una barandilla que le llegaba a la cintura.

—Dioses —dijo con un hilo de voz.

No había pensado mucho en la cantidad de escaleras que habían subido, pero en ese momento comprendió que estaban en el tejado de palacio. O al menos en el extremo de uno de sus tejados más altos, que caía a pico hasta más jardines, mucho más abajo. La Primera Ciudad se extendía bajo el cielo que se oscurecía más allá, un laberinto demente de edificios, de luces que titilaban en el ocaso azul, tantas como estrellas en el cielo. En la lejanía, al otro lado del espejo negro del estrecho, había otros grupos de luces. Otros pueblos, otras ciudades. Extrañas constelaciones, tenues en la distancia.

—Todo esto es vuestro —susurró Espina.

—Todo y nada. —Había algo en la forma de tensar la mandíbula que tenía Vialina, en el modo en que la proyectaba hacia delante con orgullo, que Espina creyó reconocer. Que había visto en el espejo de su madre, mucho tiempo atrás. Que le hizo pensar que la emperatriz también estaba acostumbrada a poner su cara valiente.

—Debe de ser todo un peso en vuestros hombros —dijo.

Los aludidos parecieron bajar un poco.

—Una carga considerable.

—Emperatriz, yo no sé nada de política. —Espina se sentó en el banco y adoptó una postura que esperó que fuese respetuosa, significara lo que significase eso, ya que nunca había estado muy cómoda sentada si no era frente a un remo—. No sé nada de la mayoría de las cosas. Os convendría mucho más hablar con el padre Yarvi...

—No quiero hablar de política.

Espina estaba tan incómoda que empezó a notar picores.

—Entonces...

—Eres mujer. —Vialina se inclinó hacia delante con las manos juntas en el regazo y los ojos fijos en la cara de Espina. Tan cerca que imponía. Más cerca que lo que Espina acostumbraba a tener a nadie, no digamos ya a una emperatriz.

—Eso me dice mi madre —farfulló—. Hay opiniones encontradas.

—Luchas contra hombres.

—Sí.

—Derrotas a hombres.

—A veces...

—¡Dice Sumael que puedes con tres a la vez! Tu tripulación te respeta, se les nota en la cara. Te temen.

—No sé si me respetan. Quizá me teman, vuestra...

—Vialina. Nunca he visto a una mujer luchar como tú. ¿Me permites? —Antes de que Espina pudiera responder, la emperatriz había posado la mano en su hombro y le había dado un apretón. La sorpresa inundó su rostro—. ¡Gran Diosa, parece madera! Debes de ser muy fuerte. —Bajó la mano, para gran alivio de Espina, y se quedó mirándola, pequeña y oscura en el mármol que había entre ellas—. Yo no lo soy.

—Bueno, nunca podrás vencer a un hombre fuerte con fuerza —musitó Espina.

Los ojos de la emperatriz subieron hasta los suyos, blancos entre aquella pintura negra, con las llamas de las antorchas reluciendo a los lados.

—¿Con qué, entonces?

—Debes golpear antes y ser rápida al hacerlo, debes ser más dura y más lista, debes estar siempre pendiente de atacar y debes luchar sin honor, sin conciencia y sin clemencia. —Eran palabras de Skifr, y no fue hasta haberlas pronunciado cuando Espina comprendió lo bien que las había aprendido, en qué medida las había hecho suyas, cuánto le había enseñado la anciana—. O eso tengo entendido, al menos.

Vialina chasqueó los dedos.

—Por eso te he enviado a buscar a ti. Para aprender cómo luchar contra hombres fuertes. No con espadas, pero los principios son los mismos. —Apoyó la barbilla en las manos, un ademán extraño por juvenil en una mujer que gobernaba medio mundo—. Mi tío no quiere que sea más que la bestia de proa de su barco. Aún menos, si acaso. Como mínimo, la bestia de proa corona la quilla.

—Nuestros barcos también tienen una a popa.

—Maravilloso. Entonces quiere que sea esa. Que me siente en el trono y sonría mientras él toma las decisiones. Pero me niego a ser su títere. —Cerró un puño y lo descargó en la mesa, aunque apenas movió el pequeño cuchillo de pelar fruta en su fuente—. Me niego, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, aunque... no creo que mi comprensión vaya a suponer mucha diferencia.

—No. Son los oídos de mi tío los que tengo que destapar. —La emperatriz miró con furia hacia el fondo de los jardines cada vez más oscuros—. Hoy le he llevado la contraria en el consejo. Tendrías que haberle visto la cara. No se habría sorprendido más si le hubiera clavado un puñal.

—Eso no podéis saberlo hasta que se lo clavéis.

—¡Por la Gran Diosa, no sabes cómo me encantaría! —Vialina le sonrió—. Seguro que a ti nadie quiere convertirte en títere, ¿verdad que no? ¡Seguro que nadie se atreve! Mírate. —Tenía una expresión que Espina no estaba acostumbrada a encontrar, casi de... admiración—. Eres... ya sabes...

—¿Fea? —murmuró Espina.

—¡No!

—¿Alta?

—No. Bueno, sí, pero quería decir libre.

—¿Libre? —Espina soltó un bufido incrédulo.

—¿No lo eres?

—Estoy atada por un juramento al padre Yarvi. Debo prestar cualquier servicio que él considere adecuado. Para pagar por... lo que hice.

—¿Qué hiciste?

Espina tragó saliva.

—Maté a un chico. Se llamaba Edwal, y no creo que mereciera morir, pero... lo maté, de todos modos.

Vialina era solo una persona, como había dicho Sumael, y a pesar de sus ropajes y su palacio, o quizá más bien por ellos, hubo algo en su mirada firme y solemne que sacó las palabras de Espina.

—Iban a aplastarme con piedras como castigo, pero el padre Yarvi me salvó. No sé por qué, pero me salvó. Y luego Skifr me enseñó a luchar. —Espina sonrió mientras se pasaba los dedos por el lado afeitado de la cabeza, recordando lo fuerte que se había creído entonces y lo débil que era—. Combatimos al Pueblo del Caballo en el Denegado. Maté a algunos de ellos, y luego vomité. Y luchamos contra unos hombres en el mercado, el otro día. Brand y yo. No sé seguro si los maté, pero querer, quería. Estaba enfadada por aquellas cuentas, supongo... —Dejó de hablar, comprendiendo que había dicho mucho más de lo que debería.

—¿Cuentas? —preguntó Vialina, con el caballete pintado de la nariz arrugado de incomprensión.

Espina carraspeó.

—No tiene importancia.

—Supongo que la libertad puede ser peligrosa —dijo la emperatriz.

—Digo yo que sí.

—Quizá miramos a los demás y vemos solo las cosas de las que carecemos.

—Supongo.

—Quizá por debajo todos nos sentimos débiles.

—Supongo.

—Pero aun así, tú luchas contra hombres y los derrotas.

Espina suspiró.

—En eso gano yo.

Vialina enumeró las lecciones tocando las puntas de sus menudos dedos.

—Entonces, velocidad al atacar, astucia y agresividad sin conciencia, honor ni clemencia.

Espina levantó las manos vacías.

—Actuar así me ha valido todo lo que tengo.

La emperatriz rió. Fue toda una risotada para venir de una mujer tan pequeña, alta y gozosa, con la boca muy abierta.

—¡Me caes bien, Espina Bathu!

—Formáis parte de un grupo muy reducido, entonces. A veces me da la impresión de que no para de menguar. —Espina sacó la caja y la sostuvo entre ellas—. El padre Yarvi me ha dado una cosa para vos.

—Ya le dije que no puedo aceptarla.

—Me ha dicho que os la entregue de todos modos.

Espina se mordió el labio mientras abría la caja y dejaba escapar la luz blanca, más extraña y más hermosa que nunca en la creciente penumbra. Los

bordes perfectos del brazalete élfico refulgieron como filos de daga, sus brillantes facetas de metal pulido titilaron a la luz de las lámparas, sus oscuros círculos dentro de círculos se movían en las imposibles profundidades que mostraba una esfera redonda de cristal. Era una reliquia de otro mundo, un mundo que había desaparecido hacía milenios, un objeto que dejaba los preciosos tesoros de palacio a la altura de meras baratijas, ordinarias como el fango.

Espina intentó volver su voz suave, persuasiva, diplomática. Salió más basta que nunca.

—El padre Yarvi es un buen hombre. Un hombre astucioso. Deberíais hablar con él.

—Ya lo hice. —Vialina apartó la mirada del brazalete y la pasó a los ojos de Espina—. Y tú deberías ir con cuidado. El padre Yarvi se parece a mi tío, creo yo. No hacen ningún regalo sin esperar nada a cambio. —Cerró la caja de golpe y la tomó de las manos de Espina—. Pero me lo quedaré, si es lo que quieres. Lleva mi agradecimiento al padre Yarvi. Pero dile que es todo lo que puedo darle.

—Eso haré. —Espina contempló el jardín mientras lo abandonaba la última luz y buscó algo que añadir, pero entonces se fijó en que allí donde antes había un guardia apostado junto a la fuente ahora solo quedaban sombras—. ¿Qué ha pasado con vuestros guardias?

—Es raro —dijo Vialina—. Ah, mira, ahí vienen más.

Espina contó a seis hombres que subían los escalones desde el extremo opuesto de los jardines. Seis soldados imperiales, con todas las armas y armaduras requeridas a su condición, que se acercaban raudos y ruidosos por el camino entre los círculos de luz de antorchas naranjas hacia la pequeña pérgola de la emperatriz. Los seguía un séptimo hombre, con oro en el peto de la coraza, plata en el cabello y una sonrisa más brillante que ambos metales en su atractivo rostro.

Era el duque Mikedas, que les dedicó un saludo garboso con la mano al verlas.

En ese momento Espina tuvo la sensación de que se le escurrían los intestinos del cuerpo. Buscó el cuchillito de pelar fruta en la fuente de plata y lo retiró con dos dedos. Era un arma lamentable, pero mejor que no tener ninguna.

Se puso en pie mientras los soldados rodeaban con paso rápido la fuente y

se situaban entre dos estatuas, y sintió que Vialina se levantaba a su lado mientras ellos se desplegaban. Espina reconoció a uno cuando el viento azuzó las brillantes ascuas y le iluminó un lado de la cara. Era el vansterlandés contra el que había luchado en el mercado, que tenía cortes y moratones en una mejilla y un hacha pesada en el puño.

El duque Mikedas hizo una profunda inclinación, pero tenía alzada una comisura de los labios y sus hombres no hicieron ademán alguno de respeto. Vialina habló en su idioma y el duque respondió, señalando a Espina con gesto lánguido.

—Excelencia —se obligó a decir entre dientes chirriantes—. Es un honor.

—Mis disculpas —respondió él en idioma común—. Estaba diciendo a su resplandecencia que no quería perderme tu visita. ¡Es todo un regalo encontraros solas a las dos!

—¿Por qué? —preguntó Vialina.

Las cejas del duque treparon altas en la frente.

—¡Han llegado intrusos norteños a la Primera Ciudad! Bárbaros venidos de Grutlandia, o como se llame. ¡Pretenden exportar sus ruines rencillas a nuestras costas! Han intentado abrir una brecha entre nosotros y nuestro aliado, el Alto Rey, que ha aceptado a nuestra Diosa Única en su corazón. Al no conseguirlo... —Negó con la cabeza, todo seriedad—. Han enviado una asesina a palacio. Una asesina antinatural que esperaba aprovecharse de la inocencia y la bondad de la imbécil de mi sobrina.

—Supongo que esa soy yo —dijo Espina con voz gutural.

—¡Oh, demonio con forma de mujer! O con algo parecido a la forma de una mujer, ya que eres demasiado... musculosa para mi gusto. ¿No decías que querías luchar contra dos de mis guardias? —Mikedas sonrió de oreja a oreja, durante todo el tiempo sus hombres no habían dejado de avanzar palmo a palmo, con el brillo de sus aceros desenfundados capturando la luz—. ¿Qué me dirías si fueran seis?

«El combatiente sabio parece siempre menos de lo que es.» Espina retrocedió un paso y se encogió, juntó los hombros y se dio una apariencia pequeña y miedosa, aunque se sentía llena de una extraña calma. Fue como si la Última Puerta no le pisara los talones abierta de par en par, sino que lo estuviera

observando todo desde fuera. Juzgó las distancias, examinó el terreno, las estatuas, las antorchas, la mesa, las columnas, los escalones, la larga caída que había tras las dos mujeres.

—Una emperatriz no debería correr tales riesgos con su seguridad —estaba diciendo el duque—, mas no desesperes, sobrina querida, ¡pues yo te vengaré!

—¿Por qué? —susurró Vialina. Espina casi alcanzaba a oler su miedo, y lo consideró útil. Eran dos chicas débiles, asustadas y desesperadas, y la mano que tenía a su espalda, apretaba con fuerza aquel cuchillo diminuto. «Para el luchador todo debe ser un arma.»

El duque volvió a torcer los labios.

—Porque has demostrado ser un tremendo grano en mi culo. A todos nos gusta que las chicas tengan genio, ¿verdad? —Proyectó el labio inferior y negó con la cabeza, decepcionado—. Pero todo tiene un límite. De verdad que lo tiene.

El padre de Espina le decía siempre: «Si pretendes matar, mata, no te pongas a hablar de ello». Por suerte para ella, el duque no sabía matar, sino que se dedicaba a parlotear, regodearse y saborear su poder, concediendo tiempo a Espina para estudiar a su enemigo, para elegir su mejor movimiento.

Consideró que el duque suponía una amenaza escasa. Llevaba espada y daga, pero dudó mucho que las hubiera desenfundado alguna vez. Los otros sabían lo que se hacían, sin embargo. Tenían buenas espadas ya en las manos, buenos escudos en los brazos y buenos puñales al cinto. Y también buenas armaduras, de cota de escamas que relucía en el anochecer, aunque tenían puntos débiles en la garganta, el interior de los codos y las corvas. Debía atacar en esos puntos.

Ella sola contra siete. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Era un desafío absurdo. Un desafío imposible. Pero era lo que había.

—Teófora nunca hacía lo que se le decía —siguió perorando el duque—, aunque claro, era yegua demasiado vieja para aprender a obedecer. De verdad confiaba en que una emperatriz de diecisiete años se dejara llevar por la brida. —Suspiró—. Pero hay ponis que no soportan que se los embride. Cocean, muerden y se niegan a aceptar jinete. Es mejor acabar con ellos antes de que tiren a su amo de la silla. El trono pasará ahora a tu prima Asta. —Enseñó aquellos dientes perfectos que tenía—. Tiene cuatro años. ¡Con una mujer así seguro que se puede trabajar! —

Cansado por fin de exhibir su inteligencia, ordenó avanzar a dos de sus hombres con un gesto perezoso—. Terminemos con esto.

Espina los observó mientras se acercaban. Uno tenía una nariz grande y rota muchas veces. El otro tenía la cara picada de viruelas y sonreía como si aquel asunto no le interesara. Llevaban la espada desenvainada pero no alzada cuando subieron el primer escalón. Era normal que estuvieran confiados. El problema era que lo estaban tanto que ni siquiera se les ocurrió que ella pudiera ofrecer resistencia.

Y Espina iba a ofrecer resistencia.

—Cuidado, excelencia —dijo el vansterlandés—. Es peligrosa.

—Por favor —resopló el duque—, si no es más que una cría. Pensaba que los norteños erais todo fuego y...

Los sabios esperan su momento, como le había dicho muchas veces el padre Yarvi, pero nunca lo dejan pasar. El hombre de la narizota subió otro escalón, arrugó los párpados cuando le alcanzó la luz de las antorchas de la pérgola y puso cara de leve sorpresa cuando Espina se abalanzó sobre él y le rajó la garganta con el cuchillo de la fruta.

Hizo el corte en ángulo para que la sangre salpicara al hombre de la cara picada, que contrajo el gesto. Fue solo un instante, pero bastó para que Espina sacara el cuchillo del Napias de su vaina mientras este daba un torpe paso atrás y lo hundiera bajo el borde del yelmo del Viruelas, en el hueco entre el cuello y la clavícula, hasta la empuñadura.

Le puso una bota en el pecho mientras él gorgoteaba y lo lanzó hacia atrás para hacerlo caer del primer escalón y enredarse con otros dos hombres. Asió su espada, cortándose la mano con el filo pero arrancándola de su débil garra, y pasó los dedos ensangrentados sobre los gavilanes para empuñarla como una daga. Aulló mientras daba un tajo ascendente que raspó el escudo del siguiente hombre, lo alcanzó bajo la mandíbula, la punta perdió inclinación al cruzarle la cara y le torció el yelmo en la cabeza.

El soldado retrocedió dando un chillido, perdiendo sangre entre los dedos que se había llevado al rostro, y tropezó con el duque, que dio un respingo y lo empujó hacia los arbustos, mirando las manchas negras de su coraza como si fuesen un insulto personal.

El Napias trastabillaba hacia atrás como un borracho, con más expresión de sorpresa que antes, afanándose en mantener cerrada la herida del cuello pero con todo su costado izquierdo empapado de oscura sangre. Espina supuso que podía olvidarse de él.

Haberse librado tan deprisa de tres soldados había sido toda una suertedearmas, pero la sorpresa había sido su única ventaja. Ya la había agotado y seguía superada en número cuatro a uno.

—¡Por la Diosa! —vociferó el duque, frotándose el peto ensangrentado con la capa—. ¡Matadlas!

Espina cedió terreno, manteniendo una columna a su izquierda a modo de escudo y alternando la mirada entre los hombres que se aproximaban, con los escudos, espadas y hachas ya más que dispuestos, todos duro acero y duros ojos que brillaban en rojo por la luz de las antorchas. Oyó a Vialina a su espalda, casi gimoteando con cada aliento entrecortado.

—¡Brand! —gritó a pleno pulmón—. ¡Brand!

# IRA

Brand estaba de pie, mirando la jarra de agua y las copas que había en la mesa, pensando que debían de ser para las visitas pero sin atreverse a tocarlas aunque tenía más sed que un hombre perdido en el desierto.

¿Y si eran para visitantes mejores que él?

Hizo girar los hombros en un intento vano de apartarse la camisa de la pegajosa piel. Dioses, qué calor, qué calor más incansable y agobiante, incluso con la noche que llegaba. Fue a la ventana, cerró los ojos e inspiró profundamente, sintiendo la brisa cálida en la cara y deseando que fuese el viento salado de Thorlby.

Se preguntó qué estaría haciendo Rin a aquellas horas. Miró el cielo iluminado por los últimos rayos de sol y envió una plegaria al Padre Paz para que cuidara de ella. En su anhelo de convertirse en guerrero, encontrar tripulación y conseguir una nueva familia se había olvidado de la que ya tenía. Desde luego que era un hombre de fiar. Podía confiarse en que lo echara todo a perder. Dio un largo suspiro.

Y en ese momento le llegó un débil sonido. Como si alguien lo llamara por su nombre. Al principio pensó que serían imaginaciones suyas, pero entonces volvió a llegar y estuvo seguro. Sonaba como Espina, y tal y como habían quedado las cosas entre ellos, no estaría llamándolo sin motivo.

Abrió la puerta de un empujón para avisar a los guardias.

No había guardias. Solo estaba el pasillo vacío, con unos escalones ensombrecidos al fondo. Le pareció oír ruidos de pelea y tuvo una punzada de preocupación. Metal, y gritos, y su nombre que volvía a ser gritado.

Empezó a correr.

Espina levantó la fuente de plata, volcando la fruta, y chilló al arrojársela al vansterlandés, que se encogió bajo su enorme hacha y se apartó desequilibrado cuando la fuente rebotó en su hombro y salió despedida hacia los arbustos.

Los pájaros cantores encadenados aletearon, piaron y revolotearon presas de un pánico indefenso, y Espina no se veía en una situación mucho mejor, acorralada como estaba en la jaula de las columnas de la pérgola. Junto al vansterlandés aún quedaban dos soldados en pie, uno alto y fibroso con un alcance del demonio y otro bajo y rechoncho con un cuello grueso como un árbol. El duque remoloneaba tras ellos, señalando a Espina con su daga y desgañitándose. Quizá fuese un hombre inteligente, pero también estaba acostumbrado a que todo saliera según sus planes.

—¿Te he manchado los zapatos de sangre? —le gritó Espina, desafiante—. ¿Eh, viejo hijo de puta?

Agarró una de las antorchas y la arrancó de su soporte sin hacer caso a las chispas que le quemaron el brazo.

Cuellodeárbol se lanzó al ataque y Espina bloqueó su espada con la suya, entrechocando aceros, le asestó un tajo que sacó astillas de su escudo y se apartó, intentando dejarse espacio para pensar en algo, pero resbaló con una pieza de fruta en la penumbra y cayó contra la mesa. Una espada se incrustó en su pierna, en el músculo de su muslo derecho, por encima de la rodilla. Dio una especie de gañido hacia dentro mientras el soldado alto liberaba la hoja de su carne y se preparaba para asestarle un nuevo espadazo.

«Vas a recibir golpes y, cuando eso ocurra, su fuerza no debe tambalearte, su dolor no debe restarte rapidez, su impacto no debe hacerte vacilar.» Atacó con la antorcha al soldado alto, que levantó su escudo justo a tiempo y bajó unos escalones al trote mientras de la rejilla metálica de la antorcha escapaban ascuas que le cayeron en la espalda como una lluvia de polvo brillante.

Se agachó por instinto y la espada de Cuellodeárbol pasó silbando sobre ella y tañó contra la columna más cercana, arrancando astillas de mármol que rodaron

y crearon un combate de sombras parpadeantes que esquivaban y apuñalaban a su alrededor. Espina descargó un golpe, pero le faltaba fuerza en la pierna y su espada rebotó en la hombrera del soldado y no lo detuvo más que un instante.

Vio su propia sangre negra y brillante a la luz de las antorchas, un reguero de manchas y salpicaduras que llevaban a la punta de la espada del hombre alto. Vio el rostro del duque retorcido por la rabia. Oyó a la emperatriz chillando algo por la barandilla, pidiendo una ayuda que no llegaría. Cuellodeárbol tenía el pie delantero en el escalón superior y unos ojos penetrantes fijos en ella por encima del brocal de su escudo. Larguirucho estaba dándose manotazos en la espalda, intentando sacudir las ascuas de su capa humeante.

Tenía que luchar, mientras aún le quedara sangre con la que hacerlo. Tenía que atacar, y debía hacerlo ya.

Se dio impulso con los brazos para apartarse de la mesa mientras Cuellodeárbol intentaba apuñalarla y descendió varios escalones saltando por encima de un cadáver. Su pierna herida cedió al volver al suelo, pero ya lo había previsto y aprovechó el impulso para rodar por debajo del potente mandoble de Larguirucho, tan cerca que el aire le removió el pelo, se alzó apoyando el peso en su lado bueno y segó al pasar.

Alcanzó a Larguirucho detrás de la rodilla y el soldado gimió, intentando darse la vuelta pero cayendo a cuatro patas delante de ella. Espina alzó el brazo, arqueó la espalda y descargó un poderoso espadazo en el yelmo del hombre. La fuerza del impacto le sacudió tanto el brazo que zumbaron hasta sus dientes, y la hoja se quebró en pedazos de acero que saltaron en todas las direcciones. Aun así, le dejó una buena mella en el yelmo y lo tumbó boca arriba, con espasmos en una pierna y la boca abierta en un silencioso bostezo. Espina renqueó hasta apoyarse en una estatua, sin soltar la espada rota de su mano cerrada.

Buena suertedearmas, habría dicho Odda, porque el vansterlandés eligió ese preciso momento para blandir su hacha contra Espina; falló por un pelo y arrancó un gran fragmento de mármol con el pesado filo. Ella apartó a su enemigo con la antorcha, que liberó al viento sus últimas chispas. La pierna le dolía, le palpitaba, se había quedado sin fuerzas.

Cuellodeárbol avanzó cauteloso hacia ella, con el escudo alzado. Siempre hay una manera, como solía decir el padre Yarvi, pero Espina no la encontraba. Estaba demasiado malherida. Lo tenía todo demasiado en contra. Asió con fuerza

aquella espada rota, enseñó los dientes, mostró al soldado su cara más valiente. Olió flores. Flores y sangre.

—Llega tu muerte —susurró.

Vialina chilló mientras se abalanzaba entre las columnas y saltaba a la espalda del soldado bajo, le pasaba un brazo en torno al cuello de buey y le agarraba la muñeca de la mano que sujetaba la espada. El hombre intentó quitársela de encima, agitando el escudo, pero al hacerlo dejó una abertura. Espina se arrojó contra él y su rodilla izquierda cedió, provocándole un relámpago de dolor en toda la pierna, logró aferrarse a su armadura al caer y se levantó de nuevo, para dar un grito inarticulado mientras le clavaba el filo quebrado bajo la barbilla. El soldado pronunció borbotones de sangre y la emperatriz chilló cuando ambos cayeron encima de ella.

Espina rodó justo a tiempo y la pesada hacha del vansterlandés brilló junto a ella, atravesó la malla de Cuellodeárbol y se clavó con fuerza en su pecho. Mientras el guerrero se afanaba en liberar su hoja, Espina medio se arrastró, medio se levantó a saltos con la respiración ardiendo en su pecho jadeante.

—¡Brand! —chilló con voz rasposa.

Oyó un paso tras ella, se agachó mientras se volvía y captó un destello metálico. El duque le dio un puñetazo en la mejilla que le giró la cabeza, un golpe que no fue potente en absoluto, pues apenas logró desequilibrarla.

Asió el peto dorado de su coraza.

—¿Es lo mejor que sabes hacer? —masculló, pero las palabras eran sangre que cayó por su barbilla.

Tenía algo en la boca. Algo frío y duro cruzado con su lengua. Entonces comprendió que el duque la había apuñalado. Le había clavado la daga y le había atravesado con ella la cara, entre las mandíbulas, y todavía no había soltado la empuñadura.

Cruzaron las miradas en la oscuridad, ambos reacios a creer lo que había ocurrido. Ambos reacios a creer que Espina siguiera en pie. Entonces, a la tenue luz de las antorchas, vio que la mirada de Mikedas se endurecía.

Sintió el filo moverse dentro de su boca cuando él intentó liberarlo y

mordió, mientras pateaba al duque en un costado con la pierna herida y volvía la cabeza, retorciendo el puño ensangrentado de la daga y separándolo de sus dedos sin fuerza. Le dio un empujón desmañado y trastabilló a un lado mientras el vansterlandés intentaba alcanzarla con su hacha, que le rozó el hombro y taló una lluvia de hojas de los arbustos. Regresó cojeando hacia la fuente.

Todo el mundo tiene un plan hasta que empieza a sangrar, y ella estaba sangrando. Notaba el calor en la pierna y la humedad en el rostro. Ya no había planes que valieran. Bufó una vaharada rojiza.

Subió una mano al puño de la daga y la sacó de sus mejillas. Salió con bastante facilidad, aunque quizá se llevara un diente con ella. Dioses, qué mareada estaba. Su pierna ya no palpitaba; se había quedado entumecida. Entumecida, empapada y con la rodilla temblorosa. Oía el chapoteo dentro de sus pantalones ensangrentados.

Tenía sueño.

Sacudió la cabeza en un intento de espabilar, pero solo logró empeorar las cosas y los borrosos jardines oscilaron a un lado y al otro.

El duque Mikedas había desenfundado su espada y estaba apartando el cadáver del hombre de cuello grueso para llegar hasta la emperatriz.

Espina hizo ondear el puñal, pero pesaba demasiado. Era como si tuviera un yunque colgado de la punta. Las antorchas daban fogonazos y parpadeaban y danzaban.

—Ven aquí —intentó graznar con la lengua hinchada, y no logró sacar las palabras en torno a ella.

El vansterlandés sonrió mientras la hacía retroceder hacia la fuente.

Espina tropezó, se agarró a algo, le flaqueó la rodilla y apenas logró mantener la espalda erguida.

Rodilla en el agua. Peces dando coletazos en la oscuridad.

Vialina volvió a chillar. Empezaba a quedarse sin voz de tanto hacerlo.

El vansterlandés meneó su hacha adelante y atrás y la enorme hoja reflejó la

luz y dejó manchas de color naranja en la emborronada visión de Espina.

La emperatriz le había dicho que no se arrodillara, pero no era capaz de levantarse.

Oyó su propia respiración, sibilante, sibilante.

No sonaba demasiado bien.

Dioses, qué cansada estaba.

—Brand —gorgoteó.

Subió la escalera corriendo.

Entrevió un jardín oscurecido, un camino de piedras blancas entre árboles en flor, estatuas y hombres muertos diseminados entre las sombras, alrededor de una fuente iluminada por antorchas.

Vio a Espina arrodillada en ella, aferrando una piedra húmeda que estaba tallada con la forma de serpientes, con una daga en la otra mano. Su cara manchada de rojo, su ropa hecha jirones y pegada al cuerpo, el agua rosada por la sangre.

Un hombre se alzaba sobre ella con un hacha en la mano. El vansterlandés del mercado.

Brand hizo el sonido de una caldera hirviendo. Un sonido que nunca antes había emitido ni había oído emitir a hombre alguno.

Embistió por el camino como un buey a la carga y, mientras el vansterlandés se volvía con los ojos desorbitados, Brand impactó contra él, lo levantó del suelo como un vendaval del norte se lleva una hoja y lo estampó a la carrera contra una estatua.

El golpe fue tan fuerte que pareció sacudir el mundo. Tan fuerte que hizo repiquetear los dientes de Brand en su cabeza. Tan fuerte que la estatua se partió

por la cintura y el torso cayó para hacerse polvorientos añicos sobre la hierba.

Quizá Brand podría haber oído el gimoteo tembloroso del vansterlandés, si la sangre no estuviera atronando dentro de su cráneo como la Madre Mar en un día de tempestad, dejándolo sordo, ciego. Cogió la cabeza del guerrero con las dos manos y la hizo impactar contra el pedestal de mármol, dos veces, tres, cuatro, haciendo saltar esquirlas hasta que dejó el cráneo torcido y aplanado y Brand lanzó al camino los restos destrozados del hombre.

Espina se había desplomado contra la fuente, con la cara de todos los colores que no debían ser, una palidez cerúlea con franjas de sangre en la piel y las mejillas destrozadas, la boca y la barbilla llenos de coágulos negros.

—¡Atrás! —chilló alguien. Era un hombre mayor con un peto dorado y la cara brillante de sudor. Tenía un brazo en torno al cuello de la emperatriz Vialina y una espada enjoyada apuntando a la garganta, pero era demasiado larga para resultar efectiva—. ¡Soy el duque Mikedas! —vociferó, como si el nombre fuese un escudo.

Pero un nombre es solo un nombre. Brand desnudó los dientes y dio un paso adelante, el gruñido de su garganta ardiendo como fuego de dragón, y apartó un cadáver de un puntapié.

El duque separó el arma del cuello de Vialina y señaló a Brand con su punta temblorosa.

—Te lo advierto, no te...

La emperatriz le asió la mano, mordió y se retorció para soltarse mientras él chillaba. El duque alzó la hoja, pero Brand ya había caído sobre él, con su garganta emitiendo de nuevo aquel sonido a medio camino entre un aullido y un quejido gorgoteante, sin pensar en hacer el bien ni en vivir en la luz, ni en nada que no fuese partir a aquel hombre en pedazos con sus propias manos.

La espada le rozó la cabeza y rebotó en un hombro. Quizá cortara y quizá no; a Brand le traía sin cuidado. Sus brazos rodearon con fuerza al duque, como un candado al cerrarse de golpe. Era un hombre corpulento, pero Brand una vez había sostenido el peso de un barco con sus hombros. Alzó a Mikedas en volandas como si tan solo estuviera hecho de paja.

Dio cuatro zancadas que despertaron ecos en el jardín oscuro, mientras

levantaba al duque cada vez más alto.

—¡No puedes...! —chilló, y Brand lo arrojó al vacío.

Rozó la barandilla de piedra. Pareció quedar suspendido un momento en el aire, perfilado contra el cielo del ocaso, perplejo, con la espada todavía en la mano. Su chillido se transformó en un gorgoteo rasposo y se precipitó haciendo aspavientos hasta perderse de vista.

—Diosa —dijo Vialina con un hilo de voz.

Llegó un crujido desde muy abajo cuando su tío se destrozó contra el suelo. Luego un largo traqueteo.

Luego el silencio.

## DEUDAS Y PROMESAS

Espina abrió los ojos y estaba oscuro.

¿Sería la oscuridad del otro lado de la Última Puerta?

Intentó moverse y ahogó un grito de dolor.

Si algo bueno tenía la muerte era que ya no había más dolor, ¿verdad?

Notó vendajes en su cara, recordó la sacudida cuando el puñal del duque Mikedas le atravesó la boca y dio un gimoteo áspero con la garganta seca como huesos viejos.

Reparó en una rendija brillante, apartó las mantas y despacio, muy, muy despacio, bajó las piernas del lecho. Tenía todo el cuerpo lleno de magulladuras, apaleado y acuchillado por terribles calambres. Protestó al intentar apoyar peso en la pierna izquierda y el dolor le incendió el muslo, se elevó a su espalda y descendió a su rodilla.

Se movió cojeando y a saltitos, apoyada en la pared, débil como un potrillo recién nacido que da sus primeros pasos tambaleantes. Dioses, qué dolor en la pierna, pero cuando lo acusó, dioses, qué dolor en la cara, y cuando ese le provocó un gemido, dioses, qué dolor en el pecho, en la garganta, en los ojos al anegarse de lágrimas, y llegó a aquella tira de luz, la luz que entraba por debajo de una puerta, y la abrió de un manotazo.

Siguió adelante con una mano alzada para escudar sus ojos irritados, que parecían mirar al sol cegador aun cuando solo había una vela encendida. Una gruesa vela en cuya cera estaban clavados unos pasadores de pelo largos y enjoyados. Vio yeso desmigajado, ropas caídas que proyectaban largas sombras en los tablones, los oscuros pliegues de una cama deshecha...

Se quedó petrificada. Una espalda de piel oscura, una espalda desnuda, esbeltos músculos tensándose. Oyó un lento gemido, la voz de una mujer y un hombre juntas, y vio un brazo blanquecino que ascendía acariciando aquella espalda, un brazo largo y desaprovechado que terminaba en una mano contrahecha que solo tenía el muñón de un dedo.

—Uh —graznó con los ojos como platos, y entonces la cabeza de la mujer se volvió de sopetón. Cabello negro caído en la cara, una cicatriz en el labio superior y una muesca que revelaba un triángulo de diente blanco. Sumael, con el padre Yarvi debajo de ella.

»Uh. —Espina no podía avanzar, no podía retroceder y se quedó con la mirada fija en el suelo, ardiendo de dolor y vergüenza, intentando tragar pero sintiendo que jamás volvería a haber saliva en el doloroso hueco de su boca.

—Estás despierta. —El padre Yarvi salió de la cama y se puso unos pantalones.

«¿Lo estoy?», quiso preguntar, pero solo salió un:

—Uh.

—Vuelve a la cama antes de que te empiece a sangrar esa pierna.

El clérigo la rodeó con un brazo y la ayudó a regresar dando torpes saltitos a la oscuridad de la que provenía.

Espina no pudo resistirse a echar un vistazo por encima del hombro mientras cruzaban el umbral, y vio a Sumael desperezarse, desnuda como ni no hubiera nada más normal en el mundo, mirándola de soslayo con ojos entrecerrados.

—¿Te duele? —preguntó el padre Yarvi mientras la ayudaba a tumbarse.

—Uh —protestó ella.

Cayó agua en una copa y una cucharilla tintineó para disolver algo en ella.

—Bébete esto.

Sabía peor que mal, y le hizo arder la boca desgarrada, la lengua hinchada y

la garganta seca, pero se obligó a tragar, y por lo menos después fue capaz de componer palabras.

—Creía —dijo casi sin voz, mientras él volvía a subirle las piernas al lecho y comprobaba las vendas de su muslo— que habías hecho... un juramento.

—Hice demasiados. Tengo que incumplir algunos para mantener otros.

—¿Quién decide con cuáles te quedas?

—Me quedo con el primero. —Y cerró los dedos de su mano buena e hizo de ella un puño—. Vengarme de los asesinos de mi padre.

Empezaba a estar muy somnolienta.

—Creía... que lo hiciste... hace mucho tiempo.

—De algunos sí. No de todos. —Yarvi la arropó con las mantas—. Y ahora a dormir, Espina.

Sus ojos se cerraron poco a poco.

—No te levantes.

—Vuestra resplandecencia...

—Por el amor de la Diosa, llámame Vialina. —La emperatriz tenía raspaduras en la mejilla, pero ninguna otra señal de su roce con la Muerte.

—Debería...

Espina contrajo el rostro al intentar incorporarse. Vialina le puso la mano en el hombro y, con suavidad pero también con gran firmeza, devolvió su espalda a la cama.

—No te levantes. Considéralo un edicto imperial. —Por una vez, Espina decidió no rebelarse—. ¿Estás muy malherida?

Se le ocurrió responder que no, aunque la mentira difícilmente habría resultado convincente. Se encogió de hombros, y hasta ese leve ademán le dolió.

—El padre Yarvi dice que me curaré.

La emperatriz bajó la mirada como si le doliera a ella, sin apartar la mano del hombro de Espina.

—Te quedarán cicatrices.

—Son de esperar, en una guerrera.

—Me has salvado la vida.

—Me habrían matado a mí antes.

—Entonces, nos has salvado la vida a las dos.

—Brand tuvo algo que ver, por lo que me han contado.

—Y a él ya se lo he agradecido. Pero a ti no. —Vialina respiró hondo—. He disuelto la alianza con el Alto Rey. He enviado aves a la abuela Wexen comunicándole que, a pesar de los dioses que adoremos, todo enemigo de Gettlandia es mi enemigo y todo amigo de Gettlandia es mi amigo.

Espina parpadeó.

—Sois muy generosa.

—Ahora puedo permitirme serlo. Mi tío gobernaba un imperio dentro del imperio, pero sin él se ha desvanecido como humo en el viento. He seguido tu consejo y he atacado deprisa y sin piedad. Estoy purgando mi consejo de traidores, y también mi guardia. —La dureza asomó a su rostro y Espina se alegró de no ser enemiga de Vialina—. Algunos han huido de la ciudad, pero les daremos caza.

—Seréis una gran emperatriz —dijo Espina con un hilo de voz.

—Si mi tío me ha enseñado algo es que una emperatriz solo es tan grande como aquellos que la rodean.

—Tenéis a Sumael, y tenéis...

Vialina le apretó el hombro y la observó fijamente con su mirada más solemne e inquisitiva.

—¿Te quedarías?

—¿Quedarme?

—¿Como mi guardaespaldas, quizá? ¿Verdad que las reinas los tienen, en el norte? ¿Cómo los llamáis?

—Escudos Elegidos —susurró Espina.

—Lo que era tu padre. Has demostrado que estás más que cualificada.

Ser Escudo Elegido. Y de la Emperatriz del Sur. Estar al hombro de la mujer que gobernaba medio mundo. Espina buscó la bolsita que llevaba al cuello y palpó los viejos bultos que contenía, imaginando el orgullo de su padre al oírlo. ¿Qué canciones se cantarían sobre ello en las posadas llenas de humo, en las casas estrechas y en el gran Salón de los Dioses de Thorlby?

El pensamiento le provocó una oleada de nostalgia, tan poderosa que estuvo a punto de ahogarla.

—Tengo que volver. Añoro los acantilados grises. Añoro el mar gris. Añoro el frío. —Notó lágrimas en los ojos y parpadeó para dejarlas correr—. Echo de menos a mi madre. Y pronuncié un juramento.

—No todos los juramentos son dignos de cumplirse.

—No se cumple un juramento por el juramento, sino por ti misma. —Eran palabras de su padre, susurradas junto al fuego mucho tiempo atrás—. Ojalá pudiera partirme en dos.

Vialina inspiró entre los dientes.

—Media guardaespaldas no me serviría de nada. Pero ya sabía lo que ibas a responderme. No eres mujer a la que se pueda retener, Espina Bathu, ni siquiera con una cadena dorada. Quizá un día volverás por iniciativa propia. Hasta entonces, tengo un regalo para ti. Solo he podido encontrar uno que haga justicia al servicio que me has prestado.

Y sacó un objeto que inundó de un brillo blanquecino el rostro de Espina, que despertó una chispa en sus ojos y que detuvo su respiración en la garganta. Era el brazalete élfico que Skifr había sacado de las profundidades de Strokom, donde ningún hombre había osado adentrarse desde la Ruptura de la Diosa. El regalo que el *Viento del Sur* había transportado desde tan lejos por los ríos Divino y Denegado. Algo demasiado grandioso para que lo llevara puesto incluso una emperatriz.

—¿Yo? —Espina se retorció en la cama, intentando apartarse de él—. ¡No! ¡No, no, no!

—Es mío para regalar, bien ganado y entregado con libertad.

—No puedo aceptarlo...

—Nadie rechaza nada a la Emperatriz del Sur. —La voz de Vialina tenía un matiz férreo, y alzó el mentón y miró a Espina con una intensidad y una autoridad que no admitían réplica—. ¿En qué mano?

Sin decir nada, Espina levantó la izquierda y ella le pasó el brazalete élfico por ella y lo cerró con un chasquido que sonaba a definitivo. La luz de su ventana redonda brilló con más fuerza y cambió a un blanco azulado, desde un metal tan perfecto como una resplandeciente joya tallada bajo cuyo cristal giraban lentos círculos dentro de círculos. Espina lo miró con una mezcla de asombro y horror. Era una reliquia que no tenía precio. No existían palabras que describieran su hermosura. Y ahora estaba cerrado sobre su ridícula y huesuda muñeca, con el extravagante esplendor de un diamante en una boñiga.

Vialina sonrió y por fin le soltó el hombro.

—Te queda bien.

La podadora chasqueó sobre el lado izquierdo del cráneo de Espina y el pelo cayó flotando a su hombro, a su pierna vendada, a los adoquines del patio.

—¿Te acuerdas de la primera vez que te rapé la cabeza? —preguntó Skifr—. ¡Aullaste como un lobato!

Espina recogió un mechón de pelo y lo hizo volar de un soplido.

—Por lo visto, es posible acostumbrarse a todo.

—Con el suficiente esfuerzo. —La anciana dejó la podadora a un lado y le sacudió el pelo cortado—. Con el suficiente sudor, sangre y entrenamiento.

Espina recorrió con la lengua el desconocido interior de su boca, rugoso por los puntos, y se inclinó para soltar un escupitajo rosa.

—Sangre sí que puedo darte. —Extendió la pierna con un gesto de dolor que hizo brillar en rabioso púrpura el brazalete élfico—. Pero ahora mismo entrenar sería un poco difícil.

Skifr se sentó, con un brazo en los hombros de Espina y frotándose su propia cabeza rapada con la otra mano.

—Tú y yo ya hemos entrenado por última vez, querida mía.

—¿Qué?

—Tengo asuntos que debo atender. Llevo demasiado tiempo sin prestar atención a mis propios hijos, hijas, nietos y nietas. Y solo el necio más recalcitrante del mundo se atrevería a negar que he hecho lo que me pidió el padre Yarvi, volverte letal. O ayudar a que te volvieras letal tú sola, al menos.

Espina clavó la mirada en Skifr, con una sensación de vacío en el estómago.

—¿Te marchas?

—No hay nada que dure para siempre. Pero eso significa que ahora puedo contarte cosas que antes no podía. —Skifr le dio un abrazo fuerte y de olor extraño—. He tenido veintidós discípulos en total, y nunca he estado más orgullosa de ninguno que de ti. —Retrocedió, sosteniendo a Espina con los brazos extendidos—. Has demostrado ser fuerte, por dentro y por fuera. Una compañera leal. Una luchadora temible. Te has ganado el respeto de tus amigos y el miedo de tus enemigos. Lo has exigido. Lo has impuesto.

—Pero... —murmuró Espina, mucho más conmovida por los cumplidos que por los golpes—. Aún me queda mucho que aprender.

—Un luchador nunca deja de aprender. Pero las mejores lecciones son las que se enseña a sí mismo. Ha llegado el momento de que te conviertas en maestra. —Y Skifr le tendió su hacha, con letras en cinco idiomas grabadas en la larga hoja—. Esto es para ti.

Espina había soñado con ser dueña de un arma como aquella. Era digna de las canciones de héroes. En ese momento la cogió entumecida, la dejó reposar en su regazo y bajó la mirada hacia el filo brillante.

—Para el luchador todo debe ser un arma —musitó—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

La anciana se inclinó hacia ella con los ojos brillantes y la agarró con fuerza.

—¡Cualquier cosa! ¡Todo! ¡Soy una profetisa bastante potable, y vaticino que te esperan grandes cosas! —Su voz se elevó más y más alta, más y más intensa, y señaló el cielo con un dedo puntiagudo—. ¡Volveremos a encontrarnos, Espina Bathu, al otro lado de la Última Puerta si no en este, y escucharé emocionada los relatos de tus grandiosas gestas, y me enorgulleceré de haber tenido mi pequeño papel en ellas!

—Y tanto que lo harás —dijo Espina, sorbiéndose las lágrimas.

Había despreciado a aquella mujer. La había odiado, y temido, y maldecido su nombre a lo largo de todo el Divino y el Denegado. Y ahora la quería como a una madre.

—Cuídate, querida mía. Es más, prepárate.

La mano de Skifr salió disparada, pero Espina la atrapó por la muñeca antes de que pudiera darle una bofetada y la sostuvo temblorosa entre las dos.

Skifr sonrió de oreja a oreja.

—Y ataca siempre primero.

El padre Yarvi sonrió mientras retiraba los vendajes.

—Bien. Muy bien. —Hizo un poco de presión en sus mejillas irritadas con las puntas de los dedos—. Estás sanando bien. Ya caminas.

—Ya me tambaleo como una borracha.

—Tienes suerte, Espina. Tienes mucha suerte.

—Sin duda. No apuñalan en la cara a todas las chicas.

—¡Y un duque de sangre real, nada menos!

—Los dioses me han sonreído, ya lo creo que sí.

—Podría haberte atravesado un ojo. Podría haberte atravesado el cuello. —Empezó a limpiarle la cara con un paño que olía a hierbas amargas—. En general, yo preferiría tener cicatrices que estar muerto. ¿Tú no?

Espina metió la lengua en el hueco salado que había dejado su diente perdido. En aquellos momentos le costaba mucho esfuerzo considerarse afortunada.

—¿Cómo están las cicatrices? Dime la verdad.

—Tardarán en curarse, pero creo que sanarán del todo. Son una estrella en el lado izquierdo y una flecha en el derecho. Seguro que tiene algún significado. Podría habérnoslo explicado Skifr, que tenía ojo para los portentos.

Espina no la necesitaba para conocer el futuro de su rostro.

—Seré monstruosa, ¿verdad?

—Conozco a gente con deformidades más horribles. —Y Yarvi le puso la mano contrahecha delante de la cara y dejó que el único dedo se balanceara—. La próxima vez, esquiva el filo.

Espina bufó.

—Es fácil de decir. ¿Alguna vez te has enfrentado a siete hombres?

Cayeron gotas en el cuenco humeante cuando Yarvi escurrió el paño, y el agua ganó una tonalidad rosada.

—Nunca pude derrotar ni a uno.

—Una vez te vi ganar una pelea.

Yarvi se detuvo.

—¿Ah, sí?

—Cuando eras rey, te vi luchar contra Keimdal en el cuadrado. —Él la miró fijamente un instante, pillado a contrapié, para variar—. Y cuando perdiste, pediste luchar otra vez contra él y enviaste al Escudo Elegido de tu madre en tu lugar. Hurik hizo morder la arena a Keimdal en tu nombre.

—Un guerrero lucha —dijo Yarvi, casi para sus adentros—. Un rey ordena.

—Un clérigo también.

Empezó a untarle algo en la cara que hizo que le escocieran los puntos.

—Ahora me acuerdo de ti. Una chica morena que observaba los lances.

—Entonces ya eras un hombre astucioso.

—Tenía que serlo.

—Tu expedición a la Primera Ciudad ha resultado mejor de lo que habría podido esperar cualquiera.

—Gracias a ti. —Desenrolló una venda—. Has logrado lo que ningún diplomático podría conseguir y has convertido al Imperio del Sur en aliado. Casi has hecho que me alegre de no haberte aplastado con piedras. Y tienes tu recompensa. —Dio un golpecito en el brazalete élfico, cuya tenue luz se filtraba por su manga.

—Lo devolvería si pudiera abrirlo.

—Skifr dice que no puede abrirse. Pero deberías llevarlo con orgullo. Te lo has ganado con creces. Puede que ya no sea hijo de mi madre, pero sigo teniendo su sangre en las venas. Recuerdo mis deudas, Espina, igual que tú recuerdas las tuyas.

—Estos días he tenido mucho tiempo para recordar. Me he acordado de Trovenlandia.

—Otra alianza con la que nadie habría podido soñar.

—Parece que tienes la costumbre de salir con ellas bajo el brazo. He estado pensando en el hombre que envenenó el agua.

—¿El que mataste?

Espina clavó la mirada en sus ojos de color azul claro.

—¿Estaba a tu servicio?

La expresión del padre Yarvi no reveló sorpresa, ni confirmó ni negó sus palabras. Le aplicó las vendas en la cabeza como si no hubiera preguntado nada.

—Un hombre astucioso —siguió diciendo Espina—, necesitado de aliados y conocedor del genio que gasta el rey Fynn, podría haber organizado algo similar.

Yarvi pasó un alfiler con suavidad entre los vendajes para mantenerlos firmes.

—Y una chica impulsiva, una espina clavada en el culo del mundo, sin darse cuenta, podría haberse visto atrapada en los engranajes de un plan como ese.

—Podría ocurrir.

—A ti tampoco te falta astucia. —El padre Yarvi guardó las vendas y el cuchillo en su bolsa con gestos meticulosos—. Pero debes saber que un hombre astucioso nunca desvelaría sus maquinaciones. Ni siquiera a sus amigos. —Le dio una palmada en el hombro y se puso de pie—. «Mantén las mentiras con el mismo cuidado que el grano para el invierno», me decía siempre mi vieja maestra. Y ahora, a descansar.

—Padre Yarvi. —El clérigo se volvió, una silueta negra destacada en el brillante contorno de la puerta—. Si no hubiera matado a ese envenenador..., ¿quién se habría bebido el agua?

Hubo un silencio, y la luz que tenía detrás el padre Yarvi impidió que Espina le viera la cara.

—Hay preguntas que es mejor no hacer, Espina. Y sin duda las hay que es mejor no responder.

—Rulf está reuniendo otra vez a la tripulación. —Brand apartó un poco de polvo invisible con la punta de su bota—. Hay pocos hombres nuevos, así que veremos las mismas caras de siempre. Koll dice que no puede esperar a tallar la otra cara del mástil, y Dosduvoi está planteándose predicar la palabra de la Diosa Única en el norte. Fror también vuelve con nosotros.

Espina se tocó las vendas con un dedo.

—Supongo que ahora la gente me preguntará a mí cómo me hice las cicatrices, ¿eh?

—Marcas de heroína —dijo Brand, rascando las que serpenteaban por sus propios antebrazos—. Las marcas de una gran hazaña.

—Y tampoco es que mi aspecto fuera nunca mi punto fuerte, ¿verdad? —Otro silencio incómodo—. El padre Yarvi me contó que mataste al duque Mikedas.

Espina no podía decir que echara de menos a aquel hombre, pero Brand torció el gesto como si el recuerdo estuviera lejos de ser agradable.

—Lo mató el suelo. Yo solo hice las presentaciones.

—No pareces muy orgulloso.

—No. No estoy seguro de ser un favorito de la Madre Guerra como tú. No tengo tu...

—¿Furia?

—Iba a decir coraje. Furia tengo de sobra. Ya me gustaría no tenerla.

—El padre Yarvi dice que me trajiste de vuelta. Dice que me salvaste la vida.

—Es lo que debe hacer un compañero de remo.

—Te lo agradezco de todas formas.

Brand miró al suelo, se mordió el labio y, por último, alzó la vista hacia ella.

—Lo siento. Lo que fuera que hice. Siento... —Volvía a tener aquella mirada desvalida suya, pero en vez de provocarle deseos de abrazarlo, le provocó deseos de darle un puñetazo—. Lo siento.

—No es culpa tuya —dijo ella con voz tensa—. Las cosas son así y punto.

—Me gustaría que fueran de otro modo.

—A mí también. —Estaba demasiado cansada, demasiado irritada, demasiado dolorida por dentro y por fuera para intentar suavizar las cosas—. Tampoco puedes obligar a nadie a que le gustes, ¿verdad?

—Supongo que no —respondió él con una vocecita dócil que le dio más ganas de darle un puñetazo—. Hemos pasado juntos por muchas cosas, tú y yo. Espero que aún podamos ser amigos.

Espina obligó a su voz a sonar fría. Fría y afilada como una hoja desenvainada. Era eso o arriesgarse a estallar en lágrimas, y eso sí que no.

—No creo que vaya a poder, Brand. No veo que las cosas puedan volver a ser como eran.

Sus labios cayeron, apenados. Como si el que había salido herido fuese él. Era culpabilidad, casi a ciencia cierta, y Espina deseó que fuese un buen aguijonazo. Deseó que fuese la mitad de fuerte que el que sentía ella.

—De ti depende. —Brand le dio la espalda—. Yo estaré ahí, si me necesitas.

La puerta se cerró y Espina le enseñó los dientes, lo que hizo que le doliera la cara, y notó lágrimas en los ojos y las apartó con violencia. No era justo. No era justo en absoluto, pero supuso que el amor era incluso más injusto que el campo de batalla.

Ya había sido demasiado engañarse a sí misma una vez. Tenía que desbrozar aquellas esperanzas antes de que enraizaran. Tenía que aniquilar las semillas. Tan pronto como pudo, fue cojeando a hablar con Rulf y le pidió que la sentara en un remo distinto para el trayecto de vuelta a casa.

Al menos eso se lo debían, ¿verdad?

## EXTRAÑOS COMPAÑEROS DE CAMA

—¿Te marchas, entonces? —preguntó Sumael mientras cruzaban el pasillo entre los ecos de sus pasos firmes.

—Antes de que acabe la semana —dijo el padre Yarvi—. Puede que ya no podamos llegar a casa antes de que se congele el Divino. Siempre puedes venir con nosotros. No finjas que no echas de menos las nieves del norte.

Ella se echó a reír.

—Sí, no hay un solo día templado en el que no desee volver a congelarme hasta casi morir. Siempre puedes quedarte con nosotros. ¿No te gusta el sol sureño?

—Soy un poco demasiado pálido. Me quemo antes de ponerme moreno. —Dejó escapar un suspiro entrecortado—. Y tengo un juramento que cumplir.

La sonrisa de Sumael se deshizo.

—Creía que no te tomabas tan en serio tus juramentos.

—Este sí —dijo el padre Yarvi.

—¿Romperás el mundo para cumplirlo?

—Espero que la cosa no llegue a tanto.

Sumael dio un bufido.

—Ya sabes cómo son las esperanzas.

—Yo sí —murmuró Brand. Tenía la sensación de que había dos

conversaciones paralelas, una a simple vista y la otra oculta. Pero nunca se le habían dado muy bien las conversaciones, ni las cosas que no podía ver, de modo que guardó silencio. Como de costumbre.

Sumael abrió una puerta acompañada del chirrido de bisagras oxidadas y Brand vio unos escalones bastos que se hundían en la oscuridad.

—Está ahí abajo.

El pasaje abovedado que había al pie de la escalera estaba recubierto de moho, y algo huyó reptando de la titilante luz de la antorcha de Brand.

—Tú sígueme la corriente —dijo Yarvi.

Brand asintió con expresión cansada.

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

Se detuvieron ante unos barrotes. Brand vio el leve brillo de unos ojos en las sombras y se acercó, levantando la antorcha.

La madre Scaer, que una vez fue clériga de Vansterlandia y luego emisaria de la abuela Wexen, estaba sentada con la espalda apoyada en una pared de piedra enmohecida, con la cabeza afeitada girada a un lado, los antebrazos tatuados apoyados en las rodillas y sus largas piernas colgando. Tenía cinco brazaletes élficos en una muñeca, todos oro y cristal y brillante metal pulido. Antes Brand se habría quedado atónito al verlos, pero en ese momento le parecieron unos trastos pobres, chillones y rotos al lado del que llevaba Espina.

—¡Ah, padre Yarvi! —La madre Scaer extendió una larga pierna hacia ellos, haciendo tintinear la cadena que partía de un grillete de hierro en su tobillo descalzo—. ¿Has venido a regodearte?

—Quizá un poco. ¿Podrías culparme? A fin de cuentas, conspiraste para asesinar a la emperatriz Vialina.

La clériga siseó.

—Yo no tuve nada que ver con eso. La abuela Wexen me envió aquí para impedir que esa vejiga inflada de arrogancia que era el duque Mikedas hiciese alguna tontería.

—¿Y qué tal salió?

La madre Scaer levantó unos eslabones a modo de respuesta, y luego los dejó caer en su regazo.

—Deberías saber mejor que nadie que un buen clérigo da los mejores consejos que sabe, pero al final el gobernante hace lo que hace. ¿A ese te lo has traído para asustarme? —Los ojos azules de la madre Scaer se posaron en Brand, que aun teniendo los barrotes entre ellos se estremeció—. No da miedo.

—Al contrario, lo he traído para que estés más tranquila. La que da miedo se hizo unos arañazos matando a siete hombres cuando salvó a la emperatriz y frustró todos vuestros planes. —Brand no señaló que a dos de aquellos hombres los había matado él. No se enorgullecía de haberlo hecho, y empezaba a tener la sensación de que no era la historia que todo el mundo quería contar—. Pero está sanando bien. Tal vez pueda asustarte más adelante.

La madre Scaer apartó la mirada.

—Los dos sabemos que no hay un «más adelante» para mí. Tendría que haberte matado en Amwend.

—Querías dejar allí mis entrañas para los cuervos, me acuerdo. Pero Grom-gil-Gorm dijo: «¿Por qué matar lo que se puede vender?».

—Su primer error. Cometió un segundo al confiar en ti.

—Bueno, al igual que el rey Uthil, Gorm es un guerrero y los guerreros suelen preferir la acción a la reflexión. Para eso necesitan clérigos. Por eso él tiene tanta necesidad de tus consejos. Y sospecho que por eso la abuela Wexen se empeñó tanto en apartarte de su lado.

—Ahora ya no le seré de ninguna ayuda —dijo la madre Scaer—. Entre tú, la abuela Wexen y el duque Mikedas lo habéis hecho imposible.

—Ah, no sabría decirte —replicó Yarvi—. Voy a volver por el río Divino antes de que acabe la semana. Regreso al mar Quebrado. —Frunció los labios y les dio unos toquecitos con el dedo índice—. Que una nueva pasajera siguiera su viaje hasta Vulsgard no sería demasiado problema, ¿verdad, Brand?

—No demasiado —respondió él.

Yarvi enarcó las cejas como si se le acabara de ocurrir la idea.

—¿Crees que queda algo de espacio para la madre Scaer?

—Hemos perdido a una mujer calva y misteriosa. —Brand se encogió de hombros—. Tenemos sitio para otra.

La clériga de Gorm los miró adusta. Estaba interesada, pero no quería que se le notara.

—No juegues conmigo, chico.

—Nunca fui muy bueno jugando —dijo Brand—. Tuve una infancia corta.

La madre Scaer desplegó sus largas extremidades con lentitud, se levantó y caminó chapoteando descalza en la piedra mojada hasta que las cadenas se tensaron, y entonces se inclinó un poco más hacia ellos, mientras las sombras cambiaban en los valles de su rostro esquelético.

—¿Me estás ofreciendo mi vida, padre Yarvi?

—La tengo en mis manos, y no le veo mejor uso.

—Vaya. —Las cejas de la madre Scaer treparon muy altas en su frente—. Qué cebo más sabroso. Y no tendrá un anzuelo dentro, supongo.

Yarvi también se inclinó hacia los barrotes, de modo que las caras de los dos clérigos quedaron a menos de dos palmos de distancia.

—Quiero aliados.

—¿Contra el Alto Rey? ¿Qué aliados podría procurarte yo?

—En nuestra tripulación tenemos a un vansterlandés. Es un buen hombre. Fuerte al remo, fuerte en la muralla. ¿No te parece, Brand?

—Fuerte al remo. —Brand recordó a Fror entonando a voz en grito el *Cantar de Bail* en aquella colina sobre el río Denegado—. Fuerte en la muralla.

—Verlo combatir junto a hombres de Gettlandia me hizo darme cuenta otra vez de lo mucho que nos parecemos —dijo Yarvi—. Rezamos a los mismos dioses

bajo los mismos cielos. Cantamos las mismas canciones en el mismo idioma. Y ambos sufrimos bajo el yugo cada vez más pesado del Alto Rey.

El labio de la madre Scaer se curvó.

—Y querrías librar a Vansterlandia de sus ataduras, ¿verdad?

—¿Por qué no? Siempre que al mismo tiempo libere a Gettlandia de las suyas. No me gustó llevar la argolla de esclavo de una capitana de galera. Me gusta aún menos ser esclavo de un viejo tonto y baboso que vive en Casa Skeken.

—¿Una alianza entre Gettlandia y Vansterlandia? —Brand negó con la cabeza, entristecido—. Llevamos luchando unos contra otros desde antes de que hubiera un Alto Rey. Desde antes de que existiera Gettlandia. Me parece una locura.

Yarvi volvió la cabeza hacia él y le lanzó una fugaz mirada de advertencia.

—La línea que separa a un hombre loco de uno astucioso siempre ha sido muy fina.

—El chico tiene razón. —La madre Scaer pasó los brazos por entre los barrotes y se quedó prendida de ellos igual que un borracho de un viejo amigo—. Hay antiguas enemistades entre nosotros, y odios profundos...

—Hay rencillas ruines entre nosotros, y una ignorancia frívola. Deja las palabras airadas para los guerreros, madre Scaer; tú y yo somos más sensatos. La abuela Wexen es nuestra auténtica enemiga. Es quien te arrancó de tu lugar para que le hicieras de esclava. A ella le trae sin cuidado Vansterlandia, y Gettlandia, y todos nosotros. Solo se preocupa de su propio poder.

La madre Scaer dejó caer la cabeza a un lado y entrecerró sus ojos azules.

—Nunca vencerás. Es demasiado fuerte.

—El duque Mikedas era demasiado fuerte, y tanto su poder como su cráneo yacen hechos trizas.

Los ojos de la clériga se entrecerraron más.

—El rey Uthil nunca lo aceptará.

—Deja que me preocupe yo del rey Uthil.

Y aún más.

—Grom-gil-Gorm nunca lo aceptará.

—No te subestimes, madre Scaer. Yo no pongo en duda que tu capacidad de persuasión es formidable.

Ya eran meras rendijas azules.

—Me parece que menos que la tuya, padre Yarvi. —De pronto abrió los ojos del todo y extendió la mano entre los barrotes tan deprisa que Brand retrocedió por instinto y estuvo a punto de soltar la antorcha—. Acepto tu oferta.

El padre Yarvi le estrechó la mano y ella, más fuerte de lo que parecía, lo atrajo hacia sí.

—Debes comprender que no puedo prometer nada.

—Estoy menos interesado en las promesas de lo que lo estuve una vez. La forma de doblegar a una persona para que cumpla tu voluntad es ofrecerle lo que ella quiere, no obligarla a pronunciar un juramento. —Yarvi retorció la mano hasta liberarla—. En el Divino hará frío cuando avance el año. Yo me llevaría ropa de abrigo.

Mientras se alejaban en la oscuridad, el padre Yarvi puso una mano en el hombro de Brand.

—Lo has hecho bien.

—Apenas he dicho nada.

—No. Pero lo primero que aprende un orador sabio es a guardar silencio. Te sorprendería saber cuánta gente inteligente no llega a aprender esa lección en su vida.

Sumael los esperaba en la puerta.

—¿Has conseguido lo que querías?

Yarvi se detuvo frente a ella.

—Todo lo que quería y mucho más de lo que merecía. Pero ahora parece que debo dejarlo atrás.

—El destino puede ser cruel.

—A menudo lo es.

—Podrías quedarte.

—Podrías venirte.

—Pero al final todos debemos ser lo que somos. Yo soy consejera de una emperatriz.

—Yo soy clérigo de un rey. Los dos tenemos nuestras cargas.

Sumael sonrió.

—Y si te toca levantar una carga...

—Más te vale levantarla que echarte a llorar.

—Te echaré de menos, Yarvi.

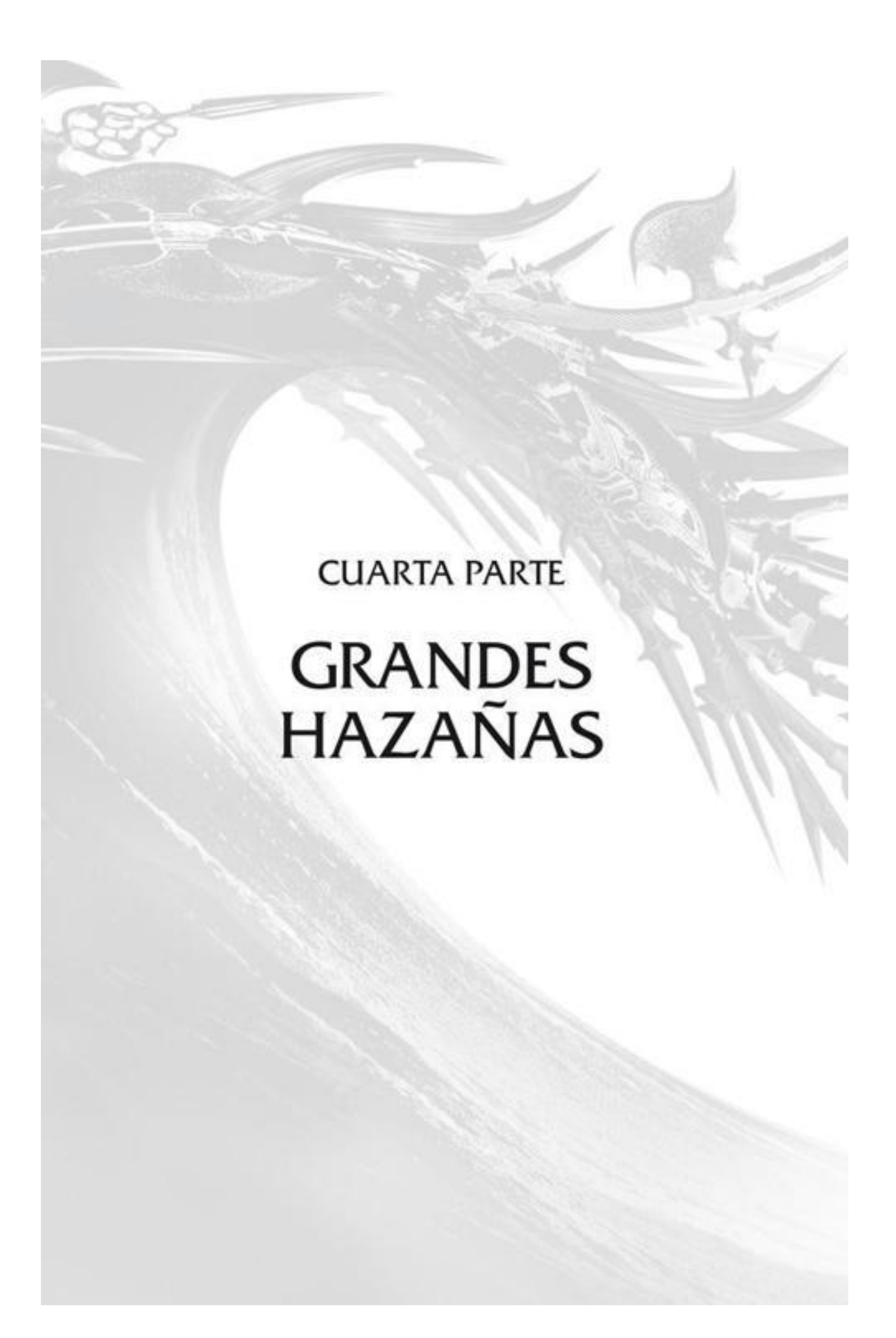
—Será como si dejara atrás la mejor parte de mí.

Se miraron un momento más y entonces Sumael hizo una inspiración.

—Buena suerte en la travesía. —Y se marchó con paso firme y los hombros cuadrados.

El padre Yarvi descompuso el rostro y se apoyó contra la puerta como si temiera caer. Brand estuvo a punto de ofrecerle una mano, pero lo primero que aprende un orador sabio es a guardar silencio. El clérigo no tardó en recuperarse sin ayuda.

—Reúne a la tripulación, Brand —dijo—. Nos queda mucho camino por delante.



CUARTA PARTE

# GRANDES HAZAÑAS

# DESPEDIDAS

Espina desmontó su remo del luchadero y dio una última caricia cariñosa con las yemas de los dedos a la madera lustrada por el sudor.

—Aquí nos despedimos, amigo mío.

Sin embargo, el remo solo le mostró indiferencia, por lo que, con un último suspiro, ella sacó su cofre de mar al embarcadero y saltó la borda tras él.

La Madre Sol sonreía a Thorlby desde un cielo despejado, y Espina cerró los ojos y levantó la cara, con una sonrisa cuando la brisa salada le besó las cicatrices de las mejillas.

—Así es como debería ser el clima —susurró, recordando el calor asfixiante de la Primera Ciudad.

—Mírate. —Rulf se detuvo a mitad de nudo en la amarra de proa para menear la cabeza rala, maravillado—. Cuesta creer lo mucho que has crecido desde que te sentaste por primera vez a mi palo de popa. Y no solo en altura.

—De chica a mujer —corroboró el padre Yarvi, desembarcando del *Viento del Sur*.

—De mujer a heroína —dijo Dosduvoi, y dio un abrazo a Espina que amenazó con partirle las costillas—. ¿Te acuerdas de la canción sobre ti que cantaba aquella tripulación trovenlandesa en el Divino? ¡La mujer-demonio que mató a diez guerreros y salvó a la Emperatriz del Sur! ¡La mujer que respira fuego y tiene cara de relámpago!

—Con una serpiente por cola, ¿no era así? —preguntó Fror con voz grave, guiñándole su ojo más pequeño.

—Con la de tiempo que me he pasado mirándote el culo —reflexionó Koll— y no me he fijado nunca en esa co... ¡Au! —Su madre le había dado un coscorrón.

Dosduvoi todavía estaba riendo por los trovenlandeses.

—¡Qué caras pusieron al darse cuenta de que estabas sentada delante de ellos!

—Y entonces te suplicaron luchar contra ti. —Rulf rió con él—. Menudos cazurros.

—Se lo advertimos —masculló Fror—. ¿Qué fue lo que les dijiste, Safrit?

—Que tal vez Espina no respire fuego, pero iban a salir escaldados de todos modos.

—¡Y les pateó sus blancos culos uno tras otro y tiró a su capitán al río! —gritó Koll, que había saltado a la regala del barco y tenía los brazos extendidos para equilibrarse.

—Menos mal que no se ahogó, con todo aquel hielo —dijo Rulf.

A pesar del calor, el recuerdo provocó un escalofrío a Espina.

—Dioses, qué frío hacía allá arriba, en el Divino.

El hielo había llegado temprano, crepitante contra la quilla del barco, y solo una semana al norte de las largas cuestas había vuelto impracticable el río. Habían tenido que voltear de nuevo el *Viento del Sur* y convertirlo en salón, y habían vivido allí apiñados como ovejas en invierno durante dos meses gélidos.

Espina seguía entrenando tanto como si pudiera oír la voz de Skifr. Más, tal vez. Luchaba contra Dosduvoi, Fror, Koll y Rulf, pero aunque veía a Brand observándolos, nunca le pidió un lance.

Todavía se levantaba a la hora en que la habría despertado Skifr. Antes, tal vez. Miraba al suelo en la helada oscuridad, entre el vapor de su aliento, lo veía allí tumbado con el pecho subiendo y bajando en movimientos lentos y deseaba poder tenderse a su lado y sentir el calor como hacía antes. En lugar de ello, se obligaba a salir al frío amargo y correr por el desierto blanco, apretando los dientes por el dolor de la pierna, con el brazalete élfico iluminado de un blanco glacial y las

volutas de la hoguera de la tripulación como única mancha en el gran cielo blanco.

Tenía lo que siempre había querido. Por mucho que pudieran decir Hunnan y los suyos, era una guerrera probada, tenía un lugar privilegiado en la tripulación de un clérigo y se cantaban canciones de sus grandes hazañas. Había enviado a una docena de hombres al otro lado de la Última Puerta. La había condecorado con una alhaja de valor incalculable la mujer más poderosa del mundo. Y aquella era su cosecha.

Trescientas leguas de nada y soledad.

Espina siempre había sido más feliz sola, pero había llegado a estar tan harta de ella como todos. De modo que abrazó a Safrit con fuerza en los muelles de Thorlby; bajó a Koll de la borda y le revolvió el pelo indomable mientras él se retorcía, avergonzado; dio un beso a Rulf en la calva de la coronilla, y atrajo a Dosduvoi y Fror hacia ella para darles un maloliente abrazo entre forcejeos. Un gigante malcarado y un vansterlandés con una cicatriz enorme, ambos oliendo a estiércol y dando más miedo que lobos cuando los conoció, ambos convertidos con el tiempo en casi hermanos para ella.

—Que los dioses me perdonen, pero voy a echar de menos a estos dos cabrones tan feos.

—¿Quién sabe? —dijo la madre Scaer, aún tendida con las piernas cruzadas entre el cargamento, donde había pasado casi todo el viaje de vuelta—. Nuestros caminos podrían volver a cruzarse antes de que pase demasiado tiempo.

—Esperemos que no —dijo Espina entre dientes. Miró los familiares rostros de sus compañeros e hizo un último intento—. ¿Cómo te hiciste la cicatriz, Fror?

El vansterlandés abrió la boca como si se dispusiera a hacer uno de sus chistes. Siempre tenía preparado el siguiente, al fin y al cabo. Entonces sus ojos cayeron un instante a las cicatrices de las mejillas de Espina y se quedó quieto, pensativo. Inspiró hondo y la miró fijamente.

—Yo tenía doce años. Los gettlandeses llegaron antes del amanecer. Se llevaron a la mayoría de los aldeanos como esclavos. Mi madre se resistió y la mataron. Yo intenté huir, y su líder me cortó con su espada. Me dio por muerto y me dejó sin nada, salvo esta cicatriz.

Allí estaba la verdad, pues, y era bastante espantosa. Pero había algo más en

la forma de mirarla que tenía Fror. Algo que erizó los pelillos de la nuca de Espina. Su voz flaqueó un poco al hacer la pregunta.

—¿Quién era su líder?

—Lo llamaban el Acantilado.

Espina tocó la espada que llevaba al cinto. La espada que había pertenecido a su padre.

—¿Fue esta espada, entonces?

—Los dioses cocinan extrañas recetas.

—¡Pero has navegado con gettlandeses! ¡Has luchado junto a mí! ¿Y todo este tiempo sabías que era su hija?

—Y me alegro de haberlo hecho. —Fror se encogió de hombros—. La venganza solo camina en círculos. Parte de la sangre y regresa a la sangre. La Muerte nos espera a todos. Puedes seguir tu camino hacia ella inclinado por el peso de la rabia, como hice yo durante muchos años. Puedes permitir que te envenene. —Inspiró con fuerza y dejó que saliera el aire en un suspiro—. O puedes liberarte de ella. Cuídate, Espina Bathu.

—Tú también —musitó ella, sin saber qué decir. Sin saber qué pensar.

Miró por última vez el *Viento del Sur*, ahora amansado en el embarcadero. Miró la pintura descascarillada de las palomas blancas montadas a proa y a popa. Ese barco había sido su hogar durante un año. Su mejor amigo y su peor enemigo, del que conocía hasta el último tablón y remache. Parecía un barco diferente al que se los había llevado desde Thorlby. Envejecido y desgastado, con más cicatrices y más experiencia. Un poco como Espina. Le dedicó un último y respetuoso asentimiento con la cabeza, izó su cofre de mar al hombro, dio media vuelta...

Y allí estaba Brand, tan cerca que casi alcanzaba a oler su aliento, arremangado para que se vieran las cicatrices serpenteantes de sus antebrazos, más fuerte, más callado y más guapo que nunca.

—Supongo que ya nos veremos —dijo él.

Tenía los ojos fijos en ella, brillando detrás de los mechones de pelo que le

caían delante de la cara. Espina tuvo la sensación de que había pasado buena parte de los últimos seis meses intentando no pensar en él, que era exactamente tan malo como pensar en él pero con la frustración añadida de fracasar en evitarlo. Era difícil olvidar a alguien cuando estaba tres remos por delante. Su hombro moviéndose con cada brazada. Su codo apoyado en el remo inerte. Una franja de su cara cuando miraba atrás.

—Sí —murmuró, bajando la vista al suelo—. Supongo.

Y lo rodeó, recorrió los tablones del embarcadero, que cedieron un poco bajo sus pasos, y se marchó.

Quizá fuera insensible dejar las cosas así después de lo mucho que habían pasado. Quizá fuera cobarde. Pero tenía que dejarlo atrás, y dejar atrás su decepción, su vergüenza y su idiotez con él. Cuando algo debe hacerse, lo único que se gana posponiéndolo es dolor.

Dioses, empezaba a sonar igualita que Skifr.

La idea la complació bastante.

Thorlby estaba cambiada. Todo era mucho más pequeño que en sus recuerdos. Más gris. Más vacío. Los muelles no estaban ni mucho menos tan abarrotados como antes, y solo albergaban a unos pocos pescadores que trabajaban con sus capturas, cuyas escamas brillaban plateadas al saltar. Había guerreros de guardia en la puerta, pero eran jóvenes, y Espina se preguntó qué estarían haciendo los demás. Conocía a uno de ellos del cuadrado de entrenamiento, y los ojos del chico se ensancharon como jarras de cerveza cuando Espina pasó dándose aires junto a él.

—¿Es ella? —oyó que susurraba alguien.

—Espina Bathu —dijo una mujer en voz baja y medida, como si estuviera pronunciando un sortilegio.

—¿Esa de la que cantan?

Su leyenda la había precedido, ¡increíble! Así que Espina cuadró los hombros, puso su cara más valiente y dejó que se acentuara el vaivén de su brazo izquierdo, donde brillaba el brazalete élfico. Reflejaba la luz del sol y refulgía con su propia luz.

Subió la calle de los Yunques y los clientes se giraron para contemplarla, los martillazos cesaron, los herreros salieron para mirar y Espina silbó una canción mientras andaba, la canción que habían cantado aquellos trovenlandeses sobre una mujer-demonio que había salvado a la Emperatriz del Sur.

¿Por qué no? ¿Acaso no se lo había ganado?

Ascendió los empinados callejones que había recorrido en sentido inverso siguiendo al padre Yarvi desde las mazmorras de la ciudadela con destino a Casa Skeken, a Kalyiv, a la Primera Ciudad. Pensó que parecían haber pasado cien años mientras doblaba una esquina hacia un estrecho callejón del que conocía hasta la última piedra.

Escuchó unos murmullos a su espalda y reparó en que había acumulado un pequeño séquito de niños, que la miraban anonadados desde la esquina. Igual que los que habían seguido a su padre cuando estaba en Thorlby. Hizo lo que hacía siempre él: los saludó con alegría. Después hizo lo que hacía siempre él: les enseñó los dientes y siseó, provocando chillidos y una desbandada.

Skifr decía siempre que la historia transcurre en círculos.

La casa estrecha, el escalón desgastado por el centro, la puerta que su padre había tallado sin maña, todo estaba igual y, sin embargo, de algún modo logró ponerla nerviosa. Alzó el brazo para abrir la puerta con el corazón desbocado, pero en el último momento cerró el puño y llamó. Se quedó allí plantada, esperando, incómoda como un ladrón, aunque fuera su propia casa, con los dedos cerrados con fuerza en torno a la bolsita que llevaba al cuello, pensando en lo que le había dicho Fror.

Quizá su padre no hubiera sido del todo el héroe por el que ella siempre lo había tenido. Quizá su madre tampoco fuese del todo la villana. Quizá nadie fuese del todo una cosa o la otra.

Fue su madre quien abrió. ¿Quién iba a ser sino? Se le hizo extraño verla igual que antes, con todo lo que había ocurrido. Como mucho tenía alguna cana más, y Espina volvió a sentirse como una niña, tachonando una cara valiente sobre su rabia y su miedo.

—Madre...

Intentó arreglarse el lado enmarañado de la cabeza, tirando de los anillos de

oro y plata que ceñían su cabello indomable. Fue en vano, porque aquel matojo no podía peinarse ni con un hacha. Se preguntó qué atacaría primero la lengua de su madre. ¿La locura de su pelo, la fealdad de sus cicatrices, el desastre de sus ropas, o quizá...?

—¡Hild! —La cara de la mujer se iluminó de gozo y abrazó a Espina con tanta fuerza que esta casi gritó de sorpresa. Luego se separó, sosteniéndola con los brazos extendidos, y la miró de arriba abajo, sonriente, y después volvió a abrazarla—. Ay, perdona, Espina.

—Tú puedes llamarme Hild. Si quieres. —Espina hizo un intento de carcajada—. Me gusta cómo suena cuando lo dices tú.

—Antes no te gustaba.

—Este año han cambiado muchas cosas.

—Aquí también. La guerra con los vansterlandeses, la enfermedad del rey, la abuela Wexen impidiendo que lleguen barcos al puerto... Pero ya habrá tiempo para eso más tarde.

—Sí. —Espina cerró la puerta despacio y apoyó la espalda en ella. En ese momento cayó en la cuenta de lo agotada que estaba. Tanto, que estuvo a punto de dejar que su culo resbalara al suelo allí mismo, en la entrada.

—Se os esperaba hace semanas. Ya empezaba a preocuparme. Bueno, empecé a preocuparme el día en que zarpaste...

—Nos quedamos atrapados en el hielo.

—Debería haber sabido que hace falta más que medio mundo para mantener apartada a mi hija. Has crecido. ¡Dioses, cómo has crecido!

—¿No vas a decir nada del pelo?

Su madre acercó la mano, le colocó una greña suelta detrás de la oreja y tocó las cicatrices de sus mejillas suavemente con las yemas de los dedos.

—Lo único que me importa es que estás viva. He oído algunas historias descabelladas sobre... ¡Padre Paz! ¿Qué es eso? —Su madre tomó la muñeca de Espina y la luz del brazalete élfico le iluminó la cara y despertó reflejos dorados en

sus ojos.

—Eso —respondió Espina en voz baja— es una larga historia.

## REENCUENTROS

Brand dijo que ayudaría a descargar el *Viento del Sur*.

Quizá fue por hacer el bien. Quizá fue porque aún no podía soportar la idea de abandonar la tripulación. Quizá fue porque le daba miedo ver a Rin. Temía que le hubiera pasado algo malo estando él fuera. Temía que pudiera culparlo a él.

De modo que dijo que, siempre que no tuviera que levantar el barco, ayudaría a descargarlo, y se convenció de que aquello era hacer el bien. No hay muchos buenos gestos que no tengan clavada una astilla de egoísmo, al fin y al cabo.

Cuando terminaron de descargar y media tripulación ya se había dispersado, abrazó a Fror, a Dosduvoi y a Rulf, y todos se rieron de cosas que había dicho Odda mientras remontaban el Divino. Rieron mientras la Madre Sol caía hacia las colinas de más allá de Thorlby y las sombras se espesaban en las tallas que cubrían el mástil entero, desde la base hasta la espiga.

—Has hecho un trabajo de categoría con ese mástil, Koll —dijo Brand, mirándolo con el cuello estirado.

—Es el relato de nuestra travesía. —Koll había cambiado mucho desde que soltaran amarras en aquel embarcadero. Seguía raudo e inquieto como siempre, pero tenía más grave la voz, más marcados los rasgos y más seguras las manos, con las que acarició las tallas de árboles, y ríos, y barcos, y figuras entrelazadas con gran pericia entre ellas—. Thorlby está aquí, en la base, el Divino y el Denegado fluyen hacia arriba por esta cara y hacia abajo por la otra, y la Primera Ciudad está en la espiga. Aquí cruzamos el mar Quebrado. Aquí Brand iza el barco. Aquí conocemos a Jenner el Azul.

—¿A que es un chico listo? —dijo Safrit, abrazándolo fuerte—. Menos mal

que no te caíste de la condenada gavia y desparramaste los sesos en cubierta.

—Menos mal —musitó Brand, contemplando el mástil más maravillado que nunca.

Koll señaló más figuras.

—Skifr envía a la Muerte por la llanura. El príncipe Varoslaf encadena el Denegado. Espina combate a siete hombres. El padre Yarvi llega a un acuerdo con la emperatriz y... —Se arrodilló, hizo unos retoques a una figura arrodillada de la base con su cuchillo desgastado y sopló las virutas—. Aquí estoy yo, ahora, terminándolo. —Se apartó sonriendo de oreja a oreja—. Hecho.

—Es una obra maestra —dijo el padre Yarvi, pasando su mano contrahecha por las tallas—. Quiero hacer que lo monten en el patio de la ciudadela, para que todos los gettlandeses vean las grandes hazañas que se han llevado a cabo en su nombre, entre las que no es poca la gran hazaña de tallarlo.

Las sonrisas se desvanecieron entonces y los ojos se empañaron de lágrimas, porque todos comprendieron que el viaje había terminado y su pequeña familia iba a dispersarse. Aquellos cuyas sendas se habían entrelazado tan ceñidas en una sola y gran travesía seguirían sus propios caminos, se esparcirían como hojas en un vendaval hasta quién sabía qué puertos lejanos, y quedaba en manos de los caprichosos dioses decidir si sus senderos volverían a cruzarse alguna vez.

—Mala suerte —dijo Dosduvoi entre dientes, negando despacio con la cabeza—. Encuentras amigos y luego se apartan de tu vida otra vez. Mala, mala suerte...

—¿Quieres dejar de parlotear ya sobre la suerte, tonto de remate? —saltó Safrit—. Mi marido tuvo la mala suerte de que se lo llevaran los esclavistas, pero nunca dejó de esforzarse en volver a mí, nunca renunció a la esperanza y murió luchando hasta el final por sus compañeros de remo.

—Sí que lo hizo —dijo Rulf.

—Me salvó la vida —dijo el padre Yarvi.

—Para que tú pudieras salvar la mía y la de mi hijo. —La mujer empujó el brazo de Dosduvoi e hizo tintinear los aros de plata que llevaba en la muñeca izquierda—. ¡Mira todo lo que tienes! ¡Tu fuerza, tu salud, tus riquezas y amigos

que quizá un día volverán a entrar en tu vida!

—¿Quién sabe con quién te cruzarás en el enrevesado camino que lleva a la Última Puerta? —dijo Rulf, frotándose la barba con gesto pensativo.

—¡Eso es buena suerte, hombre, no mala! —exclamó Safrit—. Da las gracias al dios que te apetezca por cada día que vivas.

—Nunca lo había visto de esa manera —dijo Dosduvoi, con la pensativa frente arrugada—. Procuraré centrarme más en mis bendiciones. —Ordenó con meticulosidad los aros-moneda de su inmensa muñeca—. Después de haber echado una ronda a los dados. O dos.

Y se marchó hacia la ciudad.

—Hay hombres que nunca aprenden —murmuró Safrit, mirando su espalda con los brazos en jarras.

—Ninguno lo hace —dijo Rulf.

Brand le tendió la mano.

—Voy a echarte de menos.

—Y yo a ti —dijo el timonel, agarrándole el antebrazo—. Eres fuerte en el remo, y fuerte en la muralla, y también fuerte aquí. —Clavó el dedo índice en el pecho de Brand y se inclinó hacia él—. Vive en la luz, ¿eh, chico?

—Os echaré de menos a todos. —Brand miró hacia Thorlby, hacia donde había ido Espina, y tuvo que tragarse un nudo en la garganta. Mira que marcharse casi sin despedirse, como si Brand no fuese nada ni nadie... Le había hecho daño.

—No te preocupes. —Safrit apoyó una mano en su hombro y le dio un apretón—. Hay muchas otras chicas por ahí.

—No muchas como ella.

—¿Y eso es malo? —preguntó la madre Scaer—. Conozco a una docena en Vulsgard que se arrancarían los ojos unas a otras para llevarse a un chico como tú.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Brand—. La verdad es que preferiría que mi

esposa tuviera ojos.

La madre Scaer entrecerró los suyos, cosa que lo puso más nervioso aún.

—Por eso elegirías a la ganadora.

—Siempre tan razonable —intervino el padre Yarvi—. Es hora de que nos dejes, madre Scaer. —Miró con el ceño fruncido los guerreros apostados en la puerta de la ciudad—. Los vansterlandeses son menos populares que nunca en Thorlby, diría yo.

Ella dio un gruñido grave.

—La Madre de Cuervos danza en la frontera una vez más.

—En ese caso, nuestra tarea como clérigos es hablar en nombre del Padre de Palomas y hacer del puño mano abierta.

—Esa alianza que planeas... —La madre Scaer se rascó la cabeza afeitada, desabrida—. Lavar mil años de sangre no es poca hazaña.

—Pero será una de la que merezca la pena cantar.

—Los hombres prefieren las canciones que hablan de herir a las que hablan de sanar, los muy idiotas. —Sus ojos reducidos a rendijas azules se clavaron en los de Yarvi—. Y yo temo que vayas a coser una herida para poder infligir otra más profunda. Pero te di mi palabra y haré lo que pueda.

—¿Qué otra cosa se puede esperar de cualquiera? —Los brazaletes élficos tintinearon en el largo brazo de la madre Scaer cuando Yarvi le estrechó la mano a modo de despedida. Luego los ojos del clérigo pasaron a Brand, despiertos y controlados—. Te agradezco toda tu ayuda, Brand.

—Solo hacía aquello por lo que me has pagado.

—Más que eso, me parece a mí.

—Entonces quizá solo intentara hacer el bien.

—Puede llegar el momento en que necesite a un hombre que no se preocupe tanto por el bien mayor como por el bien y punto. ¿Podré recurrir a ti?

—Será un honor, padre Yarvi. Estoy en deuda contigo por esto. Por concederme un puesto.

—No, Brand, yo estoy en deuda contigo. —El clérigo sonrió—. Y espero saldarla bien pronto.

Brand cruzó la ladera, esquivando las tiendas, las cabañas y las chozas mal levantadas que habían brotado fuera de las puertas como hongos después de las lluvias. Eran muchas más que antes. Estaban en guerra contra Vansterlandia y la gente había abandonado su hogar cercano a la frontera para apiñarse junto a las murallas de Thorlby.

La luz de las lámparas salía por entre los juncos, las voces inundaban el final de la tarde y de algún lado llegaban los ecos de una canción triste. Brand dejó atrás una gran hoguera cuyas chispas, dispersadas por el viento, iluminaban las caras contraídas de los muy mayores y los muy jóvenes. El aire olía a humo, a boñiga y a cuerpos sin lavar. Era el acre olor de su infancia, pero en ese momento le pareció dulce. Sabía que aquel no sería su hogar durante mucho más tiempo.

Al caminar notaba bailar el saquito que llevaba debajo de la camisa. Pesaba mucho más que antes. Oro rojo del príncipe Varoslaf, oro amarillo de la emperatriz Vialina y buena plata con el rostro de la reina Laithlin acuñado en ella. Suficiente para una buena casa a la sombra de la ciudadela. Suficiente para que a Rin nunca volviera a faltarle de nada. Sonrió mientras empujaba hacia dentro la puerta de su casucha.

—Rin, he...

Se encontró mirando boquiabierto a un puñado de extraños. Un hombre, una mujer y ¿cuántos niños? ¿Cinco, seis? Estaban todos acurrucados en torno a la hoguera donde él se había calentado los pies doloridos, y entre ellos no había ni rastro de Rin.

—¿Quién diablos sois vosotros? —El miedo lo atenazó, y llevó la mano a su daga.

—¡Tranquilo! —El hombre le enseñó las palmas de las manos—. ¿Eres

Brand?

—Ya lo creo que lo soy. ¿Dónde está mi hermana?

—¿No lo sabes?

—¿Lo preguntaría si lo supiera? ¿Dónde está Rin?

Era una buena casa, a la sombra de la ciudadela.

La casa de una mujer rica, hecha de buena piedra labrada, con una planta superior completa y una cabeza de dragón tallada en la viga frontal. Una casa hogareña, con la acogedora luz del fuego del hogar saliendo de los postigos y perdiéndose en el anochecer. Una casa bonita, con agua que bajaba gorgoteando por un canal a su lado y se colaba bajo un puente estrecho. Una casa bien mantenida, con una puerta recién pintada de color verde sobre la que pendía una tablilla con forma de espada, meciéndose con la suave brisa.

—¿Es aquí? —Brand había remontado a menudo las estrechas calles, cargado con cajas y barriles para las casas de los ricos, y conocía el lugar. Pero nunca había llegado a aquella puerta y no tenía ni idea de qué podía hacer su hermana en ella.

—Es aquí —respondió el hombre, y llamó con los nudillos.

Brand esperó mientras se preguntaba qué postura adoptar, y cuando la puerta se abrió de sopetón lo sorprendió entre dos de ellas.

Rin estaba cambiada. Quizá incluso más que él. Ya parecía una mujer hecha y derecha, más alta que antes, con la cara más delgada y el cabello oscuro corto. Llevaba una túnica de calidad, con hábiles costuras en el cuello, como la que vestiría una mercader pudiente.

—¿Estás bien, Hale? —preguntó.

—Mejor que bien —dijo el hombre—. Hemos tenido visita.

Se apartó para que la luz cayera sobre el rostro de Brand.

—Rin... —dijo casi sin voz, casi sin saber qué decir—. He...

—¡Has vuelto! —Rin se lanzó a sus brazos con tanta fuerza que estuvo a punto de derribarlo, y se apretó tanto contra él que estuvo a punto de hacerlo vomitar—. ¿Piensas quedarte plantado en la entrada? —Lo obligó a cruzar el umbral—. ¡Saluda a tus hijos de mi parte! —Gritó para despedirse de Hale.

—¡Lo haré encantado!

Rin cerró la puerta de una patada y cogió el cofre de mar del hombro de Brand. Al dejarlo en el suelo embaldosado, de su túnica cayó una cadena plateada que sostenía una brillante llave de plata.

—¿De quién es esa llave? —farfulló él.

—¿Crees que me he casado mientras no estabas? Es mi propia llave, que abre mis propias cerraduras. ¿Tienes hambre? ¿Sed? Tengo...

—¿De quién es esta casa, Rin?

Ella le sonrió enseñando todos los dientes.

—Tuya. Mía. Nuestra.

—¿Esta? —Brand la miró boquiabierto—. Pero ¿cómo...?

—Te dije que haría una espada.

Brand abrió mucho los ojos.

—Debió de ser una espada digna de canciones.

—Eso opinó el rey Uthil.

Brand abrió los ojos aún más.

—¿El rey Uthil?

—He encontrado una forma nueva de refinar el acero. Con más calor. La primera hoja se quebró al templarla, pero la segunda aguantó. Gaden propuso

dársela al rey. Y el rey se puso de pie en el Salón de los Dioses y dijo que el acero era la respuesta, y que era el mejor acero que había visto en la vida. He oído que ahora la lleva en brazos. —Levantó los hombros como si tener al rey Uthil como cliente no fuese un gran honor—. Después de eso, todo el mundo quería que le hiciera una espada. Gaden dijo que no podía seguir con ella. Dijo que yo debería ser la maestra y ella la aprendiza. —Volvió a encogerse de hombros—. Soy una favorita de Aquella Que Golpea El Yunque, como decíamos siempre tú y yo.

—Dioses —susurró Brand—. Yo que quería cambiar tu vida y vas y lo haces tú sola.

—Tú me diste la oportunidad. —Rin le cogió la muñeca y miró con preocupación las cicatrices—. ¿Qué pasó?

—Nada. Una cuerda que resbaló en las largas cuestas.

—Me da en la nariz que eso tiene más historia.

—Las tengo mejores.

Rin frunció los labios.

—Muy bien, siempre que no incluyan a Espina Bathu.

—¡Salvó a la Emperatriz del Sur de su tío, Rin! ¡A la Emperatriz del Sur!

—Esa ya la había oído. La cantan por toda la ciudad. Algo de que derrotó a doce hombres ella sola. Luego eran quince. Que no fueran veinte la última vez que la escuché. Y tiró a no sé qué duque de un tejado y destruyó a una horda del Pueblo del Caballo y ganó una reliquia élfica y además levantó un barco, he oído. ¡Levantó un barco! —Rin dio un bufido.

Brand enarcó las cejas.

—Creo que las canciones tienen por costumbre dejar atrás la verdad.

—Ya me contarás la verdad más tarde. —Rin soltó la lámpara de la pared y lo llevó por otra puerta, hacia una escalera que subía entre las sombras—. Ven a ver tu habitación.

—¿Tengo habitación? —musitó Brand, con los ojos más abiertos que nunca.

¿Cuántas veces había soñado con aquello, cuando no tenían techo sobre sus cabezas ni comida que llevarse a la boca ni más amigos en el mundo que el otro?

Rin le pasó el brazo por los hombros y Brand se sintió en casa.

—Tienes habitación.

## IDEAS EQUIVOCADAS

—Creo que necesito una espada nueva.

Espina suspiró mientras depositaba con cuidado la hoja de su padre en el mostrador. La luz de la forja destacó sus muchos rasguños, brilló en sus profundas mellas. Estaba tan desgastada que amenazaba con torcerse por años y más años de afilado, las tiras de cuero que recubrían el puño raídas hasta ser poco más que jirones grasientos, el pomo de hierro barato medio suelto.

La aprendiza dio una mirada rápida a la espada y ni siquiera eso a Espina.

—Creo que tienes razón.

Llevaba un jubón de cuero salpicado de quemaduras y unos guantes que llegaban hasta el codo, pero tenía los brazos y los hombros desnudos y cubiertos de sudor por el calor, con los músculos endurecidos, que se tensaron mientras daba la vuelta a un fragmento alargado de metal sobre las brillantes ascuas.

—Es una buena espada. —Espina pasó los dedos por el acero agrietado—. Perteneció a mi padre. Se ha usado mucho, en sus tiempos y en los míos.

Ni siquiera pudo decirse con propiedad que la aprendiza asintiera con la cabeza. Tenía unos modales algo rudos, y eso que Espina no era quien para hablar de buenos modales y procuró no tenérselo mucho en cuenta.

—¿Está por aquí tu maestro? —preguntó.

—No.

Espina esperó por si la respuesta se alargaba, pero aquello fue todo.

—¿Cuándo volverá?

La chica se limitó a resoplar, sacó el metal de las brasas, se lo acercó a la cara para mirarlo a lo largo y volvió a introducirlo con un siseo y una lluvia de chispas.

Espina decidió probar a empezar de nuevo.

—Estoy buscando a la persona que fabrica hojas en la calle Sexta.

—Y aquí estoy —dijo la chica, sin apartar la mirada concentrada de su trabajo.

—¿Tú?

—Soy quien está fabricando hojas en la calle Sexta, ¿no?

—Pensaba que serías... mayor.

—Se ve que pensar no es tu fuerte.

Espina dedicó un momento a preguntarse si debía molestarse por aquello, pero decidió dejarlo pasar. Estaba intentando dejar pasar las cosas con más frecuencia.

—No eres la primera en decirlo. Me refería a que no es normal ver a una chica fabricando espadas.

Entonces la joven alzó la mirada. Tenía unos ojos feroces, que reflejaron la luz de la fragua a través de un pelo pegado a un rostro de huesos fuertes, y en sus rasgos había algo que sonaba mucho a Espina pero no lograba situar.

—Casi tan poco habitual como ver a una chica blandiéndolas.

—Muy cierto —reconoció Espina, tendiéndole la mano—. Me llamo...

La espadera sacó la hoja a medio hacer de la fragua y el metal refulgente

pasó tan cerca que Espina tuvo que apartar la mano.

—Sé quién eres, Espina Bathu.

—Ah. Claro. —Supuso que su fama la precedía una vez más. Empezaba a darse cuenta de que no siempre era algo beneficioso.

La chica cogió un martillo y Espina la observó mientras abría el abatanador en la hoja, escuchó la música del yunque, como la llamaban los herreros, y fue toda una lección. La chica dio golpes breves y rápidos, sin desperdiciar esfuerzo, toda autoridad, toda control, cada impacto tan perfecto como un tajo dado por un maestro, haciendo saltar un polvo brillante de la cuña. Espina sabía mucho más de manejar espadas que de crearlas, pero hasta un idiota se habría dado cuenta de que aquella joven sabía lo que se hacía.

—Dicen que forjas las mejores espadas de todo Thorlby —dijo Espina.

—Fabrico las mejores espadas de todo el mar Quebrado —respondió la herrera, sosteniendo en alto el acero y dejando que su luz le bañara la cara brillante de sudor.

—Mi padre siempre me decía que no hay que dejar que te domine el orgullo.

—No es cuestión de orgullo. Es un simple hecho.

—¿Harías una para mí?

—No. No creo que vaya a hacerlo.

Quienes son los mejores en su oficio a veces dejan de lado las formas, pero aquello estaba empezando a hacerse muy raro.

—Tengo dinero.

—No quiero tu dinero.

—¿Por qué?

—No me gustas.

Aunque Espina no solía ser lenta en responder a los insultos, aquel fue tan inesperado que la sorprendió con la guardia baja.

—Bueno, pues supongo que habrá otras espadas que pueda encontrar.

—Seguro que las hay.

—Me voy a buscar una, entonces.

—Espero que encuentres una bien larga. —La espadera de la calle Sexta se agachó para apartar la ceniza del metal con un suave soplido—. Y que te la metas por el culo.

Espina recogió la vieja espada de su padre, consideró muy en serio la idea de atizar un golpe en la cabeza de la chica con la hoja plana, decidió no hacerlo y se volvió hacia la puerta. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar el pomo, la herrera habló de nuevo.

—¿Por qué trataste así a mi hermano?

Estaba loca. No había otra explicación.

—¿Quién es tu condenado hermano?

La chica la miró con cara de pocos amigos.

—Brand.

El nombre sacudió a Espina con la intensidad de una patada en la cabeza.

—No será el Brand que vino conmigo a...

—¿Qué Brand va a ser? —Se llevó el pulgar al pecho—. Yo soy Rin.

Entonces Espina les vio el parecido, que la sacudió más si cabe y casi convirtió sus siguientes palabras en gañidos de remordimiento.

—No sabía que Brand tuviera una hermana...

Rin rió con desprecio.

—¿Por qué ibas a saberlo? Solo pasaste un año en el mismo barco que él.

—¡No me lo dijo!

—¿Preguntaste?

—¡Pues claro! Más o menos. —Espina tragó saliva—. No.

—Un año fuera de casa. —Rin, furiosa, hundió de nuevo la hoja entre las ascuas—. Y cuando por fin nos vimos de nuevo, ¿sabes de qué se puso a hablarme?

—Esto...

La espadera empezó a accionar el fuelle con movimientos tan bruscos como los de Espina al aporrear la cabeza de Brand en el cuadrado de entrenamiento.

—Espina Bathu corrió los remos en medio de unas ruinas élficas. Espina Bathu me salvó la vida en la muralla de escudos. Espina Bathu fraguó una alianza que enderezará el mundo. Y cuando ya estaba dispuesta a arrancarle la cara a mordiscos si pronunciaba tu nombre otra vez, ¿qué crees que me dijo?

—Esto...

—Espina Bathu apenas me dirigió la palabra en todo el trayecto de vuelta. Espina Bathu me repudió como quien se revienta una ampolla. Pues te diré una cosa: por lo que cuenta, para mí Espina Bathu es una zorra de mucho cuidado, después de todo lo que él ha hecho por ella. Y no, no me apetece demasiado hacer una espada para...

—Eh, alto ahí —la interrumpió Espina—. Tú no tienes ni idea de lo que pasó entre tu hermano y yo.

Rin dejó el fuelle y la miró con furia.

—Ilumíname.

—Bueno... —Lo último que necesitaba Espina era arrancarse otra vez aquella costra justo cuando veía la oportunidad de dejarla sanar. No pensaba admitir que se había equivocado como una tonta, que había salido muy escaldada y que había tenido que obligarse a no mirar a Brand ni hablar con Brand ni tener nada que ver con Brand a cada momento de cada día, por si volvía a escaldarse—. ¡Lo has entendido todo al revés, nada más!

—Qué raro que la gente siempre se lleve la idea equivocada de ti. ¿Cuántas veces tiene que pasar para que se te meta en la cabeza que a lo mejor se están llevando la idea correcta? —Rin sacó el acero de la fragua y volvió a colocarlo sobre el yunque.

—No me conoces de nada —gruñó Espina, accionando el fuelle de su propia ira—. No sabes por lo que he pasado.

—Todos hemos tenido nuestros apuros, eso no lo dudo —replicó Rin, alzando el martillo—. Pero algunas pueden permitirse llorar por ellos en la casa enorme que pagó papaíto.

Espina abrió las brazos, intentando abarcar la herrería nueva situada detrás de una buena casa, cerca de la ciudadela.

—¡Sí, ya veo que tú y Brand apenas os las ingeniáis para sobrevivir!

Rin se quedó paralizada, con los músculos de los hombros tensos, y cuando volvió los ojos hacia ella, Espina la vio llena de furia. Tanta, que retrocedió un paso corto y fijó sus propios ojos en aquel martillo alzado.

Entonces Rin lo arrojó al suelo con fuerza, se quitó los guantes entre el estrépito y los estampó contra el mostrador.

—Ven conmigo.

—Mi madre murió siendo yo pequeña.

Rin la había llevado fuera de las murallas. A favor del viento, donde el hedor de los despojos de Thorlby no molestara a las buenas gentes de la ciudad.

—Brand se acuerda un poco de ella. Yo no.

Algunos de los estercoleros tenían muchos años y se habían transformado en montículos cubiertos de hierba. Otros estaban abiertos y eran apestosos batiburrillos de huesos, conchas, harapos y boñigas de hombres y bestias.

—Siempre dice que le pidió que hiciera el bien.

Un perro sarnoso miró a Espina con ojos sospechosos, como si la considerara la competencia, antes de volver a hurgar y husmear entre la podredumbre.

—Mi padre murió luchando contra Grom-gil-Gorm —musitó Espina, intentando igualar la mala suerte con mala suerte. Tenía que reconocer que estaba un poco mareada por el aspecto del lugar, y por su hedor, y por el hecho de que apenas supiera de su existencia porque la basura de su casa siempre se la llevaban los esclavos de su madre—. Tendieron su cuerpo en el Salón de los Dioses.

—Y tú heredaste su espada.

—Menos el pomo —rezongó Espina, tratando de no respirar por la nariz—. Eso se lo quedó Gorm.

—Tuviste suerte de que tu padre te dejara algo. —Rin no parecía molesta por la peste que había allí—. A nosotros el nuestro no nos dejó gran cosa. Le gustaba tomarse una buena jarra. Bueno, digo una, pero en realidad le gustaba tomárselas todas. Nos abandonó cuando Brand tenía nueve años. Una mañana se fue sin más, y es posible que estuviéramos mejor sin él.

—¿Quién os acogió? —preguntó Espina con un hilo de voz, empezando a comprender que iba a perder por mucho la competición de mala suerte.

—Nadie. —Rin calló un momento para que la palabra calara—. Por aquel entonces aquí vivíamos bastante poca gente.

—¿Aquí?

—Hurgas en los montones. A veces encuentras algo que puede comerse. A veces encuentras algo que puede venderse. Los inviernos. —Rin encogió los hombros y tembló un momento—. Los inviernos sí que eran duros.

Espina solo pudo mirar y parpadear, sintiendo todo el cuerpo gélido aunque el verano ya estuviera avanzado. Siempre había dado por sentado que lo pasó mal en su infancia. Estaba descubriendo que, mientras ella se enfurruñaba en su acogedora casa porque su madre no la llamaba como ella quería, había habido niños rebuscando en la basura por si encontraban algún hueso que roer.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque Brand no te lo dijo y tú no preguntaste. Los dos mendigábamos. Yo robaba. —Rin puso una sonrisita amarga—. Pero él decía que tenía que hacer el bien, así que trabajaba. Trabajó en los muelles y en las forjas. Trabajó donde hubiera alguien dispuesto a darle trabajo. Trabajó como un perro y más de una vez lo apalearon como a un perro. Me puse enferma y él me sacó adelante, y me puse enferma otra vez y él me sacó adelante otra vez. No dejaba de soñar con convertirse en guerrero, tener una familia siempre con él, así que fue al cuadrado de entrenamiento. Tuvo que suplicar y pedir prestado el equipo, pero fue. Trabajaba antes de entrenar y trabajaba después, e incluso al terminar, si alguien necesitaba ayuda, ahí estaba él para ayudar. Siempre decía que, si hacías el bien, la gente sería buena contigo. Era buen chico. Se ha convertido en un buen hombre.

—Eso lo sé —dijo Espina entre dientes, notando cómo se acumulaba un dolor nuevo, más agudo que nunca por los remordimientos que se empezaban a acumular junto a él—. Es el mejor hombre que conozco. ¡No me cuentas nada que no sepa, joder!

Rin la miró.

—Entonces ¿cómo pudiste tratarlo así? Si no hubiera sido por él, yo ya habría cruzado la Última Puerta, y tú también, ¿y así se lo agradeces?

Espina podía haberse equivocado en algunas cosas, y podía no haber sabido algunas otras que debería, y podía haberse mirado demasiado su propio ombligo para ver lo que tenía ante sus mismas narices, pero su aguante tenía un límite.

—Eh, espera, hermana secreta de Brand. Está claro que me has abierto los ojos más que nunca al hecho de que soy una cabrona egoísta. Pero él y yo éramos compañeros de remo. En una tripulación, proteges a los hombres que tienes al lado. Sí, él estuvo para mí, pero yo también estuve para él y...

—¡No digo eso! Digo antes. Cuando mataste a ese chico, Edwal.

—¿Cómo? —Espina se sintió aún más mareada—. Me acuerdo bien de ese día, y lo único que hizo Brand fue quedarse plantado como un pasmarote.

Rin la miró boquiabierta.

—¿Hablasteis de algo en todo el año que estuvisteis fuera?

—¡No de Edwal, eso te lo aseguro!

—Claro que no. —Rin cerró los ojos y sonrió como si acabara de entenderlo todo—. El imbécil cabezota de mi hermano nunca aceptaría el agradecimiento que merece. No te lo contó.

Espina no entendía nada.

—Dioses, ¿contarme qué?

—Fue a hablar con el padre Yarvi. —Rin cogió a Espina por un hombro con suavidad pero firmemente y dejó que las palabras cayeran una a una—. Le explicó lo que había pasado en la playa, aunque sabía que lo pagaría. El maestro Hunnan se enteró, así que la broma le costó su puesto en la incursión del rey, su reconocimiento como guerrero y todo lo que había deseado en la vida.

Entonces Espina hizo un sonido extraño, como un cloqueo ahogado. El ruido que hace un pollo al retorcerle el pescuezo.

—Brand fue a hablar con el padre Yarvi —gorgoteó.

—Sí.

—Brand me salvó la vida. Y perdió su puesto por ello.

—Sí.

—Y luego yo me burlé de él por perderlo y lo traté como a un asno durante toda la ida y toda la vuelta por el Divino y el Denegado.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo y pun...? —Fue en ese instante cuando Espina vio relucir algo bajo el cuello del jubón de Rin. Extendió un brazo, lo enganchó con un dedo tembloroso y lo sacó a la luz.

Cuentas. Cuentas de cristal, azules y verdes.

El collar que Brand había comprado aquel día en la Primera Ciudad. El que había creído que iba a regalarle a ella, y luego a alguna otra chica que tenía en Thorlby. El que en ese momento comprendió que era para la hermana que nunca

se había molestado en preguntarle si tenía.

Espina volvió a hacer aquel cloqueo, solo que aún más fuerte.

Rin la miró como si hubiera enloquecido.

—¿Qué pasa?

—Soy una cretina de mierda.

—¿Eh?

—¿Dónde está?

—¿Brand? En mi casa. Nuestra casa.

—Disculpa. —Espina ya estaba retrocediendo—. ¡Hablaremos de la espada en otro momento!

Y dio media vuelta y echó a correr hacia las puertas de la ciudad.

Tenía mejor aspecto que nunca. O quizá fuese que ella lo veía con otros ojos, sabiendo lo que sabía.

—Espina. —Parecía sorprendido de verla, y no era de extrañar. Entonces pareció preocuparse—. ¿Algo va mal?

Espina comprendió que debía de estar más horrible incluso de lo normal y deseó no haber hecho todo el camino a la carrera, o al menos haber esperado a recuperar el aliento y limpiarse el sudor de la frente antes de llamar a la puerta. Pero había estado evitando el asunto demasiado tiempo y era el momento de afrontarlo, con sudor o sin él.

—He hablado con tu hermana —dijo.

Brand pareció preocuparse más.

—¿De qué?

—De que tienes una hermana, para empezar.

—No es ningún secreto.

—Puede que eso no.

Pareció preocuparse aún más.

—¿Qué te ha dicho?

—Que me salvaste la vida. Cuando maté a Edwal.

Hizo una mueca.

—¡Le dije que no contara nada a nadie!

—Pues no te ha hecho caso.

—Supongo que será mejor que pases. Si quieres. —Se apartó de la puerta y Espina lo siguió al sombrío recibidor, con el corazón más acelerado que nunca—. No tienes que darme las gracias.

—Sí —replicó ella—. Tengo que dártelas.

—No intentaba hacer algo noble, solo... algo bueno. Y no estaba seguro, y tardé demasiado en hacerlo, y la cagué a base de bien...

Espina dio un paso hacia él.

—¿Fuiste a ver al padre Yarvi?

—Sí.

—¿El padre Yarvi me salvó la vida?

—Sí.

—¿Perdiste tu puesto por ello?

Movió la boca como si buscara algún modo de negarlo, pero no pudo.

—Iba a decírtelo, pero...

—Pero no es fácil decirme las cosas.

—Y a mí no se me da muy bien decirlas. —Se apartó el pelo de la cara y se rascó la cabeza como si le doliera—. No quería que te sintieras en deuda conmigo. No habría sido justo.

Ella parpadeó al oírlo.

—Así que... no solo lo arriesgaste todo por mí, sino que encima te lo callaste para no hacerme sentir mal.

—Es una forma de decirlo... tal vez. —Y la miró desde debajo de las pestañas, con ojos que brillaban en la sombra.

Era esa mirada, como si no hubiera nada en el mundo donde prefiriera posar los ojos. Y por mucho que Espina hubiera intentado desbrozar aquellas esperanzas, florecieron sin medida y el anhelo la invadió con más fuerza que nunca.

Dio otro paso hacia él.

—Lo lamento muchísimo.

—No tienes que lamentarlo.

—Pero lo lamento. Siento cómo te traté. A la vuelta. Y a la ida también, ya puestos. Lo lamento, Brand, nunca he lamentado tanto otra cosa. En realidad nunca he lamentado nada. Tengo que aplicarme en eso. Es solo que... me llevé la idea equivocada sobre... una cosa.

Se quedó allí de pie, callado. Esperando. Mirando. No le fue de ninguna ayuda.

Dilo y punto. ¿Tan difícil podía ser? Había matado hombres. Dilo y punto.

—Dejé de hablarte porque... —Componer las palabras era como sacar yunques de un pozo—. Tú... me... —Era como si estuviera dando pasos en un lago helado y no supiera si el siguiente la condenaría a un gélido olvido—. Siempre me... has... —No lograba pronunciar el verbo «gustar». No podría haberlo conjugado ni aunque le fuera la vida en ello. Cerró los párpados con fuerza—. Lo que intento decirte es que... ¡Eh!

Abrió los ojos de sopetón. Él le había puesto la mano en la mejilla y estaba pasando la yema de los dedos por su cicatriz.

—Me estás tocando.

Era lo más idiota que había dicho en la vida, y eso que la competencia era fuerte. Los dos sabían de sobra que la estaba tocando. La mano no había caído allí por casualidad.

Brand la retiró.

—Creía...

—¡No! —Le cogió la mano y la atrajo de vuelta—. O sea, sí. —Notaba los dedos cálidos contra su cara, sentía el roce de los suyos contra el dorso de la mano de Brand, haciendo una leve presión, y la sensación era... Dioses—. Esto está pasando, ¿verdad?

Él se acercó un poco más y su nuez se movió al tragar saliva.

—Creo que sí.

Brand estaba mirándole la boca. La observaba como si en ella hubiera algo de lo más interesante, y Espina no estaba segura de haber pasado más miedo nunca.

—¿Qué hacemos? —Descubrió que le había salido un gallo, que la voz estaba traicionándola, volviéndose cada vez más aguda—. O sea, ya sé qué estamos haciendo... supongo. —Dioses, qué mentirosa, porque no tenía ni idea. Deseó que Skifr le hubiera enseñado un poco menos de espadas y un poco más de las artes amatorias, o como se llamaran—. Quiero decir, ¿qué hacemos ahora que lo sabemos?, ya sabes...

Brand le puso el pulgar con suavidad sobre los labios.

—Cállate, Espina.

—Bien —susurró, y se dio cuenta de que tenía la mano alzada entre ellos, como para apartarlo.

Estaba demasiado acostumbrada a apartar a los demás, y a él en particular,

de modo que se obligó a aflojarla, la dejó caer casi laxa sobre su pecho y confió en que no notara que estaba temblando.

Él se acercó más, y de pronto ella sintió un ansia de huir de allí, seguida al instante por un ansia de reír como una tonta, y soltó un gorgoteo estúpido al tragarse la risa, y entonces los labios de Brand tocaron los suyos. Fue solo un leve roce, en un sentido y luego en el contrario, y Espina reparó en que tenía los ojos abiertos y los cerró. No sabía qué hacer con las manos. Durante un momento estuvo agarrotada como una mujer hecha de madera, pero entonces todo empezó a ablandarse.

El costado de la nariz de Brand empujó el suyo y le hizo cosquillas.

Espina soltó un ruido con la garganta y él también.

Atrapó un labio entre los suyos, tiró de él, subió la mano que tenía en su pecho hasta rodearle el cuello y lo atrajo hacia ella y sus dientes entrechocaron; fue incómodo y se apartaron.

En realidad no fue un gran beso. No se pareció en nada a cómo había imaginado que sería, y los dioses sabían que lo había imaginado muchas veces, pero le dejó todo el cuerpo acalorado. Quizá fuese por haber llegado corriendo, aunque había corrido muchas veces y nunca se había sentido igual.

Abrió los ojos y él la estaba mirando. Esa mirada, entre los mechones de cabello caídos sobre la cara. No era el primer beso que Espina había recibido, pero los anteriores le parecieron chiquilladas. Ese había sido tan distinto de los demás como una batalla del cuadrado de entrenamiento.

—Bueno —graznó—, no... no ha estado tan mal.

Le soltó la mano y le agarró la camisa, empezó a tirar de nuevo de él, vislumbró una ligera sonrisa en la comisura de sus labios y también sonrió...

Oyeron un traqueteo al otro lado de la puerta.

—Rin —musitó Brand, y como si fuese la palabra que daba inicio a una carrera, los dos echaron a correr. Cruzaron el pasillo como ladrones pillados con las manos en la masa, se enredaron en una escalera, rieron como idiotas mientras casi caían al interior de una habitación y Brand se las ingenió para cerrar la puerta y se apoyó en ella como si al otro lado hubiera una docena de vansterlandeses

enfurecidos.

Se quedaron encorvados en las sombras, respirando deprisa.

—¿Por qué hemos corrido? —susurró él.

—No lo sé —respondió Espina con otro susurro.

—¿Crees que nos oye?

—¿Importa? —preguntó Espina.

—No lo sé.

—Conque esta es tu habitación, ¿eh?

Brand enderezó la espalda, sonriendo como un rey tras una gloriosa victoria.

—Tengo habitación.

—Míralo, qué ciudadano más distinguido —dijo ella, paseando en círculo para verla toda. No le costó mucho tiempo. Había una cama baja en una esquina, con la vieja y raída manta de Brand encima, y su cofre de mar abierto en otra, y la espada que había pertenecido a Odda apoyada contra la pared, aparte de eso era toda tablones desnudos y paredes desnudas y muchas sombras—. ¿No te parece que te has pasado con los muebles?

—No está terminada del todo.

—No está empezada del todo —respondió ella cuando el círculo la llevó de vuelta a él.

—Si no da la talla al lado del palacio de la emperatriz, no tienes por qué quedarte.

Espina bufó.

—He vivido debajo de un barco con cuarenta hombres. Creo que esto podré soportarlo un rato.

La mirada de Brand se quedó fija en ella mientras Espina se acercaba. Aquella mirada. Un poco hambrienta, un poco asustada.

—¿Te quedas, entonces?

—No tengo ningún asunto urgente que atender.

Y se besaron de nuevo, en esa ocasión con más intensidad. Espina dejó de preocuparse por la hermana de Brand, o por su madre, o por nada. No había otra cosa en su mente que la boca de los dos. Por lo menos al principio, porque otras partes del cuerpo no tardaron en reclamar su atención. Se preguntó qué sería aquella presión en la cadera, bajó la mano para averiguarlo y entonces entendió qué era aquella presión en la cadera y tuvo que apartarse de lo tonta que se sentía, tonta y miedosa, y acalorada, y excitada, y no tenía ni idea de lo que sentía.

—Perdona —dijo él entre dientes, inclinándose y levantando una pierna como para esconder el bulto, en una pose tan ridícula que Espina no pudo contener la risa.

Brand puso cara de dolido.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

Le cogió el brazo y tiró de él, y entonces enganchó su pierna en torno a la suya y Brand dio un respingo al tropezar y caer fuerte de espaldas con ella encima, montada a horcajadas. No era la primera vez que pasaba, en cierto modo, pero en ese momento todo era distinto.

Apretó sus labios contra los de él, meciéndose adelante y atrás, suave al principio y luego no tan suave. Tenía su mano enredada en el pelo de Brand, tirando de su rostro hacia el de ella, la barba haciéndole cosquillas en la barbilla, sus bocas abiertas tan juntas que notaba la cabeza llena de su aliento rasposo, cálido en sus labios.

Estaba frotándose contra él ya, con todas las letras, y la sensación no le desagradaba lo más mínimo, y entonces le dio miedo que no le desagradara la sensación, y entonces decidió seguir con ello y preocuparse más adelante. Espina hacía sonidos guturales con cada respiración, y una parte minúscula de ella pensaba que debía de sonar muy ridículo, pero a una parte mucho más grande le

daba igual. Una mano de Brand se coló en su espalda por debajo de la camisa y la otra subió por sus costillas, una por una, y le dio un escalofrío. Se apartó, jadeando, mirándolo debajo de ella, apoyado en un codo.

—Perdona —susurró él.

—¿Por qué?

Se abrió la camisa de un tirón y se la quitó de un manotazo; se le enganchó con el brazalete élfico de la muñeca pero por fin logró arrancarla y la arrojó lejos de ella.

Se sintió ridícula un instante, sabiendo que no era como debían ser las mujeres, sabiendo que era pálida y dura y toda tendones. Pero él parecía todo menos decepcionado, le pasó las manos por los costados y las subió por su espalda, tiró de ella hacia abajo, la besó, le mordisqueó los labios. La bolsita con los huesos de los dedos de su padre cayó en el ojo de Brand y ella lo pasó detrás por encima del hombro. Empezó a abrirle la camisa, hurgando en los botones como si fuesen del tamaño de bolitas de alfiler, hizo presión con la mano vientre arriba y pasó los dedos entre los pelos de su pecho, con el brillo suave y dorado del brazalete reflejado en las esquinas de los ojos de Brand.

Él le cogió la mano.

—No tenemos por qué... ya sabes.

Estaba claro que no tenían por qué, estaba claro que había cien motivos para no hacerlo, y en aquel instante no se le ocurría ninguno que le importara lo más mínimo.

—Cállate, Brand.

Giró la mano para liberarla y empezó a abrirle el cinturón. No sabía lo que estaba haciendo, pero conocía a varios tontos de campeonato que lo habían hecho.

¿Tan difícil podía ser?

## MÁS O MENOS SOLO

Se habían quedado dormidos abrazados, pero no duró mucho. Brand nunca había conocido a nadie que se moviera tanto de noche. Espina se crispaba y se retorcía, se sacudía y temblaba, daba patadas y rodaba hasta que acabó despertando a Brand de un puntapié y lo hizo caer por un lado de su propia cama.

De modo que se quedó sentado en el cofre de mar mirándola, sobre la tapa que había pulido hasta sacarle un cómodo brillo su propio trasero a lo largo de leguas y más leguas.

Ella había terminado bocabajo con los brazos extendidos a los lados, con la franja de luz del sol que se colaba por la estrecha ventana formando ángulo en su espalda, una mano colgando fuera de la cama y el brazalete élfico proyectando un tenue brillo en el suelo. Una larga pierna asomaba de debajo de la manta, luciendo el pliegue de una cicatriz que le cruzaba el muslo. Su pelo, recogido en anillos de plata y oro, estaba enredado sobre su cara y solo dejaba ver a Brand medio ojo cerrado y la pequeña sección de mejilla que incluía aquella marca con forma de flecha.

Al principio se había quedado sentado con una sonrisa tonta en la cara, escuchando los ronquidos de Espina. Pensando en cómo le había roncado en la oreja durante todo el trayecto de ida por el Divino y el Denegado. Pensando en lo mucho que le había gustado oírlo. Casi incapaz de creer la suerte que tenía de que ella estuviera allí, en aquel instante, desnuda, en su cama.

Entonces había empezado a preocuparse.

¿Qué pensaría la gente cuando descubriera lo que habían hecho? ¿Qué diría Rin? ¿Qué haría la madre de Espina? ¿Y si venía un niño en camino? Había oído que no era muy probable, pero a veces pasaba, ¿verdad? Tarde o temprano despertaría. ¿Y si ya no quería nada con él? ¿Cómo iba a seguir queriendo algo? Y

en el fondo de su mente acechaba la angustia más tenebrosa de todas: ¿y si despertaba y sí que quería algo más con él? ¿Qué iba a hacer entonces?

—Dioses —susurró, parpadeando y alzando la mirada al techo. Pero los dioses ya habían respondido a sus plegarias llevando a Espina a su cama, ¿verdad? No era cuestión de rezar para que ahora le ayudaran a sacarla de ella.

Espina dio un ronquido particularmente tremendo que la zarandeó. Se estiró con los puños cerrados y extendió los dedos de los pies, con todos sus músculos en tensión. Expulsó un moco por una fosa nasal, lo limpió con el dorso de una mano, se frotó los ojos con el dorso de la otra y se apartó el revoltijo de pelo de la cara. De pronto se quedó muy quieta y miró en todas las direcciones, con ojos desorbitados.

—Buenos días —dijo él.

Espina se lo quedó mirando.

—¿No era un sueño, entonces?

—Me parece que no. —Una pesadilla, quizá.

Cruzaron las miradas durante un largo momento.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella.

—¡No! —exclamó él, demasiado fuerte, demasiado ansioso—. No. ¿Quieres irte?

—No.

Espina se incorporó despacio y se envolvió los hombros con la manta, giró las rodillas nudosas hacia él y dio un enorme bostezo.

—¿Por qué? —descubrió Brand que había dicho. Ella detuvo el bostezo a medias y se quedó con la boca abierta—. Tampoco es que lo de anoche saliera demasiado bien, ¿verdad?

Espina encogió el gesto como si le hubieran dado un tortazo.

—¿Qué hice mal?

—¿Tú? ¡No! No hiciste... Estoy hablando de mí. —No estaba nada seguro de saber de qué hablaba, pero su boca siguió adelante de todos modos—. Rin te lo contó, ¿verdad?

—¿Me contó qué?

—Que mi propio padre no me quería. Que mi propia madre no me quería.

Espina frunció el ceño.

—Creía que tu madre murió.

—Viene a ser la misma maldita cosa, ¿o no?

—No. Qué va a serlo.

Brand apenas escuchaba.

—Crecí hurgando en la basura. Tuve que mendigar para dar de comer a mi hermana. Llevaba carretillas de huesos de un lado a otro como un esclavo. —No había tenido intención de decir nada de aquello. Ni entonces ni nunca. Pero salió por sí mismo, como el vómito.

Espina cerró la boca de golpe.

—Soy una idiota, Brand. ¿Qué clase de idiota sería si te desdeñara por eso? Eres un buen hombre. Eres de fiar. Todos los que te conocen opinan igual. Koll te idolatra. Rulf te respeta. Hasta al padre Yarvi le caes bien, y a él no le cae bien nadie.

Brand parpadeó.

—No hablo nunca.

—¡Pero escuchas cuando hablan los demás! Y eres guapo y estás bien hecho, como Safrit no se cansaba nunca de decirme.

—¿Te decía eso?

—Ella y la madre Scaer se pasaron una tarde entera hablando de tu culo.

—¿Qué?

—Podrías tener a cualquier chica que quisieras, sobre todo ahora que no vives en un vertedero. El misterio es por qué ibas a quererme a mí.

—¿Qué?

Nunca se le había ocurrido que ella también pudiera albergar dudas. Siempre parecía tan segura de todo...

Espina se arropó en la manta y bajó la mirada a sus pies descalzos, con los labios torcidos de repulsa.

—Soy egoísta.

—Eres... ambiciosa. Eso me gusta.

—Soy una amargada.

—Eres graciosa. Eso también me gusta.

Se frotó la cicatriz de una mejilla.

—Soy fea.

Entonces la rabia estalló en su interior, tan ardiente que lo cogió por sorpresa.

—¿Quién ha dicho eso, joder? Porque, primero, se equivoca, y segundo, le sacaré los dientes de un puñetazo.

—Se los puedo sacar yo misma. Ese es el problema. No soy... ya sabes. —Sacó una mano de debajo de la manta y se rascó el lado afeitado de la cabeza—. No soy como debe ser una chica. O una mujer. Nunca lo fui. No soy buena en...

—¿En qué?

—En sonreír o, no sé, en coser.

—No necesito que me cosan nada. —Y se deslizó del cofre de mar y cayó de rodillas frente a ella. Sus preocupaciones habían desaparecido. Las cosas ya se

habían echado a perder una vez, de algún modo, y no pensaba permitir que ocurriera de nuevo. Al menos, no por falta de esfuerzo—. Te he deseado desde la Primera Ciudad, quizá antes. —No había sido una frase muy acertada, pero sí sincera. Se inclinó y puso una mano sobre la de ella que descansaba en la cama—. Pero nunca creí que te tendría. —La miró a la cara, buscando las palabras adecuadas—. Mirarte y pensar que me deseas me hace sentir... que he ganado.

—Has ganado algo que nadie más quiere —masculló ella.

—¿Y a mí qué me importa lo que quieran los demás? —dijo con la rabia prendida de nuevo en llamas, y Espina alzó la vista—. Si son demasiado necios para ver que eres la mejor mujer de todo el mar Quebrado, mejor para mí, ¿o no? —Se quedó callado, notó el rubor en la cara y estuvo seguro de que había vuelto a echarlo todo a perder.

—Puede que sea lo más bonito que me ha dicho nadie en la vida. —Levantó una mano y apartó el pelo de Brand de su cara. Tenía un toque suave como una pluma. Él nunca se había dado cuenta de que pudiera ser tan suave—. Nadie me dice nunca nada bonito, pero es verdad de todos modos.

La manta resbaló de su hombro y Brand posó en él la mano, la dejó bajar por su costado y la llevó a su espalda, piel sururrando contra piel, cálida y lisa, los ojos de Espina cerrándose y su...

Resonaron unos golpes por toda la casa. Alguien estaba aporreando la puerta delantera, y eran unos golpes que no se podían pasar por alto. Brand oyó el cerrojo descorriéndose y voces que murmuraban.

—Dioses —dijo Espina con ojos desorbitados—. Podría ser mi madre.

No se habían movido tan rápido ni cuando el Pueblo del Caballo se lanzó a la carga en la estepa. Recogieron la ropa del suelo y se la pasaron entre ellos, se la pusieron a toda velocidad y Brand tuvo problemas con los botones y se los abrochó mal porque estaba mirando de reojo cómo Espina movía las caderas para meter el culo en los pantalones.

—Brand —llegó la voz de su hermana.

Los dos se quedaron petrificados, él con una sola bota puesta, ella con ninguna, y entonces Brand dijo con voz ronca:

—¿Sí?

—¿Estás bien? —Rin estaba subiendo por la escalera.

—¡Sí!

—¿Estás solo? —Ya estaba al otro lado de la puerta.

—¡Claro! —Y luego, cuando comprendió que quizá entrara, añadió con tono culpable—: Más o menos.

—Eres el peor mentiroso de toda Gettlandia. ¿Espina Bathu está ahí contigo?

Brand se encogió.

—Más o menos.

—O está ahí o no está. Me cago en todo, ¿estás ahí o no, Espina Bathu?

—¿Más o menos? —dijo Espina a la puerta con un hilo de voz.

Una larga pausa.

—Era el maestro Hunnan.

Oír ese nombre tuvo el mismo efecto en Brand que si le hubieran vaciado un cubo de agua fría en los pantalones.

—Dice que ha llegado una paloma con noticias de una incursión en Halleby, y como todos los hombres han marchado al norte a combatir, está reuniendo lo que queda para ocuparse de ella. Algunos que aún entrenan, algunos heridos y algunos que fallaron la prueba. Van a reunirse en la playa.

—¿Y ha preguntado por mí? —dijo Brand con un temblor en la voz.

—Dice que Gettlandia te necesita. Y dice que todo hombre que cumpla con su deber tendrá un puesto como guerrero.

Un puesto como guerrero. Tener siempre hermanos al hombro. Tener siempre algo por lo que luchar. Vivir en la luz. Y solo con eso, las cenizas de unos

viejos sueños que parecían llevar meses extinguidas ardieron de nuevo con un brillante fogonazo. Solo con eso, la decisión estaba tomada.

—Bajo enseguida —exclamó Brand con el pulso repentinamente fuerte, y oyó los pasos de su hermana alejándose.

—¿Te vas con ese hijo de puta? —preguntó Espina—. ¿Después de lo que te hizo? ¿De lo que me hizo a mí?

Brand retiró la manta de la cama.

—No es por él. Es por Gettlandia.

Espina bufó.

—Es por ti.

—Muy bien, es por mí. ¿No me lo merezco?

Espina tensó y destensó los músculos de la mandíbula un par de veces.

—Veo que por mí no ha preguntado.

—¿Habrías ido con él? —inquirió Brand, metiendo sus escasas posesiones en la manta para preparar un fardo.

—Pues claro que sí. Y luego le habría hundido la cara de una patada.

—A lo mejor por eso no ha preguntado por ti.

—Hunnan no preguntaría por mí ni aunque yo tuviera un cubo de agua y él estuviera envuelto en llamas. Ninguno de ellos lo haría. Guerreros de Gettlandia. ¡Menudo chiste! Aunque no tiene mucha gracia. —Se detuvo mientras se ponía una bota, y pareció meditar—. No tendrás tantas ganas de ir para poder alejarte de mí, ¿verdad? Porque si te lo estás pensando mejor, dímelo y ya está. Creo que ya ha habido bastantes secretos entre...

—No es eso —interrumpió él, aunque estaba preguntándose si tendría algo que ver. Tener un poco de espacio para respirar. Un poco de tiempo para pensar.

—A veces desearía haberme quedado en la Primera Ciudad —dijo Espina.

—Entonces nunca te habrías acostado conmigo.

—Cuando muriera rica y pasara a las leyendas, podría haber sido de lo que más me arrepintiera en la vida.

—Déjame una semana —dijo él, ciñéndose la espada de Odda—. No me estoy pensando nada mejor, pero esto tengo que hacerlo. Puede que nunca vuelva a tener la oportunidad.

Espina replegó los labios y soltó un largo siseo.

—Una semana. Luego me voy con el primer hombre que encuentre capaz de levantar un barco.

—Trato hecho.

La besó otra vez. Espina tenía los labios pastosos, el aliento agrio, y a Brand le dio igual. Se puso el escudo en la espalda, recogió el pequeño fardo que había hecho con la manta, respiró hondo y marchó en pos del férreo abrazo de la Madre Guerra.

Algo lo detuvo en la puerta y volvió el cuello para echar un último vistazo atrás. Como si quisiera asegurarse de que Espina estaba allí de verdad. Estaba, y le sonreía. Sus sonrisas eran muy escasas, pero eso las hacía valiosas. Aquella le pareció valiosa como el oro, y se sintió más orgulloso que nunca de haberla provocado.

## ESCUDO ELEGIDO

La ciudadela de Thorlby nunca había sido un escenario feliz para Espina. Su última visita había sido como asesina, escoltada a las celdas y cargada de cadenas. La vez anterior había ido para ver a su padre tendido en el Salón de los Dioses, pálido y frío bajo la cúpula, con su madre sollozando a su lado, y había alzado la mirada a los rostros pétreos de los altos dioses y comprendido que había desperdiciado todas sus oraciones. Tuvo que tragarse una sombra de la furia que sintió entonces, la furia que había ardido en su interior desde aquel momento, y agarró la bolsita que contenía los huesos de los dedos de su padre mientras contemplaba ceñuda las enormes puertas del Salón de los Dioses.

Había algunos chicos entrenando en el patio, bajo el gran cedro. Practicaban en el cuadrado como ella había practicado, con su maestro de armas ladrando órdenes mientras ellos montaban barullo para formar una desmadejada muralla de escudos. Qué jóvenes parecían ahora. Qué jóvenes y qué patosos. Le costó esfuerzo creer que una vez había sido como ellos, mientras los dejaba atrás guiada por Koll.

—¿Eres Espina Bathu?

Había un anciano sentado en una esquina del cuadrado, envuelto en una gruesa piel negra a pesar del calor que hacía y acunando una espada entre sus brazos. Estaba tan marchito, encorvado y blanquecino que incluso con el círculo dorado que adornaba su frente a Espina le costó un momento reconocerlo.

Hincó una rodilla con torpeza al lado de Koll, mirando fijamente la hierba.

—Lo soy, mi rey.

El rey Uthil carraspeó.

—He oído que mataste a siete hombres desarmada y forjaste una alianza

con la Emperatriz del Sur. No me lo creía. —Entrecerró los ojos húmedos para mirarla de arriba abajo—. Ahora empiezo a creerlo.

Espina tragó saliva.

—Fueron solo cinco hombres, mi rey.

—¡Solo cinco, dice! —Y soltó una risita ronca mirando a los viejos guerreros que tenía alrededor. Dos de ellos se dignaron a amagar sonrisas. La cara de los demás se agrió más con cada palabra. No había hazaña lo bastante grande para que la tuvieran en mejor estima, supuso, ya que era objeto del mismo desdén que siempre—. ¡Me caes bien, chica! —exclamó el rey—. Deberíamos practicar juntos.

Conque podía practicar con él, pero no aspirar a combatir por él. Espina bajó la mirada por si se le notaba la ira en los ojos y acababa visitando las mazmorras de la ciudadela por segunda vez.

—Sería un gran honor —logró decir.

Uthil tuvo un ataque de tos y se arrebujó en la capa.

—Cuando las pociones de mi clérigo hayan ejercido su magia y supere esta enfermedad. Te juro que esos brebajes suyos con sabor a mierda solo consiguen debilitarme más.

—El padre Yarvi es un sanador astucioso, mi rey —dijo Espina—. Yo habría muerto sin su sabiduría.

—Sí —respondió Uthil casi sin voz, con la mirada perdida en la lejanía—. Espero que su sabiduría funcione pronto conmigo. Debo marchar al norte y dar una lección a esos vansterlandeses. El Rompeespadas tiene preguntas para nosotros. —Su voz había quedado reducida a un chirrido cascado—. ¿Cuál debería ser nuestra respuesta?

—¡Acero! —susurró Espina, y los guerreros que rodeaban al rey también musitaron la palabra al unísono.

La mano pálida de Uthil tembló al abrazarse más a la espada, y Espina pensó que aún tardaría bastante tiempo en practicar con el rey.

—Acero —dijo él con un suspiro, y se hundió poco a poco en su gruesa

capa, con la mirada vidriosa atenta a los chicos del cuadrado, como si hubiera olvidado la presencia de Espina.

—El padre Yarvi nos espera —murmuró Koll.

La llevó por la hierba, entró con ella a un salón sombrío y subieron un largo tramo de escalones, entre los ecos de sus botas raspando contra la piedra en la penumbra y los gritos de los chicos al entrenar, que se desvanecían poco a poco a sus espaldas.

—¿Brand está bien?

—¿Cómo narices quieres que lo sepa? —restalló Espina, y se arrepintió al instante—. Lo siento. Espero que sí.

—¿Tú y él sois...? —Koll la miró de soslayo—. Ya sabes.

—¡No sé qué somos él y yo! —replicó, tajante: otra oleada de genio y otra lenta resaca de culpabilidad—. Perdona.

—Estás aburrida.

—Estoy ociosa —rezongó— mientras se llevan a cabo grandes hazañas.

Llevaba varios días con un humor de perros, y el menosprecio de los guerreros de Uthil no había contribuido a aplacarlo. No tenía nada que hacer aparte de preocuparse. Preocuparse de que Brand no quisiera nada con ella cuando volviera, o de que ella no quisiera nada con él cuando volviera, o de que no volviera en absoluto. Tenía más dudas y frustraciones rodando más deprisa en su cabeza que antes de acostarse con él, y no había nada que pudiera hacer al respecto de nada.

—Condenados hombres —murmuró—. Estaríamos mejor sin ellos.

—¿Y yo qué he hecho? —preguntó Koll.

—Tú no cuentas. —Sonrió y le revolvió el pelo—. Todavía.

Se abrió con un chirrido una puerta pesada que daba a una caverna de maravillas. Era una estancia redonda, poco iluminada por lámparas de tímida llama, con olor a especias y moho y llena de estanterías, que a su vez estaban

rebosantes de libros, frascos de hojas secas y polvo de colores, cráneos de animales y palos rotos, manojos de hierbas y piedras en las que brillaban cristales incrustados.

Al fondo estaba Safrit, que indicó a Espina que se acercara a unos escalones que llevaban a otra arcada. Cuando llegó, se inclinó a ella para susurrarle:

—No te preocupes.

—¿Eh?

—Todo irá bien, decidas lo que decidas.

Espina la miró.

—Ahora sí que estoy preocupada.

El padre Yarvi estaba en la siguiente sala, sentado en una banqueta junto a un hogar, con el báculo de metal élfico apoyado en la pared a su lado y reflejando el fuego.

Safrit hizo una genuflexión tan profunda en el umbral que casi dio un cabezazo contra el suelo, pero Espina soltó un bufido mientras entraba dándose aires.

—Conque obligando a la buena gente a arrodillarse ante ti, ¿eh, padre Yarvi? Creía que habías renunciado a ser rey...

El resto de la estancia entró en su campo de visión y reparó en que la reina Laithlin estaba sentada al otro lado del fuego. Tenía la túnica abierta hacia un lado, enseñaba un hombro de piel blanca y sostenía un fardo de pieles contra su pecho. El príncipe Druin, comprendió Espina, heredero de la Silla Negra.

—Dioses. —La realeza acechaba a Espina en cada rincón. Se apresuró a bajar una rodilla, derribó un frasco de un estante con el codo, hizo caer otro cuando sacó una mano para atrapar el primero y terminó sosteniendo con torpeza un revoltijo tintineante entre los dos brazos y el pecho—. Disculpadme, mi reina. Nunca me ha salido muy bien lo de arrodillarme.

Cayó en que era lo mismo que le había dicho en su anterior encuentro, sobre los muelles de Thorlby antes de que zarpara el *Viento del Sur*, y se ruborizó tanto

como en aquella ocasión.

Pero Laithlin no pareció darse cuenta.

—A los mejores les cuesta. —Señaló otra banqueta que había junto al hogar—. Mejor siéntate.

Espina se sentó, pero la postura no le resultó más cómoda. Tanto la reina como el clérigo echaron la cabeza un poco hacia atrás y la contemplaron con ojos grises entrecerrados. El parecido entre ellos era increíble. Seguían siendo madre e hijo, por mucho que él hubiera jurado renunciar a toda familia salvo la Clerecía. Los dos la observaron en tranquilo silencio. Fue un examen doble que hizo a Espina sentirse del tamaño de una cabeza de alfiler, y durante todo el tiempo el infante siguió mamando, mamando, mamando, y una manita escapó de las pieles y tiró de un mechón de cabello rubio.

—La última vez que nos vimos —dijo Laithlin por fin— te dije que los necios se jactan de lo que harán mientras los héroes lo hacen. Parece que mis palabras te llegaron al alma.

Espina intentó tragarse los nervios. Quizá Thorlby hubiera parecido menguar después de todo lo que había visto, quizá sus afamados guerreros pareciesen enclenques después de todo lo que había hecho, pero la Reina Dorada seguía tan formidable como siempre.

—Lo he intentado, mi reina.

—El padre Yarvi me cuenta que te has vuelto letal en extremo. Me cuenta que mataste a seis miembros del Pueblo del Caballo en la batalla sobre el Denegado. Que siete hombres atacaron a la Emperatriz del Sur y tú luchaste contra ellos sola y desarmada, y venciste.

—Tuve ayuda. La mejor de las maestras y un buen hombre a mi lado... hombres, quiero decir. Buenos hombres a mi lado.

Laithlin dejó ver la más leve de las sonrisas.

—Has aprendido humildad, entonces.

—Gracias al padre Yarvi he aprendido muchas cosas, mi reina.

—Háblame de la Emperatriz del Sur.

—Bueno... —Lo único que se le ocurría a Espina era lo distinta que era de la reina Laithlin—. Es joven, y menuda, y lista...

—Y generosa. —La reina posó la mirada en el brazalete élfico que adornaba la muñeca de Espina, que refulgió con su propio rosa mientras Espina volvía a sonrojarse.

—Intenté rechazarlo, mi reina, pero...

—Su propósito era quebrar una alianza. Ayudó a fraguar una nueva. No podría haber esperado mejor resultado para mi inversión. ¿Desearías haberte quedado en la Primera Ciudad?

Espina parpadeó.

—Yo...

—Sé que la emperatriz te pidió que lo hicieras. Que estuvieses junto a su hombro y la protegieras de sus enemigos, que la ayudaras a dirigir el rumbo de una gran nación. Son muy pocos los que recibirán jamás una oferta semejante.

Espina tragó saliva.

—Gettlandia es mi hogar.

—Sí. Y aquí estás, languideciendo en Thorlby mientras la abuela Wexen cierra el mar Quebrado a nuestros barcos y los vansterlandeses cruzan en manada la frontera, una guerrera de leyenda dejando lacias sus fuertes manos mientras llaman a la batalla a críos mal preparados y a viejos renqueantes. Mi marido, el rey, ha debido de parecerte un estúpido. Un hombre que siega sus campos con cuchara y deja su afilada guadaña nueva acumulando óxido en el estante. —La reina miró a su hijo pequeño—. El mundo cambia. Debe hacerlo. Pero Uthil es un hombre de hierro, y el hierro no se doblega con facilidad a nuevas formas.

—No parece él mismo —musitó Espina.

Clérigo y reina cruzaron una mirada que resultó insondable para Espina.

—No se encuentra bien —dijo Yarvi.

—Y debe amansar los pensamientos de hombres más viejos y más rígidos incluso que él —añadió Laithlin.

Espina se lamió los labios.

—He hecho demasiadas tonterías para llamar tonto a nadie, y mucho menos a un rey.

—Pero ¿te gustaría luchar?

Espina elevó la barbilla y miró a la reina a los ojos.

—Es para lo que estoy hecha.

—Debe de irritar tu orgullo de guerrera que se te pase por alto.

—Mi padre me dijo que no me dejara dominar por el orgullo.

—Buen consejo. —El príncipe se había quedado dormido y Laithlin lo apartó de su pecho y se lo entregó a Safrit mientras levantaba un hombro para cerrar su túnica—. Tengo entendido que tu padre fue Escudo Elegido durante un tiempo.

—De la madre del rey Uthil —apuntó Yarvi en voz baja.

—¿Qué fue de él? —preguntó la reina, mientras Safrit mecía al príncipe en sus brazos y lo arrullaba en tonos suaves.

Espina notó el peso de la bolsita en su pecho al cambiar de postura, incómoda.

—Murió en un duelo contra Grom-gil-Gorm.

—El Rompeespadas. Un guerrero temible, mortal enemigo de Gettlandia. Y ahora volvemos a enfrentarnos a él. Una vez yo también tuve Escudo Elegido.

—Hurik —dijo Espina—. Lo vi luchar en el cuadrado de entrenamiento. Era un gran guerrero.

—Me traicionó —dijo la reina sin apartar su fría mirada de Espina—. Tuve que matarlo.

Ella tragó.

—Oh...

—No he vuelto a encontrar a alguien digno de ocupar su puesto. —Hubo un silencio largo y denso—. Hasta ahora.

Espina abrió los ojos de golpe. Miró a Yarvi y luego a la reina.

—¿Yo?

Yarvi levantó su mano tullida.

—Yo no voy a ser.

De pronto el corazón de Espina empezó a aporrearle el pecho.

—Pero... no llegué a superar la prueba del guerrero. No presté el juramento del guerrero...

—Superaste pruebas mucho más difíciles —dijo la reina—, y el único juramento que debe pronunciar un Escudo Elegido es a mí.

Espina bajó de la banqueta y se arrodilló a los pies de Laithlin, en esta ocasión sin hacer caer nada al fuego.

—Decidme las palabras que debo pronunciar, mi reina.

—Eres valiente. —Laithlin se inclinó hacia delante y pasó la yema de los dedos por la cicatriz de una de las mejillas de Espina—. Pero no deberías precipitarte.

—Deberías tener cuidado con los juramentos que pronuncias —dijo el padre Yarvi.

—Esto es una carga, además de un honor. Podrías tener que luchar por mí. Podrías tener que morir por mí.

—La Muerte nos espera a todos, mi reina. —Espina no tuvo que pensárselo. Sentía que era más adecuado que nada que hubiera hecho en su vida—. Llevo soñando con esto desde que pude empuñar una espada. Estoy preparada. Decidme

las palabras.

—Padre Yarvi. —Koll entró a toda prisa en la estancia, enrojecido de emoción y casi sin aliento.

—Ahora no, Koll.

—¡Ha llegado un cuervo! —Le tendió un trozo de papel con diminutas marcas garabateadas en él.

—La madre Scaer responde, por fin. —Yarvi lo extendió en sus rodillas y sus ojos bailaron entre los signos. Espina lo contempló maravillada. Atrapar las palabras en líneas sobre un papel le parecía tanta magia como la que había hecho Skifr en la estepa.

—¿Qué dice? —preguntó Laithlin.

—Grom-gil-Gorm acepta el desafío del rey Uthil. Sus incursiones cesarán hasta el día central del verano. Entonces los guerreros de Vansterlandia y los de Gettlandia trabarán batalla en el Diente de Amon. —Yarvi dio la vuelta al mensaje y entrecerró los ojos.

—¿Qué más?

—El Rompeespadas responde con un desafío propio. Pregunta si el rey Uthil se enfrentará a él en el cuadrado, hombre contra hombre.

—Un duelo —dijo Laithlin.

—Un duelo.

—El rey no está recuperado para luchar todavía. —Laithlin miró a su hijo. Su clérigo—. No puede estar recuperado para luchar.

—Con el favor del Padre Paz, confiemos en no llegar a eso.

—Tus círculos se mueven, padre Yarvi.

Él arrugó el papel y lo arrojó a las llamas.

—Se mueven.

—Debemos estar preparados para cabalgar al norte antes de una semana. —La reina Laithlin se levantó, alta y severa, sabia y hermosa, y Espina, arrodillada a sus pies, pensó que nunca podía haber existido una mujer más digna a la que seguir—. Enséñale las palabras.

## HALLEBY

Había llovido y ya no quedaba fuego. Ya no quedaba apenas nada. Unas pocas paredes calcinadas. Unos pocos tiros de chimenea tambaleantes. El resto del pueblo de Halleby era barro revuelto con ceniza y astillas. Unas pocas personas rebuscando por si quedaba algo que valiera la pena llevarse sin encontrar gran cosa. Unas pocas más reunidas en torno a tierra recién cavada, cabizbajas.

—Un lugar humilde en sus mejores tiempos —murmuró Brand.

—Y no son estos —dijo Rauk.

Había un anciano arrodillado entre los escombros de una casa, manchado de hollín de pies a cabeza y con el escaso pelo revuelto por el viento, mientras plañía al cielo una y otra vez:

—Se han llevado a mis hijos. Se han llevado a mis hijos. Se han llevado a mis hijos.

—Pobre desgraciado. —Rauk se frotó la nariz mocosa con el dorso de una mano y volvió a torcer el gesto mientras levantaba su escudo. Lo había torcido sin descanso desde que zarparon de Thorlby.

—¿Tienes el brazo herido? —preguntó Brand.

—Recibí un flechazo hace unas semanas. Estoy bien. —No tenía aspecto de estar bien. Estaba delgado, consumido, y en sus ojos acuosos no quedaba nada del desafío que una vez tuvieron. Brand nunca había creído que lo echaría de menos, pero así era.

—¿Quieres que cargue con tu escudo un rato?

Un destello del viejo orgullo, aunque entonces Rauk flaqueó.

—Gracias. —Soltó el escudo a tierra y gimió entre dientes rechinantes mientras hacía rodar el brazo en círculo—. No parecía una herida grave, pero, dioses, cómo duele.

—Seguro que ya está sanando —dijo Brand, echándose el segundo escudo a la espalda.

No tenía pinta de que fueran a necesitarlo aquel día, ya que los vansterlandeses se habían marchado hacía tiempo. Y menos mal, porque lo que Hunnan había logrado reunir eran unos desechos lamentables. Un par de docenas de chicos con armaduras que les quedaban grandes, poco mayores que Koll y mucho menos diestros, mirando los cascotes calcinados con los ojos abiertos y temerosos. Un puñado de barbas grises, uno de ellos sin un solo diente en la boca, otro sin un solo pelo, un tercero con la espada salpicada desde la empuñadura hasta la punta roma por manchas de óxido. Y luego estaban los heridos. Rauk, y un hombre que había perdido un ojo y cuyos vendajes no paraban de sangrar, y otro con la pierna mala que los había retrasado todo el camino, y Sordaf, al que no le pasaba nada, que supiera Brand. Nada aparte de seguir tan imbécil como siempre, por supuesto.

Hinchó los carrillos y dejó escapar un suspiro cansado. Había dejado a Espina. Desnuda. En su cama. Sin nada de ropa. A cambio de aquello. Los dioses sabían que había tomado algunas decisiones espantosas, pero la última tenía que ser la peor de todas. Al cuerno con vivir en la luz; debería estar yaciendo en la calidez.

Rauk se estaba masajeando el hombro con una mano paliducha.

—Espero que sane pronto. No puedo formar en la muralla de escudos con un brazo malo. ¿Has estado en la muralla? —En otro tiempo habría sido una pregunta con anzuelo, pero ahora su voz trajo solo un pavor vacío.

—Sí, en el Denegado. —En otro tiempo habría sido una respuesta con orgullo, pero ahora Brand solo pudo pensar en la sensación de su daga hundiéndose en la carne y su voz llegó cargada de su propio pavor—. Luchamos allí contra el Pueblo del Caballo. No sé por qué, en realidad, pero... luchamos. ¿Y tú?

—También. Fue una escaramuza contra unos vansterlandeses, hace unos meses. —Rauk volvió a sorberse la nariz mientras los dos rumiaban recuerdos

cuyo sabor no les gustaba demasiado—. ¿Mataste a alguien?

—Sí. —Brand recordó la cara del hombre, cuyas facciones aún podía visualizar—. ¿Y tú?

—Sí —dijo Rauk, mirando el suelo con expresión adusta.

—Espina mató a seis. —Brand lo dijo demasiado alto y con demasiada alegría, pero anhelaba hablar de cualquier otra cosa que no fuese su propio papel en la matanza—. ¡Tendrías que haberla visto pelear! Me salvó la vida.

—Hay gente que le coge el gusto. —Los ojos llorosos de Rauk seguían fijos en el fango—. Me pareció que la mayoría solo lo hace tan bien como puede y espera que termine rápido.

Brand miró adusto los cascotes chamuscados que antes fueron un pueblo. Que antes fueron la vida de personas.

—Ser un guerrero... no es todo hermandad y palmadas en la espalda, ¿verdad?

—No es como en las canciones.

—No. —Brand movió el hombro para hacer subir los escudos—. No lo es.

—Se han llevado a mis hijos. Se han llevado a mis hijos. Se han llevado a mis hijos...

El maestro Hunnan hablaba con una mujer que logró huir cuando llegaron los vansterlandeses. Al terminar, regresó dando zancadas con la mano de la espada apoyada en el cinturón, y su pelo canoso arremolinado por el viento coronaba un ceño incluso más profundo que el que solía mostrar.

—Llegaron anteayer al anochecer. La mujer cree que eran dos docenas, pero no está segura y supongo que serían menos. Traían perros. Mataron a dos hombres, se llevaron a diez como esclavos y a los cinco o así que estaban enfermos o eran muy mayores los dejaron arder dentro de sus casas.

—Dioses —susurró uno de los muchachos, y trazó un símbolo sagrado sobre su pecho.

Hunnan entrecerró los ojos.

—Así es la guerra, chico. ¿Qué esperabas?

—Nos llevan dos días de ventaja, pues. —Brand paseó la mirada por los guerreros ancianos y el joven guerrero con la pierna mala—. Y no somos la tripulación más rápida que se haya visto jamás. Ya no podremos alcanzarlos.

—No. —Hunnan tensó la mandíbula mientras miraba al norte con ojos duros. Hacia Vansterlandia—. Pero tampoco podemos dejar pasar esto. Hay un pueblo vansterlandés cerca de aquí, al otro lado del río.

—Rissentoft —dijo Sordaf.

—¿Lo conoces?

Sordaf se encogió de hombros.

—Es un buen mercado de ovejas. Llevaba corderos allí con mi tío en primavera. Conozco un vado que está cerca.

—¿No estará vigilado? —preguntó Brand.

—Nosotros no lo vigilábamos.

—Allí iremos, entonces. —Hunnan separó un poco la empuñadura de la vaina para acomodar mejor la hoja con un gesto brusco—. Cruzaremos por ese vado y nos dirigiremos a Rissentoft. ¡Quiero ver esos culos flacos moviéndose! —Y el maestro de armas agachó la cabeza y empezó a andar.

Brand se apresuró a alcanzarlo y le habló en voz baja porque no quería que los oyeran discutir los demás, que ya tenían dudas más que de sobra.

—Maestro Hunnan, espera. Si lo que nos hicieron ellos a nosotros está mal, ¿cómo puede estar bien que se lo hagamos nosotros a ellos?

—Si no podemos herir a los pastores, tendremos que herir al ganado.

—Esto no lo hicieron unas ovejas, ni tampoco unos pastores. Fueron guerreros.

—Estamos en guerra —dijo Hunnan, malcarado—. El bien no tiene nada que ver. El rey Uthil ha dicho que el acero es la respuesta, así que acero será.

Brand señaló con la mano los miserables supervivientes, que hurgaban entre los escombros de sus hogares.

—¿No deberíamos quedarnos a ayudar? ¿Qué bien hará quemar otro pueblo solo porque está al otro lado de un río?

Hunnan se volvió hacia él.

—¡Podría ayudar al siguiente pueblo, o al que está detrás! ¡Somos guerreros, no niñeras! Te he dado una segunda oportunidad, chico, pero empiezo a pensar que tenía razón al principio y tienes más del Padre Paz que de la Madre Guerra. —Viendo la obra de la Madre Guerra a sus espaldas, Brand se preguntó si tan malo sería—. ¿Y si hubiera muerto tu familia aquí, eh? ¿Y si hubiera ardido tu casa? ¿Y si tu hermana fuese esclava de algún vansterlandés? ¿Acaso no buscarías venganza?

Brand miró por encima del hombro a los otros chicos, que los seguían rezagados y casi sin fuerzas. Entonces suspiró y volvió a colocarse los dos escudos.

—Sí —dijo—, supongo que sí.

Pero no veía que de aquello pudiera salir nada bueno.

## FUEGO

—Creo que necesito una espada nueva.

Espina soltó la espada de su padre, que rebotó con estrépito en el mostrador.

Rin dio otra pasada a la hoja que estaba lijando y frunció el ceño.

—Esto me suena de algo.

—Espero que tu respuesta no me suene a mí.

—¿Porque te acostaste con mi hermano?

—Porque va a haber una batalla y la reina Laithlin quiere que su Escudo Elegido vaya bien armada.

Rin dejó la piedra de afilar y se acercó al mostrador, dando palmadas para quitarse el polvo de las manos.

—¿El Escudo Elegido de la reina? ¿Tú?

Espina alzó el mentón y le devolvió la mirada.

—Yo.

Siguieron midiéndose durante lo que pareció bastante tiempo, y entonces Rin cogió la espada de Espina, le dio la vuelta sobre el mostrador, rascó el pomo barato con el pulgar y volvió a dejarla.

—Si la reina Laithlin lo dice, supongo que así tendrá que ser.

—Eso creo yo también —dijo Espina.

—Necesitaremos hueso.

—¿Para qué?

—Para ligar el hierro y crear acero. —Rin señaló con un gesto de la cabeza la hoja brillante que tenía sujeta al banco, con polvo gris de acero acumulado por debajo—. Para esa utilicé hueso de halcón, pero también he usado de lobo, o de oso. Si se hace bien, atrapas el espíritu del animal en la hoja. Por eso hay que elegir algo que sea fuerte, algo mortífero. Algo que tenga significado para ti.

Espina le dio un par de vueltas en su mente, y entonces le vino la idea y empezó a sonreír. Tenía la solución perfecta. Se quitó la bolsita del cuello, la abrió y dejó caer los bultos suaves y amarillentos en el mostrador. Ya los había llevado puestos el tiempo suficiente. Había llegado el momento de darles mejor uso.

—¿Qué tal los huesos de un héroe?

Rin enarcó las cejas, mirándolos.

—Mejor todavía.

Se detuvieron en un claro lleno de ceniza junto al río, en cuyo centro había un anillo de piedras tan ennegrecidas como si hubieran contenido un fuego del demonio.

Rin bajó el enorme saco de herramientas que llevaba al hombro.

—Ya hemos llegado.

—¿Hacía falta venir tan lejos? —Espina soltó los sacos de carbón, estiró la espalda y se limpió el sudor de la cara con el antebrazo.

—No quiero que me roben mis secretos. Por cierto, como cuentes a alguien lo que va a ocurrir aquí, tendré que matarte. —Rin pasó una pala a Espina—. Ahora, métete en el río y ponte a sacar arcilla del fondo.

Espina la miró de soslayo, con la lengua en el hueco entre sus dientes.

—Empiezo a pensar que Skifr era una maestra menos estricta.

—¿Quién es Skifr?

—No importa.

Se metió hasta la cintura en la corriente de agua, tan fría que ahogó un grito pese al calor del verano, y empezó a excavar el lecho y a arrojar la arcilla a la ribera en grises paladas.

Rin había traído un tarro, en el que introdujo unos trozos apagados de piedra del hierro, la ceniza negra de los huesos del padre de Espina, un pellizco de arena y dos cuentas de vidrio antes de empezar a sellar la tapa aplicando arcilla.

—¿Para qué es el vidrio?

—Para engañar a la porquería y que salga del hierro —respondió Rin casi sin vocalizar ni levantar la mirada—. Cuanto más caliente esté el horno, más puro será el acero y más fuerte será la hoja.

—¿Cómo es que sabes tanto de esto?

—Fui aprendiza de una herrera llamada Gaden. Observé cómo trabajaban algunos otros. Hablé con varios mercaderes de espadas que habían bajado por el Divino. —Rin se dio un golpecito en la sien y dejó una mancha de arcilla—. Lo demás lo razoné yo sola.

—Vaya, así que eres una chica lista.

—En lo que respecta al acero. —Rin colocó el frasco de barro con cuidado en el centro de aquel anillo de piedras—. Venga, al río otra vez.

De modo que Espina volvió chapoteando y tiritando al agua mientras Rin construía el horno. Esta acumuló carbón en su interior, piedras en el exterior y aplicó arcilla como argamasa hasta que hubo levantado algo parecido a una casita con cúpula que le llegaba al pecho y tenía una abertura en la parte de abajo.

—Ayúdame a sellarlo. —Rin recogió arcilla con las manos y Espina la imitó, y entre las dos cubrieron el horno con una gruesa capa—. ¿Cómo es ser Escudo

Elegido?

—Es lo que había soñado toda la vida —dijo Espina, henchida de orgullo—. Y no se me ocurre nadie a quien querría servir antes que a la reina Laithlin.

Rin asintió con la cabeza.

—No por nada la llaman la Reina Dorada.

—Es un gran honor.

—No lo dudo, pero ¿cómo es?

Espina dejó caer los hombros.

—De momento, aburrido. Desde que hice el juramento, casi no he hecho otra cosa que quedarme de pie en la tesorería de la reina, mirando mal a mercaderes mientras ellos le piden favores que entiendo menos que si hablaran en algún idioma extranjero.

—¿Dudas si cometiste un error? —preguntó Rin, recogiendo otro puñado de pringue gris.

—No —dijo Espina, toda seguridad, y tras un momento de rellenar grietas con más arcilla, añadió—: Puede que un poco. Tampoco sería el primero.

—No eres tan dura como haces ver a los demás, ¿verdad?

Espina inspiró hondo.

—¿Quién lo es?

Rin sopló con suavidad sobre su pala y las ascuas crepitaron y ganaron brillo. Entonces se tumbó, las metió hasta el fondo por la boca del horno, hinchó los mofletes y sopló con fuerza, una y otra vez. Por último, se alzó con los brazos, se quedó en cuclillas y vio cómo el carbón prendía con una llama anaranjada dentro del respiradero.

—¿Qué está pasando entre tú y Brand? —dijo.

Espina sabía que llegaría la pregunta, pero anticiparla no la volvió más cómoda.

—No lo sé.

—Tampoco es una pregunta tan complicada, ¿no?

—Cualquiera diría que no.

—Bueno, ¿has terminado con él?

—No. —Espina se sorprendió de la firmeza de su voz.

—¿Él dijo que había terminado contigo?

—Las dos sabemos que Brand no es muy de decir las cosas. Pero no me extrañaría. No soy exactamente lo que sueñan los hombres, ¿verdad?

Rin la miró un momento con la frente arrugada.

—Supongo que cada hombre sueña con cosas distintas. Igual que cada mujer.

—El caso es que lo primero que hizo fue salir por piernas.

—Llevaba mucho tiempo queriendo ser guerrero. Era su oportunidad.

—Sí. —Espina se llenó los pulmones despacio—. Creía que todo sería más fácil después de... ya sabes.

—¿Y no se hizo más fácil?

Espina se rascó la cabeza afeitada, notando el contorno de la cicatriz entre el pelo corto.

—Joder no, para nada. No sé qué estamos haciendo, Rin. Ojalá lo supiera, pero no tengo ni idea. Lo único que se me ha dado bien en la vida es luchar.

—Nunca se sabe. A lo mejor descubres que también tienes talento con el fuelle. —Rin lo dejó caer junto a la boca del horno.

—Si te toca levantar una carga —musitó Espina mientras se arrodillaba—, más te vale levantarla que echarte a llorar.

Apretó los dientes e hizo silbar el fuelle hasta que le dolieron los hombros, le ardió el pecho y el jubón quedó empapado de sudor.

—Más fuerte —dijo Rin—. Más calor. —Y empezó a entonar oraciones con voz sosegada y suave a Aquel Que Crea La Llama, a Aquella Que Golpea El Yunque y también a la Madre Guerra, la Madre de Cuervos, la que reúne a los muertos y hace un puño de la mano abierta.

Espina trabajó hasta que el respiradero empezó a recordar a una puerta al infierno en la oscuridad creciente, a unas fauces de dragón en el ocaso. Trabajó hasta que, pese a haber ayudado a cargar con un barco por las largas cuestas en los dos sentidos, no estaba segura de haberse esforzado más nunca.

Rin soltó un bufido.

—Quita de en medio, bestia, que ya te enseño yo cómo se hace.

Tomó el fuelle y lo accionó con movimientos tranquilos, fuertes y continuos, como las brazadas de su hermano al remo. Las ascuas refulgieron aún más calientes mientras las estrellas aparecían en el cielo, y entonces Espina elevó una plegaria propia para sus adentros, una plegaria a su padre, y llevó una mano hacia la bolsita de su cuello, pero los huesos habían ido a parar al acero y sintió que había hecho lo correcto.

Se metió de nuevo en el río y bebió, mojada de pies a cabeza, y regresó chapoteando para ocuparse de otro turno al fuelle, imaginando que era la cabeza de Grom-gil-Gorm, y siguió y siguió hasta que el horno la secó del todo y volvió a empaparse de sudor. Después trabajaron juntas, una al lado de la otra, y el calor era como una mano gigantesca que apretaba la cara de Espina, y las llamas rojiazules bailaban asomando por el respiradero, y el humo brotaba de los lados de la arcilla cocida del horno, y las chispas se perdían en la noche donde el Padre Luna reposaba, grande, gordo y blanco, sobre los árboles.

Justo cuando Espina empezó a estar segura de que iba a estallarle el pecho y los brazos amenazaban con soltarse de sus hombros, Rin dijo que era suficiente y las dos se dejaron caer de espaldas, manchadas de hollín y jadeando.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora esperamos a que se enfríe. —Rin sacó una botella fina y alta de su bolsa y le quitó el tapón—. Y nos emborrachamos un poquito.

Tomó un largo trago, su cuello manchado de hollín se movió al beber y tendió la botella a Espina mientras se limpiaba la boca.

—Tú sí que sabes llegar al corazón de una mujer.

Espina cerró los ojos y olió buena cerveza, y al poco la probó, y al poco tragó y se lamió los labios resecos. Rin estaba colocando la pala en la neblina titilante que había sobre el horno y Espina vio cómo echaba unos trozos de panceta que chisporrotearon sobre el metal.

—Tienes toda clase de habilidades, ¿eh?

—Trabajé de muchas cosas en mis tiempos. —Y Rin cascó unos huevos sobre la pala que empezaron a burbujear al instante—. Entonces, ¿va a haber una batalla?

—Eso parece. En el Diente de Amon.

Rin espolvoreó un poco de sal.

—¿Y Brand luchará en ella?

—Supongo que lucharemos los dos. Aunque el padre Yarvi tiene otras ideas, ojo. Suele tenerlas.

—Dicen que es un hombre astucioso.

—Eso desde luego, pero no comparte sus ideas.

—Los astuciosos no acostumbran a hacerlo —dijo Rin, dando la vuelta a la panceta con un cuchillo.

—Gorm ha desafiado al rey Uthil para zanjar el asunto.

—¿A un duelo? Nunca ha existido un espadachín mejor que Uthil, ¿verdad?

—No si está en su mejor forma. Pero está muy lejos de su mejor forma.

—Me llegó un rumor de que está enfermo.

Rin retiró la pala del horno, se acuclilló, la colocó en el suelo entre las dos y el olor de la carne y los huevos hizo salivar a Espina.

—Ayer lo vi en el Salón de los Dioses —dijo Espina—. Intentaba aparentar que estaba hecho de hierro, pero, a pesar de las hierbas del padre Yarvi, de verdad que apenas se tenía en pie.

—No suena bien, si se acerca una batalla. —Rin sacó una cuchara y se la ofreció a Espina.

—No, no suena nada bien.

Empezaron a atiborrarse y, después de todo el trabajo, Espina no estuvo segura de haber probado algo mejor en la vida.

—Dioses —dijo con la boca llena—, ¿una mujer que sabe hacer buenos huevos y buenas espadas y se trae buena cerveza? Si la cosa no sale bien con Brand, me caso contigo.

Rin resopló.

—Si los chicos siguen interesándose tanto por mí como hasta ahora, a lo mejor hasta me pareces buen partido.

Rieron y comieron y se emborracharon un poquito, con el calor del horno todavía en sus rostros.

—Roncas, ¿lo sabías?

Espina despertó de sopetón y se frotó los ojos, con la Madre Sol apenas empezando a elevarse en el cielo pétreo.

—Algo me han comentado alguna vez.

—Creo que ya es el momento de abrirlo. A ver qué tenemos.

Rin empezó a destruir el horno con un martillo mientras Espina rastrillaba los rescoldos todavía humeantes para apartarlos, protegiéndose la cara con una mano porque una brisa traicionera hacía revolotear la ceniza y las ascuas. La hermana de Brand empuñó unas tenazas y sacó el frasco del centro, amarillo por el calor. Lo depositó en una piedra plana, lo rompió, apartó el polvo blanco y sacó algo de su interior, como una nuez de su cáscara.

El acero ligado con los huesos del padre de Espina, con un hosco brillo rojo, no más grande que un puño.

—¿Es bueno? —preguntó Espina.

Rin le dio un golpecito, lo volteó y poco a poco empezó a sonreír.

—Sí. Es bueno.

## RISSENTOFT

En las canciones, los gettlandeses de Angulf Piehendido cayeron sobre Vansterlandia como halcones desde un cielo vespertino.

Los desechos de Hunnan cayeron sobre Rissentoft como un rebaño de ovejas por un tramo empinado de escalones.

El chico con la pierna mala ya apenas podía andar cuando llegaron al río, y lo dejaron en la ribera meridional, amargado y cabizbajo. Los demás se calaron hasta los huesos cruzando el vado, y la corriente se llevó el escudo de uno de ellos. Entonces se perdieron cuando se elevó la niebla por la tarde y no fue casi hasta el anochecer cuando, agotados, castañeteando los dientes y rezongando, toparon con el pueblo por casualidad.

Hunnan dio un capón a un chico en la cabeza para que guardara silencio y los dividió por gestos, enviándolos en grupos de cinco por las calles, o más bien por la tierra endurecida que había entre los cuchitriles.

—¡No te alejes! —susurró Brand a Rauk, que empezaba a quedarse atrás, con el escudo colgando y más pálido y exhausto que nunca.

—Este sitio está desierto —masculló el veterano desdentado, y parecía llevar razón.

Brand avanzó sigiloso a lo largo de una pared y miró por una puerta que estaba abierta. No se movía ni un perro por los alrededores. Aparte de la peste a pobreza, un olor que le resultaba muy familiar, el pueblo estaba abandonado.

—Deben de habernos oído llegar —dijo en voz baja.

El veterano enarcó una ceja.

—Anda, no me digas.

—¡Aquí hay uno! —chilló alguien, presa del pánico, y Brand echó a correr y dobló la esquina de una chabola de juncos, con el escudo alzado.

Había un anciano con las manos levantadas en la puerta de una casa. No era una casa grande ni bonita. Era una casa, sin más. El hombre tenía joroba y el pelo entrecano trenzado en torno a la cara, al estilo de los vansterlandeses. Tres de los chicos de Hunnan lo tenían rodeado en semicírculo, con las lanzas en ristre.

—No estoy armado —dijo el hombre, levantando más los brazos. Le temblaban un poco, y a Brand no le sorprendió lo más mínimo—. No quiero luchar.

—Algunos no queremos —dijo Hunnan, pasando entre los chicos con la espada desenvainada—. Pero a veces la lucha nos encuentra de todos modos.

—No tengo nada que queráis. —El anciano miró nervioso a su alrededor mientras el círculo se estrechaba—. Por favor, solo pido que no me queméis la casa. La construí con mi mujer.

—¿Dónde está? —preguntó Hunnan.

El hombre tragó saliva, moviendo el cuello sin afeitar.

—Murió el invierno pasado.

—¿Y los habitantes de Halleby? ¿Crees que querían que les quemaran las casas?

—Conocía a gente en Halleby. —El anciano se lamió los labios—. Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero tampoco te sorprendió, ¿verdad que no? —Y Hunnan descargó su espada sobre él. Le hizo un gran corte en el brazo y el hombre gritó, trastabilló y se agarró al marco de su puerta al caer.

—Uf —dijo un chico.

Hunnan avanzó un paso y, con un rugido, dio un tajo al hombre en la nuca que sonó como un tronco al partirse. El anciano cayó rodando, entre temblores, con

la lengua rígida fuera de la boca. Luego se quedó quieto y la sangre se extendió por su umbral de piedra, acumulándose en las profundas runas talladas de los dioses que velaban por su casa.

Los mismos dioses que velaban por las casas de Thorlby. Por lo visto, en aquel momento debían de estar echando la siesta.

Brand miró la escena fijamente, embargado por el frío. Había ocurrido tan deprisa que no había tenido tiempo de impedirlo. Ni siquiera de pensar si quería impedirlo o no. Había ocurrido sin más, y todos se habían quedado plantados mirando. Estaba hecho, y ya no había vuelta atrás.

—Dispersaos —ordenó Hunnan—. Registrad las casas y luego quemadlas. Quemadlas todas.

El veterano calvo negó con la cabeza al oírlo y a Brand se le revolvió el estómago, pero todos cumplieron las órdenes.

—Yo me quedo aquí —dijo Rauk soltando su escudo para sentarse encima.

Brand abrió la puerta más cercana embistiendo con el hombro y se quedó petrificado. Era una estancia baja, muy parecida a la que había compartido con Rin, y junto al hogar había una mujer. Era muy delgada, llevaba el vestido sucio y Brand le echó un par de años más que él. Estaba de pie con una mano en la pared, mirándolo, resollando. Paralizada por el miedo, imaginó.

—¿Estás bien? —le preguntó Sordaf desde fuera.

—Sí —dijo Brand.

—¡Me cago en la puta! —El chico gordo sonrió al meter la cabeza por debajo del dintel—. Veo que el sitio no está vacío del todo. —Desenrolló un poco de cuerda, la cortó con su cuchillo y pasó el trozo a Brand—. Me parece que sacarás buen precio, cabronazo con suerte.

—Sí —dijo Brand.

Sordaf salió meneando la cabeza.

—La guerra no es más que condenada suerte, joder.

La mujer no habló y Brand tampoco. Le ató la cuerda en torno al cuello, sin apretar demasiado sin dejarla suelta, y ella ni siquiera movió un músculo. Rodeó su muñeca con el otro extremo, sin dejar de sentirse entumecido y raro. Era lo que hacían los guerreros en las canciones, ¿verdad? ¿Tomar esclavos? A Brand no le parecía que aquello fuese hacer el bien. Ni se le acercaba. Pero si no la tomaba él, lo haría algún otro. Era lo que hacían los guerreros.

Fuera ya estaban pasando las casas por la antorcha. La mujer emitió una especie de gemido cuando vio al anciano muerto. Otro cuando el tejado de su choza ardió. Brand no sabía qué decirle, ni a ella ni a nadie, y como de todos modos estaba acostumbrado a guardar silencio, lo guardó. Un chico tenía lágrimas en la cara mientras prendía las casas con su antorcha, pero seguía haciéndolo de todos modos. El aire no tardó en cargarse de olor a humo, de chasquidos y crujidos de madera a medida que se extendían las llamas, de paja que se elevaba flotando al cielo en la penumbra.

—¿Qué sentido tiene esto? —murmuró Brand.

Rauk se limitó a frotarse el hombro.

—Una esclava. —Sordaf escupió, contrariado—. Y unas pocas salchichas. No es que sea un gran botín.

—No veníamos buscando botín —dijo el maestro Hunnan, ceñudo—. Veníamos a hacer el bien.

Y Brand se quedó allí, sujetando una cuerda atada al cuello de una mujer y viendo arder un pueblo.

Comieron pan rancio sin hablar, tumbados en la fría tierra. Seguían en territorio vansterlandés y no se atrevieron a encender una hoguera, por lo que cada hombre estaba solo con sus pensamientos, rodeado de extraños en la oscuridad.

Brand esperó a vislumbrar el primer atisbo del alba, a entrever grietas grises en la nube negra que tenían encima. Tampoco es que hubiera dormido. No dejaba de pensar en aquel viejo. Y en el chico que lloraba mientras pegaba fuego a los techos de paja. Escuchaba la respiración de la mujer que ahora era su esclava, que

le pertenecía porque le había puesto una cuerda al cuello y había incendiado su casa.

—Levántate —susurró Brand, y ella obedeció despacio. No podía verle la cara, pero tenía los hombros hundidos como si ya nada importara.

Sordaf estaba de guardia, soplándose en las manos regordetas y frotándolas y volviendo a soplar.

—Nos vamos un rato —dijo Brand, indicando con la cabeza el principio del bosque que tenían cerca.

Sordaf le sonrió.

—Si pudiera, haría lo mismo. Hace un frío que pela.

Brand le dio la espalda y empezó a andar, tiró de la cuerda y notó que la mujer lo seguía. Caminaron bajo los árboles y entre los matorrales sin mediar palabra, con solo el sonido de las ramas caídas partiéndose bajo las botas de Brand, hasta que el campamento hubo quedado muy atrás. Un búho ululó en algún sitio y Brand tiró de la mujer hacia abajo y esperó entre los arbustos, pero no había nadie.

No supo con certeza cuánto tiempo les había costado llegar al otro extremo del bosque, pero la Madre Sol ya era una mancha gris en el este cuando salieron de entre los árboles. Brand sacó la daga que le había hecho Rin y cortó con cuidado la cuerda del cuello de la mujer.

—Venga, vete —dijo. Ella se quedó mirándolo. Él le señaló la dirección—. Vete.

La mujer dio un paso y echó la vista atrás, y luego dio otro, como si esperara algún truco. Se quedó quieta.

—Gracias —susurró.

Brand hizo un gesto de disgusto.

—No merezco que me agradezcas nada. Vete y ya está.

Se marchó deprisa. Brand la observó mientras corría de vuelta por donde habían venido, sobre la hierba húmeda, bajando la suave pendiente. Con la Madre

Sol un poco más alta en el cielo, alcanzó a ver Rissentoft en la lejanía, un manchurrón negro en la tierra, todavía humeante.

Supuso que debía de haberse parecido mucho a Halleby antes de que empezara la guerra.

Ahora volvía a parecerse.

# LAGOS HELADOS

El séquito del rey se detuvo bajo la ligera lluvia en un promontorio que se alzaba sobre el campamento, un millar de fuegos que se extendían bajo el cielo del atardecer, los brillantes puntitos de las antorchas que desfilaban hacia el valle donde se estaban reuniendo los guerreros de Gettlandia. Espina desmontó de un salto y ofreció su mano a la reina. Laithlin no necesitaba ninguna ayuda: sabía montar a caballo el doble de bien que ella. Pero estaba ansiosa por ser de utilidad.

En las canciones los Escudos Elegidos protegían a su reina de asesinos, o se metían en la boca del lobo para llevar mensajes secretos, o luchaban en duelos que decidían el destino de naciones enteras. A aquellas alturas ya debería haber aprendido a no tomarse las canciones demasiado en serio.

Se sintió perdida entre la interminable oleada de esclavos y siervos que seguían a la Reina Dorada como la cola de un cometa, asediándola con mil preguntas para las que, estuviera dando el pecho al príncipe heredero o no, ella siempre tenía respuesta. Quizá el rey Uthil se sentara en la Silla Negra pero, tras unos pocos días de acompañar a Laithlin, Espina había visto claro quién gobernaba Gettlandia en realidad.

Con ella no había ni rastro de la relajada camaradería que había tenido con Vialina. No había conversaciones sinceras, ni exigencias de que la llamara por su nombre. Laithlin contaba más del doble de inviernos que Espina, era esposa y madre, mercader sin parangón, la señora de una gran casa, tan bella como astuciosa y tan astuciosa como controlada. Era todo lo que debía ser una mujer y más. Era todo lo que no era Espina.

—Te lo agradezco —dijo la reina en voz baja, tomando la mano de Espina y convirtiendo incluso el acto de desmontar de una silla en un ejercicio de elegancia.

—Solo deseo servir.

Laithlin no le soltó la mano.

—No. No naciste para presenciar reuniones acartonadas ni para contar monedas. Deseas pelear.

Espina tragó saliva.

—Dadme la oportunidad.

—Muy pronto. —Laithlin se inclinó hacia ella y apretó la mano de Espina—. Un juramento de lealtad tiene dos filos. Yo lo olvidé una vez y jamás volveré a hacerlo. Lograremos grandes cosas juntas, tú y yo. Cantarán sobre nosotras.

—¡Mi rey! —Era la voz del padre Yarvi, pungente de preocupación.

Uthil había tropezado al desmontar y estaba apoyando buena parte del peso en su clérigo, gris como un espectro, con el pecho jadeante y la espada desnuda sujeta contra él.

—Hablaremos luego —dijo Laithlin, soltando la mano de Espina.

—¡Koll, hierve agua! —ordenó el padre Yarvi—. ¡Safrit, trae mis plantas!

—He visto a ese hombre cruzar treinta leguas de hielo sin desfallecer ni una sola vez —dijo Rulf, que se había puesto al lado de Espina y tenía los brazos cruzados—. El rey no se encuentra bien.

—No. —Espina vio cómo Uthil entraba en su tienda a trompicones, con un brazo sobre los hombros de su clérigo—. Y se acerca una gran batalla. Muy, muy mala suerte.

—El padre Yarvi no cree en la suerte.

—Ni yo creo en los timoneles, pero me chinchan de todos modos —bromeó Espina.

Rulf soltó una risita.

—¿Cómo está tu madre?

Espina lo miró de soslayo.

—Descontenta con mis decisiones, como siempre.

—¿Todavía andáis a la greña?

—Ya que lo preguntas, mucho menos que antes.

—¡Anda! Será que una de las dos ha crecido un poco.

Espina entrecerró los ojos.

—Será que una de las dos tuvo a un guerrero viejo y sabio que le enseñó el valor de la familia.

—Ojalá todo el mundo tuviera la misma suerte. —Rulf bajó la mirada al suelo y se rascó la barba—. Estaba pensando que a lo mejor... podría hacerle una visita.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—No. Pero aun así, me gustaría tenerlo.

Espina se encogió de hombros, impotente.

—No seré yo quien se interponga entre una pareja de jóvenes amantes.

—Ni yo. —Rulf lanzó una mirada significativa a la espalda de Espina, con la cabeza inclinada—. Que es por lo que creo que voy a esfumarme como la niebla en un día soleado...

Espina dio media vuelta y Brand estaba caminando hacia ella.

Confiaba en que quizá lo vería, pero tan pronto como lo tuvo delante la invadieron los nervios. Fue como si entrara por primera vez en el cuadrado de entrenamiento y él fuese su adversario. Tendrían que estar cómodos en presencia del otro después de tanto tiempo, ¿verdad? Sin embargo, de pronto no sabía cómo comportarse con él. ¿Bromista y mordaz, como un compañero de remo con otro? ¿Tontita y dulce, como una doncella con un pretendiente? ¿Regia y gélida, como la reina Laithlin con un deudor? ¿Artera y cauta, como una jugadora hábil que mantiene sus dados bien ocultos?

Mientras Brand se acercaba hacia ella, sintió como si hubiera vuelto a aquel

lago helado, como si el hielo se agrietara bajo sus pies, como si no tuviera ni idea de lo que podía traerle el siguiente paso.

—Espina —dijo él, mirándola a los ojos.

—Brand —dijo ella, devolviéndole la mirada.

—No soportabas tener que esperarme ni un día más, ¿eh?

Bromista y mordaz, pues.

—Tenía una cola de pretendientes desde la puerta de mi casa hasta el condenado embarcadero. Llegó un momento en que ya no soportaba a más hombres sollozando al contemplar mi belleza.

Se apretó una aleta de la nariz con un dedo y proyectó un moco al barro por la otra.

—Tienes espada nueva —dijo él, contemplando su cinto.

Espina metió un dedo bajo la guarda sin adornos y sacó media hoja para que él pudiera terminar de desenfundarla sin que sonara demasiado.

—De la mejor espadera del mar Quebrado, nada menos.

—Dioses, qué buena se ha vuelto. —Pasó el pulgar por la marca de Rin en el recazo, dio un par de tajos al aire y, por último, sostuvo el arma para estudiar el filo a lo largo con un ojo, mientras la Madre Sol relucía en el brillante acero y refulgía en la punta.

—No ha tenido tiempo de hacerle ninguna filigrana —dijo Espina—, pero empieza a gustarme así, sin adornos.

Brand dio un suave silbido.

—El acero es de primera.

—Cocinado con los huesos de un héroe.

—¿Ah, sí?

—Pensé que ya había llevado los huesos de mi padre al cuello bastante tiempo.

Brand sonrió mientras le devolvía la espada, y Espina descubrió que también estaba sonriendo.

—¿Rin no te había dicho que no te la haría?

—Nadie dice que no a la reina Laithlin.

Brand volvía a tener aquella vieja mirada perpleja suya.

—¿Cómo dices?

—La reina quería que su Escudo Elegido tuviera una hoja apropiada —dijo Espina, devolviendo el arma a su vaina con un gesto firme. Brand la miró boquiabierto mientras la idea le entraba en la cabeza—. Ya sé lo que estás pensando. —Espina bajó los hombros—. Que ni siquiera tengo escudo.

Brand cerró la boca.

—Estaba pensando que tú eres el escudo, y no lo hay mejor. Si yo fuera reina, te elegiría.

—Siento ser yo quien tenga que decepcionarte, pero dudo mucho que vayas a ser reina jamás.

—No me entraría ningún vestido. —Negó despacio con la cabeza, empezando a sonreír de nuevo—. Espina Bathu, Escudo Elegido.

—¿Tú qué tal? ¿Ya has salvado Gettlandia? Os vi reunidos en la playa. Menuda recua de jóvenes campeones. Por no mencionar a un par que eran más bien vetustos.

Brand tensó las facciones.

—No es que hayamos salvado gran cosa. Matamos a un viejo granjero. Robamos unas salchichas. Quemamos un pueblo porque estaba en el lado equivocado de un río. Capturamos una esclava. —Brand se rascó la cabeza—. Y yo la solté.

—No puedes evitar hacer el bien, ¿eh?

—Me parece que Hunnan no lo ve igual. Le gustaría contar a todo el mundo que soy una deshonra, pero entonces tendría que reconocer que su incursión fue deshonrosa, así que... —Hinchó los mofletes, con aspecto más perplejo que nunca—. Mañana pronunciaré mi juramento de guerrero. Junto a unos chicos que nunca han blandido una espada con furia.

Espina imitó la voz del padre Yarvi.

—¡Que el Padre Paz derrame lágrimas por los métodos! ¡La Madre Guerra sonríe a los resultados! Debes de estar contento.

Brand bajó la vista al suelo.

—Supongo.

—¿No lo estás?

—¿Alguna vez tienes remordimientos? ¿Por los hombres que has matado?

—No muchos. ¿Por qué debería?

—No digo que deberías, solo pregunto si los tienes.

—No los tengo.

—Bueno, tú eres una favorita de la Madre Guerra.

—¿Favorita? —repitió Espina, burlona—. ¡Si me ha dado una paliza tras otra!

—Ser un guerrero y tener hermanos a mi hombro es lo que siempre quise...

—No hay decepción como la de conseguir lo que siempre quisiste.

—Para algunas cosas vale la pena esperar —dijo él, mirándola a los ojos.

En esa ocasión no tuvo la menor duda de lo que significaba esa mirada. Empezaba a preguntarse si cruzar aquel lago helado que se extendía entre los dos podía no ser tan complicado. Quizá el truco era dar un paso cada vez e intentar

disfrutar del hormigueo en el estómago. Dio un paso corto hacia él.

—¿Dónde duermes?

Brand no retrocedió.

—Bajo las estrellas, supongo.

—A un Escudo Elegido se le asigna tienda.

—¿Intentas darme envidia?

—No, porque es de las pequeñas. —Dio otro pasito—. Pero tiene catre.

—Empieza a gustarme esta historia.

—Aunque es un poco fría. —Dio otro paso corto y los dos sonrieron—. Estando sola.

—Puedo hablar con Sordaf de tu parte, si quieres. Seguro que puede calentarte la manta de un pedo.

—Sordaf es todo lo que podrían desear la mayoría de las mujeres, pero yo siempre he sido de gustos raros. —Alzó un brazo, usó los dedos de peine y le apartó el pelo de la cara—. Estaba pensando en otra persona.

—Hay un montón de gente mirando —dijo Brand.

—Lo dices como si me importara un carajo.

## COBARDÍA

Estaban arrodillados en hilera. Tres de los chicos jóvenes y Brand. Dos de ellos habían amenazado con su lanza a un viejo granjero. Uno había llorado mientras incendiaba unas casas. El último había devuelto su libertad a la única esclava que habían capturado.

Menudos guerreros.

Sin embargo, allí estaban, con los luchadores de Gettlandia reunidos a su alrededor con sus armas y armaduras, dispuestos a darles la bienvenida a su hermandad. Dispuestos a tenerlos a sus hombros cuando se enfrentaran a Grom-gil-Gorm y sus vansterlandeses en el lugar acordado. Dispuestos a llevarlos hacia el abrazo de hierro de la Madre Guerra.

El rey Uthil había cambiado mucho en el año transcurrido desde que Brand lo viera por última vez, y no para bien. Su piel había pasado a ser del mismo gris férreo que su cabello y sus ojos vidriosos estaban hundidos en profundas sombras. Estaba apergaminado en su silla, casi sin moverse, como si el Círculo Real fuese un peso abrumador en su frente, con las manos temblorosas abrazadas a su espada desnuda.

El padre Yarvi estaba sentado en el borde de una banqueta junto al rey, y la reina Laithlin lo hacía al otro lado con la espalda muy recta, los hombros echados atrás y los puños cerrados sobre las rodillas, examinando a la multitud con su mirada clara, como si de ese modo pudiera compensar la debilidad de su marido con su propia fuerza.

Espina estaba al hombro de la reina, con el rostro firme y el desafío en la mirada, cruzada de brazos y dejando ver el brillo blanco y helado del brazalete élfico en su muñeca. Parecía salida de las canciones, Escudo Elegido de los pies a la cabeza semiafeitada. Brand casi no podía creer que hubiera salido de su cama hacía

apenas una hora. Por lo menos tenía algo de lo que sentirse satisfecho.

El rey volvió la cabeza despacio a la hilera de chicos que terminaba en Brand y carraspeó.

—Sois jóvenes —dijo con una voz tan tenue y frágil que costaba oírla entre el batir de la tela de la tienda, sacudida por el viento—. Pero el maestro Hunnan os ha juzgado dignos y Gettlandia está acosada por sus enemigos. —Se enderezó un poco en su asiento y Brand captó un destello del hombre cuyo discurso lo había emocionado en la costa de Thorlby—. ¡Marchamos hacia el Diente de Amon para enfrentarnos a Vansterlandia en batalla y necesitamos hasta el último escudo! —Tuvo un acceso de tos y luego croó—: El acero es la respuesta.

Se reclinó de nuevo en la silla y el padre Yarvi se inclinó hacia él para susurrarle al oído.

El maestro Hunnan se acercó, espada en mano y ceñudo el rostro, al primero de los chicos.

—¿Juras ser leal a Gettlandia?

El chico tragó saliva.

—Lo juro.

—¿Juras servir a tu rey?

—Lo juro.

—¿Juras mantenerte firme junto a tu compañero de hombro en la muralla de escudos y obedecer a tus superiores?

—Lo juro.

—¡Álzate, pues, como guerrero de Gettlandia!

El chico lo hizo, con aspecto mucho más asustado que feliz, y a su alrededor los hombres se aporrearon el pecho con el puño, hicieron traquetear la empuñadura de su hacha contra los bordes metálicos de su escudo y dieron pisotones en la tierra para mostrar su aprobación.

Brand tragó saliva, aunque tuvo que enfrentarse un momento a su garganta reseca. No tardaría en llegarle el turno. Debería haber sido el día de más orgullo de toda su vida. Pero al recordar las cenizas de Halleby y Rissentoft, el anciano desangrándose en su umbral y la mujer con la cuerda al cuello, su primer sentimiento no fue el orgullo.

Los guerreros vitorearon cuando el segundo chico pronunció su tercer «lo juro» y el hombre que tenía detrás lo levantó del suelo por las axilas como quien saca un pez de un estanque.

Brand cruzó la mirada con Espina y vio cómo se le curvaba la boca en una leve sonrisa. Se la habría devuelto, si las dudas no lo estuvieran fustigando. «Haz el bien», le había dicho su madre con su último aliento. ¿Qué bien habían hecho en Rissentoft la otra noche?

El tercer chico volvía a tener lágrimas en los ojos mientras pronunciaba sus juramentos, pero los guerreros las interpretaron como lágrimas de orgullo y le dedicaron los vítores más sonoros hasta el momento, aunque el estruendo de las armas crispó los quebradizos nervios de Brand.

Hunnan tensó la mandíbula y endureció aún más el ceño mientras se plantaba delante de él. Los hombres guardaron silencio.

—¿Juras ser leal a Gettlandia?

—Lo juro —graznó Brand con la boca seca.

—¿Juras servir a tu rey?

—Lo juro —dijo Brand con el corazón atronando en sus oídos.

—¿Juras mantenerte firme junto a tu compañero de hombro en la muralla de escudos y obedecer a tus superiores?

Brand abrió la boca, pero las palabras no salieron. Se extendió el silencio. Se disiparon las sonrisas. Notó hasta la última mirada posada en él. Hubo tenues sonidos de metal raspando cuando los guerreros cambiaron de postura, inquietos.

—¿Y bien? —restalló Hunnan.

—No.

El silencio se prolongó durante otro momento ominoso, como el que precede a un aguacero, y entonces se desató un murmullo de incredulidad.

Hunnan miró hacia abajo, anonadado.

—¿Cómo dices?

—Levántate, chico —llegó la voz rasposa del rey. El murmullo se preñó de indignación mientras Brand separaba las rodillas del suelo—. Esto no lo había oído nunca. ¿Por qué no quieres prestar juramento?

—Porque es un cobarde —refunfuñó Hunnan.

Más murmullos, más furiosos aún. El chico que estaba al lado de Brand lo miró con ojos sorprendidos. Rulf cerró los puños. El padre Yarvi levantó una ceja. Espina dio un paso adelante con el gesto torcido, pero la reina la detuvo levantando un dedo.

Con un esfuerzo agotador y sin dejar de mirar a Brand, el rey alzó una mano huesuda y silenció a sus guerreros.

—Se lo he preguntado a él.

—Quizá sea un cobarde —dijo Brand, aunque su voz sonó mucho más audaz de lo habitual en él—. El maestro Hunnan mató a un viejo granjero la otra noche y fui demasiado cobarde para impedírselo. Quemamos un pueblo y fui demasiado cobarde para protestar. Enfrentó a tres discípulos contra una en una prueba y fui demasiado cobarde para ponerme de parte de ella. Defender al débil del fuerte. ¿No es eso lo que debería hacer un guerrero?

—¡Condenado mentiroso! —rugió Hunnan—. ¡Te voy a...!

—¡Vas a cerrar la boca! —exclamó, fiero, el padre Yarvi—. Hasta que el rey te diga que hables.

El ceño del maestro de armas encerraba una mirada asesina, pero a Brand no le importó. Sentía que se había quitado una carga de encima. Como si hubiera vuelto a tener el peso del *Viento del Sur* a sus hombros y de pronto lo hubiera soltado. Por primera vez desde que había partido de Thorlby, vivía en la luz.

—¿Queréis a alguien sin miedo? —Señaló con el brazo extendido—. Ahí la

tenéis. Espina Bathu, Escudo Elegido de la reina. En la Primera Ciudad luchó sola contra siete hombres y salvó a la Emperatriz del Sur. ¡Se cantan canciones sobre ella por todo el mar Quebrado! Y sin embargo preferís llevar a niños que a duras penas saben por qué lado agarrar la lanza. ¿Qué orgullo de locos es ese? ¿Qué necedad es esa? Yo soñaba con ser un guerrero. Con serviros, mi rey. Con luchar por mi país, con tener siempre un hermano leal a mi hombro. —Miró a Hunnan a los ojos y se encogió de hombros—. Si esto es lo que significa ser un guerrero, no quiero saber nada de ello.

La furia volvió a estallar, y de nuevo el rey Uthil tuvo que alzar una mano temblorosa para imponer el silencio.

—Aquí hay quienes desprecian tus palabras —dijo—, pero no son las palabras de un cobarde. Algunos hombres son favoritos del Padre Paz. —Sus ojos cansados se volvieron hacia Yarvi, y luego hacia Espina, y empezó a tener espasmos en un párpado—. Igual que algunas mujeres son favoritas de la Madre Guerra. La Muerte... nos espera a todos. —De pronto, la mano con que sostenía la espada se puso a temblar con más fuerza que nunca—. Cada uno debe encontrar su... propio camino... hacia su puerta...

Osciló hacia delante. El padre Yarvi se levantó a toda prisa de su banqueta y lo sostuvo antes de que cayera, pero la espada del rey resbaló de su regazo y rebotó en el barro. Entre el clérigo y Rulf levantaron a Uthil de su silla y lo llevaron de vuelta a su tienda. Su cabeza pendía del cuello lacio. Sus pies se arrastraban en el polvo. El murmullo se alzó con más fuerza que antes, pero esta vez lleno de sorpresa y pavor.

—El rey ha soltado su espada.

—Muy mal presagio.

—Traerá mala suertedearmas.

—El favor de los dioses recae en otra parte.

—¡Calmaos! —La reina Laithlin se puso en pie y barrió a la muchedumbre con una mirada de frío desdén—. ¿Sois guerreros de Gettlandia o esclavas asustadizas? —Había recogido la espada de su marido y la tenía acunada contra el pecho como hacía él, pero en su mano no había vacilación, en sus ojos no había humedad, en su voz no había flaqueza—. ¡Este no es momento de dudar! ¡El Rompeespadas nos espera en el Diente de Amon! Quizá el rey no esté con

nosotros, pero todos sabemos lo que diría.

—¡El acero es la respuesta! —exclamó Espina, y su brazalete élfico dio un fogonazo de ardiente luz roja.

—¡Acero! —rugió el maestro Hunnan, alzando su espada, y el metal siseó al desenvainarse más hojas que apuñalaron el cielo.

—¡Acero! ¡Acero! ¡Acero! —cantó un centenar de gargantas.

Brand fue el único que se quedó callado. Siempre había creído que hacer el bien significaba luchar junto a sus hermanos. Pero quizá hacer el bien significaba no luchar en absoluto.

## EL LUGAR ACORDADO

Los ejércitos de Vansterlandia y Gettlandia se miraban con rencor desde las lindes de un valle poco profundo cubierto de exuberante hierba verde.

—Buen lugar para que paste un rebaño de ovejas —dijo Rulf.

—O para entablar batalla.

Espina entrecerró los ojos y estudió la cumbre opuesta, en la que la silueta de los guerreros se destacaba negra contra el cielo claro, con la Madre Sol reluciendo aquí y allá en sus filos desenvainados. Los vansterlandeses formaban en una muralla de escudos poco prieta, compuesta de manchas de colores brillantes, lanzas alzadas como púas detrás, el negro estandarte de Grom-gil-Gorm lacio en el centro, algunos arqueros destacados como avanzadilla y hostigadores no tan fuertemente armados en ambos flancos.

—Se parece tanto a nuestro ejército que podríamos estar mirándonos en un espejo inmenso —murmuró Yarvi.

—Aparte de esa maldita torre élfica —dijo Espina.

En un saliente rocoso, en el extremo más alejado del frente vansterlandés, se alzaba el Diente de Amon, una torre hueca que tenía treinta veces la altura de un hombre, delgada como un estrecho filo de espada, construida a base de vacías telarañas de barras de metal élfico.

—¿Qué era antes? —preguntó Koll, que la contemplaba maravillado.

—¿Quién puede saberlo? —dijo el clérigo—. ¿Una torre de señales? ¿Un monumento a la arrogancia de los elfos? ¿Un templo a la Diosa Única que rompieron en los muchos?

—Yo puedo decirte lo que será. —Rulf observaba con gesto grave la hueste reunida en su sombra—. Una lápida que señalará la tumba de muchos centenares.

—Muchos centenares de vansterlandeses —dijo Espina, feroz—. Creo que nuestras filas están más pobladas.

—Sí —dijo Rulf—, pero las batallas las ganan los guerreros curtidos, y en eso venimos a estar parejos.

—Y Gorm es conocido por reservarse caballería escondida —terció el padre Yarvi—. Nuestras fuerzas están muy igualadas.

—Y solo uno de los dos ejércitos tiene a su rey. —Rulf volvió la mirada hacia el campamento. Uthil no se había levantado de su lecho desde la tarde anterior. Algunos decían que la Última Puerta estaba esperándolo abierta y el padre Yarvi no lo había negado.

—Incluso una victoria dejaría debilitada a Gettlandia —dijo el clérigo—, y la abuela Wexen lo sabe bien. Esta batalla forma parte de sus designios. Sabía que el rey Uthil sería incapaz de rechazar un desafío. La única victoria posible es que no trabemos combate.

—¿Qué hechizo élfico has preparado para impedirlo? —preguntó Espina.

El padre Yarvi le dedicó su frágil sonrisa.

—Confío en que baste con un poco de magia de clérigo.

Koll se tiró de los pelillos de su barba incipiente mientras contemplaba el otro lado del valle.

—Me pregunto si Fror estará entre ellos.

—Tal vez —dijo Espina. Fror, un hombre junto al que habían entrenado, habían reído, habían luchado, habían remado.

—¿Qué harás si te enfrentas a él en la batalla?

—Supongo que matarlo.

—Esperemos que no os encontréis, entonces. —Koll levantó un brazo para

señalar—. ¡Ya vienen!

El estandarte de Gorm estaba en movimiento y un grupo de jinetes se destacó del centro de sus filas y emprendió el descenso de la pendiente. Espina se abrió paso entre los guerreros que gozaban del favor del rey para situarse junto a Laithlin, pero la reina la apartó con un gesto.

—Quédate atrás, y encapuchada.

—Mi lugar está junto a vos.

—Hoy no eres mi escudo, sino mi espada. A veces conviene mantener una hoja oculta. Si llega tu momento, lo sabrás.

—Sí, mi reina.

A regañadientes, Espina se cubrió con la capucha, esperó a que el resto de la comitiva real hubiera empezado a moverse y entonces, agachada en la silla de montar como una ladrona, en un lugar del que no se componen canciones, los siguió en la retaguardia. Trotaron por la suave y larga pendiente y sus cascos levantaron barro del suelo blando. Llevaban con ellos a dos portaestandartes, y el oro de Laithlin y el hierro gris de Uthil ondearon valientes al levantarse viento.

Los vansterlandeses se acercaron más y más. Eran veinte de sus guerreros más legendarios, con altos yelmos y profundos ceños, trenzas en el pelo y anillos de oro forjados en sus mallas. En la vanguardia, con el collar de pomos arrancados de las espadas de sus enemigos dando cuatro vueltas a su grueso cuello, llegaba el hombre que había matado al padre de Espina: Grom-gil-Gorm, el Rompeespadas, en toda su gloria bélica. A su izquierda cabalgaba su portaestandarte, un gigantesco esclavo shendo con una argolla tachonada y una capa negra ondeando a su espalda. A su derecha tenía a dos fornidos muchachos de pelo blanco, uno con la sonrisa burlona y el enorme escudo de Gorm a su espalda y el otro con una expresión provocadora y la gran espada de Gorm. Entre ellos y el rey, con la mandíbula tan apretada que se le movía el cuero cabelludo afeitado, cabalgaba la madre Scaer.

—¡Saludos, gettlandeses! —Los cascos del altísimo caballo de Grom-gil-Gorm chapotearon en el barro cuando su jinete tiró de las riendas en el fondo del valle y miró alegre al cielo brillante—. ¡La Madre Sol sonríe en nuestro encuentro!

—Un buen presagio —dijo el padre Yarvi.

—¿Para quiénes de nosotros? —preguntó Gorm.

—Quizá para todos.

Laithlin hizo avanzar a su propia montura. Espina ansiaba situarse junto a ella y poder protegerla, pero obligó a sus talones a quedarse quietos.

—¡Reina Laithlin! ¿Cómo pueden vuestra sabiduría y vuestra belleza desafiar así al paso de los años?

—¿Cómo pueden vuestra fuerza y vuestro coraje? —preguntó la reina.

Gorm se rascó la barba, pensativo.

—La última vez que estuve en Thorlby no parecíais tenerme en tan alta estima.

—Los dioses no conceden mayor don que un buen enemigo, dice siempre mi marido. Gettlandia no podría aspirar a un enemigo mejor que el Rompeespadas.

—Me halagáis, y no sabéis cuánto lo disfruto. Pero ¿dónde está el rey Uthil? Ardía en deseos de renovar la amistad que forjamos en su Salón de los Dioses.

—Me temo que mi marido no ha podido venir —dijo Laithlin—. Me envía a mí en su lugar.

Gorm hizo un mohín decepcionado.

—Hay pocos guerreros de tanto renombre como él. Esta batalla brillará menos por su ausencia. Pero la Madre de Cuervos no espera a ningún hombre, por grande que sea su fama.

—Existe otra opción. —Yarvi situó su caballo junto al de la reina—. Una manera de evitar el derramamiento de sangre. Una manera de que el norte pueda liberarse del yugo del Alto Rey en Casa Skeken.

Gorm enarcó una ceja.

—¿Eres mago, además de clérigo?

—Los dos adoramos a los mismos dioses, cantamos a los mismos héroes, soportamos el mismo clima. Y sin embargo, la abuela Wexen nos enfrenta entre nosotros. Si trabamos batalla hoy en el Diente de Amon, salga quien salga victorioso será ella quien venza. ¿Qué no podrían conseguir Vansterlandia y Gettlandia juntas? —Se inclinó adelante en su silla, anhelante—. ¡Hagamos del puño mano abierta! ¡Hágase una alianza entre nosotros!

Espina dio un respingo al oírlo, y no fue la única. Se alzó un murmullo entre los guerreros de ambos bandos y hubo reniegos susurrados y miradas iracundas, pero el Rompeespadas hizo el silencio levantando una mano.

—Una idea atrevida, padre Yarvi. Sin duda eres un hombre astucioso. Y hablas en nombre del padre Paz, como debe hacer un clérigo. —Gorm movió los labios con expresión contrariada, respiró hondo por la nariz y dejó escapar el aire en un suspiro—. Sin embargo, me temo que no puede ser. Mi clériga tiene otro parecer.

Yarvi miró a la madre Scaer y parpadeó, sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Me refiero a mi nueva clériga.

—Saludos, padre Yarvi.

Los dos jóvenes de blancos cabellos, que portaban la espada y el escudo de Gorm, se apartaron para dejar que se acercara una amazona vestida con capa, a lomos de un caballo melado. Se quitó la capucha y al mismo tiempo se alzó un viento frío que le revolvió el cabello rubio en torno a la cara delgada, en la que destacaban unos ojos febriles sobre su sonrisa. Una sonrisa tan retorcida de amargura que costaba esfuerzo mirarla.

—Ya conocéis a la madre Isriun, si no me equivoco —dijo Gorm entre dientes.

—La mocosa de Odem —escupió la reina Laithlin, y su tono dejó claro que sus planes no contaban con la presencia de la clériga.

—Os equivocáis, mi reina. —Isriun le dedicó una sonrisa perversa—. Ahora mi única familia es la Clerecía, la misma que la del padre Yarvi. Nuestra única madre es la abuela Wexen, ¿verdad, hermano? Tras su estrepitoso fracaso en la

Primera Ciudad, ella dejó de considerar a la hermana Scaer digna de confianza. —El rostro de Scaer se desfiguró un poco al oír el título—. Me envió a mí a ocupar su lugar.

—¿Y vos lo permitisteis? —murmuró Yarvi.

Gorm movió la lengua en la boca, como para quitarse un sabor desagradable, a todas luces muy lejos de estar satisfecho con el arreglo.

—Tengo un juramento al Alto Rey que considerar.

—El Rompeespadas es sabio además de poderoso —dijo Isriun—. Recuerda su lugar en el orden correcto de las cosas. —Gorm pareció disgustarse más, pero mantuvo un silencio taciturno—. Algo que los gettlandeses han olvidado. La abuela Wexen exige que se castigue vuestra arrogancia, vuestra insolencia, vuestra deslealtad. En estos momentos el Alto Rey reúne un gran ejército formado por incontables millares de tierrabajeños e inglingos. ¡Convoca a su campeón, Yilling el Radiante, para encabezarlo! ¡Es la mayor hueste que haya contemplado nunca el mar Quebrado, dispuesta a marchar sobre Trovenlandia para mayor gloria de la Diosa Única!

Yarvi bufó.

—¿Y vos os alzáis junto a ella, Grom-gil-Gorm? ¿Os arrodilláis ante el Alto Rey? ¿Os postráis ante su Diosa Única?

El viento arrojó la larga melena de Gorm sobre las arrugas de su frente, talladas en piedra.

—Me alzo donde me han dispuesto mis juramentos, padre Yarvi.

—Aun así —dijo Isriun, frotando sus manos ansiosas—, la Clerecía siempre habla en favor de la paz. La Diosa Única siempre ofrece perdón, por poco merecido que sea. Evitar el derramamiento de sangre es un noble deseo. Mantenemos nuestra oferta de un duelo de reyes para zanjar la contienda. —Torció el labio—. Pero temo que Uthil sea demasiado viejo y débil, que esté demasiado enfermo para luchar. Sin duda, se trata de un castigo de la Diosa Única por su deslealtad.

Laithlin miró de soslayo a su clérigo, que hizo un leve asentimiento.

—Uthil me envía a mí en su lugar —dijo la reina, y Espina notó que su

corazón, que ya latía con fuerza, empezaba a aporrearle las costillas—. Un desafío a un rey debe ser también un desafío a su reina.

La madre Isriun ladró una risotada desdeñosa.

—¿Vais a combatir contra el Rompeespadas, reina bañada en oro?

Una comisura de los labios de Laithlin se curvó.

—Las reinas no combaten, niña. Mi Escudo Elegido ocupará mi lugar.

Y Espina sintió que se apoderaba de ella una calma terrible, y empezó a sonreír bajo su capucha.

—Esto es un truco —espetó Isriun, cuya sonrisa había desaparecido sin dejar rastro.

—Esto es la ley —replicó Yarvi—. Como clériga de un rey, deberías comprenderla. Vosotros lanzasteis el desafío. Nosotros lo aceptamos.

Gorm movió una mano como si espantara una mosca molesta.

—Truco o ley, da lo mismo. Lucharé contra quien sea. —Sonaba casi aburrido—. Mostradme a vuestro campeón, Laithlin, y mañana al amanecer nos encontraremos en este campo y lo mataré, y romperé su espada, y añadiré su pomo a mi cadena. —Sus ojos oscuros pasaron a los guerreros de Gettlandia—. Pero vuestro Escudo Elegido debería saber que la Madre Guerra me insufló su aliento en la cuna y que dicen los presagios que ningún hombre puede matarme.

La gélida sonrisa de Laithlin hizo encajar todas las piezas como en el mecanismo de una cerradura, y el propósito que reservaban los dioses a Espina Bathu quedó revelado de repente.

—Mi Escudo Elegido no es un hombre.

Por tanto, había llegado el momento de que la espada se desenvainara. Espina se quitó la capa y la arrojó a un lado. En silencio, los guerreros de Gettlandia se separaron y ella hizo avanzar su montura entre ellos, con la mirada fija en el rey de Vansterlandia.

Y al verla acercarse, su inmensa frente se llenó de dudas.

—Grom-gil-Gorm —dijo Espina con voz sosegada, mientras pasaba entre Laithlin y Yarvi—. Rompeespadas. —El caballo de la madre Isriun se apartó—. Hacehuérfanos. —Espina tiró de las riendas junto a él, y su mirada grave se iluminó por el fulgor rojo del brazalete élfico. Se inclinó hacia él para susurrarle—: Llega tu muerte.

## UNA CARA VALIENTE

Al terminar, estuvieron un rato sin moverse. El pelo de ella le hacía cosquillas en la cara y sus costillas presionaban en las de él con cada aliento cálido. Espina besó su boca abierta, le frotó la nariz en la cara y él se quedó quieto. Bajó de encima de él, se desperezó a su lado con un quejido de satisfacción y él se quedó quieto. Se contorneó contra él, le puso la cabeza en el hombro, su respiración se volvió más lenta y suave y él se quedó quieto.

Sin duda, debería abrazarla como un avaro abraza su oro, aprovechar al máximo todo momento que tuvieran.

Pero en vez de eso, Brand estaba resentido, arisco y asustado. En vez de eso, la piel sudada de Espina parecía estar atrapando la suya, su calor asfixiándolo, y se retorció para liberarse de ella, se levantó, dio un cabezazo contra la lona en la oscuridad, renegó y la apartó de un manotazo, haciendo que aleteara y se bamboleara.

—Está claro que le has dado una buena lección a mi tienda —dijo Espina.

Apenas veía nada de ella. Quizá una medialuna de luz en su hombro cuando se apoyó en un codo. Un brillo en los lados de sus ojos. Un destello de oro en su pelo.

—¿Vas a luchar contra él, entonces? —preguntó.

—Supongo que sí.

—Contra Grom-gil-Gorm.

—A no ser que se asuste tanto que no se presente.

—El Rompeespadas. El Hacehuérfanos. —Los nombres cayeron a plomo en la oscuridad. Nombres que resonaban a grandes guerreros. Nombres con los que las madres asustaban a sus hijos—. ¿En cuántos duelos ha combatido?

—Dicen que en una veintena.

—¿Y tú en cuántos?

—Ya sabes en cuántos, Brand.

—En ninguno.

—Por ahí va la cosa.

—¿Cuántos hombres ha matado?

—Llenarían fosos enteros. —La voz de Espina empezaba a endurecerse y, bajo la manta, su brazalete élfico emitía un fulgor ígneo—. Más que cualquier hombre a orillas del mar Quebrado, quizá.

—¿Cuántos pomos lleva en esa cadena suya? ¿Un centenar? ¿Dos?

—El de mi padre entre ellos.

—¿Pretendes seguir sus pasos?

El brillo ganó intensidad y le mostró las líneas arrugadas de su frente.

—Ya que preguntas, pretendo matar a ese gran hijo de puta y dejar su cadáver para los cuervos.

Silencio entre ellos. Alguien pasó fuera con una antorcha y un lado de la cara de Espina resplandeció naranja, iluminada la cicatriz con forma de estrella de su mejilla. Brand se arrodilló para que sus rostros estuvieran al mismo nivel.

—Podríamos marcharnos.

—No, no podemos.

—El padre Yarvi te ha manipulado para esto. Es un truco, una apuesta, como aquel envenenador de Yaletoft. Todo esto forma parte de su plan...

—¿Y qué si tienes razón? No soy una niña, Brand, tenía los ojos abiertos. Le hice un juramento y luego hice otro a la reina, y sabía lo que significaban los dos. Sabía que quizá tendría que luchar por ella. Sabía que quizá tendría que morir por ella.

—Si cogiéramos caballos, podríamos estar a tres leguas de aquí cuando amaneciera.

Ella dio una patada furiosa a la manta y se tendió de espaldas, con las manos en la cara.

—No vamos a huir, Brand. Ninguno de los dos. Le he dicho a Gorm que llega su muerte. Todo el mundo se quedaría un poco decepcionado si ni siquiera me presentara, ¿no te parece?

—Podríamos ir al sur, hacia Trovenlandia, unirnos a una tripulación allí y remontar el Divino. Seguir hasta la Primera Ciudad. Vialina nos facilitaría una casa. Por el amor de los dioses, Espina, es el Rompeespadas, el...

—¡Brand, para ya! —restalló, tan de repente que Brand retrocedió por acto reflejo—. ¿Crees que no sé ya todo eso? ¿Crees que no tengo la cabeza zumbando como un maldito avispero? ¿Crees que no sé que todo nuestro campamento está haciendo los mismos cálculos y llegando al mismo resultado? —Se inclinó hacia delante, con los ojos brillando—. Voy a decirte lo que podrías hacer por mí, Brand. Podrías ser el único hombre en diez leguas a la redonda que cree que puedo ganar. O al menos, que lo finge. Esta decisión no es tuya, sino mía, y ya está tomada. Tu decisión consiste en ser mi compañero de hombro o marcharte.

Se arrodilló desnudo y parpadeó varias veces como si le hubieran dado una bofetada. Luego hizo una inspiración larga y quebrada y soltó el aire.

—Siempre seré tu compañero de hombro. Siempre.

—Sé que lo serás. Pero la que debería estar aterrorizada soy yo.

—Lo siento. —Estiró el brazo, tocó la cara de Espina en la oscuridad y ella

acomodó la mejilla en su mano—. Es solo que... nos costó mucho llegar donde estamos. No quiero perderte.

—Ni yo quiero que me pierdas. Sin embargo, sabes que nací para esto.

—Si alguien puede derrotarlo, esa eres tú. —Deseó poder creerlo.

—Lo sé. Pero puede que no me quede mucho tiempo. —Asió su muñeca y lo arrastró de vuelta a la cama—. No quiero desperdiciarlo hablando.

Brand estaba sentado con la espada de Espina sobre las rodillas, sacándole brillo.

Ya la había pulido desde la empuñadura sin adornos hasta la punta brillante una docena de veces, mientras las estrellas iban apagándose como velas a soplidos, mientras el cielo clareaba, mientras la Madre Sol aparecía por detrás del Diente de Amon. El acero no podía estar más limpio ni la hoja más afilada. Pero Brand seguía frotando mientras musitaba plegarias a la Madre Guerra. O más bien la misma plegaria, una y otra vez.

—Permite que viva, permite que viva, permite que viva...

Cuando no se puede tener algo, se quiere. Cuando se tiene, de repente brotan las dudas. Y luego, cuando parece que se puede perder, se descubre que se necesita más que nunca.

El padre Yarvi estaba murmurando sus propias oraciones mientras vigilaba una cacerola que había al fuego y de vez en cuando echaba hojas secas procedentes de un saquito u otro a un brebaje que olía a pies.

—Creo que ya puedes dejar de pulir —dijo.

—No puedo entrar al cuadrado con ella. —Brand dio la vuelta a la hoja y se puso a trabajar en la otra cara con ahínco—. Lo único que puedo hacer es afilar y rezar. Pretendo hacer las dos cosas tan bien como pueda.

Brand sabía que Espina no mostraría ningún temor. Lo que no esperaba era

que hasta asomara una sonrisa a sus labios cuando se sentó, con los codos en las rodillas, las manos tranquilas colgando y su brazalete élfico brillando con fuerza. Llevaba una guarda en el brazo izquierdo, pero ninguna otra armadura: solo cuero sujeto con anillas de acero, ceñido al cuerpo mediante correas y cinturones para que no hubiera nada suelto que agarrar. La reina Laithlin se quedó de pie a su lado y empezó a fijarle la maraña de pelo al cráneo, con dedos que se movían seguros y firmes como si la preparara para un banquete de boda y no para un duelo. Dos caras valientes, sin la menor duda. Las más valientes del campamento, pese a que eran las dos que más tenían que perder.

Por eso cuando Espina lo miró, Brand hizo todo lo posible para inclinar la cabeza con su propia cara valiente. Eso sí podía hacerlo. Eso, y afilar, y rezar.

—¿Está preparada? —preguntó el padre Yarvi sin levantar la voz.

—Es Espina. Siempre está preparada. Piensen lo que piensen esos idiotas.

Los hombres se habían congregado desde el alba y ya había una muchedumbre susurrante observándolos, densa entre las tiendas, mirando unos por encima del hombro de otros. El maestro Hunnan estaba en primera fila, y no podría tener el ceño más fruncido sin rasgar la piel arrugada de su frente. Brand les veía el desaliento y el rechazo en los rostros. Que una chica fuese a combatir por el honor de Gettlandia mientras sus guerreros juramentados no hacían nada... Y para colmo, una chica que había fracasado en la prueba y a la que habían nombrado asesina. Una chica que no vestía cota de mallas ni llevaba escudo.

Sin embargo, Espina no dio señales de que sus opiniones le importaran un comino mientras se levantaba, larga y delgada como una araña, con el aspecto que solía tener Skifr pero más alta, más ancha y más fuerte. Extendió los brazos a los lados y desentumeció los dedos, con la mandíbula firme y sus ojos entrecerrados fijos en el valle.

La reina Laithlin le puso una mano en el hombro.

—Que la Madre Guerra esté contigo, mi Escudo Elegido.

—Siempre lo ha estado, mi reina —respondió Espina.

—Ya casi es la hora. —El padre Yarvi vertió un poco de su brebaje en una copa y se la tendió con su mano buena—. Bébete esto.

Espina olisqueó la copa y apartó la cabeza.

—¡Huele a rayos!

—Las mejores pociones tienen mal olor. Esto aguzará tus sentidos, dará velocidad a tus manos y embotará cualquier dolor.

—¿No es hacer trampas?

—La madre Isriun estará valiéndose de todos los trucos que se le ocurran. —El padre Yarvi volvió a ofrecerle la copa humeante—. Un campeón debe ganar; todo lo demás es polvo.

Espina se tapó la nariz, tragó el brebaje y escupió asqueada.

Rulf se acercó con un escudo a modo de bandeja, en el que reposaban dos puñales recién afilados.

—¿Seguro que no quiere una cota de mallas?

Espina negó con la cabeza.

—La rapidez será mi mejor armadura y mejor arma. La rapidez, la sorpresa y la agresividad. Pero estos dos podrían venirme bien, eso sí. —Cogió los cuchillos y los metió en sendas vainas que llevaba en el pecho y en un costado.

—Una más, para que te dé suerte. —Brand le tendió la daga que le había forjado Rin, la que había llevado en el trayecto de ida y vuelta por el Divino y el Denegado. La que le había salvado la vida en la estepa.

—Cuidaré de ella. —Espina se la pasó por el cinto en el centro de la espalda.

—Preferiría que ella cuidara de ti —musitó Brand.

—Son muchas hojas —dijo el padre Yarvi.

—Una vez me pillaron sin ninguna y no me gustó la experiencia —replicó Espina—. Al menos no moriré por no devolver las puñaladas.

—No morirás y punto. —Brand se aseguró de que no se colara ni una brizna de duda en su voz, aunque su corazón estuviera a rebosar—. Vas a matar a ese hijo

de puta.

—Sí. —Se inclinó hacia él—. Me siento como si fuesen a salirme todas las entrañas por el culo.

—No se te nota.

—El miedo te mantiene cautelosa —susurró, abriendo y cerrando las manos—. El miedo te mantiene viva.

—Muy cierto.

—Ojalá estuviera aquí Skifr.

—No te queda nada que aprender de ella.

—Un poco de aquella magia élfica no vendría mal, de todas formas. Solo por si acaso.

—¿Y robarte la gloria? Ni hablar. —Brand le enseñó los dos lados de la espada, el brillo escarchado de los filos que había pulido y pulido desde el primer amago de luz—. No vaciles.

—Nunca —dijo ella mientras pasaba la hoja por una arandela en un lado del cinturón y pedía el hacha extendiendo la mano—. ¿Por qué vacilaste tú, aquel día en la playa?

La mente de Brand retrocedió todo un año largo y extraño hasta el cuadrado de entrenamiento en la arena.

—Estaba pensando en hacer el bien. —Volteó el hacha, en cuyo acero relucían letras en cinco idiomas—. Consideraba los dos lados del asunto, como el tonto que soy.

—Me habrías derrotado si no hubieras vacilado.

—Tal vez.

Espina metió el hacha en su arandela.

—Habría fracasado en mi prueba y Hunnan nunca me habría concedido

otra oportunidad. No habría matado a Edwal. No me habrían nombrado asesina. No habría entrenado con Skifr, ni remado Divino arriba, ni salvado a la emperatriz, ni se cantarían canciones de mis grandes hazañas.

—Yo no habría perdido mi puesto en la incursión del rey —dijo Brand—. Ahora sería un orgulloso guerrero de Gettlandia y obedecería todas las órdenes del maestro Hunnan.

—Y mi madre me habría casado con algún viejo chocho. Ahora llevaría su llave mal puesta y cosería muy mal.

—No estarías a punto de enfrentarte a Grom-gil-Gorm.

—No. Pero nunca habríamos tenido... lo que sea que tenemos.

Él la miró a los ojos un momento.

—Me alegro de haber vacilado.

—Yo también.

Espina lo besó. Un último beso antes de la tormenta. Brand notó sus labios suaves contra los suyos. Su aliento templado en la gelidez del alba.

—Espina. —Koll había llegado a su lado—. Gorm está en el cuadrado.

Brand quiso chillar entonces, pero se obligó a sonreír.

—Cuanto antes empieces, antes lo matarás.

Desenvainó la espada de Odda y empezó a dar golpes contra el escudo de Rulf con la empuñadura, y los demás hicieron lo mismo con sus propias armas y armaduras, creando un estruendo que se extendió por las filas. Los hombres empezaron a gritar, a rugir, a cantar desafiantes. Ella no era ni por asomo el campeón que habrían elegido, pero era la campeona de Gettlandia, de todos modos.

Espina salió erguida y resuelta entre una tormenta de metal contra metal, y los guerreros se apartaron de su camino como la tierra se aparta del arado.

Caminó con paso decidido hacia su encuentro con el Rompeespadas.

## ACERO

—Te estaba esperando —dijo Grom-gil-Gorm con su tono cantarín.

Estaba sentado en una banqueta, con su portaespadas y su portaescudos de pelo blanco arrodillados uno a cada lado, uno sonriendo a Espina y el otro fulminándola con la mirada, como si quisiera ser él quien luchara contra ella. Tras ellos, a lo largo de la arista oriental del cuadrado, se alineaban veinte de los guerreros de más confianza de Gorm, la madre Isriun, que la miraba furiosa desde el centro con el pelo oscilando sobre su cara flaca por culpa del viento, y una taciturna hermana Scaer a su lado. Más atrás había centenares de guerreros, siluetas negras a lo largo de la cresta de la colina, y al fondo la Madre Sol, que se alzaba brillante tras el Diente de Amon.

—He pensado que te dejaría vivir un poco más.

Espina puso su cara más valiente mientras pasaba entre la reina Laithlin y el padre Yarvi. Dejó atrás a los veinte mejores hombres de Gettlandia y pisó aquella pequeña parcela de hierba podada. Era un cuadrado idéntico a los muchos en los que había entrenado, de ocho pasos de lado y con una lanza clavada en el suelo a cada esquina.

Un cuadrado en el que moriría ella o moriría Grom-gil-Gorm.

—Para mí no es ningún regalo. —El Rompeespadas alzó sus inmensos hombros cubiertos de pesada malla, forjada con líneas en zigzag de oro. Con un intenso susurro, añadió—: El tiempo discurre despacio cuando la Última Puerta se alza tan cerca.

—Quizá se alce más cerca de ti que de mí.

—Quizá. —Jugueteó pensativo con un pomo de su cadena—. ¿Eres Espina

Bathu, entonces?

—Sí.

—¿Esa de quien cantan?

—Sí.

—¿La que salvó a la Emperatriz del Sur?

—Sí.

—La que ganó de ella una reliquia de valor incalculable. —Gorm bajó la mirada al brazalete élfico, que brillaba rojo como las ascuas en la muñeca de Espina, y enarcó las cejas—. Había tomado por mentiras esas canciones.

Ella se encogió de hombros.

—Algunas lo son.

—Por grandiosa que sea la verdad, nunca basta para los escaldos, ¿eh? —Gorm tomó del chico sonriente su poderoso escudo, pintado de negro y con el brocal lleno de las rayas y las muescas de cien golpes antiguos. Regalos de los muchos hombres que había matado en cuadrados como aquel—. Creo que ya nos habíamos encontrado.

—En Casa Skeken. Donde te arrodillaste ante el Alto Rey.

Un pómulo de Gorm dejó entrever la más leve crispación de disgusto.

—Todos debemos arrodillarnos ante alguien. Debería haberte reconocido antes, pero has cambiado.

—Sí.

—Eres la hija de Storn el Acantilado.

—Sí.

—Aquel fue un duelo glorioso. —El chico malcarado ofreció su espada al rey de Vansterlandia, que dobló sus enormes dedos en torno al puño y la

desenfundó. Tenía un filo monstruoso, que Espina habría necesitado las dos manos para blandir, pero él la sostuvo con tan poco esfuerzo como si fuera un esqueje de sauce—. Esperemos que del nuestro salga una canción igual de animada.

—No cuentes con el mismo resultado —dijo Espina, observando el reflejo de la Madre Sol en su acero. Gorm la superaría en alcance, en fuerza y en protección, pero con el peso de tanto metal ella sería más rápida. Aguantaría más. Faltaba por ver quién dominaría en astucia.

—He librado una veintena de duelos y he enviado a una veintena de hombres a sus túmulos, y una cosa he aprendido: a no contar nunca con el resultado. —Los ojos de Gorm repasaron su ropa, sus armas, la evaluaron como ella estaba evaluándolo a él. Se preguntó qué puntos fuertes vería. Qué debilidades—. Eso sí, nunca he luchado contra una mujer.

—Ni volverás a hacerlo. Este es tu último combate. —Alzó el mentón para mirarlo a los ojos—. El aliento de la Madre Guerra no te escudará de mí.

Había esperado un acceso de ira, alguna señal de que podría provocarlo para que cometiera imprudencias, pero lo único que le concedió el rey de Vansterlandia fue una sonrisita triste.

—Ah, la confianza de los jóvenes. Dicen los presagios que ningún hombre puede matarme. —Y se puso en pie, extendiendo su gran sombra hacia ella por la hierba corta como un gigante salido de las leyendas—. No que tú sí puedas.

—Madre Guerra, permite que viva —vocalizó Brand, con los puños tan apretados que le dolían—. Madre Guerra, permite que viva.

Un silencio espeluznante cayó sobre el valle mientras los combatientes ocupaban sus posiciones. Solo quedó el susurro del viento en la hierba, un canto de pájaro agudo y penetrante en el cielo de hierro, el tenue tintineo de las armas y armaduras cuando algún hombre se removía inquieto aquí y allá. La madre Isriun salió al espacio vacío que quedaba entre los dos campeones.

—¿Estáis dispuestos a matar? ¿Estáis dispuestos a morir? —Levantó la mano, entre los dedos sostenía una pluma de ganso hacia abajo—. ¿Estáis

dispuestos a afrontar el juicio de la Diosa Única?

Gorm se alzaba imponente, gigantesco como una montaña, con su ancho escudo ante él y su larga espada extendida hacia atrás.

—La Madre Guerra será quien me juzgue —gruñó.

Espina adoptó una postura baja, enseñó los dientes en una sonrisa feroz y se tensó como un arco a punto de disparar.

—Quien sea. —Volvió la cabeza y escupió—. Estoy preparada.

—¡Pues empezad! —exclamó la clériga.

Soltó la pluma y retrocedió a toda prisa hacia la hilera de guerreros que observaban desde el borde de la hierba cortada.

La pluma cayó flotando, despacio, muy despacio, atrayendo hasta la última mirada de ambos bandos. La capturó un pequeño remolino que la hizo girar aleteando. Siguió flotando hacia el suelo, más y más abajo, obligando a ambos bandos a contener hasta la última respiración.

—Madre Guerra, permite que viva. Madre Guerra, permite que viva...

En el mismo instante en que aquella nada blanca tocó la hierba segada, Espina saltó. No había olvidado las lecciones de Skifr. Las tenía grabadas a fuego en su carne. Ataca siempre. Golpea la primera. Golpea la última.

Una zancada y notó el viento en la cara. Gorm se quedó estático, observando. Dos zancadas y su talón hundió la pluma en la tierra. Él seguía sin mover un músculo. Tres zancadas y cayó sobre él, chillando, lanzando un tajo alto con el hacha de Skifr y otro bajo con la espada forjada a partir de los huesos de su padre. Gorm se movió entonces, avanzó para recibir el ataque y sus espadas entrechocaron mientras el hacha de Espina arrancaba astillas del escudo.

En ese instante supo que nunca había luchado contra alguien tan fuerte. Estaba acostumbrada a que los escudos cedieran al golpearlos, a desequilibrar a un

hombre con el peso de sus acometidas. Pero atacar el escudo de Gorm era como atacar un roble de profundas raíces. El impacto contra su espada se transmitió desde la palma de su mano hasta la punta de su nariz y sacudió sus dientes desnudos.

Pero Espina nunca había sido de las que se desanimaban al primer contratiempo.

El rey Vansterlandés había cometido la imprudencia de proyectar su pesada bota izquierda hacia delante y ella bajó a tierra e intentó engancharla con el hacha para derribarlo. Él dio un paso atrás, tremendamente ágil para lo corpulento que era, y Espina lo oyó gruñir y sintió llegar la gran espada hacia ella como la cola de un escorpión. Se agachó lo justo para quedar debajo del feroz ataque en ángulo, un golpe que podría haber partido escudos, partido yelmos, partido cráneos, y sintió el frescor del aire desplazado en su cara.

Se retorció buscando el hueco que un tajo como ese tendría que haberle dejado, pero no halló ninguno. Gorm manejaba aquella hoja monstruosa con la destreza de la madre de Espina con una aguja, sin rabia ni demencia en sus ademanes, todo control. Su mirada era tranquila, juiciosa, evaluadora, y aquella puerta que usaba a modo de escudo no vaciló ni un ápice.

Decidió que aquel primer intercambio quedaba en empate y se abrió espacio danzando para esperar su ocasión. Para buscar un hueco mejor.

Despacio, con cautela, el Rompeespadas dio un paso hacia el centro del cuadrado, haciendo girar la enorme bota izquierda para hundirla en la tierra.

—¡Sí! —susurró Rulf mientras Espina se abalanzaba sobre su enemigo y liberaba una tempestad de golpes—. ¡Sí!

Las hojas traquetearon al crear nuevas muescas en el escudo de Gorm, Brand tenía los puños tan apretados que se estaba clavando las uñas en las palmas.

Ahogó un grito cuando Espina rodó bajo el arco brillante de la espada de Gorm, se alzó rugiendo para atacar su escudo, desvió un aldabonazo casi con desdén y bailó de nuevo fuera de su alcance, aprovechando toda la amplitud del

cuadrado. Adoptó un contoneo de borracha, meneando las armas como solía hacer Skifr, y Gorm la estudió por encima de su escudo, tratando de hallar alguna pauta en el caos.

—Es cauteloso —dijo la reina Laithlin.

—Ha perdido la armadura de su profecía —murmuró el padre Yarvi—. La teme.

El rey de Vansterlandia dio otro paso lento y volvió a hundir aquella bota en la tierra como si estuviera colocando la piedra angular del salón de un héroe. Era todo quietud; Espina, toda movimiento.

—Como la Madre Mar contra el Padre Tierra —musitó Rulf.

—La Madre Mar siempre gana esa batalla —dijo Laithlin.

—Si se le da tiempo —replicó el padre Yarvi.

Brand miraba el duelo con la cara vuelta a un lado y crispada a cada golpe, incapaz de verlo de frente, incapaz de apartar la mirada del todo.

—Madre Guerra, permite que viva...

El escudo de Gorm era sólido como el portón de una ciudadela. Espina no podría derribarlo ni con un ariete y veinte hombres fuertes. Y pasar a su alrededor no iba a ser mucho más fácil. Nunca había visto un escudo manejado con tanta inteligencia. Era rápido moviéndolo, eso desde luego, y más rápido incluso situándose tras él, pero lo sostenía alto. Con cada paso que daba, aquella gran bota izquierda suya quedaba demasiado adelantada, dejaba una parte imprudente de su pierna bajo el brocal. Cuanto más se fijaba Espina, más se convencía de que era una debilidad.

Tentador. Muy tentador.

¿Demasiado tentador quizá?

Solo un necio creería que un guerrero del renombre de Gorm no se reservaría algún truco, y Espina no pensaba dejarse engañar. «Sé más rápida, más dura y más lista», le había dicho Skifr. Ella también tenía sus trucos.

Dejó que su mirada se posara en esa bota y se lamió los labios como si viera que le traían carne para cenar, durante el tiempo suficiente para asegurarse de que Gorm había reparado en ello, y entonces atacó. Él sacó la espada, pero Espina estaba preparada y dejó pasar la estocada a un lado mientras descargaba el hacha de Skifr, pero a la altura del hombro y no baja como él esperaba. Vio sus ojos ensancharse. Gorm se agachó, subió el escudo de sopetón y rozó su hacha con el brocal, pero no pudo evitar que el largo filo le alcanzara el hombro, haciendo saltar anillas de su malla como polvo de una alfombra apaleada.

Espina esperaba que Gorm retrocediera, quizá incluso que cayera, pero el guerrero no hizo el menor caso al corte y se abalanzó sobre ella, a una distancia demasiado escasa para usar ningún arma. El borde de su escudo dio en la boca de Espina mientras esta retrocedía y la hizo trastabillar. No hubo dolor, ni duda, ni mareo. El impacto solo consiguió dejarla más despierta. Oyó el rugido de Gorm, vio el brillo de la Madre Sol en el acero y esquivó hacia atrás mientras el filo pasaba silbando.

Tuvo que reconocer que aquel intercambio también quedaba en empate, pero los dos ya estaban marcados.

Sangre en la malla de él. Sangre en el brocal de su escudo. Sangre en el hacha de ella. Sangre en su boca. Le enseñó los dientes en un rugido belicoso y escupió rojo a la hierba que los separaba.

## SANGRE

Como si fueran una manada de perros, la visión de la sangre insufló una vida repentina a los guerreros congregados, que estallaron en un estruendo que no podría haber sido más ensordecedor si al final hubieran entablado batalla.

Desde la cima de enfrente los vansterlandeses chillaban plegarias y bramaban maldiciones; desde la cima de detrás los gettlandeses rugían dándole ánimos vanos, consejos inútiles. Hacían repicar hachas contra escudos, espadas contra yelmos, elevaban una algarabía de lujuria y rabia que podría despertar a los muertos de sus túmulos, a los dioses de su duermevela.

Lo que más aman los hombres es ver a otros enfrentarse a la Muerte. Les recuerda que todavía están vivos.

Al otro lado del cuadrado, entre los vansterlandeses gritones y exaltados, Brand vio a la madre Isriun, pálida de ira, y a la hermana Scaer a su lado, observando el combate con ojos entrecerrados y tranquilos.

Gorm descargó un poderoso golpe desde arriba y Espina lo esquivó girando su cuerpo. La espada falló por un palmo y abrió una tremenda herida en el suelo, haciendo saltar hierba y tierra. Brand se mordió el nudillo tan fuerte que se hizo daño. Con que uno solo de aquellos tajos la alcanzara, el pesado acero podría partirla por la mitad. Tenía la sensación de que había transcurrido ya un día entero desde que comenzara el combate, y de que él no había respirado ni una vez en todo ese tiempo.

—Madre Guerra, permite que viva...

Espina se desplazó pavoneándose por el cuadrado. Aquella era su hierba. La dominaba. Era la reina de ese barro. Apenas oía los chillidos de los guerreros que llegaban desde el territorio elevado, apenas veía a Laithlin, ni a Isriun, ni a Yarvi, ni siquiera a Brand. El mundo había quedado reducido a ella, al Rompeespadas y a los pocos pasos de hierba corta que los separaban, y empezaba a gustarle lo que veía.

Gorm respiraba con pesadez y tenía el ceño fruncido y perlado de sudor. Todo el peso que cargaba tenía que acabar doblegándolo, pero nunca habría esperado que fuese tan pronto. Su escudo empezaba a flaquear. Espina estuvo a punto de soltar una carcajada. Ella podría seguir así durante horas. Había seguido durante horas, durante días, durante semanas enteras a lo largo del Divino y el Denegado, y de nuevo en el viaje de vuelta.

Se lanzó hacia él, apuntando alto con la espada. Demasiado alto, de modo que Gorm pudiera agacharse, y se agachó, pero inclinó el escudo hacia delante, tal y como había previsto Espina. Fue fácil rodearlo y trabar el borde superior con la larga hoja del hacha de Skifr, grabada con letras en cinco idiomas. Pretendía empujar el escudo hacia abajo y abrirse camino hacia su rival, quizá incluso arrancárselo del brazo. Sin embargo, había juzgado mal a su adversario. Gorm rugió, alzó el escudo con fuerza, le separó el hacha de la mano y la envió dando vueltas y vueltas por los aires.

El movimiento dejó desprotegido el cuerpo de Espina un momento, aunque ella nunca había sido de las que titubeaban. Su espada pasó sibilante por debajo del escudo y alcanzó a Gorm en el costado. El golpe llevaba la fuerza suficiente para que este se doblara un poco, para hacerlo trastabillar. La fuerza suficiente para atravesar la malla y encontrar la carne de debajo.

Pero no la fuerza suficiente para detenerlo.

Gorm gritó, blandió la espada y la obligó a retroceder con torpeza, lanzó una estocada que la obligó a alejarse bailando y dio un nuevo tajo, más fuerte si cabe, que hizo silbar su acero en el aire, pero Espina ya se había distanciado y lo observaba, moviéndose en círculo.

Cuando Gorm se volvió hacia ella, Espina vio la raja deshilachada en su malla, los eslabones que ondeaban sueltos, la sangre que resplandecía. Vio que su rival apoyaba menos peso en ese lado al adoptar su posición de combate y empezó a sonreír mientras llenaba su vacía mano izquierda con la daga más larga que

llevaba.

Quizá hubiera perdido el hacha, pero aquel asalto era suyo.

De pronto Espina ya era una de ellos. Había logrado hacer sangre a Grom-gil-Gorm y el maestro Hunnan dio un puñetazo al cielo y rugió en su favor. Los guerreros que la habían desdeñado armaron un ensordecedor barullo metálico admirados por su destreza.

Sin duda, quienes poseían el don estarían ya rimando la canción de su triunfo. Saboreaban la victoria, pero lo único que podía degustar Brand era el miedo. Su corazón latía con tanta fuerza como el martillo de Rin. Hacía muecas y contenía la respiración con cada movimiento en el cuadrado. Nunca se había sentido tan desvalido. No podía hacer el bien. No podía hacer el mal. No podía hacer nada.

Espina saltó hacia delante con la espada baja, tan rápida que Brand a duras penas logró seguir sus movimientos. Gorm dejó bajar el escudo para bloquear el ataque, pero Espina ya había desaparecido y estaba descargando un tajo desde arriba con la daga. Gorm echó la cabeza hacia atrás y retrocedió inseguro, con una línea roja debajo de un ojo que le cruzaba la mejilla hasta el otro lado de la nariz.

El júbilo de batalla creció en su interior. O quizá fuese el brebaje del padre Yarvi.

Cada respiración le hormigueaba en el pecho y tenía la sensación de estar bailando en el aire. La sangre sabía dulce en su boca, su piel era de fuego. Sonrió, sonrió tanto que creyó que se le iban a partir las mejillas cicatrizadas.

Del corte que le había hecho a Gorm bajo el ojo manaba sangre que le pintaba franjas en la cara, que caía de su nariz rajada y le empapaba la barba.

Cada vez estaba más cansado, estaba herido, estaba volviéndose

descuidado. Espina le tenía tomada la medida y él lo sabía. Leyó el miedo en sus ojos. Vio la duda que no dejaba de crecer.

Sostenía el escudo más alto para protegerse el rostro herido. Su postura había perdido precisión y la enorme espada flaqueaba en su mano. Aquella pierna izquierda se adelantaba incluso más que antes, expuesta hasta una rodilla temblorosa.

Quizá al principio había sido un truco, pero ¿qué truco podía detenerla ahora? Respiraba fuego y escupía relámpago. Era la tormenta, siempre en movimiento. Era la Madre Guerra hecha carne.

—¡Llega tu muerte! —chilló, palabras que ni siquiera ella misma pudo distinguir del todo con aquel ruido.

Mataría al Rompeespadas, vengaría a su padre y demostraría que era la mejor guerrera de todo el mar Quebrado. ¡La mejor guerrera del mundo! ¡Qué canciones cantarían sobre aquel duelo!

Obligó a Gorm a moverse en círculos, dirigiéndolo hasta tenerlo mirando al este, con los vansterlandeses a su espalda. Vio cómo Gorm entrecerraba los ojos para protegerlos de la puñalada de la Madre Sol, cómo se volvía y dejaba la pierna desprotegida. Fintó por arriba, reforzó su agarre en la empuñadura, se agachó para evitar un ataque mal medido y chilló mientras segaba con la espada, trazando un amplio círculo bajo.

La hoja forjada con los huesos de su padre alcanzó la pierna de Gorm por encima del tobillo con toda la fuerza de Espina, con toda su furia, con todo su entrenamiento. Aquel era el momento de su victoria. El momento de su venganza.

Pero en vez de cortar carne y hueso, el filo tañó contra el metal y se sacudió en la mano de Espina con tanta fuerza que la hizo tropezar, desequilibrada.

Una greba oculta. Acero brillando bajo el cuero partido de la bota de Gorm.

El rey de Vansterlandia se movió con la rapidez de una serpiente, ni por asomo tan cansado y tan herido como había aparentado, y con un tajo descendente atrapó su espada con la suya y la arrancó de sus dedos entumecidos.

Espina atacó con el puñal, pero su enemigo bloqueó el golpe con el escudo y le incrustó el umbo en las costillas. Fue como encajar una coz que hizo retroceder a

Espina, tambaleándose, casi incapaz de mantenerse en pie.

Gorm la miró por encima del escudo y fue su turno de sonreír.

—Eres una adversaria digna —dijo—, tan peligrosa como cualquiera al que me haya enfrentado. —Avanzó un paso, pisó con aquella bota reforzada su espada caída y la hundió en la hierba—. Pero llega tu muerte.

—Oh, dioses —graznó Brand, helado hasta los mismos huesos.

Espina estaba luchando con dos dagas, sin alcance, y Gorm la llevaba donde él quería en el cuadrado con relucientes arcos de aquel espadón, al parecer más vigoroso que nunca.

Los hombres de Gettlandia habían callado de repente, y el jaleo al otro lado del valle se había redoblado.

Brand rezó para que Espina se mantuviera alejada, pero sabía que su única oportunidad era lanzarse contra él. Y en efecto, esquivó por debajo una estocada alta, se abalanzó sobre Gorm y apuñaló con el cuchillo derecho en una estocada fiera y rauda, pero su enemigo alzó el escudo y la hoja de Espina se clavó entre dos tablones y quedó presa.

—¡Acaba con él! —siseó la reina Laithlin.

Espina soltó un tajo con la izquierda en el brazo de la espada de Gorm mientras lo replegaba, su daga raspó la malla hacia abajo y lo hirió en la mano, que se inundó de sangre mientras el espadón caía al suelo de unos dedos endebles.

O quizá había dejado caer el arma a propósito. Mientras Espina descargaba una nueva puñalada, Gorm le atrapó el brazo y cerró los dedos en torno a su muñeca con un chasquido que fue como un puñetazo en la boca del estómago de Brand.

—Oh, dioses —graznó.

## ALIENTO

Espina se dio manotazos en la espalda para intentar alcanzar la daga de Brand, pero su codo topó con el escudo suelto de Gorm, que acercó más su torso a ella para dejarla sin espacio. Tenía asida su muñeca izquierda con fuerza y la retorció hacia arriba, haciendo que el brazalete élfico se le clavara en la carne, y entonces soltó la enarma de su escudo y agarró la manga derecha de Espina.

—¡Te tengo! —ladró.

—¡No! —Espina se retorció y se echó atrás, como intentando liberarse, y él reaccionó atrayéndola hacia sí—. ¡Te tengo yo!

Espina se abalanzó sobre él, aprovechando la fuerza de Gorm en su contra, y le dio un terrible cabezazo en la mandíbula que le dejó el cuello estirado. Apoyó la rodilla en su costado y chilló mientras liberaba el brazo derecho de su mano.

Sin embargo, él mantuvo su tenaza de hierro alrededor de su muñeca izquierda. Una oportunidad. Solo una. Sacó la daga de Brand de entre sus riñones y la llevó en arco hacia el cuello de Gorm mientras los ojos del rey volvían hacia ella.

Gorm levantó el brazo del escudo para desviar el ataque y la hoja le atravesó la carne de la mano hasta que la guarda con forma de serpientes topó contra su palma. El escudo estaba suelto en sus correas y Espina hizo presión rugiendo, pero Gorm, con un esfuerzo que le hizo temblar el brazo, logró detener la punta justo antes de que le tocara la garganta y la mantuvo allí, derramando saliva rosada entre sus dientes desnudos.

Entonces, incluso con la mano atravesada por el acero, sus enormes dedos se cerraron alrededor del puño derecho de Espina y lo atraparon irremisiblemente.

Ella tensó hasta la última fibra de su cuerpo para hundir la hoja roja en el cuello de Gorm, pero no se puede vencer a un hombre fuerte con fuerza y no existía hombre más fuerte que el Rompeespadas. Su rival cuadró el hombro, profirió un gruñido e hizo retroceder a su temblorosa adversaria hacia el límite del cuadrado, mientras la sangre caliente manaba de su mano perforada y bajaba por la empuñadura de la daga, mojando el puño aplastado de Espina.

Brand soltó un agudo gemido mientras Gorm obligaba a Espina a arrodillarse ante los enardecidos guerreros de Vansterlandia.

El brillo rojo del brazalete élfico se veía a través de la mano de Gorm, resaltando sus huesos en negro mientras él apretaba y apretaba. Espina contuvo un grito y rechinó los dientes cuando el cuchillo se soltó de su mano izquierda, le rebotó en el hombro y se perdió en la hierba, momento en el que Gorm soltó su muñeca y le rodeó el cuello con una manaza inmensa.

Brand intentó dar un paso hacia el cuadrado, pero el padre Yarvi lo tenía sujeto por un brazo y Rulf por el otro, y entre los dos se lo impidieron.

—No —susurró el timonel en su oído.

—¡Sí! —chilló la madre Isriun, mirando encantada hacia abajo.

Espina estaba sin aliento.

Todos sus músculos bien entrenados estaban en tensión, pero Gorm era demasiado fuerte y la retorcía y la retorcía y la retorcía. Su zarpa estaba aplastándole la mano derecha contra la empuñadura de la daga de Brand, haciéndole crujir los huesos. Palpó la hierba con la otra mano en busca de su cuchillo pero no lo encontró, dio un puñetazo a la rodilla de Gorm pero no pudo imprimir la fuerza necesaria, intentó alcanzar su cara pero solo pudo dar débiles arañazos en su barba sangrienta.

—¡Mátala! —gritó la madre Isriun.

Gorm la obligó a bajar hacia el suelo, con un rugido del que goteaba sangre contra la mejilla de Espina. Su pecho intentaba aspirar aire, aunque lo único que obtenía de su garganta era un gemido mortecino.

Estaba sin aliento. Le ardía la cara. Apenas alcanzaba a oír la tempestad de voces por encima del retumbar de la sangre en su cabeza. Trató de liberarse de la mano de Gorm haciendo palanca con las puntas de los dedos y la arañó una y otra vez, pero aquella zarpa estaba forjada en hierro, tallada en madera, era tan implacable como las raíces de los árboles, capaces de resquebrajar hasta la misma roca con el paso de los años.

—¡Mátala! —Aunque Espina veía la cara de la madre Isriun, tensa y triunfal sobre ella, a duras penas oía sus chillidos—. ¡El Alto Rey lo decreta! ¡La Diosa Única lo manda!

Los ojos de Gorm se desviaron un instante hacia su clériga y se le crispó un pómulo. Pareció aflojar su presa, o quizá lo que desfallecía era la fuerza con que Espina se estaba aferrando a la vida, que se le iba, se le iba.

Estaba sin aliento. El mundo se hundía en la oscuridad. No le quedaba ningún truco y la Última Puerta se alzaba ante ella. La Muerte descorrió el cerrojo y la abrió de par en par. Espina se balanceó en el umbral.

Pero Gorm no la empujó al otro lado.

Como a través de un velo sombrío, Espina vio que su entrecejo se arrugaba.

—¡Mátala! —se desgañitó la madre Isriun, con su voz cada vez más fuerte y más salvaje—. ¡La abuela Wexen lo exige! ¡La abuela Wexen lo ordena!

Y el rostro ensangrentado de Gorm volvió a crisparse, desde el ojo hasta la mandíbula. Juntó los labios sobre los dientes y convirtió su gruñido en una línea recta y lisa. Su mano derecha se relajó y Espina inhaló una bocanada sibilante mientras el mundo se derrumbaba y ella caía al suelo sobre un costado.

Brand no podía creer que Gorm hubiera dejado caer a Espina y tuvo que obligarse a dejar de mirarla para posar sus ojos en la clériga. Los gritos ávidos de los guerreros vansterlandeses empezaron a disiparse, la multitud quedó en silencio y todo el sonido desapareció para dejar solo un vacío estupefacto.

—Soy el Rompeespadas. —Grom-gil-Gorm se llevó la palma de la mano derecha al pecho con un movimiento calmo—. ¿Qué clase de locura te ha llevado a pensar que puedes hablarme en ese tono?

Isriun señaló con un dedo a Espina, tendida boca abajo y tosiendo vómito sobre la hierba.

—¡Mátala!

—No.

—La abuela Wexen ordena...

—¡Me he hartado de las órdenes de la abuela Wexen! —bramó Gorm, con los ojos desorbitados en su cara manchada de sangre—. ¡Me he hartado de la arrogancia del Alto Rey! Pero sobre todo, madre Isriun... —Mostró los dientes en un rictus espantoso mientras se sacaba de la mano la daga de Brand que tenía clavada—. Me he hartado de tu voz. Tus constantes balidos me hacen rechinar el alma.

La cara de la clériga había adoptado una palidez enfermiza. Trató de recular, pero el brazo tatuado de Scaer serpenteó alrededor de sus hombros y la retuvo con firmeza.

—¿Quebrantarías tus juramentos hacia ellos? —murmuró Isriun, sorprendida.

—¿Quebrantar mis juramentos? —Gorm agitó el brazo para soltar el escudo y lo dejó caer al suelo—. Es menos honorable cumplirlos. Yo los destruyo. Yo escupo en ellos. Yo me cago en ellos. —Se acercó a ella y bajó la cabeza para mirarla a los ojos, con la daga brillando roja en su mano—. ¿El Alto Rey decreta, dices? ¿La abuela Wexen ordena, dices? ¡Renuncio a ese viejo macho cabrío y a esa vieja puerca! ¡Los desafío!

El fino cuello de Isriun tembló al tragar saliva.

—Si me matas, habrá guerra.

—Guerra habrá, eso no lo dudes. La Madre de Cuervos despliega sus alas, niña. —Grom-gil-Gorm alzó poco a poco la daga que había forjado Rin, arrastrando con su punta brillante la mirada de Isriun—. ¡Sus plumas son espadas! ¿Oyes cómo se las atusa? —Y en su rostro se extendió una sonrisa—. Pero no necesito matarte. —Tiró el cuchillo, que rebotó sobre la hierba y terminó junto a Espina, que intentaba controlar las arcadas con la frente pegada al suelo—. Al fin y al cabo, madre Scaer, ¿por qué matar lo que se puede vender?

La anterior clériga de Gorm, de nuevo en ejercicio, sonrió con la frialdad del mar en invierno.

—Llevaos a esta serpiente y ponedle una argolla al cuello.

—¡Lo pagarás! —chilló Isriun, con terror en los ojos—. ¡Pagarás por esto!

Pero los guerreros vansterlandeses ya estaban arrastrándola pendiente arriba.

El Rompeespadas dio media vuelta y Brand vio que seguía goteando sangre de los dedos laxos de su mano herida.

—¿Vuestra oferta de alianza sigue en pie, Laithlin?

—¿Qué no podrían lograr juntas Vansterlandia y Gettlandia? —dijo la Reina Dorada a viva voz.

—Entonces, la acepto. —Y un suspiro aturdido recorrió el cuadrado, como si de pronto todos los hombres liberaran el aliento que habían estado conteniendo.

Brand se soltó de la mano relajada de Rulf y corrió.

—Espina.

Parecía el eco de una palabra pronunciada muy lejos, llegando a través de un túnel oscuro. La voz de Brand. Dioses, cómo se alegraba de oírla.

—¿Estás bien? —Manos fuertes en su hombro, tirando de ella hacia arriba.

—Me he dejado dominar por el orgullo —gañó con la garganta irritada y la boca dolorida. Intentó ponerse de rodillas, tan débil y mareada que habría caído de nuevo si Brand no la estuviera sosteniendo.

—Pero estás viva.

—Supongo —susurró ella, algo sorprendida cuando el rostro de Brand empezó a emerger poco a poco de la brillante niebla. Dioses, cómo se alegraba de verlo.

—Espera. —Brand se pasó un brazo de Espina por los hombros y ella dio un quejido mientras la ponía de pie despacio. No podría haber dado ni un solo paso ella sola, pero él era fuerte. No la dejaría caer—. ¿Hace falta que te lleve en brazos?

—No creas que no me tienta. —Contrajo el rostro al mirar hacia los guerreros de Gettlandia, reunidos en la cima que tenían enfrente—. Pero será mejor que ande. ¿Por qué no me ha matado?

—La madre Isriun le ha hecho cambiar de opinión.

Espina miró atrás mientras subían a trompicones la cuesta hacia el campamento. Grom-gil-Gorm estaba de pie en el centro del cuadrado, ensangrentado pero invicto. La madre Scaer ya estaba trabajando en su brazo del escudo herido con aguja e hilo. Su mano de la espada estrechaba la de la reina Laithlin, sellando la alianza entre Vansterlandia y Gettlandia. Nunca dos enemigos tan enconados habían pasado a ser amigos. De momento, al menos.

Junto a ellos, cruzado de brazos, Yarvi sonreía.

A pesar de todas las plegarias a la Madre Guerra, daba la impresión de que aquel día pertenecía al Padre Paz.

## EN LA LUZ

Brand dio unos pocos martillazos resonantes al leño y lo arrojó de nuevo entre las brasas, con una pequeña explosión de chispas.

Rin chasqueó la lengua, disgustada.

—No tienes lo que se dice un toque delicado, ¿eh?

—Para eso estás tú. —Brand le sonrió—. Por algo tendrás que sentirte especial, ¿no?

Pero Rin miraba a su espalda, hacia la puerta.

—Tienes visita.

—Padre Yarvi, es todo un honor. —Brand dejó el martillo y se secó la frente con el antebrazo—. ¿Vienes a comprar un arma?

—Un clérigo debe abogar por el Padre Paz —respondió Yarvi mientras entraba en la herrería.

—Los buenos también se llevan bien con la Madre Guerra —dijo Rin.

—Sabias palabras. Y ahora más que nunca.

Brand tragó.

—¿Habrá guerra, entonces?

—El Alto Rey tardará un tiempo en reunir a sus guerreros. Pero creo que habrá guerra. En fin, la guerra es buena para el negocio de una espadera.

Rin enarcó las cejas mirando a Brand.

—Nos conformaríamos con ser un poco más pobres en paz, creo. He oído que el rey Uthil está recuperándose, al menos.

—Su fuerza regresa a borbotones —dijo Yarvi—. No tardará en aterrorizar de nuevo a sus guerreros en el entrenamiento con espada, y empleará tu buen acero para ello.

—Demos gracias al Padre Paz —dijo Rin.

—Al Padre Paz y a tus habilidades —dijo Brand con la mirada fija en el clérigo.

Yarvi se inclinó con humildad.

—Hago lo que puedo. ¿Cómo te están tratando los dioses, Brand?

—Bastante bien. —Hizo un gesto de cabeza hacia su hermana—. Si no fuera por la tirana que tengo por maestra, me gustaría este empleo. Resulta que trabajar el metal me gusta mucho más de lo que recordaba.

—Es más fácil que trabajar con personas.

—El acero es honesto —dijo Brand.

El padre Yarvi lo miró de soslayo. Era una mirada escrutadora, pero a fin de cuentas todas las suyas lo eran.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar a solas?

Brand miró a Rin, que ya estaba con el fuelle. La espadera se encogió de hombros.

—El acero también es paciente.

—Pero tú no.

—Id y hablad. —Rin entrecerró los ojos—. Antes de que cambie de opinión.

Brand se quitó los guantes y llevó a Yarvi al pequeño patio, lleno de los

murmullos del agua corriente. Se sentó en el banco que les había tallado Koll, a la sombra moteada del árbol y la brisa fresca en su cara reluciente de sudor, e indicó a Yarvi el espacio que quedaba a su lado.

—Un sitio muy agradable. —El clérigo sonrió con el rostro alzado hacia la Madre Sol, que arrojaba destellos parpadeantes entre las hojas—. Tu hermana y tú os habéis labrado una buena vida.

—La ha labrado ella. Yo me limité a aparecer.

—Siempre has tenido tu papel. Recuerdo cuando cargaste todo el peso del *Viento del Sur* sobre tus hombros. —Miró las cicatrices que se enroscaban en los antebrazos de Brand—. Aquello fue una gesta digna de canciones.

—He descubierto que me preocupan menos las canciones que antes.

—Vas aprendiendo. ¿Cómo está Espina?

—Ya vuelve a entrenar, lo hace durante las tres cuartas partes del día.

—Esa mujer está tallada en madera.

—No hay mujer más favorita de la Madre Guerra.

—Y sin embargo, fue la aguja que logró coser dos grandes alianzas. Quizá también sea una favorita del Padre Paz.

—Ni se te ocurra decírselo.

—¿Vosotros dos aún estáis... juntos?

—Sí. —Brand tenía la sensación de que el clérigo ya sabía aquellas respuestas, pero cada pregunta albergaba otra más oculta—. Podría decirse que sí.

—Bien. Eso es bueno.

—Supongo —dijo Brand, pensando en la discusión a gritos que habían tenido aquella misma mañana.

—¿No es bueno?

—Es bueno —dijo, pensando en cómo se habían reconciliado después—. Es solo que... siempre había creído que llegar a estar con ella sería el final del esfuerzo, y resulta que es donde empieza de verdad.

—Ningún camino digno de recorrer es fácil —repuso el padre Yarvi—. Cada uno de vosotros tiene puntos fuertes de los que el otro carece, puntos débiles que el otro compensa. Es algo hermoso, y muy excepcional, encontrar a alguien que... —Miró con gravedad las ramas que se movían sobre ellos, como si pensara en algo muy distante y doloroso—. Que te complete.

Brand tardó un poco en reunir el valor para hablar.

—He estado pensando en fundir aquella moneda que me dio el príncipe Varoslaf.

—¿Para forjar una llave?

Brand apartó un par de hojas caídas con un lado de su bota.

—Seguro que ella preferiría una daga, pero... lo tradicional es una llave. ¿Qué crees que opinaría la reina Laithlin?

—La reina ha tenido tres hijos y ninguna hija. Creo que está cogiendo mucho apego a su Escudo Elegido. Sin embargo, estoy seguro de que se la podrá convencer.

Brand dio otro empujón a las hojas.

—Seguro que la gente piensa que la llave debería llevarla yo. No soy demasiado popular en Thorlby.

—No todos los guerreros del rey te admiran, eso es cierto. Sobre todo el maestro Hunnan. Pero tengo entendido que los enemigos son el precio del éxito. Quizá también sean el precio de la convicción.

—El precio de la cobardía, si acaso.

—Habría que ser muy tonto para tenerte por cobarde, Brand. ¿Dejar plantados a los guerreros de Gettlandia como tú hiciste? —El padre Yarvi frunció los labios y dio un tenue silbido—. Quizá nadie cante canciones heroicas sobre ello, pero fue un acto de inusitada valentía.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad, y la valentía no es tu única cualidad admirable.

Brand no sabía qué responder a eso, de modo que no respondió nada.

—¿Sabías que Rulf ha fundido sus ganancias de nuestro viaje y ha forjado su propia llave?

—¿Para quién?

—Para la madre de Espina. Se casarán en el Salón de los Dioses la semana que viene.

Brand parpadeó.

—Oh.

—Rulf se está haciendo mayor. No lo reconocerá nunca, pero tiene ganas de sentar la cabeza. —Yarvi miró a Brand de lado—. Creo que lo harías bien en su puesto.

Brand volvió a parpadear.

—¿Yo?

—Una vez te dije que podría necesitar a un hombre junto a mí que se preocupe por el bien. Creo que ahora es más cierto que nunca.

—Oh. —A Brand no se le ocurrió qué más decir.

—Podrías unirte a Safrit y a Koll y formar parte de mi pequeña familia. —Cada palabra que dejaba caer el padre Yarvi estaba medida con meticulosidad, y aquellas no habían caído por accidente. Sabía exactamente lo que ofrecer—. Estarías cerca de mí. Cerca de la reina. Cerca del Escudo Elegido de la reina. Serías timonel del barco de un clérigo. —Brand recordó aquel día en la toldilla, con la tripulación dando golpes en los remos y la luz del sol brillando en las aguas del Denegado—. Estarías a la mano derecha del hombre que está a la mano derecha del rey.

Brand se quedó callado, frotándose las yemas de los dedos con los pulgares.

Saltaba a la vista que tendría que haberse abalanzado sobre la oportunidad. Un hombre como él no podía esperar muchas como esa. Sin embargo, algo lo contuvo.

—Tú eres un hombre astucioso, padre Yarvi, y yo no tengo fama de avispado.

—Podrías tenerla, con la práctica. Pero te lo estoy ofreciendo por tu fuerte brazo y tu fuerte corazón.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Aunque puedes preguntar, primero asegúrate de que quieres la respuesta.

—¿Desde cuándo planeabas que Espina se enfrentara en duelo a Grom-gil-Gorm?

Yarvi entrecerró un poco sus ojos claros.

—Un clérigo debe lidiar con lo plausible, con oportunidades, con posibilidades. Esa se me ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Cuando te llamé para hablar contigo en el Salón de los Dioses?

—Entonces te dije que el bien es algo distinto para cada persona. Y sí, acaricié la posibilidad de que una mujer diestra con la espada tuviera algún día la oportunidad de retar a Gorm. Un gran guerrero de renombre como él no podría rechazar el desafío de una mujer. Y al mismo tiempo lo temería, más que cualquier otro hombre.

—¿Crees en esa profecía?

—Creo que él cree en ella.

—Por eso encargaste a Skifr que la entrenara.

—Fue uno de los motivos. A la emperatriz Teófora le encantaban las rarezas y también contemplar el derramamiento de sangre, y vi plausible que una luchadora norteña despertase su curiosidad el tiempo suficiente para que pudiera hablar con ella y entregarle mi regalo. La Muerte hizo pasar a Teófora por la Última Puerta antes de que llegara esa oportunidad. —Yarvi suspiró—. Un buen

clérigo procura mirar hacia delante, pero el futuro es un terreno sumido en la bruma. Los acontecimientos no siempre fluyen por el canal que se excava para ellos.

—Como tu acuerdo con la madre Scaer.

—Otra esperanza. Otra apuesta. —El padre Yarvi se reclinó contra el tronco del árbol—. Necesitaba una alianza con los vansterlandeses, pero la madre Isriun dio al traste con esa idea. Pero lanzó el desafío, eso sí, y un duelo era mejor que una batalla. —Hablaba con calma, con frialdad, como si se tratara de fichas en un tablero y no de personas que conocía.

Brand notó que la boca se le secaba por completo.

—¿Y si Espina hubiera muerto?

—Habríamos cantado canciones tristes sobre su túmulo y canciones alegres sobre sus grandes hazañas. —Los de Yarvi eran los ojos de un carnicero que estudia el ganado, tramando la forma de obtener la mayor ganancia—. En ese caso, ni nosotros ni los vansterlandeses habríamos desperdiciado nuestras fuerzas luchando entre nosotros. La reina Laithlin y yo nos habríamos postrado a los pies de la abuela Wexen. El rey Uthil se habría recuperado libre de deshonra. Con el tiempo, en algún momento podríamos haber vuelto a lanzar el dado.

Hubo algo en las palabras del padre Yarvi que pinchó a Brand, como un anzuelo en su cabeza que no dejaba de molestarlo con sus leves tirones.

—Todos creíamos que el rey Uthil estaba ante la Última Puerta. ¿Cómo puedes estar seguro de que se habría recuperado?

Yarvi se quedó callado un momento, con la boca a medio cerrar. Completó el gesto con lentitud. Miró hacia la entrada, desde la que llegaban los ecos de los martillazos de Rin.

—Creo que eres más astuto de lo que aparentas.

Brand tuvo la sensación de estar pisando hielo en primavera, hielo que se resquebrajaba bajo sus botas, pero ya no había vuelta atrás y tenía que seguir.

—Si voy a estar a tu hombro, debería saber la verdad.

—Una vez te dije que la verdad es como el bien, que cada cual tiene la suya. Mi verdad es que el rey Uthil es un hombre de hierro, y el hierro es fuerte y da un buen filo. Sin embargo, también puede ser quebradizo. Y a veces debemos doblarnos.

—Él nunca habría acordado la paz con los vansterlandeses.

—Y necesitábamos acordar la paz con los vansterlandeses. Sin ellos, estamos solos contra medio mundo.

Brand asintió despacio, visualizando cómo encajaban las piezas.

—Uthil habría aceptado el duelo de Gorm.

—Habría luchado contra él en el cuadrado, porque es un hombre orgulloso, y habría perdido, porque pierde vigor con cada año que pasa. Debo proteger a mi rey del daño. Por su bien y por el bien de la tierra. Necesitamos aliados. Partimos para buscar aliados. Encontré aliados.

Brand recordó al clérigo inclinado sobre el fuego, echando hojas secas en su brebaje.

—Lo envenenaste. A tu propio tío.

—No tengo ningún tío, Brand. Renuncié a mi familia cuando entré en la Clerecía. —Los ojos de Yarvi se cerraron más—. A veces los grandes bienes deben tejerse a partir de los pequeños males. Un clérigo no puede permitirse el lujo de hacer el bien, sin más. Un clérigo debe sopesar el bien mayor. Debe aspirar al mal menor.

—El poder exige tener un hombro siempre en las sombras —musitó Brand.

—Así es. Debe exigirlo.

—Lo comprendo. Y no dudo de ti, pero...

El padre Yarvi parpadeó, y Brand se preguntó si había visto alguna vez sorprendido a aquel hombre.

—¿Rechazas mi oferta?

—Mi madre me dijo que viviera en la luz.

Se quedaron sentados en silencio un momento, mirándose, hasta que una sonrisa se coló muy despacio en los labios del padre Yarvi.

—Te admiro por ello. De verdad que te admiro. —Se levantó y posó su mano buena sobre el hombro de Brand—. Pero cuando la Madre Guerra extienda sus alas podría sumir en las tinieblas todo el mar Quebrado.

—Espero que no —dijo Brand.

—Bueno. —El padre Yarvi dio media vuelta—. Ya sabes cómo son las esperanzas.

Entró en la casa y dejó a Brand a la sombra del árbol, preguntándose, como siempre, si había actuado bien o mal.

—¡Un poco de ayuda por aquí! —llegó la voz de su hermana.

Brand volvió en sí.

—¡Ya voy!

# SE AVECINA TORMENTA

Espina cruzó la arena a zancadas con su banqueta al hombro. La marea estaba muy baja y el viento soplaba intenso por encima de los llanos, empujando a unas nubes tras otras en un cielo manchado.

Estaban todos muy apiñados en torno al cuadrado de entrenamiento, y los gritos de ánimo se convirtieron en gruñidos de descontento mientras Espina se abría paso entre los guerreros, y los gruñidos se convirtieron en silencio cuando descargó la banqueta al lado de la lanza que marcaba una esquina. Hasta los dos chicos que estaban en pleno lance se quedaron quietos, dubitativos, mirándola mientras pasaba al otro lado de la banqueta y plantaba su culo en ella.

El maestro Hunnan frunció el ceño.

—Veo que el Escudo Elegido de la reina está entre nosotros.

Espina levantó una mano.

—No os preocupéis, no hace falta que aplaudáis todos.

—El cuadrado de entrenamiento es para guerreros de Gettlandia, y para aquellos que pretenden serlo.

—Ya, pero aun así es posible que haya algún luchador medio decente por aquí. No paréis por mí.

—No íbamos a parar —restalló Hunnan—. Heirod, te toca. —Se adelantó un chico enorme con manchas rosadas en sus gordos mofletes—. Y a ti, Edni. —La chica tendría unos doce años y era tan flaca que parecía que se la llevaría el viento, pero se acercó con valor, sacando la barbilla mientras ocupaba su posición, aunque el escudo era demasiado grande para ella y le oscilaba en el brazo—. ¡Empezad!

No tenían el menor arte. El chico se lanzó a la carga, resollando como un buey, desvió la espada de Edni con su ancho hombro, la embistió y la tiró al suelo tan desmadejada que el escudo se soltó de su brazo y rodó por el cuadrado.

El chico miró a Hunnan, esperando que diera por terminado el lance, pero el maestro de armas se limitó a observarlo. Heirod tragó saliva, se adelantó y dio a Edni un par de patadas reticentes antes de que Hunnan levantara la mano para detener el combate.

Espina vio cómo la chica se levantaba con esfuerzo, limpiándose la sangre de debajo de la nariz, aferrándose a su cara valiente, y recordó todas las palizas que había recibido en aquel cuadrado. Recordó todas las patadas, todo el desprecio y toda la arena que había comido. Recordó aquel último día y su espada atravesada en el cuello de Edwal. Sin duda, la intención de Hunnan había sido refrescarle la memoria.

El maestro compuso una leve e infrecuente sonrisa.

—¿Qué te ha parecido?

—Creo que el chico es un patoso. —Apretó el pulgar contra una aleta de la nariz y expulsó un moco a la arena—. Pero no es culpa suya. Ha aprendido de otro, igual que ella. El único al que debe avergonzar este lance es a su maestro.

Se extendió un murmullo entre los guerreros y la sonrisa de Hunnan se transformó, como por resorte, en un ceño fruncido.

—Si crees que puedes hacerlo mejor, ¿por qué no impartes tú una lección?

—A eso he venido, maestro Hunnan. A fin de cuentas, no tengo nada que aprender de ti. —Señaló a Edni—. Me la llevo. —Entonces señaló a una chica más mayor, corpulenta y solemne—. Y a ella. —Y luego a otra con los ojos muy, muy claros—. Y a ella. Les impartiré una lección. Les impartiré una cada día, y dentro de un mes volveremos aquí y ya veremos lo que pasa.

—¡No puedes presentarte aquí y llevarte a mis discípulas donde te plazca!

—Y sin embargo, aquí estoy, y con la bendición del rey Uthil.

Hunnan se pasó la lengua por los labios, sorprendido con el pie cambiado, pero no tardó en recuperarse y pasar al ataque.

—Hild Bathu —dijo con los labios retorcidos de asco—. Fracasaste en la prueba, en este mismo cuadrado. No lograste convertirte en guerrera. Perdiste contra el Rompeespadas...

—Perdí contra Gorm, es cierto. —Espina se rascó la cicatriz de una mejilla mientras alzaba la mirada para sonreírle—. Pero no rompió mi espada. —Se puso de pie, con una mano apoyada en el pomo—. Y tú no eres él. —Cruzó la arena hacia Hunnan—. ¿Te crees mejor que yo? —Se acercó tanto que estuvo a punto de darle sendos pisotones—. Pues combáteme. —Se inclinó hacia delante, de forma que sus narices casi se tocaron, y repitió la palabra en golpes susurrados—. Combáteme. Combáteme. Combáteme. Combáteme. Combáteme. Combáteme. Combáteme.

El maestro de armas respondió con una mueca a cada repetición, pero no abrió la boca.

—Buena decisión —dijo Espina—. Te partiría como a una ramita vieja.

Pasó junto a él, apartándolo con el hombro, y se dirigió a los demás guerreros.

—Quizá estéis pensando que no he sido justa. El campo de batalla no es justo, pero os concedo que al maestro Hunnan ya empiezan a pesarle los años. Si alguno de vosotros cree que puede meterse en la piel de Gorm, lucharé contra él. Lucharé contra cualquiera de vosotros.

Se pavoneó caminando en círculo, contemplando cada arista del cuadrado, mirando a los guerreros a los ojos uno tras otro. Silencio. Solo el viento suspirando en la playa.

—¿Nadie? —preguntó, burlona—. Miraos todos, enfurruñados porque no tuvisteis vuestra batalla. Habrá batallas para dar y tomar bien pronto. Dicen que el Alto Rey convoca a sus guerreros. Tierrabajeños, isleños e inglingos a millares. Se avecina tormenta y Gettlandia va a necesitar hasta al último hombre. El último hombre y la última mujer. Vosotras tres, venid conmigo. Volveremos en un mes. —Extendió un brazo y señaló a Hunnan—. Más vale que tus chicos estén preparados.

Volvió a echarse la banqueta al hombro y se alejó del cuadrado, cruzando la arena que la separaba de Thorlby. No miró atrás.

Pero oyó los pasos de las chicas a su espalda.

## AGRADECIMIENTOS

Como siempre, a cuatro personas sin las cuales...

A Bren Abercrombie, que se fatigó los ojos leyéndola.

A Nick Abercrombie, que se fatigó los oídos oyendo hablar de ella.

A Rob Abercrombie, que se fatigó los dedos pasando sus páginas.

A Lou Abercrombie, que se fatigó los brazos sosteniéndome.

Y también, dado que nadie vive en una cueva y yo el que menos, mi más sincero agradecimiento...

Por plantar la semilla de esta idea: Nick Lake.

Por asegurarse de que el brote se hiciera árbol: Robert Kirby.

Por procurar que el árbol diera frutos dorados: Jane Johnson.

Y también, dado que la metáfora de la fruta está agotada, gracias a todos los que me han ayudado a crear, colocar, publicar, publicitar, ilustrar, traducir y, sobre todo, vender mis libros dondequiera que estén por todo el mundo, pero en particular a Natasha Bardon, Emma Coode, Ben North, Jaime Frost, Tricia

Narwani, Jonathan Lyons y Ginger Clark.

A los ilustradores que, de algún modo, se imponen al desafío imposible de hacerme quedar elegante: Nicolette y Terence Caven, Mike Bryan y Dominic Forbes.

Por su inagotable entusiasmo y su apoyo, haga sol o nieve: Gillian Redfearn.

Y a todos los escritores con los que me he cruzado en internet, en el bar y a veces hasta en la página impresa, que me han proporcionado ayuda, consejo, risas y multitud de ideas dignas de robar.

Ya sabéis quiénes sois.

**Joe Abercrombie** (Lancaster, 1974) es considerado por muchos expertos del género como la joven promesa de la literatura fantástica británica e internacional. En 2006 debutó con *La voz de las espadas*, galardonada con el premio John W. Campbell Memorial al mejor escritor novel. Fue el inicio de la trilogía «La primera ley», que completó con *Antes de que los cuelguen* y *El último argumento de los reyes*. También es autor de las novelas *La mejor venganza*, *Los héroes* y *Tierras Rojas*.

*Medio mundo* es la segunda entrega de la trilogía «El mar Quebrado», que arrancó con *Medio rey* (Fantascy, mayo de 2015) y cuya conclusión, *Media guerra*, se publicará a principios de 2016. Las dos primeras entregas se colocaron en el top ten de *The Sunday Times* cuando se publicaron en inglés. Si bien Abercrombie ya llevaba vendidos más de dos millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo, traducidos a veintiséis idiomas, con esta nueva saga ha afianzado su éxito entre la crítica y los lectores, y se ha confirmado como un autor de best sellers para todos los públicos.

En la actualidad vive en Bath con su mujer y sus tres hijos, y se dedica exclusivamente a escribir sobre mundos imaginarios.

Título original: *Half the World*

Edición en formato digital: septiembre de 2015



Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona



ISBN: 978-84-15831-79-2

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com